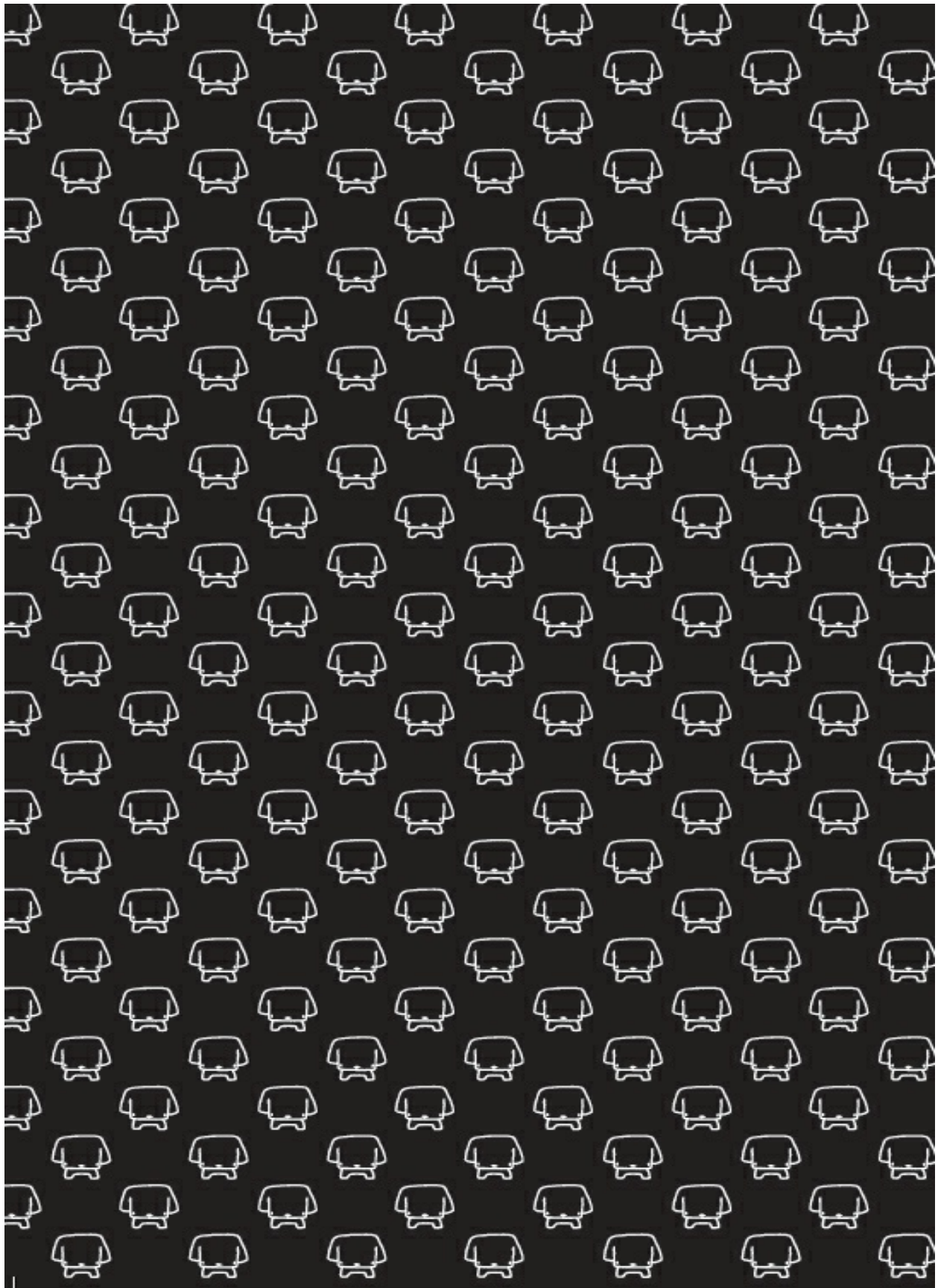


Meryem El Mehdati

SUPERSAURIO





La perrita Blackie soñaba con vivir en una isla.
Una isla hecha de galletas, en la que nadie tuviera que trabajar.

MERYEM EL MEHDATI

Supersaurio



Índice

Portada

Supersaurio

Créditos

Primera parte

1. Noviembre 2016
2. Noviembre 2016
3. Noviembre 2016
4. Noviembre 2016
5. Noviembre 2016
6. Diciembre 2016
7. Diciembre 2016
8. Diciembre 2016
9. Diciembre 2016
10. Diciembre 2016
11. Diciembre 2016
12. Diciembre 2016
13. Diciembre 2016
14. Diciembre 2016
15. Diciembre 2016
16. Diciembre 2016
17. Diciembre 2016
18. Diciembre 2016
19. Diciembre 2016
20. Febrero 2017
21. Marzo 2017
22. Mayo 2017
23. Junio 2017

Segunda parte

1. Junio 2017
2. Junio 2017
3. Junio 2017
4. Junio 2017
5. Julio 2017
6. Julio de 2017
7. Agosto 2017
8. Agosto 2017
9. Agosto 2017
10. Septiembre 2017
11. Septiembre 2017
12. Septiembre 2017
13. Octubre 2017
14. Octubre 2017
15. Octubre 2017
16. Noviembre 2017
17. Noviembre 2017
18. Diciembre 2017

19. Diciembre 2017
20. Diciembre 2017
21. Diciembre 2017
22. Diciembre 2017

Tercera parte

1. Diciembre 2017
2. Diciembre 2017
3. Diciembre 2017
4. Enero 2018
5. Enero 2018
6. Febrero 2018
7. Febrero 2018
8. Marzo 2018
9. Marzo 2018
10. Marzo 2018
11. Marzo 2018
12. Abril 2018
13. Mayo 2018
14. Junio 2018
15. Junio 2018
16. Junio 2018
17. Julio 2018
18. Julio 2018
19. Julio 2018
20. Julio 2018
21. Julio 2018
22. Agosto 2018
23. Agosto 2018
24. Septiembre 2018
25. Octubre 2018
26. Noviembre 2018
27. Noviembre 2018
28. Diciembre 2018
29. Diciembre 2018
30. Enero 2019
31. Enero 2019
32. Enero 2019
33. Febrero 2019
34. Febrero 2019
35. Febrero 2019

Agradecimientos



MERYEM EL MEHDATI EL ALAMI nació en 1991 en Rabat (Marruecos). Cuando tenía un mes de edad puso un pie en Puerto Rico, Mogán (Gran Canaria). *Supersaurio* es su primer libro. No ha escrito en ninguna revista ni en ningún sitio a excepción de <http://fanfiction.net> y la antología *El Gran Libro de Satán*, donde publicó el relato «05:30 AM». En la actualidad lleva una vida tranquila en Las Palmas de Gran Canaria. Eso es lo que más busca: la tranquilidad. Le gustan el café de especialidad, sacarse selfies, el agua con gas, Karim Benzema y Zinedine Zidane.

Diseño de colección y cubierta: Setanta

www.setanta.es

© de la ilustración de cubierta: Beatriz Lobo

© de la fotografía de la autora: Violeta Noy Millat, noviembre de 2021

© del texto: Meryem El Mehdati, 2022

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

www.blackiebooks.org

info@blackiebooks.org

Composición digital: www.acatia.es

Primera edición digital: mayo de 2020

ISBN: 978-84-19172-35-8

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

A mi madre, a mi madre, a mi madre, a mi padre.

A mis hermanos.

A mi pana Jorge de Cascante, por todo.

La isla del encanto, la tierra bendecida.
Y gracias ma', por haberme parido aquí,
cerquita de la playa y el coquí,
to's sayayines, tenemos el Ki.
El sol siempre nos alumbra.

Desde el corazón - BAD BUNNY

Primera parte

practicass.meryem.elmehdati@supersaurio.com

Noviembre 2016

A mí nadie me preguntó si quería nacer. Si alguien me hubiese preguntado, habría dicho que no. Muchas gracias, es usted muy amable y su propuesta suena interesante, pero no. Silenciar, bloquear, swipe left. Vivir es complicado. Uno tiene que ser cuidadoso, somos criaturas muy frágiles. Un día cabes en el brazo de tu padre, al siguiente tienes veinticinco años y lloras en silencio en la última fila de la guagua, esa en la que solo se sientan los guiris o los machanguitos populares del instituto, porque es el quinto proceso de selección que pasas para unas prácticas en empresa. Sales de la entrevista final con fatiga, mal cuerpo, dolor en las articulaciones, la certeza de que no vales para nada, te preguntaron con qué animal te sientes identificada y dijiste que con la hormiga porque sola no puede hacer nada pero en equipo puede alcanzar cualquier objetivo que se proponga. No te vomitaste un poco en la boca porque estás muerta, ya no sientes nada, eres una farsante. La vaina dura más de un mes: te llamarán y te dirán algo pronto. Pagas la guagua de vuelta a casa, ya van 7,55 euros la ida y 7,55 euros la vuelta. Que en Canarias todavía no estemos quemando contenedores ni haya furgones de la policía persiguiendo a estudiantes y a periodistas por la calle o disparándoles pelotas de goma tiene su aquel. ¿Tenemos que amenazar con independizarnos del resto de España para que alguien recuerde que existimos? Pasan los días. Nadie te llama.

No soy una persona tranquila, serena, un mar en calma, un río que fluye. Hay cierta rabia en mí. Cierta enfado. Por favor, que nadie se preocupe. Todo va bien. Mírame. Mira cómo sonrío. Tuve una infancia sana y feliz, ningún tipo de trauma, nada que me marcara de forma especial. No hay un antes de y un después de. Un día me vi con claridad, por fin, me reconocí, abrí las manos y las cerré. Pensé en meterle un puñetazo a la pared, pero no quise hacerme daño, así que me aguanté. Al principio cuesta admitir que una está enfadada, a la gente no le gusta, intentan consolarte o escucharte o yo qué sé. No es una emoción buena, una emoción sana. Has de guardártelo, esconderlo, fingir que no está ahí, que no existe. Rabiosa, desquiciada, bruta, ciega, sordomuda. Pasa un poco como con la honestidad: todo el mundo te la pide, están desesperados por ella, esa cosa tan pura. La Verdad. Luego a nadie le gusta el regusto que deja en la boca. Háblame de tus emociones, pero no así. Una ha de ser amable siempre, sobre todo si es una chica. El coraje ahí negro bombeando en tu pecho pum pum pum no es sexy. Sé amable, sé amable, sé amable, te estoy pisando la cabeza pero sé amable, te estoy doblando el brazo por la espalda y si sigo así te lo voy a romper pero sé amable. No te enfades, ¿por qué estás enfadada? Sonríe. Imagina que alguien te pregunta cómo estás y tú le dices que mal, fatal, pero que no se preocupe, tampoco estás tan jodida, tan en la mierda; sigues siendo funcional, y no, no, gracias, pero no, no quieres su ayuda, solo quieres que te deje en paz y Deje de Mirarte Así De Esa Forma Con Esa Cara. Nadie lo haría. Nadie está tan loco. Además, enfadada todo el tiempo no

estoy. Mi cabreo es un ruido de fondo, un grifo en la parte posterior de mi cabeza que gotea y gotea muy flojito y que no sé cómo arreglar. El trajín del día a día se impone al sonido del agua haciendo tap, tap, tap. Solo lo oigo cuando no puedo dormir.

15,1 euros te sale la broma de la entrevista. Lloras y lloras en la guagua y se te corre el maquillaje, intentas sonarte los mocos sin que se note que estás ahí escondida, es un espectáculo. Llevas una camisa de seda preciosa que te prestó tu madre porque tú no tienes ropa seria, eres una payasa que se expresa mediante decisiones estéticas que no siempre son del todo acertadas, alguien que pensó «me apreciarán por mi talento, no por mi aspecto físico». Dentro de ti hay dos lobos. Uno aúlla que no te desanimes, eres joven, eres una persona, tienes capacidades y papeles donde pone que estudiaste mucho; otro enseña los dientes y bufa que te lo dijo, te lo dijo mil veces, ¡tendrías que haber estudiado Medicina! ¿Por qué estoy enfadada? No lo sé. Sonrío. Tengo una teoría sobre la vida: es lo más parecido a una caja de bombones Nestlé caja roja 22 bombones 4,95 euros que existe. Si miras el reverso de la caja sabes qué te vas a encontrar. Algunos de esos bombones tienen almendras dentro, son mis favoritos. Ya no compro la caja roja porque los de Nestlé son unos hijos de puta. Los bombones de Supersaurio saben exactamente igual, y son más baratos.

La cuestión es que una nace, crece y al final, bueno, palma. Quizá se reproduzca, quizá no. Yo no creo que vaya a reproducirme. Cuando se lo digo a mis padres los dos ponen cara de espanto y dicen a la vez: «Astaghfirullah, no digas eso». Qué cosas tiene nuestra hija a veces. Aunque no lo piense en serio los ángeles me escuchan y en este tipo de comunicaciones no hay espacio para la ironía o el humor. ¿Sería el fin del mundo no tener hijos? No reproducirme, que no exista nada después de mí. Según el día pienso una cosa o lo contrario. La gente con la que trabajo me comenta que cambiaré de opinión cuando crezca. Veré las cosas de otra forma: querré tener tres churumbeles con un tipo que me pone a parir a la hora del café con sus compañeros del trabajo.

En algún momento se me atoró en el pecho la idea de que no soy nada de lo que me imaginaba que sería cuando creciese. Yo me veía... triunfando. Adulta, independizada, peleándome con mis amistades para pagar la cuenta yo después de comer, como hacen mis padres. El novio de una amiga mía que se suele acoplar a nuestro grupo cuando quedamos nos deja caer frases como: «Ese es el problema de ustedes, que hicieron todo lo que les dijeron que había que hacer... como borreguitos... y ahora ven la realidad». En esas conversaciones evito su mirada porque temo que adivine qué estoy pensando: que se está quedando calvo a los veintisiete de pura mala baba. Nunca lo he dicho en voz alta, pero me cago en su puta madre diez veces. Si tan listo es y tanto se las vio venir, ¿por qué está igual de tieso que todos nosotros?

Mi principal defecto es que soy una listilla a la que le pierde la boca. Digo cosas como «dicotomía», «performar», «falacia ad hominem», «pensamiento maniqueo», «Susan Sontag». No titubeo cuando hablo, como si estuviese cien por cien segura de lo que estoy diciendo, me ajusto las gafas sobre el puente de la nariz, llevo una americana puesta, pero en realidad no tengo ni idea de nada. Compruebo y compruebo un dato tres millones de veces en Google antes de pronunciarme sobre nada, no vaya alguien a descubrir que soy humana y me equivoco. Por eso, porque soy una listilla, infravaloré la intensidad de la hostia. Estaba demasiado ocupada creyéndome que había hackeado el sistema. Había hecho todo lo que tocaba hacer y lo había

hecho bien. Cuando eres pequeño un adulto te escoge a ti, solo a ti, se pone a tu altura y te pregunta: «Ay, a ver, ¿y tú qué quieres ser de mayor?». Lo que quiere saber es de qué vas a trabajar, lo que tú quieras se la suda. Es deprimente, pero es la verdad.

La niña quiere ser médico o astronauta. Con el paso del tiempo la preguntita se volverá repetitiva. Arquitecta o maestra. Todo el que se tope contigo te la va a soltar. Ángel o demonio. La sociedad nos ha educado así, para ser pesados, para lanzar cuestiones complejas a los pies de los demás como si no fuesen nada. ¿Qué coño quieres ser de mayor? Desde que pones un pie en el colegio hasta que terminas el instituto creyéndote que ya se ha acabado lo duro y que has cumplido con tu parte, durante todo ese tiempo, las decisiones que tomas están enfocadas a lo mismo: averiguar qué harás con tu vida. Nada más nacer tus días se van a articular en torno a elecciones que al principio tus padres harán por ti. ¿Guardaría normal o bilingüe? ¿Colegio público, concertado o privado? ¿Lycée français o IES del barrio? Clases de ballet, clases de chino mandarín, refuerzo de inglés. Todo estará orientado a darte una oportunidad de cara al futuro. Debes formarte bien; nadie tiene ni idea de para qué. Mi familia era pobre así que el asunto se decidió rápido: colegio público, instituto público, universidad pública. Saca buenas notas, consigue becas, sé nuestro orgullo. No sé si está bien usar «pobre», ahora la gente prefiere decir «trabajador». En la mayoría de los casos no importa nada lo mucho que trabajes... no vas a salir de pobre. Me hace gracia.

Tu carrera y varias de tus elecciones personales se convertirán en un dardo a tu corazón en las comidas familiares. ¿Para qué sirve Historia del Arte, qué futuro tiene algo así? Venga, tú que eres tan lista y estudiaste en el extranjero, explícaselo a khalti Salma. Ni siquiera estás estudiando Historia del Arte, pero da igual. Nada de lo que te gusta tiene algún tipo de proyección laboral que termine contigo nadando en billetes. ¿De qué viven los filósofos? ¿Y los periodistas? ¿De contar la verdad? Je... Al final te dirás que tendrías que haber hecho una ingeniería, te daba la nota. Siempre hacen falta ingenieros, ¿pero para qué sirve un filólogo? No te gustan los niños, ¿quieres estar treinta y cinco años de tu vida enseñando el verbo *to be* en un aula con cuarenta niños más? Solo si sueñas con protagonizar la sección de sucesos del Canarias 7. Hace muchos años tus padres dejaron su país natal (Marruecos) y sus familias y todo lo que conocían atrás, y se sacrificaron para darte lo que ellos no tuvieron. Soñaron un futuro en el que tú eras médico o ingeniera o, a una mala, abogada. ¿Y ahora vas a venir tú y les vas a decir sin que se te caiga la cara de vergüenza que estás pensando en hacer una filología? Venga, arranca, mi niña.

Seguirás creciendo. Ya te has comido un tercio de la caja de bombones: todo eso va directo al culo. Como no tienes dinero para la matrícula y la cuota de un gimnasio y no quieres pedirselo a tus padres, empezarás a salir a correr, a hacer sentadillas y planchas con los vídeos de Patry Jordán de fondo y a echar currículums a las tres y veintisiete minutos de la madrugada, ligeramente desquiciada porque eres una carga para tu familia, porque el tiempo corre, porque eres la generación más preparada de la historia, peor pagada de la historia, más hipercafeinada de la historia, más insegura, deprimida y acomplejada de la historia.

Con suerte, un día, conseguirás unas prácticas en una empresa. Esas por las que lloraste de pura alegría como una idiota en el balcón de casa. No tendrán nada que ver con lo que estudiaste, pero al menos durante unos meses tendrás un trabajo. Te convertirás en La Becaria. Al

desasosiego y la rutina que se estirarán como un chicle pegado a tu zapato sobrevivirás así: todas las mañanas te darás dos puntos en la boca y te disfrazarás del tipo de persona que los demás esperan que seas. Luego entrarás en el edificio. Solo serás tú misma cuando estés de vuelta en casa, a salvo de las luces blancas, el taconeo de zapatos de marca y el olor a delirios de grandeza de tus compañeros. No vas a heredar la empresa en la que estás. Te repetirás esta frase de vez en cuando porque tú eres lista pero a veces se te olvidan las cosas. Sin que te des cuenta, el olor a café y el traqueteo de la fotocopidora te insensibilizarán los sentidos y te irás convirtiendo en una autómatas. En el tiempo que seguirá habrá días en los que querrás irte porque ya no puedes más, quieres a tu mamá. Buscarás en Google formas de forzar tu despido y cuando no encuentres nada que te sirva cerrarás los ojos un momento y te taparás la cara con las manos. Si te matases allí, pensarás, si te tirases por la azotea o te colgases de la correa del bolso en uno de los habitáculos del baño ¿qué pasaría después? ¿Se investigaría tu muerte? ¿Tratarían de descubrir qué fue lo que te llevó al suicidio, cotillearían tu historial de Google? Todavía no tienes los tres años mínimos de experiencia que te piden por cojones para entrar en cualquier otra empresa. ¿El cielo se toma por asalto y no por consenso? Que prueben a trabajar en una oficina con personas que casi les doblan la edad, a ver si siguen pensando igual. Yo por ejemplo ya no sé dónde está el cielo y dónde está el infierno.

Al final te quedarás y seguirás creciendo. Fantasear con tu muerte se convertirá en un pasatiempo, un lugar feliz al que retirarte cuando la conversación se torna demasiado asfixiante como para afrontarla de forma cuerda y consciente. Este es mi secreto. Por eso todavía no me he matado de una forma espectacular. Look de hoy, toda de don Amancio: camisa blanca de popelín, pitillos negros, zapatos Oxford, pelo encrespado por la humedad, ojeras, cara de imbécil, doble tick azul. Mi ropa dice de mí: soy joven pero seria, dinámica y polivalente. Ubicación: asiento frente a la mesa de caoba de mi jefe en su despacho acristalado.

—Bien, veamos. Ah, sí. Del I al IO, ¿qué nota le pondrías a tu experiencia estos meses en Supersaurio?

Lo lee de un papel. Ojalá Dios, en su infinita sabiduría y misericordia, me agarrase y me llevase pronto con él. El verano que cumplí nueve años (soy Cáncer, es decir, soy leal a mis amigos, muy sensible, cabezona y rencorosa) estuve tres meses tirando huevos a la azotea de la vecina de mi abuela en Casablanca. Todas las tardes compraba una caja de huevos, subía a la azotea, me asomaba a la de la vecina y pasaba el rato bombardeando todo lo que se me ponía por delante: sus macetas, la ropa tendida, los juguetes olvidados de sus nietos. La oí insultar a mi abuela un día y se me quedó grabado en la cabeza. Llámame Batman. ¿Me arrepiento de lo que hice? No. ¿Mi experiencia estos meses en Supersaurio? Un castigo por mis crímenes del pasado, no me cabe la menor duda. Respondo cuando siento que ya no puedo alargar más el silencio.

—Creo que he aprendido mucho estos meses, sobre todo si tenemos en cuenta mis carencias... No estaba familiarizada para nada con el tipo de tareas que hago, pero lo he planteado como un reto. Uso de referencia la lista de objetivos que pusimos cuando empecé.

Entre tú y yo, a mi experiencia en Supersaurio le pondría un -I, pero todos los meses cobro 500 euros en concepto de ayuda barra beca, así que sonrío y asiento y espero de corazón que nada de lo que me tiren a la cara sea una pregunta. Aunque mi rutina aquí se asemejase a la de un

preso de Guantánamo, yo aguantaría hasta el final. Seré quien mi jefe quiera que sea durante el tiempo que él quiera y de la forma que él quiera. ¿Sinergias? Las busco, las creo. ¿Calls? Las organizo. ¿Estrategias transversales de creación de marcos estratégicos? Me las invento.

—De nuevo, del I al IO, ¿cómo calificarías tu relación con tus compañeros de departamento?

—La verdad es que me he sentido muy arropada por todos. Siempre que tengo una pregunta o una duda son bastante pacientes conmigo, mi experiencia no habría sido lo mismo sin su ayuda.

—¿Y con Yolanda qué tal? ¿Habéis limado asperezas?

Supersaurio S.L es la cadena de supermercados más importante de Canarias. Su mascota es un dinosaurio de color azul cielo que mide tres metros. Lleva una pajarita blanca y una capa amarilla. Por la bandera de Canarias, no sé si se entiende. Yo le habría puesto un presa canario a cada lado para redondearlo todo, pero bueno. Mis amigas dicen que tiendo al melodrama. Supersaurio tiene 211 supermercados en todo el archipiélago. 57 están repartidos por Gran Canaria. De esos 57, tres son hipermercados de dos o tres plantas. Hay uno en Las Palmas de Gran Canaria, uno en Telde y otro en Arguineguín. Los tres tienen parking subterráneo, cafetería, parque infantil y huelen igual. 20 de esos 57 establecimientos son Supersaurios Exprés. Me sé toda esta información de memoria, la vomité sin pestañear en la primera entrevista que me hicieron aquí, justo antes de decir que si fuese un animal sería una hormiga. La mayoría de estos supermercados se concentra en el sur de la isla, donde a los turistas no les importa pagar dos euros por una barra de pan descongelada y recalentada. Por ejemplo, yo vivo en Puerto Rico, una localidad al sur de Gran Canaria, y allí hay dos Supersaurios Exprés además de un Supersaurio normal. Uno está en el centro comercial antiguo y otro está en la playa, aunque no lleguemos a los 5.000 habitantes. También tenemos dos McDonald's, por si alguien los necesitase. No creo que mi jefe sepa esto, sospecho que soy la primera y única persona de Puerto Rico que conoce. El resto son todos Supersaurios normales de una planta. Hace unos días oí en una reunión que se va a construir un centro comercial nuevo en Puerto Rico y que Supersaurio está negociando abrir un supermercado allí también. No sé qué pasará con los dos Supersaurio Exprés. Quizá los cierren. El dinosaurio gigante que hay en la puerta tendrá que reciclarse, hacer un par de cursos del SEPE, buscar algo que no sea de lo suyo. Pondrá copas en algún chiringuito. Dirá: «No me quejo, al menos tengo trabajo».

Todas las mañanas cuando llego miro las luces de los paneles de colores que rodean el edificio de ocho plantas en el que trabajo. Las tres primeras son el hipermercado, el Hipersaurio más grande de la isla. El resto conforman la oficina corporativa. El espectáculo de las luces de colores es algo propio de una feria o de un Bershka, no de un supermercado. Brillan verde primero, lilas, rojas, vuelven a brillar, azules, amarillas. Por la noche son lo único que se ve en toda la calle. De vez en cuando me pongo los auriculares y la música al máximo y finjo que estoy en una discoteca. Para llegar a las oficinas tienes que usar el ascensor de la entrada a la derecha, el que está justo delante de la sección de prensa. No son una ni dos las veces que me he escondido entre los estantes para no coincidir en el ascensor con alguno de mis compañeros. En

esta primera planta están las cajas, la frutería, la sección gourmet y justo al lado la panadería y una cafetería muy grande. Si te haces una tarjeta de socio acumulas puntos para descuentos en gasolineras y tienes un café de máquina gratis cada vez que vas a hacer tu compra.

—Sí, sí —sonríó—. Desde luego. Aunque no creo que haya habido asperezas entre nosotras... Simplemente somos un poco diferentes.

Somos muy diferentes. Yo soy un ser humano. Ella... no sé qué es. Me gustaría que esto quedase claro por lo que pueda pasar en el futuro. Mi jefe, Ferrán Matiqui puedes llamarme Ferrán o Matiqui como tú prefieras se mira las manos y suspira. Pobrecillo, sufre.

—Me preocupaba que no consiguieseis encajar.

En más de una ocasión he fantaseado con encajarle mis manos en la cara. Llegar a su despacho, ver si está, tirarme a por ella, vencer. Despido disciplinario y probable denuncia en comisaría, lo busqué en Google. Soy una persona informada. Si le hago daño de verdad capaz termino pagándole una indemnización. No me merece la pena.

—Creo que ambas hemos hecho un esfuerzo por entendernos.

Somos la noche y el día.

—Perfecto. No te voy a robar más tiempo, solo quería saber cómo estabas y cómo te estás yendo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

¿Contratarme? ¿Despedir a Yolanda?

—No, no. Todo bien, gracias.

Él sonríe satisfecho y yo sonrío también. Soy un espejo, un agujero negro, depende del día. Preferiría tirarme contra un coche en marcha antes que hacer las paces o limar asperezas con Yolanda. Nací en los 90 y crecí en los 00. He sobrevivido a muchas cosas horribles: los pantalones de tiro bajo, la supuesta gordura de Kate Winslet, las cejas ultrafinas. A esto también sobreviviré.

Noviembre 2016

En el grupo de WhatsApp Tres Pollitos escribo:

[16:12, 21 | 11 | 2016] Yo: Iiiiiiih, me estoy despollando escondida en el baño porque al parecer es el cumpleaños de Yolanda

¿????? Y LE TENGO QUE COMPRAR UNAS FLORES DE PARTE DEL EQUIPO JAJAJ!

[16:13, 21 | 11 | 2016] Teresa: madre mía jsjajasjajaj vaaaaaaaaamoooo

[16:14, 21 | 11 | 2016] Teresa: cómprale unas flores preciosas que huelan a caca

[16:15, 21 | 11 | 2016] Yo: Jajajajajaj, me va a dar un soponcio de aguantarme la risa, en plan... Uff. No puedo.

[16:16, 21 | 11 | 2016] Carmen: o una corona de esas para los entierros, le dices «me recordaron a ti» jajajajaja

[16:16, 21 | 11 | 2016] Carmen: y se las das con el papel celofán haciendo kkkjjj kkkjjjj

[16:16, 21 | 11 | 2016] Yo: JAJAJA, «me recordaron a ti diciendo todos los días que estás organizando una fiesta por tu cumpleaños y que invitaste a todo el mundo... menos a mí...» jajajajajajaja. Fuerte boba.

[16:17, 21 | 11 | 2016] Yo: Fos, no me puedo creer las cosas que soy capaz de aguantar por dinero.

Noviembre 2016

—¿Entonces tu nombre no significa nada?

Parece afectado de verdad. Me encojo de hombros.

—No, lo siento. No significa nada.

El equipo de Compliance de Supermercados Supersaurio S.L. tiene cuatro miembros. Ferrán Matiqui es el jefe del equipo, directivo y VP de la empresa, lleva ocho años trabajando aquí. Todos le llamamos Matiqui menos Yolanda, que por algún motivo solo se dirige a él por su nombre de pila. Luego están Víctor Márquez y Pedro Otero, enfants terribles de cuarenta y uno y cuarenta y tres años y segundos al mando de Matiqui. Las pocas veces que he interactuado con ellos me he sentido drenada, agotada. Suelen hacerme preguntas muy básicas, al principio creía que era porque querían conocerme mejor, pero ahora sospecho que solo lo hacen porque les divierte entrar en debates y discusiones que no parecen tener fin hasta que la otra parte se rinde y les da la razón. Algunas personas les rehúyen por los pasillos, ellos no parecen darse cuenta. Siempre van en tándem y terminan las frases del otro. Da mal rollo. Cuando no soy capaz de evitarlos opto por poner cara de estúpida y finjo que nunca entiendo qué quieren decir. Todos son peninsulares. Por último está Yolanda. No tengo del todo claro cuál es su trabajo porque nunca la veo hacer nada. Creo que lleva aquí desde que se abrieron las oficinas, como un tótem.

Víctor niega con la cabeza.

—Pensaba que vuestros nombres siempre tenían algún tipo de significado, así como... Profundo. En la carrera tuve un amigo que se llamaba Badr, un tío cojonudo. Su nombre significaba...

Vuestros nombres, dice. El muy soplapollas. Sonrío.

—Bueno, una fase lunar, creo, por eso pensaba que tu nombre significaría algo.

Badr significa *luna llena*.

—Ahora me hiciste dudar —miento—. Preguntaré a mis padres esta tarde, quizás esté equivocada yo.

—Sí, sí, pregúntales. Es que algo tiene que significar, vaya. Pero él sí que bebía, eeeh.

Amaga darme un codazo amistoso. Durante un segundo deseo ser desollada viva.

—Bueno, ya sabes —finjo la risa—. No porque mis amigos se tiren por una ventana tengo que ir yo y hacer lo mismo.

Yo no quería venir a esto. Uno de los conceptos más cargantes del trabajo corporativo es el concepto «afterwork». No tiene sentido, es ridículo. Echas nueve horas o más al día en una oficina y luego sales de allí y te vas a un bar de copas a tomarte algo... con esas mismas personas con las que estuviste trabajando todo el día para «desconectar» del trabajo a pesar de que la mayoría de las conversaciones que se tienen allí son sobre trabajo. Miro la pantalla del móvil, son las ocho menos diez pe eme. Por la mañana Matiqui me reenvió un correo de Yolanda y dijo:

«Creo que Yolanda ha olvidado ponerte en copia, pero me gustaría que vinieses a esto». Los dos sabíamos que Yolanda no había olvidado ponerme en copia, pero yo solo era una becaria más de tantas. Mis sentimientos no importaban y mis opiniones muchísimo menos, así que vine. Si él me pedía que me tirase por una ventana, yo me tiraba. Fin.

Al principio no está tan mal. Intento ser abierta, tener iniciativa, ser una *doer* y no una *complainer*, hablo con unos, con otros, con todo el mundo. La chica de Compliance. Cada vez que alguien me trae una cerveza o me ofrece un gintonic le doy las gracias y lo rechazo. No bebo, perdona. Lo siento, no bebo. Muchas gracias, pero es que yo no bebo. Las respuestas que recibo van en la misma línea. ¿Cómo? ¿Por qué? Anda, solo una. Tranquila, solo es cerveza. ¿Ni una? Anda, mujer. Cuando me canso de ser asertiva, comienzo a aceptar lo que sea que me tienden para abandonarlo o tirarlo donde pille: el váter, un paragüero, unas macetas con plantas de plástico que hay en la puerta de la calle de atrás del local.

La séptima vez que vuelvo a salir fuera, alguien carraspea a mi espalda. Me quedo quieta en mi sitio en cuclillas, el botellín de Tropical suspendido en el aire.

—¿Hola?

Me giro despacio, muy despacio, intento alargar la milésima de segundo todo lo que puedo. Luego me pongo de pie. Su cara me suena, pero no recuerdo su nombre. Me quedo mirándolo en silencio, como una gilipollas. No digo nada.

—¿Estás bien?

Respira las -s, pero no es de aquí.

—No bebo —respondo.

—¿No?

—No.

Se ríe.

—De acuerdo.

—Y ños, la gente... No para de traerme cervezas, copas...

—Y tú no bebes.

—Ni gota.

—Ni una cerveza.

—¿Por qué todo el mundo responde eso cuando alguien dice que no bebe? «¿Ni una cerveza?» No tiene ningún sentido.

Parece pensarlo.

—Es por la sorpresa, supongo, una cerveza no es nada. —Se lleva una mano al bolsillo de su pantalón—. Pero tienes razón, no tiene sentido.

—¿Y si tuviese un problema con el alcohol? —continúo—. Y todo el mundo ahí por qué no bebes eh por qué no bebes toma toma anda toma una cerveza aunque sea.

—Te noto molesta.

—Lo estoy.

—¿Y por eso estás envenenando las plantas?

—¿Las plantas? Si son de plástico.

—¿Son de plástico?

—Son de plástico —repito, exasperada.

Se ríe de nuevo.

—Qué cutres, ¿no?

Me oigo a mí misma decir la verdad por primera vez en todo el tiempo que llevo trabajando con estas personas:

—Son muy cutres, sí.

Saca una cajetilla de cigarros.

—Organizan un *afterwork* para ejecutivos que cobran cien mil euros brutos al año o más y las flores que ponen para decorar el sitio son de plástico.

Arqueo las cejas. Cien mil euros brutos al año. Mi beca es de 500 euros al mes.

—Hace un segundo no sabías que eran de plástico.

—Pero ahora sí lo sé. La información es poder, no sé si te lo han comentado alguna vez.

Sí, y *France is bacon*, pienso.

—¿Qué? —me pregunta.

Le miro.

—¿Qué? —respondo, no veo a qué se refiere.

—Has dicho algo.

—No dije nada.

—Ah, pensé que te había oído decir algo. Cosas mías, ¿tienes fuego?

—No, no fumo, lo siento.

Se yergue en su sitio y me mira.

—No bebes, no fumas. Para ti las cosas estas tienen que ser un auténtico coñazo.

Me encojo de hombros.

—La comida está muy rica —digo, y le veo guardarse de nuevo la cajetilla de cigarros en el bolsillo. Al cabo de un momento, me tiende una mano.

—Soy Omar. Estoy en Calidad.

—Meryem. Compliance. —Aprieto su mano todo lo que puedo, fuerte, soy una persona seria, una persona de bien, alguien que no da la mano blanda nunca.

—Trabajas con Yolanda y Matiqui entonces.

—Y con Víctor y Otero.

Creo que se ríe, pero trata de hacerlo pasar por una tos.

—Tu cara cuando has dicho «Víctor y Otero», la misma que pondría un perro en una lancha. —Al ver mi gesto de espanto se apresura a añadir—: No te preocupes, si a mí también me parecen dos imbéciles. Siempre están por ahí atosigando a la gente en vez de dedicarse a hacer su trabajo.

—No los conozco mucho.

—Te lo digo porque me has caído bien —añade—. Casi me destrozas la mano, eso sí.

—Perdón. Es solo que es... raro, esto —nos señalo—. Creo que eres la primera persona que no me habla como si pensase que soy boba perdida. A lo mejor hay alguien ahí detrás de los cubos de basura grabándonos para pillarme en un renuncio.

—¿Como en *El jefe infiltrado*?

—No tienes mucha pinta de jefe.

Sonríó un poco.

—Se supone que el disfraz ha de ser bueno para que nadie me reconozca. Peluca, pintas de narcotraficante, toda la pesca.

Desde 2009 Supersaurio tenía cuatro dueños, los hermanos Bethencourt, Alma y Jacinto, y los hermanos Santana-Moreno, Andrés y Adolfo. Los cuatro habían comprado la cadena a un grupo de bancos que habían tenido la titularidad de la empresa. Según leí una mañana que me había pasado ordenando unos archivos mohosos de Yolanda, en 1966 Supermercados El Saurio se había vendido a Premium Ventures, una sociedad participada por Banco Timanfaya, que la rebautizó como El Saurito. Tiempo después, una multinacional noruega, Autek International, la compró y le cambió el nombre a Saurito S. L. En 2001 Autek International sufrió muchas pérdidas y vendió la compañía a un fondo de capital riesgo británico Kilgres Partners. Como la cadena ya había acumulado más de 503 millones de euros en deuda, pasó a manos de un grupo de bancos. Y así hasta hoy. Yo había recopilado esa información y la había condensado en un gráfico que ocupaba media hoja DIN A4. Matiqui respondió a mi correo con un escueto: Excelente, M. No sabía si lo había dicho en serio o si lo había dicho de forma irónica. En la guagua de vuelta a casa me tomé un antihistamínico porque las cajas de los archivos de Yolanda tenían tanto polvo que me habían provocado una reacción alérgica. Estuve una hora y trece minutos estornudando.

—Tus pintas de ahora son las de un narcotraficante. Podrías ser el jefe del cártel de Cali.

Se ríe otra vez. Echa la cabeza hacia atrás y se carcajea. Me hace gracia.

—Escúchame. No seas tan honesta con la gente de ahí dentro. No se lo tomarían bien. Me subo las gafas por el puente.

—No te preocupes por mí —digo—. Nunca digo lo que pienso.

Noviembre 2016

Me llamo Meryem. Son dos sílabas. Mér-yem. La -y se lee como una -ll, pero la mayor parte del tiempo soy Mereym. O Mereyn. También me han llamado Meyren, Mérien, Meriem, Meyrem, Meyrene, Meyreme, Miriam, Marian, Mariane, Meyremem. En el móvil tengo una carpeta con más de cien capturas de pantalla de todas las variantes, reformulaciones, adaptaciones e interpretaciones que otros han hecho de mi nombre. Sigo sorprendiéndome cada vez. Soy Steven Spielberg, siempre emocionada. La rosa huele igual, ya lo sé, blablabla. En la pública también se estudia a Shakespeare. Cuando te llamas como me llamo yo, cuando tu nombre es raro, extraño, nunca antes lo había escuchado, de dónde dices que viene, aprendes rápido una lección: nunca, jamás, debes mostrar que te molesta que tu interlocutor tenga tantos problemas con un sustantivo propio de dos sílabas. Nací, crecí, alguien lleva semanas llamándome «Meyrme» en los correos que me manda en el trabajo, pienso: «¿De verdad es tan difícil copiar una palabra de seis letras y pegarla en otro correo?», cojo ese pensamiento, lo embotello, no lo dejo salir, me lo trago, siempre lo tengo en la punta de la lengua. Me la muerdo. No me muero, solo me cabreo más y más. Soy canaria. No solo tengo el acento más sexy de toda España según varias encuestas, también poseo un tremendo umbral de tolerancia ante las adversidades.

En tercero de la ESO doña Mercedes, mi profesora de Matemáticas, me llamaba Mary Jane. La primera vez que lo hizo me miró, la miré, nos miramos y la corregí. Pasé los siguientes nueve meses de mi vida llamándome Mary Jane en su clase (algunos de mis compañeros gritaban PETER PARKER justo después a veces me acuerdo de ellos espero que estén bien uno es taxista ahora un día me subí a un taxi sin mirar y cuando me fijé lo vi a él y me reconoció y quise bajarme del taxi pero ya estábamos en marcha ya era demasiado tarde estuve a punto de vomitar en el asiento trasero de ese taxi cuando me bajé me dijo algo pero no le entendí bien huí huí huí; unos días después me buscó en Facebook y me escribió un mensaje de cuatro párrafos para disculparse conmigo por cómo me había tratado «cuando éramos jóvenes», fui a su perfil y le bloqueé ojalá se muera y mientras esté muriéndose vea mi cara flashear ante sus ojos). Yo no iba a doblegarla a ella, pero ella a mí sí. Al final desistí. Me disolví, entregué las armas, y desde entonces no me importa, no me opongo a nada ya, me llamo como mi interlocutor quiera llamarme.

Miriam, Meriam. Lo que sea, me resbala. A veces me llamo: «Mejor te dejo el DNI, será más rápido». Aprendí que resistirme nunca me aporta nada. Cuando no soy Myenere o Meriané soy: «Uy, ese nombre no es de aquí», o «Anda, pues pareces canaria», o «Qué nombre tan bonito, nunca lo había oído, ¿de dónde eres?». No importa lo acostumbrada que esté al interrogatorio, veinticinco años de explicaciones, no importa. Saberme la conversación de memoria no evita que me pese sobre los hombros la eterna preguntadera ni hace que me sienta menos impotente. «De aquí, de la isla», suelo decir, y «Sí, pero de dónde exactamente» me suelen responder. Fantaseo con girarme y decir: «Y a ti qué coño te importa de dónde soy exactamente, pedazo de imbécil,

qué quieres preguntarme de verdad, pregúntamelo ya», pero si hiciera eso mi interlocutor se ofendería muchísimo porque no está haciendo nada malo, solo me está preguntando, solo tiene curiosidad. *L'esprit de l'escalier* pero soy yo al pie de la escalera gritando que estoy hasta el coño de ser paciente y ser amable y sonreír y poner la mejilla todo el rato a todas horas ya no tengo mejilla te pongo la otra crúzame esta si quieres también. No tengo armas, estoy disuelta, me rendí hace tiempo. «De Marruecos», digo al final, aunque sea mentira, porque yo nací aquí crecí aquí me eduqué aquí viví toda mi vida aquí. Aquí.

Por eso no me enfado con el repartidor de Correos que me pregunta hoy. Respondo a todas sus preguntas con una sonrisa en la cara, soy la persona más educada del mundo, una persona serena, sosegada, encantadora, recito mi número de DNI sin que ninguno de los rasgos de mi cara cambie cuando me pide el NIE porque cómo voy a ser española si me llamo Meryem, Meyren, Mereyenen, a veces no estoy del todo segura, y tengo estos apellidos tan largos tan raros tan no-de-aquí. ¿Qué pone en mi DNI? REINO DE ESPAÑA, bien grande. ¿Acaso soy la única que lo ve? Querría estampárselo en la cara y decirle toma, ahí va, que te aproveche. Firmo donde me pide que le firme, recojo el paquete de Matiqui, no me tiembla ni un poco la voz, estoy tan orgullosa de mí misma, pero, ah, cómo le detesto, cómo le odio, con su chaleco azul y su casco amarillo y su cachivache digital de los cojones. El tiempo pasa y cada vez me cuesta más discernir qué es lo que realmente me enfurece: si saber que por mucho tiempo que lleve aquí, para alguna gente jamás seré de aquí, o el hecho de que tampoco soy ni nunca seré de allá.

Noviembre 2016

Tengo una teoría sobre la gente bajita. Me pasa de vez en cuando como a los racistas esos que creen que si llaman a alguien «morenito» o «morito» son menos racistas: digo «esa persona que no es alta». Se me escapa. Aquí me puedo expresar con total libertad, gracias a Dios. La gente bajita se divide en dos grupos: buena gente e hijos de puta. La persona más malvada que conozco es mucho más bajita que yo. Se llama Yolanda. Cuando coincidimos en el ascensor o en la oficina la miro desde arriba y trato de adivinar qué debe de estar pensando. Con qué sueña. Me resulta imposible no fijarme en su coronilla desde mi posición, en su pelo negro y ondulado casi siempre recogido en un moño apretadísimo. Me pregunto si tanta presión le dará jaqueca y por eso es así: cruel, dañina, tóxica. Franco medía un metro sesenta y tres centímetros. ¿Lo sabe? Quizá no tenga ni idea. Quizá no sepa que Margaret Thatcher medía ciento sesenta y seis centímetros ni que Benito Mussolini apenas llegaba al metro sesenta y nueve. ¿Winston Churchill? Uno sesenta y siete. ¿El presentador ese del programa de las hormigas de la tele que solo le hace gracia a gente que tiene que girar la cabeza para que las dos neuronas que les quedan conecten? Uno sesenta y cuatro según Google, lo acabo de mirar.

Si nos cruzamos en algún pasillo Yolanda y yo hay días que me saluda y días que no. Trato de imaginarme cómo es su vida fuera del trabajo. ¿Hace los mismos gestos, dice las mismas cosas? ¿Tiene amigos? Hay dos versiones de mí misma que se intercambian dependiendo de dónde esté y con quién, soy consciente de eso. De vez en cuando no tengo del todo claro quién soy en realidad, eso que doblo, ajusto y modifico todos los días antes de entrar al trabajo o yo. Me pregunto si ella también se siente así, si me tiene la misma antipatía que comienzo a sentir por ella. Qué ve cuando me mira. Los días más difíciles me pregunto por qué me trata de esta forma, tan mal. Nunca he sido desagradable con ella, al contrario. Nos veo interactuar desde fuera y sé que es imposible que nadie ignore cómo me habla, como si todo lo malo que sucede sucediera por mi culpa. En las horas que parecen no pasar después de comer en la oficina, cuando ya no se oye apenas un ruido, le dibujo en mi cabeza una casa al sur de la isla. Pongo un sol en una esquina, amarillo eléctrico, una casa de paredes blancas y altas y un techo rojo bajo un cielo azul. Ella es, al fondo de todo, una sombra negra. La siento así, lloviéndome encima a la menor oportunidad, empapándome hasta calarme en un microclima donde las nubes no existen.

Se hipotecó para comprar la casa que le estoy pintando. Me lo invento, no sé dónde vive, no sé cómo es su casa. No tiene jardín, pero sí una piscina, es un adosado en una urbanización donde no se oye a los niños jugar porque la mayoría de los vecinos son turistas que vienen de octubre a mayo. Todos tienen la piel quemada y llevan los bañadores por los sobacos para no ir desparramándose por la calle. A veces se suben así a la guagua y se sientan a tu lado, su brazo contra tu brazo, su rodilla contra tu rodilla, y el olor a aftersun se pega a la nariz. Cuando estoy muy cansada y no hay asientos libres hincho la barriga todo lo que puedo y finjo que estoy

embarazada para que un guiri me ceda el asiento. Me pongo la mano en la tripa y los miro hasta que alguno tiene la decencia de levantarse. Lo considero una forma de resistencia pacífica. Gran Canaria es un cementerio de elefantes borrachos de origen británico, alemán, sueco o noruego, estoy harta de ellos, no los soporto más. Nadie les grita que se vuelvan a sus países, claro. Son blancos.

En esa casa que visualizo para Yolanda no hay mascotas, no hay niños, solo hay silencio y polvo que se limpia cada día con la precisión de un reloj suizo. De vez en cuando se sienta a mi lado en alguna reunión a la que solo me invitan para hacer las actas y tengo que aguantarme las ganas de tocarle la cara con el dedo índice para ver si es una persona real o si está hecha de goma. Ver si es humana o qué. Somos Palestina e Israel, una en una planta con su propio despacho y una en un cubículo en un espacio abierto invadido por cualquiera que pase por allí. Siempre alerta por si baja a donde estoy y encuentra una nueva forma de sancionarme, boicotearme y reducirme a unos pocos escombros en cuestión de segundos. Toma estos quinientos archivadores, necesito que escanees y destruyas todo lo que hay aquí, es para hoy. ¿Sigues haciendo eso? Déjalo, necesito que vayas a hacer un recado a la otra punta de la isla, lleva estos papeles contigo. ¿Cómo es posible que no hayas terminado la primera tarea que te di, si solo te he interrumpido cincuenta y nueve veces durante el día con recados estúpidos?

En mi sitio, siempre a la vista de todo el mundo, le pinto una rutina de naranjas chillones y azules oscuros, su carácter borderline. Unos días amable, otros cruel. Os invito a todos a mi cumpleaños, dice. Las chicas iremos de largo, añade. Tiene cuarenta y seis disparos al corazón, esta persona. Ayer fui con mi pareja a probar el catering de mi cumpleaños, comenta en una estudiada performance cuyo objetivo siempre es el mismo: incomodarme, excluirme, dejarme claro que no soy, que no voy a ser y que nunca seré una más. Sentada en el baño donde a veces me escondo para llorar —casi siempre por su culpa—, le doy vueltas tucu tucu a la cabeza preguntándome qué pasaría si un día decidiese que no me cabe ni una más, si me girase muy despacio y la mirase a la cara y le preguntase cuál es su problema conmigo, en voz alta, delante de los demás. No lo hago, claro, todavía no se me fue el baifo. Sigue aquí. Alguno queda.

Diciembre 2016

Esta es la cuestión: en mi primer día en Supersaurio mi jefe estaba de vacaciones. *I am currently out of office with little to no access to my emails. If you have any urgent matter, please contact my colleagues Pedro Otero (pedro.otero@supersaurio.com) or Víctor Márquez (victor.marquez@supersaurio.com).* Lo conocí días después de empezar. Me estrechó la mano, me presentó a Víctor y a Otero, me invitó a un café. La persona que me recibió el día que puse un pie en las oficinas de Supersaurio fue Yolanda. Puse todo de mi parte. Quise gustarle. Quise caerle bien. Me mostré dinámica, activa, proactiva incluso. Pensé: «Es la única mujer de mi departamento, puedo aprender mucho de ella». Me dijo: «El mundo corporativo es muy competitivo, si lleva tantos años aquí es por algo». Me enseñó mi cubículo, luego su despacho y me explicó dos cosas: dónde estaba la cocina y dónde estaba la fotocopidora. Yo señalé un pisapapeles de la Unión Deportiva Las Palmas que había en su mesa y pregunté: «¿Sigues a la UD?». Ella me miró de arriba abajo, decidió que no me iba a hacer la vida nada fácil y se abstuvo de responder mi pregunta. Cuando me muera veré la cara que puso y la oiré decirme: «Bueno, Miriam, date vida y sígueme, que no tengo todo el día». La seguí, claro. ¿Qué otra opción tenía?

Diciembre 2016

Llego tarde llego tarde llego tarde. Hace tanto calor que no sé si estoy sudando, si me bajó la regla o si estoy experimentando los primeros coletazos de una menopausia prematura. Una finísima capa de arena sahariana lo cubre todo hasta el cielo, que ya no es azul sino naranja. Cuando corro siento que al respirar el polvo se me mete en los ojos y en la garganta y me abrasa como si estuviese bebiendo lava. Las caras de póker de los turistas me mantienen de buen humor. ¿No querían playita en invierno? Pues que se jodan. En los anuncios de compresas las mujeres miran a cámara y sonríen y hacen afirmaciones extrañísimas como ME GUSTA SER MUJER. No explican qué es eso que les gusta tanto de ser mujeres, ¿será poder comprar un paquete de dieciséis compresas a tres euros con sesenta y cuatro céntimos?, ¿será que la compresa en cuestión es fina y sin alas o extra grande con alas y superabsorción y una vez se pega a la braga la persona puede seguir con su vida normal como si nada? En los anuncios de compresas las mujeres sonríen mucho y hacen cosas que te llevan a pensar que la persona que desarrolló, creó, pensó, ideó, no sé, no sé cómo funciona ese mundo, ese anuncio nunca experimentó lo que es la regla. ¿A quién le da por hacer acrobacias mientras hay algo dentro de ti desprendiéndose, estallando, resbalando, arrasando con todo a su paso porque una vez más no te quedaste embarazada? Llego tarde, y cuando ubico a Carmen y a Teresa al fondo en nuestro rincón de siempre del bar de siempre me permito algo de dramatismo en mi llegada, algo de teatro.

—Lo siento, amigas —resoplo cuando llego a la mesa—, se me complicó el día porque la piruja de Yol...

Señalo a Teresa.

—Te cortaste el pelo.

—Sí. Siéntate, estamos repasando todas las cosas que hice mal en los últimos diez años de mi vida.

Me quedo mirándola.

—Pero si ayer lo tenías... casi por... el culo...

—Al parecer está rompiendo un ciclo —explica Carmen.

—¿Pero me queda mal? Estaba pensando teñirme de rubia.

Teresa se coloca sus gafas de sol en la frente y las desliza hacia atrás, como si se peinara con ellas. El pelo ahora apenas le llega por la barbilla, está muy guapa.

—Estás muy guapa —decimos Carmen y yo a la vez. Dejo mi mochila en el suelo al lado de la silla libre y me siento.

—Gracias, amigas.

—Es solo que me impresionó el cambio —digo—. Siento haber llegado tarde, parece que me perdí algo importante.

—Pues es que ayer me estaba quedando dormida, ¿vale? Y de pronto tuve una epifanía y me di cuenta de que siempre termino enganchada a tíos que encuentran el amor de sus vidas justo después de dejarme a mí. —Mira su móvil, lo bloquea y lo deja encima de la mesa—. La vida no me da un respiro. No me lo da. Luego ellos me dan las gracias por haberles enseñado a querer «bien». Los muy gilipollas.

De adolescente tuve amigas que me caían bien y amigas que no. Ahora no sé explicar por qué me caían mal, solo recuerdo lo incómoda que solía sentirme en su compañía. Nuestras dinámicas eran cambiantes, oscuras: si dabas un paso en falso te quedabas fuera. Algunos días éramos las mejores amigas del mundo, otros nos odiábamos. Yo era introvertida, ambiciosa, repelente. Nada me parecía importante, todo era una estupidez. Socializar en la adolescencia tenía mucho más que ver con sobrevivir que con otra cosa, al menos para mí, ya que me parecía que no había nada peor que estar fuera del grupo. El precio de la independencia se me hacía demasiado alto (burlas, señalamiento, indefensión), no estaba dispuesta a asumirlo. Los parámetros que habían propiciado nuestra amistad escapaban a nuestro control: edad, localidad, clase social. No importaba qué hiciera, a menudo me sentía fuera de lugar. Mis compañeros de clase estaban a otras cosas y yo era incapaz de interesarme de verdad por ellas. Aunque al principio fingí y meforcé, al final terminé aborreciéndolo todo el doble. Durante años creí que el problema era yo, y me dediqué a aplastar todo lo que no encajaba en montoncitos compactos que aplané, escondí y fui acumulando dentro de mí. Iba al centro comercial a dar vueltas sin ningún tipo de objetivo claro más allá de no rechazar un plan por si no volvían a invitarme jamás. Hacía tests de la *Bravo* y de *Superpop* en el recreo y trataba de decidir si yo era o no era la chica ideal para Zack Efron. Decidía qué muchacha de mi curso era una puta y cuál no en función de parámetros extraños como ¿se pinta los ojos? o ¿tiene mucha cadera?

Luego descubrí Internet. Un día escribí en la barrita del buscador de Google: «Teorías sobre la muerte de Sirius Black» y piqué en «Buscar». Era 2004 y no tenía Internet en casa, cuando necesitaba hacer un trabajo para clase iba al único ciberlocutorio que había en el centro comercial de Puerto Rico y pasaba allí la tarde. Las teorías sobre la muerte de Sirius Black eran de lo más variopintas, pero mucha gente había pasado página y se había dedicado a escribir sus propias versiones sobre lo que había pasado en el Departamento de Misterios. Sirius Black no estaba muerto, solo estaba en otra realidad, en otro plano astral, en el limbo, en coma... Harry tenía que salvarlo. Llegué a una web que se llamaba Harrylatino y me abrí una cuenta, y al principio solo me dediqué a leer las historias de los demás. A los meses comencé a escribir las mías. Publiqué mi primer fanfic a los trece años. La premisa era la siguiente: ¿Cómo fue la primera cita de Lily Evans y James Potter? Recibí cinco comentarios. No era buena yo, ni eran buenas mis historias, pero me lo pasaba bien. Con el tiempo mejoré y dejé la web de Harrylatino para pasar a Fanfiction.net, la Premier League del fanfiction. Casi todo lo que leía estaba escrito por chicas bastante más mayores que yo que escribían mejor que yo, aprendí mucho de ellas. Durante ese tiempo el fanfiction se convirtió en mi válvula de escape, una ventana a otras personas en otros rincones del mundo que estaban obsesionadas con las mismas cosas que me obsesionaban a mí. Quizá yo no era tan rara, tan extraña, tan incapaz de encajar en ningún sitio del todo. Quizá mi único problema era que Puerto Rico, Mogán, era demasiado pequeño y ofrecía muy poco a cambio de asfixiarme. A los dieciséis escribía sobre *Expendiente X*, *House*,

Skins, Bleach, Harry Potter, Crepúsculo, Canción de Hielo y Fuego, One Piece, Dragonlance... Conocí a Teresa y a Carmen a los quince porque me comentaban los fanfics de *Crepúsculo* que escribía. De vez en cuando les recuerdo que fueron mis primeras fans.

—Y de ahí fuiste y te cortaste el pelo.

—Pues como cuando Veronica pasó un infierno y decidió raparse para renacer y ser una nueva versión de sí misma.

—No conozco a ninguna Verónica —digo.

—Veronica Mars. «Mechón a mechón, renace.»

Sigo con cara de póker.

—¿Qué?

—Te estoy citando a ti —se queja—. Literalmente.

Carmen se ríe.

—Joder, no recuerdo haber escrito eso. —Me saco el móvil del bolsillo trasero del pantalón y busco en Google mi nick en fanfiction—. Fecha de publicación: 2006. Yuos, me siento viejísima.

—El caso es que yo también he renacido y ahora soy una nueva versión de mí misma.

Carmen y yo nos miramos, tenemos la decencia de no decir nada.

—¿Piensas actualizar «Map of the problematique» en algún momento, tú?

Map of the problematique es un fanfic que llevo un año escribiendo. La última vez que lo actualicé fue la semana antes de comenzar mi periodo de prácticas en Supersaurio. Ya no tengo tiempo para el fanfiction, solo para hacer fotocopias, releer informes o reciclar presentaciones de Powerpoint.

—Me gustaría. Todo el fanfic que estoy escribiendo ahora es sobre gente del trabajo, no me sale nada bueno. Oye, Teresita, ¿cómo sabes que esos tíos encuentran al amor de su vida justo después de dejarlo contigo?

—Pues porque a las semanas comienzan a subir las típicas fotos crípticas que en realidad no son nada crípticas, con pies de foto absurdos en los que ponen, no sé, «Mi mejor medicina» o «Pequeña gran revolución» y la foto es una selfie en un espejo en la que solo se ven las playeras de dos personas.

Ese tipo de fotos están en mi top 3 de fotos favoritas de Instagram, seguida de las fotos en las que una mujer sale girada y de la mano de alguien fuera de y las fotos de pies en la playa con «Aquí, sufriendo».

—Pero estás bien —pregunto.

—Sí, sí. O sea, creo que sí.

—Yo ayer me eché a llorar al salir de yoga —ofrece Carmen—, fue poner un pie fuera del estudio y comenzar a llorar así como flojito, ¿saben?

—Ay, no.

—Sí, sí. No tengo ni idea de por qué, no me pasa nada. Mercedes está bien, yo estoy bien, Dana está bien...

—Será por la tensión de una entrega que tengas o algo —digo a la vez que dejo mi móvil sobre la mesa. Carmen es ilustradora, siempre tiene encargos que no rechaza porque son de marcas o de empresas importantes así que encadena proyectos que ha de entregar para ayer—.

Cuando estoy muy tensa o nerviosa termino llorando por cualquier chorrada. El otro día estaba muy tranquila sin hacerle daño a nadie y de repente pensé: «Chias, Mery, hace tres años que no besas a un hombre».

Las dos se ríen.

—¿Tres años?

—Creo que un poco más de tres años, sí. Me dio el pánico, ¿no? Me bajé Tinder y estuve ahí media hora pim pam swipe left, swipe left, swipe left. Me deprimí y borré la app al rato.

Yo creo en el famoso clic. Conoces a alguien, le miras, te mira, todo encaja. Tú dices: «Mundo». Él sonríe y añade: «Na tu ral». Tinder se me hace aburrido. En general, los hombres me parecen aburridos. Los que no me aburren me dan miedo. Jose, 33. «Le diremos a nuestros hijos que nos conocimos en un museo.» Pedro, 29. «Crossfit, birras y *El club de la lucha*.» Matías, 31. «Jazz, crossfit y atardeceres.» Son todos la misma persona. Hay una parte de mí que comprende que los seres humanos nos imitamos entre nosotros para no parecer unos auténticos psicópatas porque la personalidad se suele castigar, sobre todo si eres una mujer. Buscar el amor es como ir a una entrevista de trabajo, supongo. Ahora todo el mundo busca el amor, me da pena, me da pánico. No eres tú del todo, mientes un pisco, quieres que te elijan, swipe right. Cuando lees «Jazz, crossfit y atardeceres» entiendes que el otro está haciéndote saber que es igual que los demás, no hay algo de ingenio o de inventiva. No pasa nada. Swipe left, pero el siguiente es un tipo de más de treinta años que está calvo y que le pone cero ganas a lo de sacarse selfies. No tienes problemas con los calvos, pero ahora mismo no son tu tipo, tienes veinticinco años. Sigues siendo superficial. El siguiente solo tiene una foto de su torso desnudo. El siguiente se define como «dominante» y busca sumisa. El siguiente no tiene una sola foto en la que no esté rodeado de niños africanos. Borrás la app, ya no crees en el amor. Lo peor de Tinder es que hace que me sienta muy vulnerable de una forma que no sé explicar. Lo primero que te suelta un señor si no le respondes a sus mensajes al instante es que para qué coño hiciste match con él para empezar, pedazo de puta. Tampoco eres tan guapa. Está cansado de divas. Esa hostilidad tan gratuita y tan repentina da miedo, hola guapa y que te follen puta guarra son las caras de una moneda que tiras al aire y a ver qué cae. Al menos el Joker tiene motivos varios para estar zumbado.

—Yo no lo voy a intentar más —dice Teresa—. Estoy lista para entrar a un convento.

—Hermana Teresa.

—Suena bien.

—¿Hermana Meryem?

Teresa se descojona.

—¿Hermana Carmen?

—Tenemos nombres muy de monjas, sí.

—Meryem sobre todo.

—La traducción de Meryem es María, eh. Lean un libro. Cultívense.

A pesar de todo yo sí creo en el amor. Siempre suspiro cuando termino de ver *Orgullo y Prejuicio* (2005) por millonésima vez. ¿Qué mujer no quiere un hombre que la infravalore y la trate con arrogancia solo para caer rendido a sus pies al descubrir que ella lo desprecia el doble? Un enemies to friends to lovers de manual. Quizá mi problema es que crecí leyendo fanfiction en vez de, no sé, a Miller o a Bukowski.

Diciembre 2016

Abro la nevera en la cocina de mi casa y saco un tupper de maakoda, zaalok y pechuga de pollo empanada que me hizo mi padre la noche anterior. Lo mejor de dos mundos, luego dicen que la gente no se integra y no sé qué. Repaso los contenidos de mi mochila antes de salir: portátil del trabajo, tic; botella de agua, tic; cargador del móvil y auriculares, tic; cartera, tic; rebeca y pañuelo porque el aire acondicionado en la oficina está a -4, tic; ganas de pasar otras seis horas de mi vida siendo maltratada por Yolanda, se me olvidaron. Mis padres están terminando de rezar en el salón, así que espero a que acaben antes de irme. «¿Pidieron mí?», pregunto. Mi madre dice: «Rezamos por ti y por tus hermanos todos los días». Cojo la guagua de las siete menos cuarto. El chófer de la 9I ya se sabe mi nombre de pila. No les cuento a mis padres que todas las mañanas cuando suena el despertador quiero renunciar a las prácticas. Que me siento como si se hubiese roto el hielo bajo mis pies y hubiese caído al agua congelada sin saber nadar. Hago el camino de mi casa a la parada sintiéndome esponjosa por dentro y muy querida, como si alguien me hubiese envuelto en film alveolar. Intento ser fuerte y aguantar, como ellos.

Diciembre 2016

En estas oficinas centrales de Supersaurio Supermercados S. L trabajan varias personas que creen que algún día heredarán la empresa. Las hay de todos los tipos: altas, bajas, gordas, delgadas, rubias, morenas, blancas, negras. Rapadas y calvas, incluso. ¡No tengo nada en contra de los calvos, no me dan miedo! Tenemos una lista de nacionalidades de la que el departamento de Recursos Humanos presume a la menor ocasión, como si jugase a Pokémon Go con cada contratación y su objetivo fuera hacerse con todos. Hay españoles, ingleses, mexicanos, venezolanos, colombianos, cameruneses e incluso franceses. Se acepta a todo el mundo, no se discrimina a nadie aquí. La mayoría son reponedores, eso sí. O cajeras.

3 de cada 5 son hijos de trabajadores que en su día se partieron el lomo para que su prole se sacase una ingeniería o, a una mala, una licenciatura en Derecho o en Economía. No son datos oficiales, me los invento. Ahora te miran atravesados si vienes en playeras a trabajar. Antes eran el futuro, hoy son dinosaurios con corbatas perfectamente abrochadas al cuello de camisas que se plancharon esta misma mañana y pantalones que llegan un poco por debajo de los tobillos. Todavía usan relojes de muñeca. Se ven obligados a competir contra personas diez o quince años más jóvenes que manejan todo el paquete de Office, hablan tres idiomas, se graduaron en ADE con un máster en análisis de datos o en business assurance y los llaman «putos boomers» a sus espaldas. A pesar de esto ambos bandos tienen mucho en común, he observado. Los dos hacen horas extra que no se les pagan, aceptan tareas que no les corresponde hacer y estiran sus paciencias hasta el infinito en pos de un reconocimiento que nunca llega. Terminan quemados y marchitándose antes de tiempo. La gran diferencia es que los primeros ya tienen la hipoteca, los niños y el coche y cobran más de dos mil euros brutos al mes. Los otros... no.

Yo a los diecisiete tuve la idea de estudiar Traducción e Interpretación porque se me daban muy bien los idiomas y no iba a caer en la gilipollez de estudiar Periodismo solo porque me gustase escribir. No me gusta hablar de esto, suelo fingir que no sucedió así y que lo mío era vocación. Mis padres no se disgustaron, al contrario. Sigue tus sueños, cree en ti, te apoyamos; eso recibí. ¿Me sirvió de algo? Al menos no estoy preparándome unas oposiciones a lo que sea. No conozco a nadie que no haya estudiado siguiendo el Plan Bolonia y que siga teniendo a todos sus patitos en fila, como dice mi amiga Silvia. Terminé la carrera, hice un máster, luego hice otro máster, luego me fui a ser au pair porque no tenía claro qué quería hacer con mi vida (¿otro máster?). Quack, quack. Volví, y conseguí unas prácticas en el supermercado con los mejores precios de todo el archipiélago.

La primera vez que pisé la oficina corporativa de Supermercados Supersaurio S. L tenía menos de cien euros en el banco, ningún tipo de ahorro y ni un miligramo de fe en que fuesen a contratarme. En el programa de inserción laboral de la Fundación Universitaria no habían sabido muy bien qué hacer conmigo. «Tu perfil es algo complejo», sentenció la persona que me atendió.

«Si al menos tuvieses alemán...» Disparo a quemarropa con silenciador. En Canarias las cosas funcionan de la siguiente forma: si todo falla, si no sirves para nada, si estás confusa y necesitas un tiempo para respirar, reorganizarte, decidir cuál será tu siguiente paso, siempre puedes entrar en el sector servicios y malvivir del turismo. Solo tienes que hablar inglés y alemán. Si además chapurreas noruego las recepciones de los hoteles del sur de la isla se pelearán a navajazo limpio por ti. ¿Por qué iba nadie a estudiar francés en Canarias? Si yo fuese francesa no vendría a Canarias de vacaciones, me iría a alguna de mis antiguas colonias, como Argelia, Túnez o Marruecos, donde todo el mundo habla francés porque tras tantos años de ocupación la lengua del colonizador se convirtió en la lengua culta del colonizado. Mi perfil complejo y yo decidimos rebajar nuestras expectativas y conformarnos con lo que fuese, como una vacante para BECARIO|A – DEPARTAMENTO COMPLIANCE IMPORTANTE EMPRESA CANARIA: PRÁCTICAS REMUNERADAS.

Por algún motivo me contrataron a mí y no al otro chico que se presentó. Durante mi primer mes como becaria en la empresa llegué a la oficina todos los días con la certeza de que en cualquier momento alguien me señalaría y gritaría «impostora». Yo era joven, dinámica, proactiva y resolutiva. Podía trabajar en equipo y de forma autónoma, tenía una actitud positiva y aprendía rápido: es lo que ponía en mi currículum y, por lo tanto, era La Verdad. Hablaba tres idiomas: español, inglés y francés; había vivido en el extranjero y encadenaba muchas, muchísimas, prácticas en empresas. Manejaba todo el paquete de Office y varios programas más. Todo lo anterior era cierto, pero lo había retorcido y embellecido de tal forma que cada vez que lo repasaba en mi cabeza sonaba a mentiras. Les había engañado a todos y no merecía estar allí, no hablaba como ellos, no vestía como ellos y, sobre todo, nunca conseguiría pensar como ellos.

El caso es que sigo aquí. Antes creía que el problema eran los demás, pero ahora sé y estoy segura de que la que no encaja soy yo. No invierto mis ahorros en acciones de la empresa (ni en ninguna otra), no tengo en Google Alerts las noticias sobre Supersaurio, no tengo muchas fotos con ninguno de mis compañeros y siempre marco «Quizá» en los doodles donde nos proponen actividades que hacer después del trabajo todos juntos. No quiero saber nada de hipotecas para comprar una casa ni me gusta vestir con faldas de tubo o pantalones de raya diplomática, no me interesan las fotos y los vídeos de los hijos de nadie y no creo, la verdad, que sea sano difuminar tanto la línea entre compañeros de trabajo y amigos. Todos los días llego a mi hora y me voy a mi hora, intento que nada de lo que pase en la oficina me arañe el espíritu, tacho un día más en el calendario laboral y cuando salgo por la puerta no quiero saber nada de nadie hasta el día siguiente.

A esto le doy vueltas mientras estamos todos sentados en la sala de reuniones de la octava planta de esta oficina corporativa de Supersaurio Supermercados S. L. Semioculta en la última fila con mi móvil en la mano y mis manos en el regazo, veo en la primera fila de sillas a todos los cargos importantes de la empresa: presidente, vicepresidentes y jefes de departamento; en la segunda fila, extremo derecha, a Marcial de Contabilidad susurrarle algo a Fernando, *office manager*. Veo a Lucía 1 y Lucía 2, ambas Executive Assistants también (es muy gracioso), teclear rapidísimo en sus móviles. En el extremo izquierda Víctor y Otero se colocan y recolocan varias veces en sus sillas. Cruzo las piernas. Tecleo rápido en mi móvil: «A mi novio cuando lo tenga pienso guardarlo en la agenda del móvil como MI PERVERSO NARCISISTA» y doy a enviar tuit.

Llega tarde Yolanda con varios perdón, disculpa, perdón en la punta de la lengua y el tac tac de su taconeo que no cesa ni siquiera cuando me mira y pasa de largo delante de mí, yo siempre sentada en la última fila, lista para irme en cuanto todo se acabe y ella siempre en la primera, la trabajadora más leal que esta empresa ha visto. Se sienta en el único asiento vacío que queda a la izquierda de Lucía 2 y hay un segundo, una décima parte de la milésima de un segundo en la que pienso que yo podría estar sentada con ellas si hubiese querido. Formaría parte de las Totally Spies de mi empresa, una organización que no existe sobre el papel pero que en realidad mete mano en varios aspectos de las vidas de sus trabajadores. Tampoco forman parte los de IT, supongo que por frikis, ni los contratados por ETT ni los becarios. Lucía 1 y Lucía 2 se tomaron la molestia en mi primera semana de advertirme que Supersaurio era una empresa en la que nunca se contrataba a los becarios. Me lo comunicaron por mi bien, para que no me hiciera ilusiones. Les di las gracias con una sonrisa pequeña. Les dije: «No soy una persona con muchas ilusiones, no se preocupen». Ahora me miran de reojo de vez en cuando.

Cuando giro la cabeza a mi derecha veo a Omar de Calidad a varios asientos de distancia. Me sonrío. Le sonrío. La jefa de Recursos Humanos, Macarena, llega por fin. Tiene que comunicarnos algo importantísimo. Está muy seria. Hay algo en el gesto de su cara que me hace mucha gracia de repente. Parece que va a vomitar si abre la boca. Lo reconozco porque es la misma expresión que suele quedárseme cuando he de decir algo que no sé cómo verbalizar. Me pellizco un muslo para no reírme. Omar arquea las cejas. Le imito. Pienso en Pacho Herrera, de Narcos. Tengo miedo real a que se me escape una carcajada. «Siento mucho tener que ser yo la que dé la noticia» oigo que dice Macarena. «Sé que muchos de vosotros habéis estado oyendo rumores estos días sobre un ERE. No va a haber ERE, pero sí se va a recortar el número de cajas.» Todo el mundo se calla a la vez. Ya no hay nada que temer. Alguien se ríe en las primeras filas, no sé si de alivio o por qué. Las cajas pertenecen a otra especie, la especie «Haber estudiado». No le importan a nadie. Yo me muerdo la boca por dentro para no emitir ni un solo sonido. Van a poner máquinas de autopago en la primera planta del supermercado, un proyecto piloto. Sobran empleados. Tardo mucho, muchísimo tiempo, en darme cuenta de que, mientras yo los miro a ellos, siempre hay alguien que me mira a mí.

Diciembre 2016

10:43 a eme le pregunto al señor de la barra en Dinardi si puede rellenar de café el termo que le tiendo porque es ecofriendly y estoy concienciada el señor de la barra me dice que cómo rellenar el termo de café eso un termo de Starbucks dice allí el café es muy caro pero no sabe igual que el café bueno de verdad yo sonrío sin saber muy bien qué responder porque de café sí entiendo un poco y yo no me bebería lo que sirve ni aunque me lo diera gratis pero a Matiqui le encanta Matiqui es mi jefe y si mi jefe dice salta yo pregunto cuántos metros pero le digo al señor del bar que si puede (por favor) poner el café en el termo de Starbucks me dice que claro por poder claro que puede pero que no puede llenarme el termo el señor de la barra en Dinardi y yo nos miramos y sé que va a vencer él pero yo no me desanimo y le repito que lo que quiero en realidad es que me ponga el café que no es ese tan malo como el de Starbucks sino un buen café de verdad café de bar en el termo me dice que es que no puede rellenar el termo así que me pone el café en un vaso de papel y le pregunto después de pasar la tarjeta de mi jefe fssshhh fssshhh que por qué no puede ponerme lo que me ha puesto en el vaso de papel en el termo acaso no sabe que así generamos menos residuos porque el termo se puede usar mil veces pero el vaso de papel solo tiene un único uso me explica que porque llenarlo hasta arriba no es aconsejable ya que el café pierde su calidad consigue el señor de la barra hacerme desistir de mi noveno intento de explicarle que lo único que yo quería era que pusiese en el termo el contenido del vaso para así salvar al planeta porque lo que evitará que todos muramos abrasados y deshidratados en el desierto que quedará cuando la Tierra no pueda más no es que la gente más rica y las multinacionales dejen de abusar de todos los recursos como si solo existiesen ellos sino usar un termo en vez de un vaso de papel para llevarle un café a mi jefe a la oficina. Un día más, ganan los malos.

II

Diciembre 2016

Matiqui nos reúne para informarnos de que ninguno de nuestros puestos de trabajo corre peligro, es la plantilla del supermercado la que va a llevarse el golpe. Era cuestión de tiempo, estaba cantado, todo el mundo lo sabía. Una vez entran las cajas de autopago por la puerta las cajeras van saliendo poco a poco por la ventana. Yo no abro la boca en ningún momento. Somos un buen equipo, nos explica. Incluso mi labor es importante, al parecer tengo un gran ojo para el detalle. Hemos hecho un gran trabajo este año. No tenemos nada que temer, pero no podemos aflojar en ningún momento, claro. Miro a Yolanda a la cara y ella me mira a mí. Otero dice: «Cómo nos van a echar, si somos unos putos cracks». Víctor asiente: «Resultados, resultados y más resultados cueste lo que cueste. Ese es el secreto». Poco a poco Yolanda ha ido encasquetándose todas las cosas que no quiere hacer. Organizar cronológicamente todos los documentos corporativos de la empresa, escanearlos y destruirlos, por ejemplo. Llevar una lista actualizada de los apoderados de cada una de las filiales de la compañía y de sus equipos directivos. Preparar informes de gastos del departamento. Hacer predicciones de cuánto dinero necesitaremos para el año que viene aunque yo no estaré aquí el año que viene. Hacer las actas de todas las reuniones que Matiqui tiene con otros departamentos como Logística, Comunicación, Legal. Ir a por el café de Matiqui. Soy consciente del momento en el que se da cuenta de que lo que ideó como una forma de tortura para mí se ha convertido en un arma de doble filo: si yo puedo hacer esas cosas cobrando la miseria que cobro ¿para qué sirve ella? Le sonrío.

Diciembre 2016

Tengo una teoría sobre el amor y el odio. Le doy vueltas mientras veo mi taza girar en el microondas de la cocina que hay en la sexta planta. La luz naranja la ilumina y no puedo evitar pensar que me siento exactamente igual que ella: encerrada en un espacio muy reducido con un foco sobre la cabeza y varias personas cruzadas de brazos delante de mí. Esperando. A veces juego a un juego conmigo misma: si establezco contacto visual con mi némesis cuando no se ha dirigido a mí, pierdo. Paso un minuto entero estudiando la puerta de ese microondas como si fuese el objeto más fascinante con el que me he topado en toda mi vida. Si la saludo sin mirarla, pierdo. Si giro un poco el cuello y doy muestra alguna de que sé que está allí y de que soy consciente de que, una vez más, he sido la única persona a la que no le ha dado los buenos días, pierdo. Si de alguna forma le hago saber que sé que sabe en qué estoy pensando, pierdo.

Soy un océano en calma. Soy imperturbable.

Mi teoría es la siguiente: el amor y el odio son exactamente lo mismo. No son complementarios. No son las dos caras de una moneda. No existe una difusa, delgada, apenas visible línea que los separe. Son el mismo elemento en distintos estados: uno es líquido, el otro es sólido. El amor fluye, el odio se atasca. Ambos generan frío y provocan calor, vértigo, sudores, algún que otro mareo. Arden en el estómago, en las puntas de los dedos, pican en la piel. Te intoxican. Te quitan el sueño, las ganas de comer y los llevas en el pecho, en las tripas. Se apoderan de ti, te poseen y secuestran tu voluntad: te ves desde fuera haciendo auténticas estupideces, cosas que sabes que no harías en otras circunstancias, como sacar tu taza ya caliente del microondas, remover el café con una cucharilla y meterla de nuevo un minuto más con tal de no darte la vuelta y reconocer la existencia de alguien que lleva dos minutos graznando conceptos como *opciones sobre acciones*.

Cuando terminé la universidad pensé que los corrillos se habían terminado para siempre, pero no solo no se terminaron sino que ahora los forman personas de la edad de mis padres. Tu cordura, o la poca que te queda ya, se tambalea durante días, semanas e incluso meses. No puedes evitar pensar en la otra persona y tampoco puedes dejar de hacerlo. Esa a quien quieres. Esa a quien odias. Se convierte en una canción que te sabes de memoria y que durante mucho tiempo te acompaña a todas partes. El clac clac clac clac de sus zapatos de tacón, su forma de vestir (hoy de Burberrys de pies a la cabeza, botas de caña alta, jersey de cuello vuelto, chaleco acolchado: en cualquier momento se sacará unas zanahorias de los bolsillos del pantalón y nos llamará a todos Rocinante), su tono de voz. Te aprendes su melodía, la letra, y no se va de ahí por mucho que tú quieras.

Al principio no te das cuenta. Intentas volver atrás de vez en cuando para ubicar, congelar y estudiar el momento en el que todo empezó. No siempre lo consigues, pero en ocasiones puedes verlo. Fue la primera mueca fea que le pillaste cuando alguien te pidió tu opinión para algo. Fue

una mirada extraña, un comentario de pasada en el ascensor que sabes que no era realmente de pasada, sino que estaba destinado a hacer que te encogieras durante las siguientes nueve horas de tu vida. Fue un informe que te costó varios días preparar y que ella copió, pegó en un Word y presentó como si fuese suyo. Fue hacerte la vida imposible con detalles imperceptibles que provocaron que te preguntases durante meses si estabas loca o si alguien que te saca veinte años se estaba esforzando activamente en mandarte a casa llorando tres de cada cinco días trabajados.

Tanto el odio como el amor te sobrevienen y barren con la mitad de las cosas que antes ocupaban tu día a día. Apartas a otras personas para darle prioridad a esto que te ha apretado en su puño y te está haciendo temblar. La única diferencia radica en lo siguiente: puedes hablar abiertamente de querer a otra persona, pero no de odiarla. Si yo quisiera, si me apeteciera, podría hacerle un cumplido a Yolanda. Preferiría que un carro tirado por caballos arrastrase mi cadáver por toda la isla antes que dedicarle una buena palabra porque sí; pero nadie me censuraría si lo hiciese. A nadie le parecería mal. No obstante, nunca podré citarle a gritos la extensísima lista de razones que me han llevado a tener la cara pegada a la puerta del microondas hoy porque me niego, me resisto, a ceder una vez más. No, cuando odias tienes que disimular el disgusto que te causa la mera presencia de esa persona. Tienes que llevarlo con elegancia y madurez, disimular y fingir que no existe. Mantenerlo en secreto, siempre. Que nadie sepa de su existencia, que nadie pueda intuirlo siquiera. No importa que lo notes en el estómago y a veces te nubla la vista, que se expanda en tu pecho y se te atore en la garganta llenándote luego la boca de bilis. Debes aguantar. Como con el amor, el odio está ahí. No te puedes deshacer de él. No se va.

Si querer saca lo mejor de nosotros, odiar también. Cuando quieres eres mejor persona, cuando odias eres una mejor peor persona. Todos tus sentidos vibran, tu talento para los detalles se agudiza, las emociones fluyen, es un éxtasis. Gracias al odio he descubierto mi infinito talento para la maldad. Mis observaciones se han vuelto más afiladas, mis palabras armas de destrucción masiva. El odio te cambia aunque tú no quieras. Hay algo que antes funcionaba dentro de mí de cierta forma y ahora ya no. Llega un momento en el que quieres dejar de ser tú quien acaba comiéndose su plátano escondida en la azotea porque es incapaz de soportar un comentario más. Todo lo que está un poco torcido dentro de ti te palpita bajo la piel porque eres capaz de responder pero no lo haces. Una y otra y otra vez escoges no hacerlo. Te dices a ti misma que hay una línea que no vas a cruzar porque tú no eres así. (Podrías serlo, sin embargo.)

Por eso cojo mi taza, ya demasiado caliente, y hago como que leo un correo cuando salgo de la cocina. La siguiente vez que voy y no hay nadie saco todas las tazas de Yolanda y las coloco en la cajonera más alta que encuentro. Tengo que ponerme de puntillas y tardo diez minutos en conseguir colocarlas todas de forma que nadie pueda verlas. Que las busque ahora, a ver si las encuentra.

Diciembre 2016

Camisa de cuadros, pantalones vaqueros, Vans y el móvil en la mano me miraste y yo llevaba puesta una camiseta con algo de escote que acababa de comprarme el día anterior, ralentizaste el paso hasta ponerte a mi altura me dijiste «qué tetas» y me sonreíste como si compartiésemos un secreto. Ojalá te dé un ictus antes de llegar a donde sea que estés yendo, ojalá te atropelle un camión y te haga papilla a mis pies. No vuelvo a ponerme esa camiseta en la vida.

Diciembre 2016

La puerta de recepción pita y se abre. Mi cubículo está justo detrás de la mesa de recepción, de espaldas a todo el mundo. El cubículo que hay frente al mío está desocupado siempre, pero me da vergüenza preguntar si puedo cambiarme allí, así que me aguanto. Para entrar a mi planta tienes que meter el dedo en un lector de huella dactilar. Los primeros días me hacía gracia, ahora me parece un coñazo tremendo. Hace unos años se presentó el ex marido de una mujer que trabajaba en Contabilidad y montó un buen pollo justo donde estoy sentada ahora. Ella no le cogía las llamadas y no le abría la puerta cuando se presentaba en su antigua casa. Decidió venir aquí a gritarle y amenazarla porque poner tanta tierra de por medio no había sido claro para él. Entró con una antigua tarjeta de acceso de la mujer. A él tuvieron que sacarlo los de seguridad a rastras. A la chica que trabajaba en la recepción la despidieron por haber estado en ese momento haciéndose un café en vez de atendiendo la puerta y por no haber informado a sus superiores de que una empleada tenía dos tarjetas de acceso al edificio. A la mujer que trabajaba en Contabilidad también la despidieron por no haber informado a sus superiores de que tenía dos tarjetas de acceso al edificio y por poner en riesgo a sus compañeros de trabajo debido a ese error. Lucía 1 y Lucía 2 me miraron con los ojos muy abiertos cuando me contaron la historia. Habían pasado mucho miedo, nunca en todos sus años en Supersaurio habían visto algo así. Yo asentí y les dije que tendría que haber sido una experiencia horrible para ellas. No dije que en los espejos de los probadores que hay en la sección de ropa y calzado hay una pegatina que te anima a llamar al OI6 si eres una mujer maltratada. No añadí nada más. Le quité la tapa a mi yogur, la tiré en la papelera y me fui a mi sitio.

Es jueves. Matiqui tiene cuatro reuniones que se solapan y Yolanda está muy liada hoy como para ocuparse de lo que me ha encasquetado a mí. Llevo un buen rato esperando en recepción a un repartidor de MRW que ha de traer un juego de documentos «extremadamente importantes» —palabras textuales de Yolanda, que me ha explicado todo muy lento y muy despacio por si no me entero bien— que luego habré de entregarle a Matiqui. También me tengo que asegurar de que Matiqui firme todas las hojas de un contrato que viene en ese sobre cuando tenga un hueco libre entre reunión y reunión, lo tengo que revisar de nuevo y lo tengo que enviar a una persona que se llama Gerónimo V. Martínez del Pino Riení. Todos los días mis amigos hacen cosas muy interesantes con sus vidas, yo hago esto.

—¡Mira tú! Si tenemos aquí nada más y nada menos que a Meryem de Compliance.

—Sabes, hace unos días fui a un «workshop» organizado por Recursos Humanos —le digo a Omar, que entra en recepción— sobre cómo detectar situaciones de abusos o acoso en el entorno laboral y cómo enfrentarlas cuando se dan.

—No me digas. —Se sienta en una butaca que hay a mi derecha, los dos frente la recepción. Le miro de reojo, es todo piernas estiradas, espalda recta. Suspira como si no le quedase un átomo de energía en el cuerpo. Sonríe mientras listo tareas pendientes en mi agenda para hoy.

—Fue muy interesante. El tonito ese que pones cuando dices «Meryem de Compliance» podría considerarse tóxico o abusivo.

Se ríe.

—¿Abusivo? Si es pura alegría mía de verte. Confundes amabilidad con maltrato, ¿en qué clase de departamento trabajas? Mira, por ahí viene tu jefa.

Nuestro nuevo recepcionista recita por teléfono el pedido de la fruta para la semana que viene: setenta plátanos, cincuenta manzanas, ocho racimos de uva...

—¿Qué jefa? —pregunto, girándome hacia él.

Me yergo un poco en mi sitio para ver a quién se refiere. Le veo señalar a Yolanda con un ligerísimo movimiento de su cabeza. Frunzo el ceño. Hoy *mi jefa* lleva media hora enfrascada en una conversación acerca de quién sabe qué con alguien. Esto es lo que la tiene demasiado ocupada como para encargarse del sobre muy importante con los papeles superimportantes que hay que mandarle a un señor megaimportante.

—No es mi jefa.

La segunda vez que Omar y yo hablamos fue en la cola de la cafetería del supermercado. Yo no tenía cambio para pagar mi merienda, él se adelantó y me invitó. Somos compañeros, dijo. Yo asentí. Como persona serena que soy, odié todas y cada una de las palabras que dije en los cinco minutos que duró nuestra conversación y pasé el resto del día atosigándome a mí misma por el tipo de cosas que salían por mi boca sin que yo quisiera. A la mañana siguiente busqué su foto en el organigrama gigantesco que hay pegado justo detrás de donde se sienta el recepcionista, encontré su departamento y busqué su despacho. Quality Assurance – Head. Era un jefe de verdad. Decidí evitarle a partir de ese momento. Le di dos monedas de dos euros, las dos muy brillantes. Hay cierto orgullo en mí: odio deber dinero. Ahora estamos en paz, dije. Conseguí ofenderle de alguna forma, sospecho, pero no tengo tiempo en general para considerar los sentimientos de los hombres que me rodean. Me dejó cuatro euros porque yo tenía solo un billete de diez. Se los devolví. En lo que a mí respectaba, estábamos en paz.

Desde entonces siempre me aborda así, no hay *holas* y no hay *qué tales*, solo está él con su pregunta, observación o comentario del día. Si estoy tomándome un café y coincidimos se sienta conmigo. Si está tomándose un café y coincidimos me siento con él para no parecer antisocial. A veces me hace mucha gracia y otras me pone la cabeza como el tambor de una lavadora. Mi amiga Carmen cree que él también odia trabajar aquí. Yo discrepo, siempre parece estar en su salsa. No me animo a preguntarle por si me traiciona ante los demás. Me gusta ser una persona sin colores ni carisma aquí. Me hace sentir a salvo, protegida.

—Pues ella no parece tenerlo muy claro, eh. —Extiende un brazo, se toca la sien con los dedos, forma una pistola con su mano y finge pegarse un tiro—. *Miriam*. Quizá tengas que quejarte a alguien.

—Fuerte tortura.

Agrupar a varias personas de diversas procedencias y hazlas pasar varias horas al día juntas en un entorno cerrado. Asigna un rol a cada uno de ellos en función de su formación, su edad y su experiencia. Organiza sus relaciones de forma jerárquica. Cierra la puerta y deja que fluya la

magia. El experimento de la cárcel de Stanford es una chorrada si lo comparamos con lo que sucede en una oficina normal. Dale a una de esas personas cualquier tipo de poder sobre las demás, por nimio que este sea, y verás cómo se transforma en un villano de serie de dibujos animados de la noche a la mañana. Sus subordinados se convertirán en las personas sobre la que verter todas sus frustraciones y sus miedos, gente a la que exigirle el doble de lo que se exige uno a sí mismo, a la que tratar de malas maneras cuando las cosas no van bien, a las que dejar de reconocer como iguales. Dale ahora un miligramo de poder a uno de esos subordinados para que lo ejerza sobre el resto. Ponte cómodo, observa.

Cada *Miriam* de Yolanda es un recordatorio de quién soy yo para ella, de dónde me ve. La recién llegada, la intrusa, la becaria. Al principio intenté de todas las formas posibles hacerle saber que no quería ser nadie allí y que mi presencia no suponía ningún tipo de amenaza para ella. En cierta forma lo sigo haciendo: ocupo el espacio mínimo, desaparezco de los sitios en cuanto aparece, la evito de todas las formas posibles. No importa cuánto me retraiga yo, ella siempre se siente atacada por los detalles más banales, más estúpidos. No le gusta cómo visto, no le gusta cómo hablo, no le gusta cómo trabajo, no le gusta yo.

—¿Qué clase de sistema premiaría a una persona que experimenta serias dificultades con un nombre de seis letras? —murmuro, tan bajo que durante un momento pienso que no me ha oído. Se ríe entre dientes, me mira a la cara por primera vez.

—Qué mala leche —comenta con alegría, como si le hiciese gracia de verdad—. Entre ayer y hoy he recogido 89 incidencias. ¿Cuántas veces crees que puedo explicarle el mismo procedimiento para el mismo problema a la misma persona?

—¿Sin chillar? —Me toco la barbilla con los dedos. Finjo pensar.

—Con buen talante, claro.

—Ah, José Luis Rodríguez Zapatero. Las mejores cejas de la democracia.

Esta vez la risa le sale por la nariz. Se levanta de la butaca y se gira en mi dirección.

—Esta noche vamos a ir a tomar algo algunos de mi departamento —comenta—. Tengo que tratar bien a mis subordinados, ya sabes. Porque soy un jefe y todo eso.

—Un jefe guay.

—Exacto, una persona muy importante aquí, y creo que las otras becarias vienen también. Por si quieres venir.

—¿Qué otras becarias?

—Pues las que hay.

—¿No tienen nombres?

La atmósfera se enrarece. Me siento imbécil de repente.

—Mira, la última 9I a Puerto Rico sale a las nueve y cuarto —explico—, y la última vez que la perdí tuve que pillar la 0I...

—¿Eso es malo?

—¿La 0I hasta Puerto Rico? —hago una mueca de disgusto con la boca—. Si llegas entero echas el estómago en cuanto pones un pie en la parada. Son más de dos horas por la carretera secundaria.

Omar asiente con ligereza. Es de esas personas que sonríen con los ojos, resulta complicado sostenerle la mirada. Yo solo sé fruncir el ceño o mirar a través. No lo hago adrede, soy canaria.

—La verdad es que cada vez que dices Puerto Rico me hace gracia. No pegas nada allí, y a la vez... sí.

Diciembre 2016

Pensamientos que tuve una tarde en la azotea de la casa de mis padres en Puerto Rico: Puerto Rico es probablemente el mejor lugar de España y del mundo, el rincón más soleado de la isla protegido siempre de los alisios por sus cumbres. Mar tranquilo, gente tranquila, veinticinco grados todo el año. Ofrezco datos para que se comprenda mi opinión. Una vez me estaba comiendo un helado tranquilamente en el parque y vino un señor un poco sucio y me gritó DÁMELO. Yo tenía siete u ocho años, me asusté mucho y se lo di. No se lo conté a mis padres porque me dio miedo que se enfadasen conmigo por ser una cagana. En mi familia todo el mundo es carismático, con carácter, fuerte, dispuesto, disciplinado, yo no sé a quién salí. Pienso mucho últimamente en ese señor, en si le supo mi helado que me robó en el parque antiguo que había en Puerto Rico al que me gustaba mucho ir, aunque los columpios fuesen una puta mierda. Pienso en si seguirá vivo. Puerto Rico te curte, bien por las khaltis en chilaba que saben con quién fuiste a la guardería (aunque tú no lo recuerdes ya) y de qué color era la primera caca que hiciste, bien por las veces que esperaste a la guagua para ir al instituto mientras un guiri vomitaba a cinco metros de ti hasta su última papilla. El olor te acompañaba todo el día, te querías morir. Lo que no te mata te hace más fuerte. Hace unos años rompí con uno que decía que era sapiosexual. Si soy fiel a la verdad, él rompió conmigo, solo que no me lo dijo: dejó que me desgastase hasta que tomé la decisión yo. Le atraía la inteligencia de las personas, no sus cuerpos, algo muy conveniente para mí porque odio mi cuerpo pero confío bastante en el cableado de mi cerebro. Su peor defecto era que era una persona muy perfeccionista y muy honesta, decía. Vivía con sus padres y tenía muchas opiniones sobre los errores que cometíamos todas las personas que pertenecemos al grupo «clase obrera». Yo nunca era lo suficientemente revolucionaria, no tenía visión. En ocasiones le miraba y pensaba ¿qué haces con este imbécil que dice chovonista en vez de chovinista? Mi problema en el amor es que siempre termino con esa mirada. Siempre. Me cruzo de brazos, ladeo la cabeza hacia la derecha (tengo un problema en los oídos, mi equilibrio no es bueno) y miro a la persona que tengo delante en silencio. Mi amiga Teresa lo llama «tu cara de juzgar». Él escribía de vez en cuando en blogs que sospecho solo he leído yo. No se lo he dicho a nadie, lo de los blogs. Me genera una vergüenza tremenda. No me morí cuando lo dejamos, pero es que nadie se muere por amor. O lo que sea que sintiese. Creo que nunca he estado enamorada de nadie, solo he ido conformándome con lo que había. ¿Es raro eso? Qué hijo de puta, sapiosexual. Si la sintaxis de lo que escribía se la corregía yo. Supongo que ser de Puerto Rico consiste en esto. En no morirte, a pesar de todo.

Diciembre 2016

De vez en cuando la 91 pega un giro a toda pastilla por la carretera antigua que pasa por la playa de Balito justo al lado del hotel ese chusco que hay ahí y yo cierro un momento los ojos y me coloco en mi asiento de forma que consigo no ver dónde podríamos terminar si el chófer de la guagua se descuidase una milésima de segundo. Dura un parpadeo, la distancia que separa Balito de Puerto Rico, pero el serpenteo de la guagua por los acantilados le retumba a uno por dentro, así que siempre tienes la impresión de que vas a terminar en el fondo del mar con tus pobres padres llorándote arriba. Coronas de flores, tu mejor foto enmarcada, DEP. En la radio suena *Somos Costeros* de Los Sabandeños y los Gofiones. Me gustan los Sabandeños de forma no irónica, no recuerdo una verbena sin una canción de ellos. Lo primero que hice cuando cobré mi primer sueldo fue comprar una tarta para celebrarlo y pasarme a Spotify Premium porque estaba hasta los cojones de los putos anuncios. Cuando estás tieso y no tienes perras todo el mundo se cree con derecho a pasarte por encima y a acosarte. A los turistas les encanta el paisaje: las olas rompiendo, las rocas duras y negras, los barcos turísticos en el agua, ¿un delfín?, pero a mí me horroriza la idea de caer. No sería extraño terminar allí, en el fondo del mar. Navegar lo complicado de la geografía de la isla a 50 km/h da vértigo, sobre todo si tienes delante a uno o dos ciclistas (turistas, también) adictos a la adrenalina. El chófer de la guagua tamborilea con los dedos sobre el volante. Lo único que haría falta para propiciar el desastre sería un kilómetro por hora de más, un despiste, un sobresalto. *Somos costeros, arriando la vela.*

El sitio en el que crecí es una sucesión de hoteles que se enroscan hacia el infinito y pueblan las montañas. *Hoy no cantamos, hoy pregonamos.* Palmeras, playas, muchos grados a la sombra los 365 días del año y turistas prácticamente en pelotas por la calle. Tres restaurantes chinos por habitante, bares de tapas españolas que harían que Chicote se tirase desde un séptimo piso, en esta isla hay más pubs irlandeses que personas irlandesas, dos minigolfs al borde de la quiebra, unos recreativos que no se actualizan desde 2001. Una estación de guaguas. Una oficina de Correos. *El rotore no pica, compadre, porque es peje de altura y pelea.* Un único colegio. Tres supermercados, dos de ellos exprés. Para esto vienen, supongo. Para perderse en un lugar barato donde pueden vivir como auténticos reyes, un sitio en el que todo se ha dispuesto para su disfrute a pesar del perjuicio de sus propios habitantes, donde si tenemos que atentar contra la naturaleza misma para complacerlos vamos y lo hacemos. Las playas cada vez son más chicas, las montañas más pequeñas. Siempre doblados por la cintura hacia abajo con las manos extendidas, mendigos agradables, no vayan a dejar de venir, no vayan a olvidarse de tirarnos cinco céntimos a los zapatos. Para qué quiere un centro de atención primaria un turista, si ya tiene una clínica

noruega frente a su bungalow alquilado por cuatro perras cochinas toda la temporada de otoño e invierno. La fantasía de un jubilado del norte de Europa, la pesadilla de una persona normal. *Yo no tengo la culpa, compadre.*

Diciembre 2016

De pie en la cocina de mi casa me doy cuenta de que tengo un agujero en los bajos de la camiseta. Lo toqueteo con los dedos, un poco abochornada de repente porque he estado de un sitio para otro todo el día en el trabajo sin saber que estaba ahí. Mi periodo de becaria en las oficinas de Supersaurio es muy largo y muy corto a la vez. Todas las mañanas me cuestiono mi valía y todas las tardes quiero renunciar porque llego a la conclusión de que no sirvo para nada. Mi horario es de nueve a tres, pero cuando me voy lo hago con un extraño sentimiento de culpa que cada día me gotea un poco más por la espalda: al empezar a recoger mis cosas, mis compañeros me miran. Algunos sueltan comentarios como «Qué suerte» y yo sonrío incómoda y digo «Ya», aunque no veo qué pinta allí la suerte ni a qué se refieren más allá de que salgo dos horas antes que ellos.

Seis horas de trabajo, cinco días a la semana, son treinta horas de trabajo semanales. Es decir, ciento veinte horas de trabajo mensuales por las que recibo una compensación económica de quinientos euros. Tengo veinticinco años y todavía vivo con y de mis padres, no tengo ahorros ni nada de valor que sea *mío*, adquirido por mí, ni planes que vayan más allá de tres o cuatro meses en el futuro. Esos quinientos euros me dan para recargar el bonoguagua mensual (152 euros x 50 trayectos), pagar la factura de mi móvil, la suscripción a Spotify y algún capricho, como un libro (¡un libro!) o una camisa nueva porque la ropa que uso con normalidad no me sirve para el trabajo.

El resto, lo que sobra, lo guardo y me prometo no tocarlo a no ser que lo necesite de verdad, cuando termine el periodo de prácticas y me manden a volar, como han ido haciendo con todas las becarias del departamento de logística, una tras otra tras otra. La primera era una inútil, la segunda no hablaba bien inglés, la tercera no sabía trabajar bajo presión. Ya van por la cuarta. Cada vez que pienso en ese «Qué suerte» que murmura la misma persona que deja sobre su escritorio un bolso de la marca Céline me enveneno un poco y me pongo colorada. 1.988 euros de piel de becerro, pero la que tiene suerte soy yo, que todos los días invierto tres horas de mi vida en transporte público para llegar al trabajo porque no me puedo permitir vivir cerca; yo, que he estado horas y horas dando vueltas de reunión en reunión, de recado en recado, con un agujero en una camiseta básica de Zara.

—¿Qué pasa?

Mi madre deja lo que está haciendo —picar almendras— y me mira bien.

—Nada, solo estaba pensando... —Apoyo los antebrazos en la isla de la cocina y me inclino hacia delante—. No sé. Estoy un poco agobiada.

Tardo en terminar mi frase porque no recuerdo cómo se dice «agobiada». Nunca soy consciente de en qué idioma pienso, árabe o español, pero sí sé que escojo uno u otro al hablar en función del tema de la conversación. Cuanto más técnica y precisa quiero ser, más lo españolizo todo porque por mucho que tenga el concepto en árabe en la cabeza, me falla la palabra.

—¿Por qué, qué ocurrió?

La veo limpiarse las manos en su delantal y mirarme. Hace un tiempo me di cuenta de que llegaría un día en el que mis padres no iban a estar para cocinarnos los platos que nos gustan. Su forma de preparar la comida moriría con ellos y yo me moriría de la pena, pero querría pasar esas recetas a mis hijos si llegase a tenerlos, para que supiesen cómo cocinaban sus abuelos, que a su vez cocinaban así gracias a sus padres, mis abuelos. Decidí empezar a prestar más atención cuando preparasen briwat, chebakia o rghaif e ir apuntando sus recetas en una libreta, pero esta tarde no puedo dejar de pensar en el agujero que tengo en la camiseta.

—Hay una persona en el trabajo que me trata... mal. No sé. Me hace el vacío, me excluye de las cosas, cuando me habla no me mira. Como que intenta hacerme saber que no soy bienvenida, no sé. Hace poco se fue de viaje y cuando volvió le trajo un regalo a Matiqui, uno a Otero y otro a Víctor. Se los dio delante de mí.

Con un gesto de la mano me pide que le acerque un bote de miel.

—... de acuerdo.

—A mí, nada.

No voy a llorar. No voy a llorar. La veo llenar un cuenco de miel con cuidado. Mi madre, como todos los miembros de mi familia, lleva gafas y tiene mala postura. Es una cocinera excelente, hija de otra cocinera excelente, aunque siempre que alguien lo señala se apresura a responder que cualquiera puede cocinar bien si le echa ganas. Yo disiento, pero nunca me da la razón.

—¿Esto es así desde el principio? No nos dijiste nada.

—Cómo te voy a decir «podemos cenar taktuka hoy, por cierto, una señora de cuarenta y seis años me hace bullying en el trabajo, qué locura, ¿no crees?».

Se vuelve a limpiar las manos en el delantal y me mira. Tiene mi «cara seria».

—¿Pasó algo más?

—Copia cosas que he hecho y las presenta como tuyas. No me importa, pero parece que se las atribuye y luego yo soy incapaz de decir que eso es mío, que lo he preparado yo.

—¿Cómo? Ayúdame un momento con esto, por favor.

«Esto» son chebakias fritas. Arrastro los pies hasta el fregadero, me lavo las manos y me pongo luego a su lado para ir bañándolas en la miel.

—Pues... Eso. Pilló el informe y se lo mandó a Matiqui. Como si lo hubiese hecho ella, no yo.

Llevo una semana rumiando esto, cinco días dándole vueltas a por qué no dije nada en su momento, por qué me dejé avasallar por una persona que no puede hacerme nada más allá de ponerme malas caras y fingir que soy aire. Me quedé sentada, incrédula, y la dejé pasarme por encima como un obús porque su desfachatez fue tan tremenda que mi cerebro fue incapaz de procesarla. Impotente, me limité a mirarla robarme sin decir palabra. Ese día llegué a casa, me encerré en mi cuarto y grité con la cara hundida en una almohada. Cuando se me pasó el enfado, rompí a llorar.

—Y no dijiste nada.

—Bueno, mama, ¿qué voy a hacer? ¿Llamarla ladrona de mierda delante de todos?

—Esa boca.

—Perdón.

Si fuese a terapia, me dejaría tirar en el carísimo diván de cuero de mi terapeuta y le preguntaría por qué siempre siento la necesidad de fingir que nada de lo que me pasa es importante. Cuando algo me duele, le quito hierro de forma que mi interlocutor termina riéndose con mi desgracia, sea cual sea. Cuando consigo un logro o un éxito, me aseguro de rebajarlo todo lo posible y me invento que fue por pura suerte, chiripa, engañé a alguien, no me lo merezco, se habrán equivocado. Hay quien piensa que es humildad, modestia; pero no. Una persona humilde o modesta acepta lo bueno que le pasa. Yo le doy vueltas, me torturo, jamás lo disfruto.

—No entiendo qué le pasa —continúo, colocando un lazo tras otro sobre la bandeja—. No le he hecho nada. Me tiene manía desde el primer día, no está bien. Si entra en la cocina y solo estoy yo, no me dice ni hola. Pero si entra otra persona, cambia de personalidad en medio segundo y es todo sonrisas y hola, buenos días, qué tal. Cuando baja a mi planta le da dos besos a todo el mundo menos a mí, no existo para ella. No quiero sus dos estúpidos besos, ¿entiendes? Es... lo incomprensible de todo.

—¿Le da dos besos a todo el mundo todos los días? —frunce un poco el ceño, se para un momento y me mira—. ¿Cuántos años dijiste que tenía?

—Cuarenta y seis, mama. Cuarenta y seis años tiene.

Me tiembla el labio un poco y giro la cara. No voy a llorar, ¡no voy a llorar por algo así!, pero se me escapa una lágrima y pronto le siguen varias más y aunque me las limpie rápido, mi madre las ve. Soy la mayor de tres hermanos. No tendría que estar llorando por esto, tan pequeño e insignificante. Mi madre me rodea con sus brazos y me aprieta contra ella.

—Meryem. Mientras tú lloras aquí... —empieza en voz baja.

—... ella está en su casa, tranquila, feliz.

La idea de estar llorando mientras Yolanda ve *Equipo de Investigación* en pijama en su casa me hace reír.

—Si no vas a decir nada al respecto tienes que jugar a su juego. —Cuando el último lacito está listo, espolvoreamos semillas de sésamo por encima. Me fijo en sus manos, en cómo coloca cada lazo.

—¿A su juego de ser una auténtica bruja?

—No. A su juego de tomarte por tonta. ¿Cree que eres idiota? Deja que siga pensándolo.

Me lamo las yemas de los dedos y solo entonces recuerdo lo del agujero de mi camiseta.

—Pero es que ya estoy haciendo eso. ¿Y luego qué?

Cuando extendiendo el brazo para agarrar un lacito, mi madre me da un manotazo y niega con la cabeza.

—Y luego... un día, cuando no se lo espere para nada, la pones en su sitio tranquilamente. —Arquea las cejas—. De todas formas, yo no estoy tan segura de que no te cojan cuando terminen las prácticas. Piensa en qué cara pondrá si te contratan.

No me hago ningún tipo de ilusión, pero paso los siguientes diez minutos visualizando su disgusto.

Diciembre 2016

Crecer en Gran Canaria es algo de verde por aquí, algo de verde por allá; pero, sobre todo, azul, amarillo, marrón y piedras por todas partes. Barrancos, montañas, guaguas. Hoteles en las montañas, hoteles en las playas. Hoteles en el amplio terreno que se extiende entre la definición de montaña y la definición de playa, una realidad común a todas las islas en la que lo que manda es el turista, y donde se pervierte y prostituye tanto la tierra que en ocasiones alguien podría llegar a pensar que en Gran Canaria los hoteles salen de la tierra misma y crecen a base de regarlos todos los días con una mezcla de agua salada y subvenciones para el plátano de Canarias (1,69 euros el kilo).

Ser de Gran Canaria, concretamente del sur de Gran Canaria, te convierte en alguien impermeable al desaliento, una criatura un tanto salvaje cuya lengua materna es el cinismo. Cuesta mucho impresionarte porque a los seis años ya has normalizado ver a adultos durmiendo la mona en una piscina de su propio vómito justo al lado del banco donde te sientas para esperar que te recoja el transporte del colegio. Físicamente eres un niño, pero tu psique es la de alguien que ha ido y vuelto de la guerra varias veces. Crecer en Gran Canaria es que la guagua se te vaya en la puta cara y se te venga el mundo abajo porque esto no es Madrid, donde el metro pasa cada cinco minutos (bueno, dicen, es que... se masifica... la estación... con mucha gente... cinco minutos... son mucho tiempo... tienes que entender... no es normal cinco minutos...), sino Gran Canaria, donde la 91 pasa una vez cada hora si tienes suerte. El trayecto desde Las Palmas (de Gran Canaria) a Puerto Rico (de Gran Canaria) son 73 kilómetros de ida y otros 73 kilómetros de vuelta que te toca comerte todos los días de lunes a viernes tanto si estudias como si trabajas en la capital. Más de tres horas que se te hacen extenuantes, insoportables. C. Tangana llora en la limo, tú en los asientos delanteros de la guagua un viernes por la tarde porque una señora que huele a pescado que se está descongelando ha decidido que no le convence ninguno de los asientos que hay libres a su alrededor: quiere sentarse contigo y solo contigo. Recuerdas que has perdido la guagua anterior por un mísero minuto y te envenenas.

Así, aprendes desde bien temprano que ser canario no es solo un gentilicio, sino una forma de vida. Una filosofía. No nos enfadamos. No nos estresamos. Y, sobre todo, no juzgamos a los demás. Poco importa que a los doce te metan en una clase con delincuentes juveniles de catorce y quince años, ni que a los catorce ya haya tres chicas embarazadas en tu clase. Vives el resto del curso con auténtico pavor a meterle un balonazo sin querer a alguna de las tres en un partido de brilé, porque son canarias y pocas cosas hay más canarias que jugar al brilé en gimnasia, estés embarazada o tengas un brazo amputado. A los quince ya lo sabes, lo tienes todo claro: está el SUR de la isla, el de los turistas, y luego está el sur que te ha tocado a ti. El de los pupitres voladores, los cinco coches de policía siempre apostados en la entrada del instituto y las órdenes

de alejamiento y el señor raro que a veces se toca la polla cerca de la cancha de baloncesto. Más de una vez se miran a los ojos y sientes cómo hay algo en ti que muere por dentro, pero tú ya has ido y vuelto de la guerra en múltiples ocasiones. Nada puede tocarte. Nada puede hacer que te derrumbes.

Por eso cuando pierdes la guagua una vez más por un minuto no te vienes abajo, no te quejas en voz alta, tu expresión no cambia. No te inmutas. Te sientas en el banco de siempre. Abres el bolso y sacas un libro. Dos horas después, cuando por fin llegas a casa, hundes la cara en tu almohada y chillas.

Fandom: Supersaurio (Las Palmas – Distrito 2)

Personajes: Ligia, Patricia, Federico, Kevin

Tags: TW Racismo

Categoría: General

Palabras: 600

Perdón si ofendí a alguien

Sus compañeros habían comenzado a juzgarla sin darle ni siquiera una oportunidad para defenderse. Cuchicheaban a sus espaldas cuando entraba en la sala de descanso. La etiqueta: Ligia es una racista. Era cierto que Ligia había soltado sin pensar: «Mira al Machupichu este», pero había sido una broma. No sabía quién se había ido de la lengua, quién había buscado a la jefa de su sección y le había contado aquello, pero algún día se enteraría. Y entonces...

—Sé que no tendría que haber dicho lo que dije, y pido perdón si ofendí a alguien. Fue una broma sin más. Creo que llamarme racista es pasarse.

El problema, según Ligia, era que últimamente ya no se podía decir nada, cualquier cosa resultaba ofensiva. Ligia tenía sentido del humor, sus compañeros al parecer no. Uno ya no podía hacer chistes de negros ni de chinos ni de maricones sin que a alguien se le saltara un fusible.

En la primera fila de sillas, Kevin dijo:

—Pedir perdón «si ofendí a alguien» no es pedir perdón, Ligia.

—Bueno, mi niño, pues perdón. PERDÓN. ¿Me pongo de rodillas?

—No me grites. Siempre estás gritando.

Un golpe interrumpió la conversación. La jefa de sección se cruzó de brazos, lívida.

—No quiero ni una voz más. Tengo mil cosas que hacer hoy y no puedo ponerme a ello porque tengo que estar aquí haciendo de niñera, así que al próximo grito se van a la calle. Esto no es una guardería.

Ligia se encogió de hombros.

—Solo era un comentario —repitió.

—Ni una palabra más. Siéntate.

Ligia frunció tanto el ceño que la cara se le contrajo como una pasa. Abrió la boca, la cerró, frunció más el ceño. Se sentó en su silla de plástico.

—Vamos a ver un vídeo que nos han mandado desde arriba. Cuando termine lo comentamos. Cuando termine, no mientras lo estamos viendo. ¿Entendido?

Las otras trece personas que ocupaban la sala respondieron: «Sí, Patricia».

—Bien.

Patricia se giró y encendió el televisor que había incrustado en la pared. Una mano blanca y una mano negra entrelazadas aparecieron en la pantalla. «¿Qué es el racismo?» preguntó una voz en off. Saurito les sonrió a todos en primer plano, su capa ondeando al viento, un sol abrasador

brilló sobre su cabeza. «¡Compisaurios!» Extendió sus brazos diminutos en su dirección. «Hoy quiero que hablemos del racismo.» El vídeo duró treinta y seis minutos. Antes de despedirse de ellos, Saurito les sonrió. «¡Y recuerden, compisaurios! No importa de dónde venimos cada uno, sino adónde vamos. ¡Juntos!»

—Vale, ¿alguna pregunta? —Patricia los miró a todos.

Ligia levantó la mano.

—Sí, Ligia.

—¿Un negro puede ser racista?

—¿Qué? Claro que una persona negra puede ser racista. ¿Necesitas que ponga el vídeo otra vez?

—¿Por qué dices «una persona negra»? ¿Llamar negro a alguien es racista?

—Depende de cómo lo digas, ¿no? —preguntó alguien al fondo.

Patricia dejó el mando a distancia sobre una mesa. Luego, se giró hacia todos.

—Federico —llamó—, ¿nos puedes decir, por favor, qué piensas tú de esto?

Federico se irguió en su sitio, dos filas detrás de Ligia. Tragó saliva.

—Bueno. No lo sé... ¿Creo que depende?

—Pero tú eres negro. ¿Cómo no lo vas a saber?

—LIGIA —bramó Patricia—. Se acabó. Vamos a ver el vídeo otra vez.

—No, por favor —se quejó alguien.

—¡Silencio! —Patricia encendió de nuevo la pantalla.

Ligia pensó en levantarse y meterle un puñetazo al televisor y luego renunciar a aquel trabajo de mierda. Pero se quedó ahí sentada, callada durante los treinta y seis minutos que duró aquel segundo visionado del vídeo.

Diciembre 2016

En la pared frente a mi mesa en el trabajo tengo un calendario tamaño DIN A3 donde sigo la agenda de Matiqui mes a mes. Tengo rodeada en un círculo rojo perfecto la fecha de la cena de Navidad de mi empresa: faltan quince días. Mis principales tareas consisten en responder teléfonos, pasar mensajes, responder y reenviar correos, tomar notas en reuniones con los ingleses y los franceses y los alemanes (Supersaurio se expande, Supersaurio surca el Atlántico, Supersaurio conquistará el mundo), escanear documentos y sacar fotocopias. Estas dos tareas son las favoritas de Yolanda. Todos los días me pide muchísimas fotocopias, cientos y miles de millones de fotocopias que organizo en fajos que luego aprendo a encanutillar gracias a un tutorial de YouTube de un señor colombiano. Le debo la vida a ese señor. Ojalá Dios se lo pague con mucho dinero. Tengo un alicate que corta y dobla el alambre de los libros y libritos que luego le entrego a Yolanda como si estuviese dejando a mi primogénito en un altar para que se lo coma. Me aburro tanto haciéndolos que comienzo a fantasear con que alguien decide encasquetarme la tarea de ir a por cafés y donuts, ya demente de lunes a viernes, desesperada por tener una excusa para salir del edificio aunque solo sean cinco minutos. No sé qué dice la cultura corporativa de que todo el mundo prefiera beberse el café en el bar de enfrente que en la cafetería del supermercado.

En los ratos que paso en el rincón del escáner y la fotocopiadora llego a la conclusión de que soy invisible. Nadie me enseña nada porque todo el mundo está demasiado ocupado en lo suyo, comienzo a trastear por mi cuenta. Ser invisible solo es un castigo si eres tonto.

Mi excusa para escaquearme de la cena de Navidad es que tengo que estudiar. He calculado los días de preaviso para que nadie se moleste. He probado mi mentira con Otero y se la ha tragado, aunque no lo considero un éxito porque si hay algo que le encanta a Otero es tragar. Tragar y darnos consejos a todos porque es que chico, todo lo hacemos mal. ¿Has ahorrado algo? Mira a ver, plantéatelo. El tiempo corre. No siempre vas a ser joven, Meryem. ¿Soltera todavía? Bueno, pero puedes ser madre soltera, ahora las cosas son diferentes. La cena de Navidad de 2016 no es una cena de Navidad en realidad sino un cóctel informal. Esta información no aparece en el correo de la invitación, pero me entero porque cuando estás en el último escalón de la jerarquía empresarial muchas personas se comportan como si no estuvieses allí delante, escuchando lo que dicen. En mis meses como *Junior Document Manager* —título que me doy a mí misma un día en el que me siento especialmente graciosa— oigo de todo de boca de todos y voy tomando nota, siempre tengo esos comentarios presentes, aprendo rápido que nunca, jamás, bajo ningún concepto, puedo bajar la guardia ante nadie.

Cuando mi curiosidad saca lo peor de mí, le pregunto a Omar.

—¿Sabes por qué están todos enfadados por lo del cóctel?

Ese día lleva una camisa muy sencilla de color blanco, algo extraño en él, pero no tengo tiempo para analizar la anomalía. Si tuviese que definir su estilo, sería algo así como votante de Ciudadanos aficionado a los toros y al consumo ocasional de cocaína. Es un hombre bastante atractivo, lo lleva bien.

—Enfadados cómo.

—Molestos. No sé. Enfadados.

Se encoge de hombros. Da una calada de su cigarro. Odio el tabaco, su olor, el humo, la sensación en mi garganta. Finjo no mirarle mientras se lo fuma. No porque me moleste, sino porque me parece sexy. Este pensamiento me da ganas de meter la cabeza en un váter y tirar de la cadena hasta recuperar el sentido.

—Supongo que porque no les han invitado, no lo sé —responde, pero yo sigo sin entender nada porque todos hemos recibido el correo, hasta los becarios.

—Pero el correo era para todo el mundo.

Se produce una pausa muy breve en la que entrecierra los ojos.

—¿Cómo dices?

—¿Qué? —pregunto, porque no entiendo qué mosca le ha picado.

Le veo ajustarse las gafas sobre el puente de la nariz y reconozco su nerviosismo porque es el mismo gesto que hago yo cuando estoy nerviosa y no sé qué hacer para disimularlo.

—Creo que no estamos hablando de lo mismo —suspira.

Guau, Sherlock.

—Guau, Sherlock. ¿De qué estás hablando tú?

Omar me cuenta que a veces algunos de los compañeros de las plantas importantes (la siete y la ocho) quedan para ir al cine o tomarse unas cañas, actividades informales. A mí me parece una soplapollez. Lo mejor de ser invisible, pienso luego, es que nadie te da el puto coñazo con que quiere que hagas cosas. «Lo siento», añade al final, porque yo formo parte del grupo de esos a los que nunca se invita, «yo ni siquiera organizo estas cosas... Me sabe mal. Si por mí fuese no iría a nada, prefiero estar en mi casa viendo el canal Cocina». No me río allí, pero sí lo hago cuando bajo las escaleras. Horas después, me manda por el chat que tenemos en Skype un link a una carpeta compartida a la que todos los empleados tenemos acceso. «Busca dentro de FIESTA DE NAVIDAD 2015», escribe luego. Yo giro discretamente mi monitor para que nadie pueda ver qué estoy haciendo —no sirve de nada, estoy de espaldas a la recepción y cualquiera que pase detrás de mí puede ver lo que sea que yo tenga abierto en la pantalla—. Mi primer pensamiento es: «¡Peromiraellos!», y el segundo es: «Esto no puede ser real». Quinientas fotos de la cena de Navidad del año pasado. Me empapo de cada uno de los detalles, de los esmoquines y los vestidos, el brilli-brilli, los zapatos, los globos y el photocall, y luego lo cierro todo y lo dejo tal y como estaba. Paso varios días procesando la información, pero desde entonces, cada vez que veo a Nieves, la persona más odiada de la empresa, no puedo evitar pensar: «Tiene un abrigo de piel de algún pobre animal y decidió combinarlo con unos guantes de satén blancos hasta los codos y un vestido malva de terciopelo hasta los pies». La temo. La respeto.

El caso es que la cena de Navidad de este año no es una cena de Navidad sino un cóctel sencillo e informal y eso molesta a varios de mis compañeros. La cesta de Navidad, comparada con la de otros años, deja mucho que desear. Quieren una buena fiesta, oigo. Un cóctel no es una cena, dicen algunos. El dress code es business casual y yo me rompo la cabeza durante algunos

días pensando en qué quieren decir los organizadores con business casual, porque está el concepto de business casual que Google me devuelve cuando introduzco el sintagma en el buscador y está el concepto que esta gente maneja. Mi mente vuela a Nieves y a su abrigo de piel.

Yo por mi parte sigo ensayando varias excusas que decirle a Matiqui durante los quince días que faltan para la fiesta y al final escojo la más convincente: tengo un examen para el que necesito estudiar, quiero llegar pronto a casa y así aprovechar la tarde. La repito varias veces en mi cabeza y cuando me siento preparada para mentir sin inmutarme, voy a su oficina. Ensayo mi speech delante del espejo del ascensor. Él, que siempre recuerda mi nombre y siempre me ve, me tumba de un disparo en el pecho con un «mañana podemos ir juntos al cóctel si quieres, ¿te parece bien?» antes de que yo pueda siquiera abrir la boca. Arranca con un «te encantará» y mete primera escasos segundos después, pasa a segunda, luego a tercera «Además, ¡te va a servir para integrarte!». Comienzo a convertirme en un ratoncito y voy al cóctel de Navidad, business casual, con unos vaqueros nuevos que plancho en casa sintiéndome estúpida, una camiseta blanca de algodón y una americana rosa fucsia en honor a Nieves. Me maquillo en el baño de la oficina y una vez allí me integro porque para eso he ido, aunque mi jefe no aparece porque está de viaje —como siempre— y la mayoría de los que están allí tienen las mismas ganas de estar que yo, pero ellos se sueltan con una dos tres cuatro copas y yo no.

Hay una pequeña sorpresa que se desvela a los treinta minutos de llegar todos: alguien ha contratado una banda para que toque en la fiesta. Corre el alcohol, la gente se va soltando, la banda comienza con *Clavado en un bar* de Maná «para los románticos». Las risas de mis compañeros me envuelven, las luces de colores bailan sobre mi cabeza, y mientras mordisqueo una porción de queso al pimentón sufro un momento de debilidad en el que me traiciono a mí misma relajándome. Apoyada contra la pared del fondo, contemplo la idea de que todo podría haberme ido mucho peor, podría haber terminado en una empresa que me explotase y donde me tratasen realmente mal. A lo mejor he tenido suerte. Debería relajarme y disfrutar de esta oportunidad. Al menos aquí me pagan algo que no llega al SMI pero que me da para ir ahorrando. Es posible que estos meses haya tenido un poco de mala suerte y no haya sabido enfocar bien las cosas, ponerlo todo en perspectiva, darle a lo «malo» la importancia que tiene realmente (muy poca).

Mi espíritu se encoge, siento algo parecido a La Paz y entonces oigo a Marcial, de Contabilidad, decirle a Esteban, su compañero, «vamos a sacarnos una foto con las becarias». La Paz se transforma en una sensación muy desagradable en el estómago que me lleva a La Luz y me termino de un trago mi tónica. Me quedo quieta un momento, como en pausa. Me pasan dos cosas: la primera es que miro a Marcial y Esteban y pienso que si hay algún momento en el que alguien como yo debería plantarse y decir algo, es ese; la segunda es que quiero irme a casa y no ver a nadie nunca más.

No solo no digo ni mú sino que busco el sitio donde colgué mi bolso y mi chaqueta y bajo las escaleras del sitio sin despedirme de nadie. Luego enfilo a la salida porque si paso un segundo más allí voy a hacer una tontería, como chillarle a Esteban que es un cerdo asqueroso y repugnante, pero en la salida está Omar fumando, ojos claros y espalda ancha y a su «¿qué te ocurre?» al verme aparecer con la quinta puesta respondo con un «NADA» tan alto que me arrepiento, vuelvo atrás sobre mis pasos hasta llegar a su altura y digo: «Perdón», y me voy sin

añadir nada más. Días después, cuando desde Recursos Humanos nos informan a todos de que las fotos del cóctel están en la carpeta compartida FIESTA DE NAVIDAD – 2016, paso veinte minutos de reloj con la foto de Marcial, Esteban y las becarias abierta en la pantalla.

Febrero 2017

La llamada es breve. *Miriam*, dice, *¿puedes subir un momento? Gracias*. Luego, cuelga. Aprieto tanto el auricular del teléfono que la mano se me agarrota y tengo que abrirla y cerrarla varias veces antes de que recupere su color normal. No, no puedo subir un momento, tengo abierto delante de mí una hoja de cálculo que se ha convertido en mi pesadilla más recurrente esperando a que dé con esos conocimientos avanzados de Excel que dije que tenía cuando me entrevistaron para entrar aquí. Como si me hubiese caído un piano encima, me levanto de mi silla y me arrastro hasta el baño. Pienso *tranquila*, pienso *no será nada*, pienso *probablemente se aburra y quiera torturarte un poco*. Nada nuevo bajo el sol. Al menos una vez a la semana seguimos este ritual en el que a pesar de saber que van a sacrificarme como a un cordero el día del Eid, enfrento a mi destino haciéndome la tonta. Con el tiempo he descubierto que la mejor estrategia de todas es parecer idiota. No revolverse, no protestar, absorber todo lo posible y almacenarlo en un compartimento hasta el día que no se pueda más. Me lavo la cara, me miro un momento en el espejo y me digo que *no será nada, no va a ser nada, todo va a ir bien*.

—Por fin —masculla al verme tocar su puerta. Su despacho está acristalado. Cero privacidad tanto para ella como para los demás.

Me trago la primera réplica que se me pasa por la cabeza y espero en la puerta.

—¿Piensas entrar?

—No me has dicho que pase.

Me jugaría una mano a que ahora mismo está gritándome en su fuero interno lo tontísima que soy.

—*Pasa*. Por favor.

Me sobran los brazos, las manos, las puntas de los pies. Me gustaría evaporarme. Decir: «Me largo». O «ahí se quedan, godos hediondos». La mayoría de las personas con las que trabajo no son canarias. Si lo piensas la cabeza te da una vuelta de campana. Será que no habrá gente aquí que pueda hacer este trabajo. Siempre que pienso en renunciar me visualizo triunfante, no aniquilada, destruida, desesperada. Tengo veinticinco años. Este no puede ser mi final, sino solo el principio. Por eso entrelazo las manos y la miro mirarme, expectante. Pasamos así un largo momento. Juego a un nuevo juego con ella: la primera que parpadee, se muere.

—No entiendo qué has hecho con la carpeta compartida. No encuentro nada de lo que busco. ¿Por qué la has tocado?

El despacho de Yolanda es un recopilatorio de todo lo que los demás no quieren guardar. Hay carpetas del 2011, cajas apiladas sobre cajas, carpetas de anillas gordísimas en las que se archivan fundas a punto de explotar. Todo su escritorio está lleno de papeles, las dos sillas que

tiene enfrente están ocupadas por dos bolsos, carpetas y un abrigo. Mi nerviosismo está en pleno estado de ebullición. Pienso en lo horrible que tiene que ser sacrificarte tanto por algo para terminar así.

—Tuve que reorganizar todo nuestro sistema de archivos, antes era imposible encontrar nada. No tenemos software ni parece que haya planes de comprar uno... así que esta es la única solución que hay. —Me ha hecho subir para explicarle algo que ya sabe.

—¿Cuándo he dicho que estaba de acuerdo? Llevo veinte minutos intentando encontrar una factura. Teníamos una carpeta de facturas, ahora ya no.

En mis primeras semanas dediqué varios días a desgrapar y volver a grapar tres kilos de documentación preparada por ella porque había imprimido todo mal. Increíble, abro y cierro la boca varias veces. Tiene la cara de acero inoxidable.

—Teníamos una única carpeta de facturas... para tres empresas distintas. Ahora, dependiendo de qué empresa sea tendrás que buscar su carpeta de facturas.

—Pues no sé cómo lo has diseñado, pero creo que lo vas a tener que cambiar, porque es imposible encontrar nada.

—Si no te gusta este sistema no veo ningún problema en cambiarlo a algo que te convenga a ti, claro. Háblalo con Matiqui, él me dijo que lo hiciera así.

Matiqui no va a cambiar nada. Lo sabemos las dos.

—Es imposible que a los demás les parezca bien esto. Tiene que ajustarse a las necesidades de sus usuarios, no a algo que tú has decidido que funciona porque lo aprendiste hace tres días.

—Ya, es que no es algo que yo haya aprendido en tres días. Es algo que Matiqui quiere que se haga así a partir de ahora.

—¿Estás segura de que te ha dicho que hay que hacerlo así ahora? Puedo llamarle ahora mismo y lo comprobamos.

Me comienza a doler el estómago, pero aun así le dedico una sonrisa.

—Puedes llamarle ahora mismo si quieres. Mira, no tengo del todo claro qué te hice, pero es evidente que no me respetas lo suficiente como para mirarme a la cara mientras tenemos una conversación. Sea lo que sea, no parece algo profesional sino personal. —Estoy tan tensa, pienso, que en cualquier momento algo dentro de mí dará de sí y me abriré en canal delante de ella—. No me importa caerte mal, pero se supone que estoy aquí para aprender de ti. ¿Tienes una crítica concreta que hacer sobre mi trabajo? No sé muy bien cómo solucionar esto.

Sé que acabo de desarmarla porque no dice nada. Me mira callada, como si acabase de darse cuenta de que existo. Luego respira hondo, se separa de su mesa y junta las manos. Cuando habla tiene la voz tomada. Si llora, me digo a mí misma, me tiraré en plancha desde la azotea.

—No me caes mal.

—De acuerdo.

—Y no tengo ningún tipo de problema contigo —añade, su mirada clavada en la mía. ¿Qué es poesía? Y tú me lo preguntas. Poesía es ver a una persona que te saca más de veinte años recular con las luces de emergencia parpadeando porque acabas de liarle una que no se esperaba venir de ninguna forma. Sin gritar. Sin perder los papeles. Sin llorar—. Pero sí me gustaría que consultases conmigo cualquier cambio que quieras incorporar antes de llevarlo a cabo —continúa—. Cuando te vayas tiene que haber alguien que sepa qué has estado haciendo.

No ha entendido ninguna palabra de la frase «Matiqui me dijo que lo hiciera así».

—Tendré cuidado de prepararte un manual con todo lo que he estado haciendo y de informar a Matiqui sobre esto, claro. ¿Encontraste la factura que buscabas o necesitas mi ayuda?
Laodiolaodiolaodio.

Marzo 2017

—Me hace muchísima gracia tu cara de pensar.

Yo alzo la cara en dirección al sol y cierro los ojos. Me hace cosquillas en la piel.

—No has visto mi cara de odiar todavía —contesto—. Esa sí que hace gracia.

Omar me había escrito por Skype. «Subo a fumar.» No tenía nada mejor que hacer, así que subí. Ahora miramos las plataformas que hay en la mar, al otro lado de la avenida marítima, antebrazos apoyados en la barra de la azotea. La azotea, unos veinte metros cuadrados de techo donde subes cuando quieres llorar sin que nadie te vea pero ya hay alguien llorando en el baño.

—¿Cómo es?

—¿Mi cara de odiar? —Pongo cara de póker—. Así.

Se ríe y niega con la cabeza.

—Menudo personaje. ¿En qué piensas, de todas formas?

En que estoy muy cansada, querría responderle. Ayer entré a las ocho de la mañana y me fui a casa a las ocho y media de la tarde y sé que no es lo normal, que pasa muy poco, pero solo el hecho de saber que a veces tengo que estar doce horas de reloj en un cubículo me da ganas de chillar hasta que llegue una ambulancia. He dormido cinco horas esta noche y este es mi tercer café, me tiembla la vena de la sien desde que leí el primer correo de esta mañana. No se lo digo, no obstante. Omar actúa como si no fuese un jefe de esta empresa, un engranaje más de la rueda que gira y me pisotea. A veces se me olvida su título, pero la mayor parte del tiempo lo tengo presente. Me pregunto si le caigo bien de verdad o si un día informará a Matiqui de los comentarios que se me escapan, de mis «asqueroso y reputísimo sistema podrido, hermano» o de mis ojos en blanco. Querría preguntarle: ¿Cómo puedes formar parte de algo que luego dices odiar?

—Pienso en lo bien que me vendría ser rica.

No es la verdad, pero tampoco es mentira. En mis momentos más bajos en la oficina me gusta subir a la azotea con mi plátano y mi café, apoyarme en el muro que delimita todo el cuadrado que es nuestra única vía de escape en este edificio y fantasear un poco con todo lo que haría si tuviese dinero. Dinero de verdad, en billetes de cincuenta, de cien, de doscientos, no la «ayuda» que cobro cada mes. En palabras de una de mis filósofas contemporáneas favoritas, Jennifer López, *I just want the green, want the money, want the cash flow*. No lo es todo, el billete, pero cómo me aliviaría tenerlo. Mucho, muchísimo. Me lo callo porque desde pequeña me han engranado la idea de que hablar de dinero no está bien: no se debe pedir, no se debe admitir que se quiere más y, sobre todo, no tenemos que mostrar que nos importa. Estamos por encima de ello, los pobres. Ser mujer y ser ambiciosa son dos de las peores cosas que me han

pasado en la vida. Sí, me gustaría decirle: pienso en que quiero dinero, sin tener que justificarme luego por ser demasiado realista o superficial. Hay muchos tipos de éxito, y uno de ellos para mí se traduce en tener panoja.

—¿Qué harías? Si tuvieras dinero.

Le veo tirar la ceniza de su cigarro en el aire. Cae, cae, cae durante un momento que se estira hasta tocar el suelo. Quiero decirle que se corte, que puede caer sobre la cabeza de alguien, pero tendríamos una discusión absurda sobre por qué a mí me importan tanto esas cosas y a él le importan tan poco. La última vez que hablamos de algo así terminamos molestos y estuvimos unos días evitándonos. No debería llevar la cuenta de los días que no nos hablamos, lo sé, pero lo hago igual.

—No estaría aquí, desde luego.

Si tuviese dinero no estaría trabajando en un sitio que me produce apatía, desesperanza, frustración. La oficina. El purgatorio. Deseo expiar todos mis pecados aquí e irme algún día limpia y pura de toda maldad, lista para conseguir un trabajo *de verdad*. Él sonríe y da otra calada. Nunca se disculpa con un ¿te molesta si...? Ni con un ¿... te importa si...? Preguntar es darle la oportunidad a la otra persona de decir «no», y él sube a la azotea precisamente para fumar. Es lo que me respondió la única vez que me atreví a plantear mi observación en voz alta, un metro ochenta y pico de franqueza que me impresionó en una empresa donde la lengua común es la pasivo agresividad.

—Bueno, al menos tienes trabajo. —No me mira, pero le tiembla la esquina de la boca. Yo termino de comerme mi plátano.

—Sí. —Mastico rápido porque me da vergüenza comer delante de él—. Podría ser peor. Podría ser columnista.

—Esta mañana he estado leyendo al tipo ese que te cabrea tanto, ¿cómo se llamaba?

Pongo los ojos en blanco.

—No me pases nada. Me enfado y paso todo el día respondiéndoles en mi cabeza y luego cojo la guagua y estoy ahí tucu tucu rumiando por qué dejo que me enfaden estas cosas si eso es precisamente lo que buscan, que uno se caliente y pinche en sus artículos y columnas de mierda. Asqueroso mundo podrido.

—Te lo dejo por Skype cuando baje.

—Tío, no eres una excelente persona, ¿sabes? O sea, eres bastante terrible, yo no sé por qué Lucía 1 y Lucía 2 te tienen tanto cariño, realmente no saben lo insoportable que puedes llegar a ser.

Se termina su cigarro con la mirada clavada en mí.

—En cambio, llamar a dos compañeras Lucía 1 y Lucía 2 es de...

Su risa provoca la mía, lo odio.

—¿Cómo lo haces? Es como si fueses dos personas diferentes —comento con alegría—. En la oficina eres... como ellos. Y fuera eres, no sé, una persona normal. ¿Cuál es tu yo real?

Con la misma me pone una mano en la cabeza y me da dos toquitos. Parece mi padre.

—A mi edad —comienza.

—Treinta y siete años.

—Treinta y seis.

—Bueno, perdona. Treinta y seis.

Carraspea.

—Pongamos que tienes que jugar a un juego porque no te queda otra. Es el único juego que hay. Todo el mundo juega a ese juego, ¿entiendes? Puedes inventarte el tuyo propio, claro, pero supone demasiado esfuerzo y demasiado sacrificio y a lo mejor, al final, pierdes mucho más de lo que ganas y resulta que todo ha sido para nada.

—Tu voz sería sí que da miedo.

—No más que la voz esa amable que pones tú por teléfono. El caso es que tú no eres imbécil, por supuesto que vas a jugar al juego; tus abuelos lo hicieron, tus padres lo hicieron, todo el mundo juega. No eres especial. La mayoría de la gente no es especial. Yo juego e intento ganar, siempre. Pero sé que es un puto juego. No me va la vida en ello, si tengo que fingir un rato... lo hago.

Me miro las manos. Estoy tan triste que me duelen todos los huesos del cuerpo.

—Pero el juego es una mierda. Lo odio. Cuando ganas una partida no pasas a otro nivel, sigues en el mismo, juegas a la misma partida todos los días. ¡Todos los días! Me siento como si me estuviesen obligando a jugar, sabes, como si alguien todas las mañanas me despertase sacudiéndome por los hombros y me sentase en una silla delante del ordenador y me atase allí y yo tuviera que jugar sí o sí porque la otra opción, no jugar, es... La muerte.

Abro los puños. Los cierro.

—Hazme caso. Matiqui no es gilipollas. Aguanta. Te van a coger y te vas a quedar aquí.

—Pffft. Capaz a Yolanda le da un telele si me contratan.

Me da un codazo suave.

—¿Y no te gustaría verla petando en directo? Me avisas cuando pase, que le estoy cogiendo manía yo también. ¡Hazme caso! Soy mayor que tú, sé cosas.

Bostezo.

—Qué vas a saber tú, cachanchán.

Mayo 2017

El primer día de Ramadán Matiqui me pilla a punto de beberme un buche de agua en la cocina de la sexta planta. Me mira en silencio. Le miro mirarme. Abrimos la boca a la vez, la cerramos. Se lleva una mano a la corbata, la alisa. Si viese desde fuera su cara se descojonaría. No me río, claro.

—No he visto nada —dice al final.

—Tengo la regla —anuncio, como quien dice «qué calor hace hoy».

—¿Tienes la regla?

Me señalo con el pulgar, toda yo, un crisol de culturas.

—Por eso no estoy ayunando.

—Ah.

Cierro el tapón de la botella y le miro.

—He intentado informarme. —Se acerca despacio a donde estoy, como un gato, como si me temiese de alguna forma—. ¿Ramadán mubraka? No... ¿Karmi?

—Karim.

Como Karim Benzema, uno de los grandes amores de mi vida.

—¡Eso! —Sonríe con toda la cara, orgulloso de sí mismo. Quizás a mí hoy me dé un vahído—. Ramadán Mubraka Karim.

—No, no —niego con la cabeza—. Son dos formas de felicitarlo... Puedes decir Ramadán Mubarak, o puedes decir Ramadán Karim.

—Ah, entiendo, entiendo. Como decir... Mmm. Feliz Navidad o Felices fiestas, ¿no?

No.

—Sí, sí. Algo así.

—Espléndido. Bueno, tú bebe y come tranquila estos días, aquí no te verá nadie. —Se gira para acercarse a la cafetera, se está girando, va a terminar de girarse, recuerda algo, se vuelve hacia mí de nuevo—. Por cierto, ¿hay algo que pueda hacer para ayudarte este mes?

—¿A mí?

—Claro. ¿Se te ocurre algo? Si está en mi mano solo tienes que pedirlo.

—Eh...

Nos miramos. Tengo toda su atención en mi persona. Me comienza a picar el cuello, los codos, el cuero cabelludo.

—Bueno... No sé si se puede hacer... No sé si... Mmm. Bueno, no voy a usar mi hora de la comida porque no voy a comer hasta la tarde... ¿Podría salir antes?

—¿Dices compensar tu hora de la comida saliendo a las tres?

—A las dos. —Los oídos me zumban ante mi propio atrevimiento. Pero él preguntó. Él me miró a la cara y dijo: «Si está en mi mano solo tienes que pedirlo»—. Entro a las ocho...

—Sí, cierto. Sí, sí, claro. Sin problema.

—¿Sí?

—Por supuesto.

—¿De verdad?

Se ríe.

—Claro.

Tan fácil, pienso. Podría acostumbrarme. De repente creo en la bondad de las personas.

—Muchas gracias.

—De nada, ¡de nada! No es nada.

Tomo la decisión de no volver a albergar ningún sentimiento negativo sobre él, nunca más.
Aguanto cuatro horas.

Junio 2017

Los días comienzan a deshacerse y a mezclarse los finales de unos con los principios de otros, una mañana es lunes, la siguiente es jueves y no sé cómo he llegado allí. La rutina me zarandea por los hombros y me lleva de un sitio a otro como una autómatas, mi día a día se convierte en una sucesión de escenas similares que se extienden ante mí y poco a poco van cerrándose sobre mi cuello: todas las mañanas apago la alarma de mi reloj a la misma hora, desayuno con la mirada perdida en el mismo punto de la pared del comedor, voy de casa a la estación de guaguas y en la estación me subo a la guagua, hago un trayecto de una hora y cuarto para llegar a la oficina, paso allí seis horas organizando documentación que Yolanda deja de cualquier forma en mi mesa sin apenas mirarme, la escaneo, la destruyo con la mirada perdida en la máquina que se traga cualquier folio que yo le dé, recojo mis cosas al final de la jornada, voy de la oficina a la estación de guaguas y en la estación me subo a la guagua, hago un trayecto de una hora y veinte minutos para llegar a casa, paso allí lo que queda de día. Horas después suena el despertador de nuevo y vuelta a empezar.

Los viernes estoy tan cansada que paso el fin de semana en un estado de embotamiento que no consigo sacudirme de encima. Sigo haciendo todo lo que solía hacer cuando me sabía feliz: salgo a correr, quedo con mis amigos, leo, paso tiempo con mi familia, escribo, invierto las horas muertas en Internet, compro tonterías que no necesito pero que me hacen sentir bien por dentro, me arrebujó en sesiones maratónicas de Netflix sin chill. La fatiga no es visible y no tengo pruebas para demostrar su existencia más allá de mi testimonio, pero siento todo el peso del universo hundir sus garras en mi carne conforme llega el domingo y el cielo comienza a oscurecerse. Solo una semana más, me digo a mí misma en la cama y no sé si es una forma de animarme o un lamento.

Los días dan paso a las semanas. Comienzo a acumular metros cuadrados de techo que me como cada noche sin rechistar porque, desde luego, hay cosas mucho peores en la vida que darte cuenta de que no tienes ni idea de lo que estás haciendo ni de lo que quieres hacer con tus horas, tus días, con los años que en la facultad te prometieron que serían los mejores de tu vida y que tú ves desfilar delante de ti con cara de estúpida, con cara de tonta, sin atreverte a extender el brazo y hacer algo al respecto.

—¿Meryem?

El despacho de mi jefe está en la octava y última planta del edificio, la de los directivos. En todo este tiempo he subido tres veces. Nunca se oye ruido alguno. Da la impresión de que todos son fantasmas. Me quedo mirándole un momento, insegura de qué decir. Hablamos mucho por teléfono y por correo electrónico, pero apenas solemos coincidir en persona.

—Hola.

—Hola. ¿Cómo estás?

Ambos nos miramos, él relajado, yo sorprendida. Una bomba de tensión explota en mi estómago y abro y cierro las palmas de mis manos, de repente nerviosa. La alarma suena muy bajito en la parte trasera de mi cabeza. Pienso: «Ya está». Pienso: «Me va a echar». Pienso: «He tenido que hacer algo tan mal que no le ha quedado más remedio que bajar para echarme a la puta calle a una semana de terminar la beca». Repaso todas y cada una de las tareas que he hecho en los últimos días y sonrío un poco.

—Bien. ¿Y tú?

Tengo tres pares de ojos clavados en mí además de los suyos. No soy una persona que lidie bien con la atención de los demás: trago saliva y la incertidumbre me agujerea las tripas. Tengo la certeza de que si me levanto me voy a desmayar.

—Muy bien. He pensado que podríamos charlar un poco hoy, ¿qué te parece? ¿Me acompañas a mi despacho?

—Por supuesto.

Voy a vomitar. Un súbito ataque de enajenación mental me lleva a apagar, encender y luego apagar la pantalla de mi ordenador después de bloquearla. Sigo con los labios torcidos en una sonrisa perfecta, los músculos de mi cara desconectados por completo de mi pánico interior. Pienso: «Dientes, dientes, que es lo que les jode». Estoy a punto de reírme ante mi propia ocurrencia porque mi cerebro es un cretino, es un estúpido que siempre me traiciona en los momentos en los que más le necesito. No llego a reírme porque me pellizco un muslo con discreción cuando me levanto de mi mesa. *PIENSA*, me digo. *PIENSA*, ¿*QUÉ HICISTE?* Las palmas de las manos me pican. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que me diga que recoja mis cosas y me vaya? Si ese es el caso, me estaría haciendo un favor. Si me echase tendría algo a lo que aferrarme para consolarme luego. Podría decirme a mí misma que no me había rendido sino que me habían echado.

—¿Siempre hay tanto ruido aquí? —inquire él. Yo asiento, incapaz de abrir la boca por puro miedo a decir una barbaridad—. ¿Y puedes concentrarte así?

Echo a andar junto a su lado y me encojo de hombros a falta de una respuesta concreta. No, nadie puede concentrarse así, pero uno se acostumbra. Uno no hace lo que puede con lo que tiene. Uno se pone tapones para los oídos o auriculares y lee lo que tenga que leer o redacta su informe o hace sus llamadas y bloquea el ruido o finge que lo lleva bien. Decido que si me hace una pregunta más voy a vomitarle sobre los zapatos. Al salir de la oficina, seguimos caminando por el pasillo hasta el ascensor. Busco frenéticamente algo que decir porque no sé qué hacer con mis brazos ni con mis pies ni con mis ojos. Intento no mirarle a la cara, pero lo hago y veo que me está mirando como si esperase algo.

—¿Te gusta el café?

—¿El café? ¿Sin más?

¿Qué?

—Sí, sí —me corrijo. Todos los músculos de mi estómago se contraen porque voy a vomitar, tengo la arcada en la garganta, los nervios van a tirar de mí hacia abajo y me voy a doblar por la mitad—. Sí, mucho.

¿Sí, mucho? Qué clase de persona dice eso. Soy subnormal.

—Entonces mejor bajamos y nos tomamos un café mientras hablamos de esto. ¿Te parece bien?

¿De esto?

—Sí, claro.

Me oigo desde fuera hablar, y pienso en lo infantil de mi voz, en lo cerrado de mi acento. Mi pecho se afloja y cuando entramos en el ascensor me miro de reojo en el espejo. Parezco una puta lunática. Ambos sonreímos cuando nos miramos y trato de tranquilizarme. Pulso el O y entrelazo las manos delante de mí.

—Perdona por haber bajado a buscarte así, no me gusta llamar por teléfono... Es un poco impersonal.

—Sí, claro.

—¿Sueles bajar a desayunar a esta hora?

Despídeme ya, te lo ruego.

—Un poco antes, sobre las diez. Como cojo la guagua desayuno sobre las seis y media o así.

El ascensor para.

—¿Tan temprano? ¿De dónde vienes, de Vecindario?

—No. De Puerto Rico.

—¿De Puerto Rico?

Su sorpresa me resulta humillante. Mi cuello arde ante su tono de voz, su forma de pronunciar «Puerto Rico», como si fuese el último lugar del mundo que él escogería para vivir. Los dos salimos del ascensor, yo un poco más regazada de pura vergüenza.

—Creía que estabas más cerca. ¿No has pensado en mudarte?

—¿A Las Palmas? Sí, claro, pero...

Pasamos delante del segurata de la entrada y salimos. Se me ocurre que no tiene ni idea de lo que cobro con la beca, que esta es quizá la cuarta vez que hablamos en todo este tiempo y que toda nuestra relación se basa en los correos que nos mandamos sobre el trabajo. Desconozco por completo quién es mi jefe en realidad, podría ser cualquier persona. Podría tener tres cadáveres troceados en el frigorífico, yo no lo sabría. Podríamos estar yendo ahora mismo al encuentro de mi muerte y yo llegaría con las manos sudadas y la bilis en la garganta porque me he dado cuenta de que no quiero que me echen.

—Con el dinero de la beca no da —termino, ahora sí roja del todo.

—Ah, sí, de eso quería hablarte. Sí, verás. Hemos terminado con el tema de la auditoría y he podido revisar lo que has estado haciendo estos meses.

—Ahá.

Aquí viene.

—Y he estado pensando... He repasado tus informes sobre las transacciones de este año, los resúmenes de los contenciosos, la biblioteca y el sistema de archivos que has creado... Sé que tienes otros planes y que sigues estudiando, pero me gustaría que cerrásemos el tema de tu beca.

Lo voy a soltar. Si abro la boca, lo voy a soltar.

—¿Estoy despedida?

—¿Cómo? No.

El tiempo se estira y estira y estira. Va tan lento que podría acunar este momento entre mis manos y aplastarlo entre ellas.

—Te estoy ofreciendo un puesto de trabajo.

—¿A mí? ¿Por qué? Si no sé hacer nada.

Frente a la puerta del supermercado, el sol me da en toda la cara y entrecierro los ojos. No veo la trampa pero sé que hay una. Tiene que haberla. Ninguna de las becarias fue contratada, ni las que llevaban más tiempo que yo ni las que entraron después de mí. A algunas las botaron antes de que terminasen sus prácticas. Otras llegaron a su último día, trajeron una tarta para celebrar su propia despedida y se fueron a sus casas al terminar la jornada. Sin tarta. Él se ríe de verdad, con la boca abierta, una carcajada perfecta.

—Pero qué dices. Eres independiente, metódica y muy organizada. Cumples objetivos. Necesito a alguien que haga las cosas, no que hable de hacerlas. También necesito que me ayudes a organizarme, tengo demasiado trabajo y nunca estoy aquí. Quiero que seas mi asistente.

—¿En plan... asistente personal?

¿Y Yolanda?

—*En plan* asistente del departamento en general pero mía en particular, sí.

Trago saliva.

—¿Y bien? No pareces... ¿contenta?

¿Y bien? Y bien. ¿Cuánto voy a cobrar? ¿Cuándo firmaré el nuevo contrato? ¿Será de prueba o por obra y servicio o indefinido? ¿Por ETT? ¿Cuánto voy a cobrar, más del SMI? ¿Cuánto más, exactamente? ¿Tendré días libres? ¿Vacaciones pagadas? ¿Seguro médico?

—Sí. Sí, claro. Me parece bien. Perdón. Es que me está dando todo el sol en la cara y me estoy encandilando. Estoy muy contenta. Muchas gracias.

Cuando llego a casa subo corriendo a mi cuarto y me miro bien en el espejo que hay al lado de mi escritorio. Ya no soy solo una persona. Ahora soy una persona con un trabajo. Una trabajadora. Sonrío lentamente, asumiendo mi nueva realidad, mi nueva identidad. Cuando lo termino de asimilar, comienzo a pegarle puñetazos al aire al grito de tomatomatomatomatomatomatooooomaaaaaaaaa. No dejo de pensar en la cara de Yolanda en ningún momento.

Segunda parte

externa.meryem.elmehdati@supersaurio.com

Fandom: Supersaurio (Las Palmas – Distrito 2)

Personajes: Yolanda, Irene, Ligia, Meryem

Tags: TW Mobbing

Categoría: General

Palabras: 372

Días de gloria

Antes de comenzar a trabajar en Supersaurio, Yolanda había sido agente inmobiliaria en Remax Carvajal durante cinco años. Allí había cerrado la compraventa de propiedades en Ciudad Jardín, Tafira Alta, Tafira Baja, Santa Brígida y Maspalomas, años dorados en los que había probado las mieles del éxito profesional. Ahora se aburría en su trabajo. Nunca había mucho que hacer, todos los días eran el mismo. Yolanda llevaba trabajando en Supersaurio quince años. Veía desfilar las campañas de Navidad, Carnaval, Semana Santa, el día de Canarias, la vuelta al cole, Halloween, Black Friday y de nuevo Navidad. El tiempo no parecía pasar, no obstante.

Un estruendo la sacó de sus pensamientos. Irene, la hija de Matiqui, se giró hacia ella rápido con la cara contorsionada de impresión ante lo que acababa de hacer.

—Lo siento mucho.

—... Irene...

Se había distraído un segundo, pero la hija de Matiqui era así, curiosa, muy activa, incapaz de estarse quieta un segundo, en resumidas cuentas: una criatura insoportable. Yolanda no tenía que estar cuidándola, Yolanda tenía un trabajo. Esas cosas las tenía que hacer la becaria, pero Ferrán la había llamado a ella. «Necesito un favor» había dicho él y ¿cómo iba Yolanda a negarse? Ahora estaba allí, rodeada de latas de Clipper de fresa Zero en el suelo, decenas, docenas de latas que antes habían estado colocadas en una pirámide perfecta, todas a sus pies.

—Lo siento mucho —repitió la niña—. Por favor, no se lo digas a mi padre.

—No te preocupes.

—Por favor.

—¡Ligia! —llamó Yolanda. La otra mujer estaba al final del pasillo. Yolanda estuvo segura de que la había oído—. ¡Ligia!

—Yolanda, ¿se lo vas a decir a mi padre?

—¡No! —respondió la mujer. Al ver la cara de la niña, carraspeó—. No. No te preocupes. Ha sido un accidente.

Pero ya estaba llorando Irene, ya tenía los ojos brillantes. Molesta, Yolanda desbloqueó su móvil, buscó el número de la becaria y la llamó.

—Buenos días, Yolanda.

—Estoy en la segunda planta, donde los refrescos. Baja ahora mismo.

—Per...

No la dejó terminar su frase. Le colgó. Luego, volvió su atención a Irene.

—Deja de llorar, Irene, ha sido un accidente. No pasa nada. Alguien lo recogerá todo.
¡LIGIA!

I

Junio 2017

Look de hoy: vestido de algodón cuello solapa y manga corta acabada en vuelta cinturón lazada en mismo tejido cierre frontal con botones manolinas negras pelo limpio (por fin), ligera capa de maquillaje para que no se note que estoy maquillada porque soy natural, no me preocupa mi físico. Me desperté así, y tal y como salí de la cama vine aquí.

—Perdona, Maryem. En un segundo estoy contigo.

Me miro las manos. Los tres lugares más hostiles del mundo son, por este orden: las urgencias de un hospital donde esperas durante horas a que te vea un médico que va a pensar ¿para esta chorrada viniste?, un banco y una empresa de trabajo temporal. Hace unos años fui a urgencias con mi madre porque me encontraba muy mal y me dolían mucho los ovarios, me bajó la regla en el baño de la sala de espera y casi me desmayé en mi silla mientras esperaba a que me atendiesen. Esto es normal, me dijo la señora que me atendió. Por un poco de sangre no se viene. Pienso en ella de vez en cuando, esa señora. Solo le deseo cosas buenas. Isabel, la chica de RANDSTAD que me atendió al llegar huele a vainilla y algo cítrico que soy incapaz de ubicar. El olor es tan fuerte que no sonrío cuando me habla, solo aprieto los labios y asiento. Deseo que me desuellen viva o perder el sentido del olfato, lo que más rápido caiga. Pero que caiga, cuanto antes, mejor. Al cabo de un rato en el que creo estar ya al borde de un shock anafiláctico, Isabel se gira de nuevo hacia mí.

—Disculpa, Meryam. Ya estoy contigo. Siéntate, por favor.

Ubicación: sentada en la silla cutre de plástico de Ikea que hay frente a su escritorio. Diecisiete personas hablan por teléfono y aporrean su teclado a su alrededor, todos apretujados en cubículos repartidos por toda la oficina. Si no tuviese ganas de desintegrarme por las náuseas me reiría entre dientes como una puta chiflada. ¿Quién temporaliza al trabajador temporal? Pues otro trabajador temporal. Me jugaría una mano a que la ETT que lleva mi contrato tiene a todos sus empleados con contratos por obra y servicio. Es gracioso, ¿verdad? Creo que sí lo es. Últimamente solo me hace gracia lo negro. Antes creía que en el mundo había tres tipos de personas: gente con un trabajo asalariado, columnistas y parados. Ahora pienso que hay cuatro: indefinidos, temporales, columnistas y parados.

—Maryam, tu nombre es precioso, ¿de dónde es?

Una de las esquinas de mi boca se alza.

—Es Meryem.

—¿Qué?

—Es Meryem. Con E.

—¿Maryem?

Hundo todos los dedos de mi mano derecha en la piel de mi muslo derecho por debajo de la falda del vestido. Es nuevo, me lo compré solo para esta gilipollez. Ahora soy una persona nueva, una persona con un trabajo de verdad, y he de vestir como tal. No es posible que esta muchacha no se huela a sí misma, me digo. Me siento como si alguien me estuviese metiendo una botellita de esencia de vainilla marca blanca Supersaurio por la tráquea y me estuviese grabando para ver mi reacción.

—Me-ry-em. Con E, las dos.

—Ay, perdona. Es que nunca antes lo había oído.

—No pasa nada.

—Pues es precioso —repite. Coge un taco de papeles, me los pone delante y sonrío—. ¿De dónde dices que es?

Esta mañana cuando abrí los ojos en la cama tuve la valentía de decirme a mí misma que tendría un buen día.

—Italiano —digo sin pestañear.

—¡Italiano! ¿Significa algo?

—Amor. Vida. Ligereza.

Tiene que saber que estoy de coña. Su rostro se ilumina.

—Qué bonito. Me encanta.

En Imrán 3:30, Dios dice: *El día en que cada uno encuentre ante sí el bien y el mal que haya hecho, deseará que de este último le separe una gran distancia.* Hay dos ángeles que me acompañan a todas partes. Nunca los veo pero sé que están ahí. Uno anota todo lo malo que hago y el otro todo lo bueno. Cuando me quedo dormida mi libro se cierra. Algunas noches me provocho el insomnio de pensar en que podría morirme mientras duermo. Qué horror de muerte. Dios no te castiga por tus pensamientos sino por tus acciones. Una buena acción equivale a muchas buenas acciones, una mala acción solo es una mala acción. Divago, estoy en otra parte, no en la silla de plástico cutre del IKEA, mi cabeza se va a otra parte. Mentir es pecado aunque sea una mentirijilla, pero solo te cuenta como una mala acción. Veo a Alicia, Miranda, me da igual cómo se llame, mover los labios. Si salgo a la calle cuando esto termine y le tiendo un billete de cinco euros a la primera persona que vea pidiendo en una esquina recibiré muchas buenas acciones (no tengo del todo claro cuántas, no soy una experta en estos temas, no soy una imama). Una de esas buenas acciones cancelará mi mala acción. Al menos yo lo entiendo así. Si me muriera al salir de aquí, si me atropellase una guagua o un camión o un puto patinete eléctrico de los cojones al cruzar el paso de cebra y me tocase rendir cuentas ante Dios yo le diría que tengo entendido que está permitido mentir cuando uno ha de salvar la vida. Ahora mismo estoy salvando la mía: cada paso que doy siempre termina conmigo dando explicaciones sobre quién soy, de dónde vengo, dónde me parió mi madre exactamente. No importa qué respuesta dé. Siempre hay otra pregunta más. Luego otra y otra y otra. Quizá sea esta mi jihad personal, la tortura en la Tierra que me ayudará a purificar mi alma, la batalla que libraré hasta tener suficientes méritos como para considerarme digna de entrar al Paraíso, no lo sé. No me queda nada dentro, Isabel, querría decirle. Por culpa de gente como tú estoy cóncava, estoy muerta, soy el emoji que no tiene boca, un círculo perfecto con dos ojos que no sufre ni padece ni alberga expresión alguna. Te miro, me miras. Sé que no lo parece, pero soy un ser humano

extremadamente sensible, Isabel. Algunos de mis amigos suelen bromear con que parezco un robot porque nunca grito. Nunca me altero. Nunca me enfado. De vez en cuando siento algún sentimiento, no obstante, y la historia esta de ay, qué significa tu hombre, ay, de dónde viene, no, pero entonces de dónde eres, o sea, me refiero a de dónde eres realmente non stop durante veinticinco años igual comienza a tocarme los cojones.

—Gracias.

—¿Entonces tus padres son italianos los dos?

—Sí.

—Qué maravilla. —Parece maravillada de verdad, qué persona—. Bueno, Marién, como puedes ver el contrato es un contrato estándar por obra y servicio. Si quieres podemos echarle un ojo juntas o puedes leértelo en casa y comentarme tus preguntas por teléfono o por correo, lo que sí quiero que veamos aquí es la hojita para fichar.

Una vez vi una entrevista con Seth Meyers en la que Uzomaka Aduba explicaba que de niña llegó a casa del colegio un día y le pidió a su madre que comenzase a llamarla Zoe porque era más fácil. Su madre con la misma le respondió que si la gente aprendía a decir nombres como Tchaikovsky, Dostoyevsky o Michelangelo también podían aprender a decir Uzomaka. Yo estoy cansada de esperar a que aprendan a decir Meryem.

—Amanda, perdona que te interrumpa, pero me gustaría leer el contrato aquí contigo.

No me corrige ni me dice que se llama Isabel, no Amanda. Si siente algún tipo de bilis subirle por la garganta se la traga con una sonrisa y asiente. Que se joda. La dejo cocerse en su puto perfume de mierda durante un largo rato mientras me leo todos los papeles que tengo delante de mí, y cuando terminamos, cuando he firmado lo que hay que firmar, completado el curso de prevención de riesgos laborales clic clic en un ordenador del año 2000 que tienen en una esquina de la oficina chupando polvo y he entendido cómo rellenar la hoja donde tengo que fichar todos los días y hacer que Matiqui firme a final de mes para mandársela a ella, le estrecho la mano y le digo que ha sido un placer, Manuela. Una vez mi padre me explicó que no importaba cuánto ni durante cuánto tiempo se desviase uno del camino, Dios le perdonaría todo siempre que se arrepintiese de corazón. Aunque los pecados de uno llegasen al mismísimo cielo. Aunque todos abultasen tanto que llegasen a ocupar toda la superficie de la Tierra. No supe cómo explicarle que había una mezcla de orgullo y rencor en mí que me impedía arrepentirme de corazón de algunas cosas. Soy consciente de que lo que hago está mal, pero en ocasiones me da igual. Odio a varios de mis prójimos. No sé poner la otra mejilla. Solo sé fingir que lo estoy haciendo. *Hola, Gabriela, le escribo al día siguiente, adjunto remito los documentos que quedaron pendientes ayer. A ver si así aprende a respetar.*

Junio 2017

Algunos de los trabajadores de Supersaurio tenemos un secreto. A mí me lo contó Omar. A él se lo contó una antigua reponedora con la que se enrolló en la fiesta de Navidad de 2013. Se enrolló con ella a los pocos meses de dejarlo con su novia de cuatro años. El sintagma «cuatro años» da vueltas en mi cabeza mientras hablamos. Cuatro años con una persona, quiero chillar. En 2013 yo era una persona con sueños y proyectos, pero ya no. Ahora no tengo proyectos a pesar de que cada vez que abro Instagram alguien que conozco habla de que está trabajando en uno. Un proyecto muy especial en el que se ha implicado muchísimo pero del que no puede hablar porque es un secreto. Guiño. Pronto nos lo contará, prometido. Guiño. Cuando abro Instagram para subir una selfie o responder algún mensaje y termino haciendo scroll durante horas engullida por la app veo a muchísimas personas con muchísimos proyectos, pero jamás veo a nadie explicar cómo puede permitirse estar todo el año de viaje por el mundo. Blessed en Bali, hashtaguísufriendo, catamarán y pies deformes en Formentera, summervibes, me cago en la cabalgata de sus muertos cien millones de veces. Este edificio tiene un trastero cuya llave se perdió hace muchos años. Ninguno de los encargados tiene tiempo de ocuparse de eso y los empleados de oficina nunca bajan al sótano, así que muchos no tienen ni idea de que existe. Yo me escondo aquí de vez en cuando. Huele a humedad, está lleno de cajas, carros, sillas y escritorios rotos, ordenadores que no funcionan y un dinosaurio de tres metros de peluche comido por el moho. A veces lloro apoyada en su brazo monstruoso. En lo que solo puedo definir como una red colaborativa, las personas que conocemos el secreto siempre nos aseguramos de dejar la llave de vuelta en el sitio donde la encontramos. No hablamos del trastero fuera del trastero. Es el Club de la lucha, pero para llorones. El mediodía que veo a Yolanda fumando en la azotea, *mi* azotea, me siento violada de una forma indescriptible y paso el resto del día muda, como si hubiese visto una parte de mí que ninguna otra persona ha visto jamás. Dejo de subir. Hago algunos amigos ahí abajo en el trastero: Sergio, un reponedor; Carla, una charcutera; Munir, otro reponedor. Cuando nos vemos por los pasillos del supermercado nos sonreímos porque compartimos un secreto. Omar los llama «tus amiguitos los comunistas». Si pienso en Omar me pican las caras internas de las muñecas. Trato de imaginarme cómo era la reponedora con la que se dio el lote en la fiesta de Navidad de 2013. Guapísima, supongo. Me arrepiento al momento. Mis amiguitos los comunistas y yo tenemos en común que somos bastante desgraciados en esta empresa. A pesar de eso no nos vamos.

Junio 2017

De: Yolanda Mikhailov <Yolanda.Mikhailov@supersaurio.com>

Enviado: Martes, 4 de julio de 2017 13:55

A: Meryem El Mehdati <externa.meryem.elmehdati@supersaurio.com> **Objeto:** to do list

Buenos días, Meyreme,

Asegúrate de terminar TODAS tus tasks y de meter en PRIMA la información de cada empresa antes de ponerte con otras cosas. Otero y Víctor están muy ocupados con la investigación de RRHH, así que no pueden estar respondiendo a tus preguntas, sobretodo cuando ya tienes la información tú si te fijas bien. No das buena imagen, parece que falta comunicación entre nosotras.. En el mail de abajo parece que estás recibiendo nuevas tasks de Ferrán. Aprovecho para recordarte que también tienes que hacer lo que hacías antes normalmente aunque tengas un nuevo puesto ahora.

Espero que entiendas mi postura Rgrds,

Yolanda

Sentada en mi escritorio leo el correo de Yolanda varias veces. Exhalo lentamente por la boca. Debajo de la mesa, abro y cierro las manos. «No das buena imagen», repito en mi fuero interno, su correo brillando tras mis párpados como si estuviese escrito con luces de neón. Lo releo una vez más, estática en mi sitio. Siento que si respiro demasiado fuerte podría estallar en mil pedazos. Saco una captura de pantalla y guardo su saludo para añadirlo a mi colección de mil maneras que ha tenido esta persona de desmembrar mi nombre.

En respuesta a su correo, escribo:

Yolanda, ¿por qué me pones la pierna encima para no levantar cabeza?

Lo borro pulsando muchas veces la misma tecla haciendo todo el ruido que puedo, nadie va a oírme porque todos están comiendo. Tac, tac, tac, tac, tac. El silencio en mi planta me empuja a querer hacer una locura, como arrancar el monitor de su sitio y tirarlo por la ventana o bajar a su planta a buscarla. «Espero que entiendas mi postura.» Me río entre dientes, como una demente. Es la cosa más graciosa que he leído en años. Espero que entiendas mi postura le diría yo, rumio en mi cabeza, mientras despiezo el ordenador y reviento cada pieza contra el suelo. Me paso la mano derecha por los labios.

De nuevo, escribo:

Buenas tardes, Yolanda:

Sabes, de niña no había nada en el mundo entero que me diese miedo. Yo me tiraba del columpio suspendido en el aire, me tiraba y me dejaba las rodillas en la arena, no me dolía, me daba igual. No me importaba. Me reía como una loca. Hacía las preguntas más tontas del mundo, no me daba vergüenza. Metía las manos en todas partes para ver qué había al otro lado, adentro, era indestructible. Me rompí un trozo de paleta por esas cosas. Cuando me vi la cara me empecé a reír. Por eso tengo una paleta torcida, un poco rara, sé que te has dado cuenta. Ahora tengo una pesadilla recurrente en la que intento hablar pero no me sale la voz. Alguien me está haciendo daño y yo no consigo decir «para». No me salen las palabras. Solo lloro. Me persiguen por la calle y no puedo gritar para pedir ayuda. Cada sueño es distinto pero en todos yo abro y cierro la boca, balbuceo, me echo a llorar. Cuando me despierto tengo el cuello agarrotado y las manos apretadas, siempre. A oscuras en mi cuarto me miro las manos y las abro y las cierro varias veces. Soy una mujer fuerte, decidida e independiente. Puedo gritar, si quiero. Puedo decir las cosas. Solo es un sueño. A ti nunca te digo nada. Dejo que me llames Mirian, Marian, Merian, Mereym, que me cuelgues el teléfono, que me hagas el vacío, que me excluyas de todo lo que puedes, que me mandes correos de mierda como este que me has mandado hoy. Quizá sea porque no quiero ni puedo perder este trabajo, o porque mis padres me han taladrado la cabeza con la idea de que las personas tenemos y debemos ser amables con los demás hasta el final. Sé amable, sé amable, sé amable. Poca gente recuerda un buen gesto pero nadie olvida uno malo. Si lo hago, si bajo ahora mismo a tu despacho, abro la puerta y me tiro sobre ti nadie dirá «la trató bien durante meses hasta que se le agotó la paciencia». Si engancha una mano en tu pelo un día y barro contigo media planta pasillo a pasillo no creo que nadie recuerde que durante meses he aguantado que me trates como me tratas. Sin embargo, quizá Dios sí me entienda. Aquí llamarían a seguridad, montaríamos un pitote, me quedaría en la calle y sin indemnización porque estoy contratada por RANDSTAD... Pero me iría satisfecha si tuviese la seguridad de que Dios sí me ha entendido.

A veces pienso en esto cuando me hablas. Estás delante de mí y te miro abrir y cerrar la boca, pero no te veo. Ni siquiera te escucho. Estoy en otro mundo, uno en el que sí digo las cosas. Allí te pongo en tu sitio porque qué tan difícil puede ser para una persona un nombre de seis letras. Dios nos dice que todo en esta vida tiene una razón de ser. Yo solo soy una chica y todavía no sé si tú eres una prueba para mí o un castigo, pero no olvides que esta chica te saca treinta centímetros y veinte kilos mínimo. Yo no lo olvido nunca.

Cinco minutos después me tranquilizo y borro todo lo que he escrito mientras pienso en cómo sería mi vida si hubiese nacido en una familia con posibles. Si pudiese dedicarme a «proyectos» en vez de a doblar un pisco el lomo. Odio mi trabajo, pero cómo lo necesito.

De: Meryem El Mehdati<externa.meryem.elmehdati@supersaurio.com>

Enviado: Martes, 4 de julio de 2017 14:05

A: Yolanda Mikhailov<Yolanda.Mikhailov@supersaurio.com>

OK.

Pulso enviar. Lloro en la guagua de vuelta a casa.

Fandom: Supersaurio (Las Palmas – Distrito 2)

Personajes: Omar, Meryem

Tags: Slow burn

Categoría: Romance

Palabras: 434

Para quedarte

Omar miró la flor de papel sobre su escritorio, entre el lapicero donde guardaba los subrayadores y el marco de la foto de sus hermanos. Salían Juan, María y él. En la foto llevaba el pelo peinado como si hubiera medido la partición con escuadra y cartabón, una camisa blanca, pantalones caquis, los cordones de los zapatos bien atados. Era el más pequeño y el más presumido de los tres. Meryem había hecho un comentario del estilo sobre él una vez. Le había señalado y se había reído: «Para ser una persona a la que su madre peina todas las mañanas tienes muchas opiniones sobre mi vida». A él le había hecho bastante gracia, como casi todo lo que le decía. Era una tontería, pero cogió la flor de papel y la giró con el índice y el pulgar, como si fuese una flor de verdad. Ella había usado una servilleta de la cafetería. Primero la había doblado por la mitad, y luego la había vuelto a doblar por la mitad, y luego había abierto el cuadrado resultante y lo había doblado en forma de triángulo y luego se había apartado el pelo de la cara y se había quejado de algo y Omar le había respondido y Meryem había resuelto: «Una vez eres consciente de que un sistema podrido rige tu vida, este tipo de elecciones, Nesquik o Cola Cao, no tienen ningún tipo de significado», pero su tono de voz no era serio, se estaba riendo de sí misma. Omar se había dado cuenta hacía tiempo de que la mayoría de las cosas que decía eran o bien para ridiculizarse o bien para atacarse con la crueldad que alguien guardaba para sus enemigos, no para uno mismo. «Por eso a mí me da igual», empujó la flor en su dirección al terminar. Él había estado distraído, toda su atención en sus ojos, su cuello, la cadenita de plata que siempre llevaba puesta. «Los dueños de Cola Cao son los Ferrero, y los Ferrero son...» «¿Unos hijos de puta?», había terminado él. «Exacto. Por eso bebo Tircao. Cada euro que invierto en Supersaurio vuelve a mí, querido.» Omar había cogido la flor y la había inspeccionado. Luego había sonreído. «Esto normalmente es al revés.» «Ya, pero bueno, soy feminista», había dicho ella. En su despacho, dejó la figura con cuidado en su sitio. Llevaba allí desde ese día. Cogió su móvil, lo desbloqueó y buscó su conversación en WhatsApp. «Bajo a desayunar, vienes?» Doble tick azul. «Okkkkkkkkkkkkkkkkkkk.» La invitaría a un donut clásico de azúcar. Sus favoritos.

Junio 2017

La música está tan alta que la superficie de la mesa vibra. El agua que hay en mi vaso se mueve siguiendo su ritmo, brr brr brr brr. La ex de Alonso está loca. Estaba. No lo tengo del todo claro, no le estoy prestando atención, no sé qué cara tengo ahora mismo porque, aunque está delante de mí al otro lado de la mesa, no lo estoy viendo. Nos lo ha repetido veinte o treinta veces ya. Su ex está desquiciada, pirada, le falta un agua. Si me hubiese quedado en mi casa ahora mismo estaría en pijama viendo First Dates con mis hermanos. El pensamiento me envenena.

A su lado Omar cambia su peso de pierna. Se lleva su vaso a los labios, da un trago. Es whisky. Aparto la mirada, siento que estoy viendo algo privado, algo íntimo. Intento centrarme en Alonso y en su chapa, pero su voz comienza a distorsionarse y a alejarse de mí porque soy incapaz de interesarme en algo de lo que está diciendo. No tengo nada en contra de los hombres, pero la mayoría no calla ni debajo del agua. Sudo en mi ropa. Lo peor es que no son conscientes de lo mucho que hablan. La sociedad nos ha convencido de que ellos son callados y nosotras unas cotorras. No tengo ningún estudio científico a mano ahora mismo, pero vamos. Mi cara dice: «Te escucho, continúa», o: «Te escucho, cuéntame más», pero mi cerebro va desconectándose de la conversación progresivamente hasta que llega un momento en el que solo oigo la sucesión de sonidos que mi interlocutor emite cuando habla. No los proceso del todo y no me molesto en entenderlos. Entro en el modo ahorro de energía. Soy una persona bio, una persona eco. No conozco a muchos tíos que no tengan una ex que esté o estuviese loca. No digo que no me lo crea. Solo que me parece un poco sospechoso. Yo sí conozco a algunas personas que están o estaban muy locas y todas eran... bueno. Eso. Hombres.

—¿Y no va la tía y cambia las contraseñas de Netflix y de Amazon Prime? Con lo majísima que era al principio —se lamenta. Las ondas de su pelo se mueven con él cuando niega con la cabeza. Estamos en pleno junio pero lleva una especie de jersey fino de cuello vuelto y una cinta de color blanco en el pelo, como algunos futbolistas. Es horterera, pero nadie dice nada.

—Sin avisarme —continúa—, sin decírmelo siquiera. Tuve que enterarme de la forma más patética.

Sé que su forma de vestir es una declaración de intenciones. Es un jefe, pero es un jefe guay. Un jefe moderno, abierto, comprensivo. Te dejará irte media hora antes si necesitas recoger a tu hijo del trabajo, pero luego tendrás que responder a sus correos un sábado o un domingo por la noche. Tú también tienes que ser guay a cambio. La cinta del pelo te dice que puedes hablar con él, aunque sea un jefe. Puedes contarle tus cosas. Quizá le funcione con alguien, quizás algunos de mis compañeros le cuenten que cuando se acercan a las oficinas comienzan a arrastrar los pies para retrasar todo lo que pueden el momento en el que entran a

trabajar. O que se esconden si ven de lejos a alguien del trabajo fuera del horario laboral. Yo preferiría meter una mano en la trituradora de papel que hay al lado de mi mesa antes de contarle nada de mí a esta gente, sobre todo a él.

—¿Pero carajote las cuentas de quién eran? —pregunta Omar.

Después de que la chica de IT me diese mi ordenador nuevo cambié de planta. Ya no estoy detrás de recepción, separada del resto, sino en la octava planta. La de los directivos. Ahora soy *alguien*. Mi mesa está justo frente al despacho de Matiqui, todo cristal, puerta siempre cerrada. Nadie pasa a verle sin mi permiso, que por lo general se limita a mí asintiendo con la cabeza y diciendo: «Claro, pasa». A veces hago el paripé de llamarle por teléfono a pesar de que puede verme perfectamente tanto a mí como a la persona interesada en hablar con él. En ocasiones lanzo un «te está esperando» a su visitante si me siento dinámica. Otras me limito a encogerme de hombros: «Lo siento, puedo buscarte un hueco mañana».

Mi ascenso literal a la octava planta me ha convertido en un ser humano casi igual al resto de mis compañeros de trabajo. Sigo siendo un poco menos que ellos porque estoy por ETT y todos lo saben: un paso en falso y me iré a la calle sin problema, sin dolores de cabeza ni indemnizaciones. No obstante, ahora me hacen favores y me los piden, nunca sé cuál de las dos es peor. La hora de la comida ha pasado de ser el único momento en el que podía evadirme a convertirse en un juego de estrategia en el que un error de cálculo puede costarme la enemistad de alguien. Odio estas dinámicas, pero participo en ellas como en todas las demás. Matiqui dice: «Afterwork esta tarde, le he dicho a Lucía que te invite». Me mezclo con esta gente, los semijefes. Vengo al afterwork. No sé qué guagua cogeré.

—¿Y bien? —Lucía 1 le mira, expectante. Somos cinco personas apiñadas en torno a una mesa alta.

—Coño, de ella, pero las compartíamos. Podría haberme avisado, ¿no? No sé, ya os digo, está chiflada.

Un día, Omar apareció con Lucía 1, Lucía 2, Alonso y Francisco y me invitaron a comer. Ahora somos un grupo o algo así.

—Entonces, las cuentas son tuyas —repite Francisco pero prefiero que me llames Fran, no Paco, odio Paco, solo Fran—. Las paga ella y todo eso, ¿no?

—Qué morro tienes, Alon. —Lucía 2 finge poner los ojos en blanco. Mordisquea su canapé. Yo no estoy aquí. Estoy en otro sitio, lejos. Muy lejos—. Hombres. Oye, Mery, ¿crees que puedo pasarme mañana un momento a ver a tu jefe? Que necesito que me firme unas cosas.

Me habla a mí. Se supone que yo soy Mery.

—Mmmm —finjo darle una vuelta—. Va a estar complicado. Puedes darme lo que sea y yo se lo dejo en su mesa, si quieres. Cuando lo firme te aviso.

Alonso y Francisco comienzan a discutir, medio en broma medio en serio.

—Jo, eres majísima. Es lo de los impuestos de cada trimestre, ya sabes.

No tengo ni idea, pero asiento. Lucía 1, Lucía 2, Alonso y Francisco llámame Fran son de la Península, como Omar. Cada euro invertido en Supersaurio vuelve a la isla, pero a medida que se sube en la jerarquía es imposible no darte cuenta de que aquí los que mandan son los godos.

No es un tema que me amule, no en una empresa en la que según RR.HH. ponemos a las personas y sus valores por delante de todo lo demás pero nadie atina con mi nombre, solo me hace gracia. A lo mejor yo no soy una persona. A lo mejor ni siquiera me llamo Meryem.

—Claro —sonríó. Una idea de tonta de los cojones que tuve esta mañana fue ponerme zapatos con algo de tacón.

—Oye. He estado pensando en ti estos días y en lo de los jóvenes talentos de la revista interna.

Omar me mira. Le miro. Tiene una pequeñísima sonrisa en los labios. Me gustaría borrarla, pienso. Inclinarle sobre la mesa y propinarle un puñetazo, a ver si le hace tanta gracia como esto. Tengo una teoría sobre mí misma: nací sin la energía requerida para funcionar a pleno rendimiento en el mundo laboral. No soy alguien con don de gentes ni con iniciativa, al menos no aquí, en este contexto, afterwork con personas de mi work. Salir de trabajar para seguir trabajando durante unas horillas más que nadie te va a pagar. El que lo inventó: un genio. Tengo que fingir sin tregua, interpretar un papel todos los días.

Nada de lo que hago en mi trabajo me apasiona o me interesa. Lo cierto es que poquísimas cosas me apasionan o me interesan. Muy de vez en cuando un sentimiento de paz me aprieta el pecho y paso las siguientes dos horas tranquila conmigo misma, pero suele coincidir, me he dado cuenta, con los pocos días que me aprieto una palmera XL de chocolate a escondidas. treinta y tres terrones de azúcar, todos para mi body, sinazucar. org que reviente. La combinación de la cafeína y el azúcar me hace ir como una moto el resto de la jornada y para cuando llego a mi casa no recuerdo nada de lo que he hecho en todo el día. Es lo más parecido a drogarme que he hecho en mi vida. Sospecho que soy bastante buena en mi trabajo, no porque me guste o me motive, sino porque no quiero perderlo. Hija de inmigrantes, el discurso de la meritocracia y el trabajo duro está en mi ADN, por mucho que la meritocracia sea una falacia o que el trabajo duro solo beneficie al que no ha dado un palo al agua en su vida. ¿Por qué cobra más un business assurance manager que la cajera de un supermercado o que un reponedor? Si mañana desaparecieran todas las cajeras y todos los reponedores del mundo nos daríamos cuenta enseguida. Si desapareciesen todos los business assurance managers... no.

Lucía 1, Lucía 2, Alonso y Fran beben los vientos por sus respectivos puestos de trabajo. Cada correo nuevo les produce cosquillas en el estómago. Cada dificultad es un reto que superar, un juego. A mí las dificultades me producen angustia, fatiga o hastío. Otra barrera más que saltar. Otro obstáculo que sortear. ¿La precariedad no es castigo suficiente? Cuando llego a casa me siento drenada y no tengo fuerzas para pensar en nada que no sea cambiarme de ropa, rezar, dormir. Antes tenía claro que como persona era muchas cosas más además de mi puesto de trabajo, pero ahora empiezo a dudar. ¿Me he vuelto incapaz de sentir un sentimiento o pensar un pensamiento que no esté relacionado con lo que hago en este supermercado?

—Yo no pienso en el trabajo fuera del trabajo, no me pagan para eso —digo. Se ríen, se lo toman a coña. Esta es la reacción que suelo arrancar de la mayoría de la gente cuando hablo totalmente en serio: se descojonan. Les parezco graciosa.

De Alonso sé cuatro cosas. Las dos primeras son que su ex está loca y que le gusta mucho leer. Esto lo sé porque siempre encuentra la forma de dejarlo caer en cualquier conversación. Le encanta ir a las librerías, la literatura, Tolstoi, Bukowski, Neruda, Dan Brown. Lo dice sin

sonrojarse, el muy cretino. Su oficina huele a Loewe pour Homme y café. Tiene muchos libros por todas partes y tazas sucias. Nunca las lleva a la cocina para limpiarlas, las señoras de la limpieza las recogen y las meten en el lavavajillas. Las he visto. Yo estoy segura de que no se ha leído ni un tercio de lo que exhibe.

Alonso es Gestor del Talento en mi empresa. Cuando me llamó para hablar de mi transición a personal externo supe que podía preguntarle lo que necesitaba saber sobre mi nuevo sueldo y la descripción de mi nuevo puesto porque llevaba unos calcetines *divertidos*. Iba a intentar venderme mi nueva condena en la empresa con muchos anglicismos y bromas insulsas. Más allá de eso, pasé el resto de nuestra conversación disociando. En vez de «nosotros» decía «nosotras». ¿El machismo? Erradicado solo con ese gesto. Las cosas que tenemos que hacer y soportar los seres humanos para pagar nuestras facturas son, como poco, deleznales.

—Es que eres graciosísima. —La tercera cosa es que Alonso es de Madrid. Lo repite bastante, sobre todo cuando habla de la isla y la compara con cosas que ha dejado atrás en Madrid o echa de menos en Madrid. Yo he estado en Madrid un par de veces y no me parece para tanto, pero bueno. Aquí al menos no respiramos mierda todos los días—. Me gustaría que preparases una biografía tuya para publicarla en el próximo número. Algo así como eres tú, divertido, fresco. Ya sabes. Te podemos sacar una foto en la entrada.

—Perdona, ¿publicarla dónde exactamente?

—Pues en nuestra revista corporativa, claro.

Me río porque sospecho que está tomándose el pelo.

—Escucha, no tenemos a casi nadie de tu edad en la plantilla. Tú encajas perfectamente: eres joven y tienes talento.

—Eres joven —repite Fran. Hace como que cuenta con los dedos. Levanta el pulgar, luego el índice y añade: y tienes talento. Contratada.

Le pega más llamarse Otto.

—Define joven —pide Lucía 2.

—Persona menor de treinta años —ofrezco, medio en broma medio en serio. Omar hace kjjjjfff kfffff de la risa, pero nadie se da cuenta. De qué te ríes, quiero preguntarle. Si esta gente son amigos tuyos, de qué te ríes.

Una vez comienzas a acercarte a la treintena hay una parte de ti que se apaga de forma paulatina. Lo veo en las personas que me rodean en esta mesa. Si vuelves la vista hacia atrás no eres capaz de determinar cuándo comenzaste a ser otra persona, pero sabes que has cambiado. Dejas de entender a los adolescentes y tu móvil se convierte en tu enemigo. El fuego que se te enciende de joven se empieza a apagar. Yo lo noto: cómo me voy volviendo más insegura, más dudosa. Ya no tengo nada claro. Antes no vacilaba ante nada, era imparable. Se te parte el corazón en dos y comienzas a perder poco a poco todas las cosas que te han entusiasmado alguna vez. Toca pagar facturas, hacer la declaración de la renta, ir al médico una, dos, tres, cuatro veces porque no se te cura la cistitis. Te haces adulto, te vuelves gris. Solo es una teoría.

—Me cuesta mucho creer que no haya más menores de treinta años en la empresa, ayer abajo me cobró una muchacha que no llega a los veinte. —Era verdad.

—Los trabajadores del supermercado no salen en la revista corporativa —explica. Sus palabras se estiran entre nosotros porque los seis somos trabajadores del supermercado. Tardo más de un segundo en entenderle.

—Yo creo que serías perfecta —añade Fran—. Tu nombre es muy guay.

Pienso: gilipollas, si ni siquiera sabes decirlo bien.

—Gracias. Pero nosotros también trabajamos en el supermercado —contesto. Finjo no haberle comprendido. Gestor del talento. Preferiría que me atropellase un taxi con la COPE al tope de volumen que firmar un solo correo como gestora de talento.

—Nosotros trabajamos en las oficinas del supermercado, no en el supermercado en sí. La revista esta solo es para la parte corporativa a nivel interno. —Cuando Omar habla tengo que hacer un esfuerzo consciente para no girarme por completo en su dirección. Es bochornoso, es patético, parece que siempre nos buscamos, me digo que solo lo hago para oírle mejor—. Luego te reenvío un número antiguo para que lo veas.

Mi corazón empieza a latir muy despacio. No podría importarme menos esa revista. La cuarta cosa que sé de Alonso es que tiene billete para enterrarnos a todos; el dinero suficiente como para comprarse medio Supersaurio si quisiera. Apellido compuesto con guion, ese tipo de dinero. Por eso se han inventado un puesto de trabajo solo para él. Por eso puede venir a la oficina con con ese pelo así, con esa cinta. No estoy derrotada, no es eso. Solo estoy demasiado cansada. Quizá tenga anemia otra vez.

—Entonces qué hay, algo así como dos categorías de empleados —pregunto—. Los del supermercado que no valen nada y nosotros.

—No, no. No, por Dios. —Alonso parece escandalizado—. Solo es una forma de organizarnos mejor... Está el supermercado y está la oficina corporativa, mujer.

Mujer.

—Ojalá pudiese ser un joven talento —se lamenta Fran. Me da un codazo amigable y en ese momento le detesto con todas las fuerzas de mi cuerpo. No estoy loca, me están calentando la cabeza, pero no estoy loca. Sé muy bien qué ha dicho Alonso—. Deberían darte un premio. Deberían organizar una ceremonia o algo así y daros un premio a todos. A mí me encantaría.

—Un premio por haber nacido en el año en que nació —repongo con ligereza.

La única persona que creo que me entiende vuelve a reírse entre dientes, kjjjjfff kfff. No le miro. Estoy enfadada por algo, no sé el qué. Esto hay que tomarlo sin ningún apuro, oigo encima de mi cabeza. Por hacer algo, me termino mi agua. Des pa ci to.

—Entonces, ¿puedo contar contigo? Te mandaré un correo con lo que necesitaría que escribieses, no es nada, es una chorrada. Podemos mirarlo juntos cuando lo tengas.

Tengo su correo esperándome a la mañana siguiente. Lo borro sin leerlo.

Julio 2017

Cada vez que pico el bonoguagua oigo la bomba de relojería que tengo en el cuello hacer tutún tutún tutún porque es un viaje menos que tengo hasta cumplir los veintiséis, cuando dejaré de ser joven. A partir de ese momento tendré que pagar 35 euros en vez de los 28 que pago ahora por el bono. Lo que me apuñala entre costilla y costilla no es la diferencia de precios sino lo arbitrario del rango de edad que se ha escogido para separar a los jóvenes de esos que ya no lo son. Con veintiseis años y un día seguiré siendo exactamente igual de joven que con veinticinco años, once meses y veintinueve días. No hay ningún cambio real más allá de esos tres días de diferencia entre el momento en el que compraré mi último bonoguagua joven y su caducidad.

Y aun así.

Alguien se levanta una mañana y decide que a partir de los veintiséis dejas de ser joven y pasas a ser otra cosa, pero el siguiente bono que puedes comprar es el bono de residente canario. ¿Si eres joven no puedes ser residente canario? ¿Son excluyentes? Todos los trayectos urbanos e interurbanos incluidos en esos veintiocho euros, que en su momento pasarán a ser treinta y cinco. Un bisnaso, pero lo que yo quiero saber, lo que no entiendo, es por qué hay un bono guagua joven y no hay un bono guagua adulto. En este contexto, en esta puta economía en la que la mayoría de la gente de mi edad está volviendo a casa de sus padres porque no tiene dónde caerse muerta, ¿tiene sentido que dejes de ser joven antes de los treinta? Cuando sube el precio de la gasolina siempre hay algún gilipollas que dice que a él le da igual, siempre pone veinte euros.

Esta vez pierdo la guagua porque me estoy sacando el bonoguagua y la cola es tan larga que aunque he llegado media hora antes de que saliese la 91 vuelvo a perderla por un minuto. Tienen a dos personas en la oficina de San Telmo recargando los bonos, ¿te lo puedes creer? Es imposible vivir en Canarias y no tener la sensación de estar viviendo en un país en vías de desarrollo en vez de en Europa. Si H&M no hace envíos aquí. Cuando llego a casa de mis padres me pregunto cómo me ven cuando abren la puerta, si como joven o como residente canaria. A mí me da igual, yo tengo un trabajo.

Fandom: Supersaurio (Las Palmas – Distrito 2)

Personajes: Otero, Víctor

Tags: Terror (?)

Categoría: General

Palabras: 417

Gorilas en la niebla

La pelota antiestrés había sido un regalo de Yolanda. La mano de Otero era tan grande y gruesa que la pelota parecía una canica, a Víctor aquello le hacía mucha gracia. Él tenía una igual guardada en alguna parte, nunca le daba uso. Esa tarde, Otero apretó la pelota en su puño, miró a Víctor por encima del monitor de su ordenador y dijo:

—Llama a Merién un momento.

—¿Por qué?

Otero soltó la pelota.

—Tú llámala.

Víctor se giró hacia el teléfono y apretó el tercer botón del panel comenzando por abajo. Luego puso el altavoz.

—Hola, Víctor.

—Hoooola, Mérien. ¿Cómo vas?

Tres pisos arriba, ella se rio. Tenía una risa muy contagiosa, a Víctor le hacía bastante gracia.

—Bien, bien. ¿Y tú?

—¡Hola, Merién! —Otero se aclaró la voz.

—Estás en altavoz, Mery.

—Hola, Otero. Vale, vale. ¿Cómo están, pues?

—Bieeen, bien. Aquí. Dando el callo por dinero, etcétera, etcétera. Oye, Mery. ¿Hay algo que se te haya olvidado decirnos a Víctor y a mí?

Víctor se apoyó sobre los reposabrazos de su silla y se impulsó un poco hacia arriba para mirar mejor a Otero. ¿De qué estaba hablando?

—Eh... ¿Algo... como qué?

—Piensa.

Víctor le hizo un gesto a Otero. El otro hombre negó con la cabeza.

—Creo que no sé de qué estás hablando.

—¿Estás segura?

El silencio se estiró y estiró y estiró entre los tres.

—¿Hay algo que haya hecho mal? —preguntó ella al cabo de un momento.

—Nooooo. No, no, mujer, qué cosas tienes. Tranquila. No has hecho nada mal. ¿No es tu cumpleaños mañana?

—Ostras, Mérien, ¿mañana es tu cumpleaños? —Víctor se rio.

—Ah —dijo ella. Víctor creyó oírla respirar al otro lado del teléfono—. Sí.

Otero fingió quitarse de los hombros una pelusa inexistente.

—Pero qué ánimo es ese, ¡mañana es tu día! ¿Cuántos añitos cumples?

—Veintitrés —dijo Víctor.

—Veintiséis —respondió—. Chicos, perdón, pero tengo una reunión ahora con Matiqui, luego les llamo.

—Espera, espera. ¿Con Matiqui? ¿De qué?

—¿Eh?

—De qué es tu reunión con Matiqui. —Víctor se inclinó sobre el teléfono.

—Con el equipo de Calidad, luego les llamo, adiós, adiós.

—Espera.

No esperó. Otero y Víctor se miraron.

—¿No te parece muy raro esto?

—No termino de cogerle el punto a esta chica. —Otero hizo un gesto con la mano—. Cuando hablas con ella nunca sabes qué está pensando.

—Me refería a la reunión de Matiqui y Calidad. ¿No tendríamos que estar allí?

—Hostia.

Se pusieron en pie a la vez.

Julio de 2017

La noche antes de mi veintiséis cumpleaños llego al restaurante de mis padres, dejo mi bolso y el maletín del portátil de cualquier forma en la mesa en la que solemos comer mis hermanos y yo, y declaro:

—No puedo más.

Es lunes y en el restaurante hay mucha gente.

—Vivimos en un mundo de mierda —añado para mi público de dos personas—. La rueda nunca para de girar, te trabes tú en ella o no. Me hago vieja. Si te pasa por encima alguien te remplazará. El capitalismo es un sistema enfermo que te agota y te chupa la vida hasta dejarte majareta o peor, hasta que te convence de que esta es la única forma en la que puedes vivir, ¡el defecto lo tienes tú, que no te estás esforzando lo suficiente!

—¿Tienes un sueño? —pregunta mi hermano. Es el más alto de los tres.

—No podemos meternos con ella hoy, tiene inmunidad diplomática.

—Todos los días produzco para mi jefe y todos los días mi jefe quiere más y más y más. No tengo tiempo para pensar, no tengo tiempo para sentir, parezco una autómatas. Un puto robot. Sí, Matiqui. Gracias, Matiqui. Por supuesto, Matiqui. Písame la cabeza cuando quieras, Matiqui.

Le meto un golpe a la mesa pero no calculo la intensidad del golpe y me hago daño. Me siento delante de los dos, un poco humillada. Mi hermana me tiende una mano y le pongo la mía encima. La masajea un poco y me la devuelve.

—Cuando te pones en plan Maduro nos haces mucha gracia.

Les dedico una mirada larga a los dos. Son mellizos. Cuando nacieron no soportaba verlos, siempre estaban juntos. Lloraban, dormían, comían y se cagaban encima a la vez. Mis padres, que ya habían aprendido la lección con mi nombre, les pusieron Samir y Lilia, que poco después pasaron a ser Sami y Lily.

—Me da mal rollo cuando hablan como si fuesen la misma persona y tuviesen los mismos pensamientos.

Cuando crecieron un poco decidieron que yo era su persona favorita del mundo. De pequeños jugábamos a lo que yo quería, veíamos lo que yo quería, íbamos a donde yo quería. Yo estaba encantada, claro.

—*Tenemos* los mismos pensamientos.

El restaurante de mis padres cierra los viernes y sábados. Sus amigos les dijeron que era una locura, que esos dos días se hacía tanta caja o más que entre semana, pero a ellos les dio igual. En los veintisiete años que lleva abierto les ha ido bien. Al principio estaban ellos dos y tres camareros, pero hace unos años ampliaron el local, contrataron a más gente y se hicieron una cuenta en Facebook y en Instagram. Ahora las gestionamos mis hermanos y yo porque mis padres se sienten demasiado viejos para esas cosas.

Desde que abrieron Marhaba les han entrevistado tres veces: dos para la televisión local y una para un documental de una televisión noruega. Los clientes del restaurante han sido casi siempre taxistas, vecinos de Puerto Rico y la gente que viene del norte de la isla a pasar aquí sus vacaciones. En los últimos años el boom de los influencers, lo «étnico», y descubrir sitios locales escondidos por la isla han traído a una recua de imbéciles obsesionados con la *autenticidad* de la comida multicultural. Ahora, muy a menudo tenemos mesas de diez o doce personas que se dedican a ir por el restaurante sacándose fotos por todas partes, grabando a las cocineras y subiendo directos a Instagram mientras engullen como si nunca hubiesen probado una especia.

—¿Qué estoy pensando ahora mismo? —pregunta Lilia.

—«Si no me convierto en la mejor matemática de Europa me suicido.»

—Suicidarse es haram. —Me giro un momento y busco a mis padres con la mirada. No les veo—. Chacho, tengo hambre. ¿Cenamos o qué?

—¿Si cruzo la calle con los ojos cerrados es suicidio? —pregunta Lilia.

Sami estudia Ingeniería Química. Lilia, Matemáticas. En lo que respecta a mi familia, la tonta oficial soy yo. Cuando estoy con mi madre y nos cruzamos a una khalti siempre preguntan por mis hermanos. Siempre. Todo el mundo los conoce en el barrio: son educados, abiertos, simpáticos y extrovertidos; son, en definitiva, dos personas odiosas. Las palabras *ingeniería química* o *matemáticas* arrancan sorpresa de nuestra interlocutora. Chias, qué difícil, dicen algunas. Ya rabbi, qué inteligentes, dicen otras. Luego siempre viene el bajón. ¿Y tú, Meryem? Yo soy traductora. Ah..., suena interesante. Nadie es consciente de lo difícil que es nacer en una familia de inmigrantes magrebíes y no meterte en Medicina o en una ingeniería. Es lo que todo el mundo espera de ti, como que tus padres se opongan fervientemente a tu relación con un ateo o, peor, decidan casarte con tu primo hermano antes de que termines el instituto.

Con los años, mi actitud ante las khaltis ha cambiado. Antes me preguntaba por qué no podían hacer un esfuerzo e integrarse más. De estudiante llegaba a la estación de guagua de Puerto Rico y las veía en el parque, siempre en manada de seis o siete con sus respectivos hijos, mismo uniforme para todas: pañuelo, chilaba, duro acento magrebí. Ocupaban tanto espacio que me molestaban. Pensaba: qué les cuesta. No llamar tanto la atención sobre sí mismas, no ser tan escandalosas, tan irreverentes metiendo las narices donde nadie las llamaba cómo están tus padres cómo están tus hermanos ay dónde vienen a estas horas ay qué lejos seguro que tú: las miradas a mis pintas, saberme juzgada. Las juzgaba de vuelta: sí, yo no soy como tú, yo aspiro a más. A ser más que una madre, a tener una vida mía, a poderirme de los sitios cuando yo quiera, a no tener que cargar con un marido una casa unos niños la compra del Spar, a tener preocupaciones más allá de cotillear en el parque con otras señoras igual de cotillas que yo. Era una imbécil, yo. Ahora lo sé.

—¡Por fin! Somos sus hijos y tenemos HAMBRE.

Mi hermana recibe a mis padres con los brazos en el aire, mi madre se ríe. Se parecen tanto físicamente que me siento una alienígena. Pelo negro, ojos oscuros, tez blanca. Soy la única de mi familia con el pelo castaño. La única miope. Quizá me adoptaron en su día y nunca se han atrevido a decirme la verdad. Por eso se me dan tan mal los números.

—Estos hijos nuestros no saben dónde está la cocina.

—Tus hijos no saben dónde está la cocina. —Mi padre me pone una mano en el hombro, se sienta a mi lado—. Creo que hace dos días que no te veo.

Es su forma de decir que me ha echado de menos. Mi padre no dice las cosas directamente, tiene gestos, detalles. No te dice *hija mía, cuánto te extraño*. Te llama y está dos horas al teléfono contigo mientras tú haces tus cosas y él las suyas. No te dice *te quiero mucho, ten cuidado*. Te va a recoger, a la hora que sea, estés donde estés.

—Es lo que tiene este podrido sistema en el que vivimos —replico—. Hoy fui a ver un piso en la zona de Arenales, ¿la ubican?

—Sí.

—¿Eso es por donde la Fuente Luminosa?

—Sí, por allí. —Noto el cosquilleo de lo que en una hora como mucho será un buen dolor de cabeza—. Pues veo el piso, que es una mierda.

Mi madre se gira hacia mí. Tiene La Mirada.

—... que es un horror. Horrible. Un agujero. Metes allí a Ortega Lara y te dice que por favor lo devuelvas al zulo. La cama a diez pasos de la cocina, la presión de la ducha que da pena verla, la vitrocerámica enana y sucísima, UNA ventana en todo el piso... Y pienso, bueno, podría ser peor, ¿no?

Juan, uno de los chicos que trabaja en el restaurante, viene a tomarnos nota. Mis hermanos piden primero.

—No me voy a poner exquisita, ¿no? Son quinientos euros de alquiler y es lo más barato que he encontrado cerca del trabajo. Quinientos del primer mes y quinientos de fianza. Pues la tía cuando mira mi nómina me dice que no le parece suficiente. Que el piso está pensado para dos personas. ¿Pero la cama era una de 90? Me deprimió.

—Quinientos euros me parece mucho —comenta mi madre. Pregunto si queda harira, Juan me dice que sí. Pido harira y una botella de agua—. ¿Tienes una lista con otros pisos, no?

—Hizo un Excel —mi hermano se ríe de mí—. Me lo enseñó el otro día.

—Qué ganas tengo de irme de casa para no soportarte más —le digo—. Ni a ti ni a tu sombra.

—Oye, él es mi sombra.

—No te desanimes. No era para ti ese piso, nada más —me anima mi madre.

La fe de mis padres es inquebrantable. Tú planeas y sueñas, pero Dios planea mejor. Si algo no es para ti, no pasará, por mucho que lo intentes y te esfuerces. Tienes que creer a ciegas en que lo que está escrito para ti te va a alcanzar, y lo que no jamás te tocará. Lo que te parece el final del mundo hoy será una bendición mañana. Somos humanos, no sabemos ver más allá. Mis padres llegaron aquí solos, trabajaron de lo que pudieron (mi madre de fotógrafa, de dependienta; mi padre de manitas, de reponedor, de camarero, de cocinero), nos tuvieron a mis hermanos y a mí, abrieron Marhaba. Hubo lágrimas, hubo sacrificios, pero a mi edad ya tenían todo lo que yo no tengo ahora. Planes de futuro, un coche, una casa, un negocio propio. A mí me cuesta. Cerrar los ojos, tirarme al vacío. Mi fe flaquea de vez en cuando. No porque no crea, sino porque no soy perfecta. Solo soy una persona.

—¿Algo que alguien quiera compartir ahora que estamos todos juntos? —pregunta mi madre.

—Yo. Antes de que Meryem diga algo del mundo capitalista —se apresura mi hermana.

Muy a mi pesar, me río.

Agosto 2017

Imbécil con pantalones color beige, Adidas Stan Smith y camisa vaquera, le pegaste un repaso a las dos niñas con el uniforme del Claret que iban delante de mí y les silbaste un asqueroso GUAPAS que las hizo caminar más rápido, hijo de la gran puta, espero que te arrolle una guagua en el próximo paso de cebra que cruces sin mirar. Gusano.

Mi plato favorito del mundo mundial es la tortilla de papas de mi madre. Cuando lo digo, la gente se sorprende porque esperan algo exótico, un cuscús, un cordero asado con ciruelas, un tajín de pollo, pero mis padres desde bien temprano se aseguraron de que yo, su primogénita, creciera inmersa en la experiencia española completa. Así, un día que llego a casa deprimida porque Yolanda me ha llamado estúpida de veinte formas distintas me encuentro en el salón una foto de cuando a los nueve años mi padre me compró un vestido de comunión. Me quedo mirándola, congelada en el salón. Me teletransporto al día que llegué a casa al borde del llanto porque todas mis amigas del colegio tenían un vestido de comunión blanco precioso que las hacía parecer princesas y yo no, yo no tenía nada, yo solo tenía galletas de sésamo y un tatuaje de henna en la mano derecha del que algunos de mis compañeros se burlaban. Mis padres me llevaron esa misma tarde al Corte Inglés y me compraron un vestido de comunión sin ser nosotros nada de eso y mi madre me sacó quinientos millones de fotos en el salón de casa y en el patio de la comunidad de vecinos con su cámara analógica de los noventa. La única vez que volví a ponerme ese vestido fue para ir a la boda de uno de mis tíos. Me sentí como una princesa en ese momento, lo recuerdo. Ahora me quedo mirando mi foto y pienso que quizá la crueldad de Yolanda nace de que nunca ha tenido personas capaces de fingir una comunión por ella. Grito: «Maaaaaaaaamaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa, ¿¿qué hace esta foto aquí??».

Agosto 2017

Una mañana de agosto Matiqui llama para decirme que no se encuentra bien y que va a trabajar desde casa. Aprovecho ese día para no hacer nada y me escondo en la azotea, 24 grados centígrados en Las Palmas de Gran Canaria. Ni frío ni calor por las nubes de la panza de burro que cubre todo el cielo. Las veo amontonarse poco a poco por los alisios que las empujan a este extremo de la isla y predigo que lloverá en Teror esta tarde. Sé que es verano pero apenas lo siento. Todavía no me he comido un helado sentada en la avenida marítima, todavía no he ido a la playa. Tampoco he cogido vacaciones porque la ETT no me las paga. Cada día libre que pida es un día que no cobraré, así que aquí me quedo.

En verano siempre pienso en mis abuelas, sobre todo en mi abuela paterna y en su casa. Tengo una foto en mi cabeza cada vez que la recuerdo, un cliché de paredes blancas y techo abierto. Vacas, gallinas, tres gatos que tenía mi familia y a los que nunca les pusimos nombre. Los llamábamos ktot, gatos en árabe. En casa no estamos seguros, pero creemos que mi abuela llegó a jurar en algún momento que había nacido en esa casa y que en esa casa pensaba morirse cuando llegase su hora, así que todos los veranos peregrinamos al pueblo. Peregrinábamos y no íbamos porque el camino de ida se me antojaba una travesía muy larga, plagada de paradas en gasolineras y carreteras muy complicadas.

Cientos de miles de kilómetros separaban el mundo real del pueblo, millones de horas por autopistas y peajes, ocho vidas recorriendo una carretera secundaria y maltrecha que conectaba el último tramo de la civilización con la casa de mi abuela. Pueblo, pueblo, pueblo de verdad con cientos de historias, todas buenísimas. Peleas entre vecinos que habían terminado con varios muertos por una parcela de tierra cochambrosa, novias y novios a la fuga, señalamientos de brujas, gallos descabezados, maldiciones y santería en la boda de Fatimita y Mohsinito, avistamientos de jinns en el pozo, en la plaza del pueblo, en el caminito que llevaba a la única mezquita en cientos de kilómetros a la redonda. Incluso hoy, todos mis intentos de diseñar un protocolo de actuación en caso de ver un jinn han tenido cero éxitos: nadie quiere hablar de ellos, nadie se plantea qué hacer si se topan con uno; solo buscan evitarlo a toda costa.

A pesar de que hace mucho tiempo que no voy, estoy segura de que el pueblo, el mío, el de mis padres, sigue exactamente igual que la última vez que fui. Olerá a lo mismo de siempre (tierra, agua limpia, mazorcas de maíz asadas, hachís), tendrá los mismos colores (verde, amarillo oscuro y marrón), allí seguirán las mismas personas (gente mayor, niños pequeños, matrimonios jóvenes que vuelven a las casas que han heredado de sus familias). En verano siempre pienso mucho en mi abuela paterna y en su casa porque se acerca el aniversario de su muerte y la pena es visceral y horrenda.

Me acompaña todos los veranos, como una canción pegadiza que no se me va de la parte trasera de la cabeza. Me sé la melodía, la letra. A veces creo que ya no la siento y que por fin solo me quedará echarla de menos en la distancia que el tiempo ofrece; otras es un pensamiento recurrente e intrusivo, una ola que subestimo hasta que me arrastra por los tobillos mar adentro.

Las paredes de esa casa contaban muchas historias de mi infancia y el principio de mi adolescencia que he escogido recordar, aunque algunas empiezan a difuminarse poco a poco en mi memoria. Con los años he aprendido a dejar atrás y olvidar las anécdotas de las que me avergüenzo, los episodios de mi morro torcido, mi desdén y mi arrogancia adolescentes. La línea desgana de mis hombros cada vez que teníamos visitas. Me gustaría decir que recuerdo cómo era su voz, cómo se peinaba, cómo olía o cómo se vestía, pero se me ha olvidado y me he vuelto una especialista en torturarme por ello. De mi abuela recuerdo los rasgos de su cara, lo mucho que lloraba cuando nos íbamos, sus manos y lo mucho que le gustaba el café. Siempre solo.

Si tan solo hubiese ido más a menudo. Si hubiese preguntado más, llamado más, escrito más. Nunca llegué a pensar que se moriría antes de tiempo, así que me justificaba con que podría volver yo a esa casa cuando quisiera. Era mía, de mi familia. Nunca dejaría de estar allí.

El verano en el que la casa de mi abuela desapareció tampoco fui al pueblo. Mi tío decidió renovarla entera y yo decidí que jamás volvería a poner un pie allí porque ya no tenía nada por lo que volver. Nosotros casi nunca heredamos nada en su totalidad: todo se reparte entre los miembros de la familia que quedan. La pareja, los hijos, los hermanos, los tíos. Los padres. Él no le preguntó a nadie, pero tiró prácticamente todo abajo y construyó algo nuevo e irreconocible que fui incapaz de relacionar con nada de mi pasado. No solo no puedo perdonarle, sino que no quiero hacerlo.

Cuando era carajita mis padres bromeaban con que éramos tantos en la familia que, de repartir la casa de mi abuela entre todos apenas nos tocaría un azulejo a cada uno. Yo escogí el mío entonces, y todos los veranos me aseguraba de que estaba intacto, de que estaba allí. Se volvió mi obsesión de verano. Jugar con los gatos, tocar mi azulejo. Ir al pozo, tocar mi azulejo. Muchísimos de mis recuerdos estaban articulados en cada una de las habitaciones de esa casa que sigue ahí pero que ya no está. En el huerto, en la cuadra. Todos vuelven a mí por estas fechas. Sé que es verano, pero yo no lo siento. Tampoco iré al pueblo este año.

Septiembre 2017

Omar se va de vacaciones todo el mes de agosto. Cuando vuelve en septiembre lo hace más delgado y mucho más moreno que de costumbre, sus ojos brillan en su cara. No le digo nada sobre esto último, no estoy chalada. Mis pensamientos sobre él giran en diez millones de direcciones distintas: algunos días lo extraño, otros tantos me alegro de poder trabajar en silencio sin nuestro chat de Skype parpadeando en la barra de tareas. Nos encontramos el 1 de septiembre en la entrada del supermercado. Abro la boca para preguntarle si me ha estado esperando como el psicópata que sé que es, pero comienza a hablar en cuanto llego a su altura.

—¿Qué horas son estas? ¡Llevo un rato esperándote!

—¿Por qué? —pregunto, no paro a su lado, sigo caminando. Me alcanza en una zancada—. Bebé, ahora tengo un contrato con esta empresa, llego a la hora a la que a mí me da la gana...

Comienza a hablar consigo mismo, imitándose.

—Hola, Omar, ¿qué tal tus vacaciones? Muy bien, gracias, ¿y las tuyas? —Cuando hace mi voz le sale demasiado chillona—. Muy mal, te eché de menos estos días... Mi vida sin ti no es igual. He estado, perdón, tú no hablas bien español, *estuve* llorando por ti por los rincones... Sin hablar con nadie, «asorá» todos los días...

—Tendrían que amenazarme con el asesinato de todos mis seres queridos para que yo dijese algo así.

—Pero lo dirías. —Cruzamos la entrada, paramos frente al ascensor.

—Bajo coacción, sí.

—... pero lo dirías.

—Hola, Omar. ¿Qué tal tus vacaciones?

No quiero sonreírle, pero lo hago.

—Muy bien, gracias. ¿Y las tuyas? Estás morena, te sienta bien.

—Muy mal —respondo. El timbre del ascensor pita cuando llega, entro sin pensarlo, me muevo como alguien que ha hecho este mismo recorrido todos los días durante mucho tiempo ya—. Te eché menos estos días... Mi vida sin ti no es igual.

Se carcajea.

—Estuve llorando por ti por los rincones sin hablar con nadie, asorá todos los días...

—Déjalo, no suenas convincente. —Parece un girasol, sigue mis movimientos con la mirada. Pulso el botón número 15 y luego el número 13.

—Es que mentir no se me da bien, es pecado. Ya sabes.

Nos miramos en silencio. Hablamos a la vez.

—¿Cómo estás?

—¿Crees que hablo mal español?

Nos miramos de nuevo.

—No, no creo que hables mal. —Se lleva las manos a las correas de su mochila, tira de ellas hacia abajo—. Me gusta mucho tu forma de hablar. Es bonita.

—Porque sería curioso que un andaluz se riese de cómo habla otra persona...

—Mi manejo, dominio y control del español te pondrían la cabeza del revés, personaje. Soy el Messi de la dialéctica.

Me río.

—¿Cómo estás? —pregunto, esta vez de verdad.

Cuarta planta, quinta planta, sexta planta.

—Muy bien. Me ha venido bien irme. —Se adelanta para salir del ascensor y huelo su colonia. Me pican las palmas de las manos—. No quería volver.

—Normal. Yo tampoco querría.

—Te escribo luego.

Tengo su olor en la nariz abrasándome.

—Sí lo hice, eh —digo cuando sale, le hablo a su espalda.

—¿El qué?

Las puertas se están cerrando cuando lo admito.

—Echarte de menos.

Me miro en el espejo del ascensor cuando las puertas terminan de cerrarse y el ascensor sube. Oigo a Omar decir desde fuera: «¡Te he oído!».

«La enajenación mental es la locura, demencia o pérdida de razón. En Derecho Civil es causa de restricción de la personalidad jurídica, debiendo el enajenado ser sometido a tutela. En Derecho Penal es eximente porque se entiende como enajenado al sujeto que posee un estado mental en el cual no puede hacerse responsable de sus actos por la falta de juicio», leo luego en Wikipedia. Me parece un buen diagnóstico para lo que me está pasando.

II

Septiembre 2017

—¿Alguno quiere ver a Snape sin calzoncillos?

Comienza como una simple broma. Sirius se aburre y Quejicus sale del castillo con sus andares apresurados, la nariz ganchuda, una capa negra que ondea a su paso con furia. La víctima perfecta, alguien que representa todo lo que él odia. Cómo se puede humillar a alguien que ansía el respeto de los demás si no es de esta forma. Formula la pregunta con aire despreocupado, como si no le costase nada ejecutar el movimiento, usando contra él su propio hechizo garabateado en uno de los márgenes de su desvencijado libro de Pociones. A su lado, Sirius se ríe y su risa le hace más alto, más ingenioso, más bravucón.

—Venga, Cornamenta.

Lo dice con energía, se lo ladra en la oreja. *Venga, Cornamenta*. Por su madre, por la paz mundial. Remus frunce el entrecejo, Peter no dice nada. A su alrededor, muchos de sus compañeros se ríen, rodeándoles. Gritan, aplauden, les encanta lo que sea que Sirius ha encendido y la combustión es inmediata. Snape se lo merece, claro. Lameculos por excelencia, siempre fisgoneando, metiendo su nariz sebosa en asuntos que no son de su incumbencia. No importa mucho que sus excusas o justificaciones para esto no sean más elaboradas porque lo odia con cada ínfima parte de su ser y ese odio le corroe el estómago cuando Lily aparece, su mirada en la de James.

—¡Dejadle en paz!

A James la varita le tiembla de forma imperceptible en la mano y quiere decir algo ingenioso pero lo único que hace es dar un paso hacia delante y llevarse una mano al pelo, revolviéndoselo. Sirius se ríe de nuevo, esta vez a mandíbula abierta y se dirige a Lily; incisivo, canino, *Canuto*.

—¿Desde cuándo eres su novia para darle ninguna orden, Evans?

La chica se lleva una mano al bolsillo de su túnica y James sabe que va a sacar su varita también.

—No necesito la ayuda de una sangresucia.

La respuesta de Severus la congela en su sitio. Lily aprieta los labios, de pronto lívida y James salta hacia delante como un resorte.

—Yo creo que más sucios estarán sus calzoncillos con esa manía de bañarse una vez al mes. Tú qué crees, ¿Black?

—¡Calzones fuera!

El hechizo brilla dando un coletazo y Snape cuelga del aire en menos de un segundo. Forcejea, rojo de ira y su respuesta es un tajo en la nariz de James, que

Un tajo en la nariz de James, que. Que qué. Releo la página, me paro. Clac, clac, clac, Yolanda irrumpe en el pasillo, zapatos de tacón rojos, traje chaqueta rojo, pelo recogido en un moño tirante. Durante un largo segundo pienso que me la estoy imaginando, que es un espejismo. Pierdo el hilo de lo que estaba escribiendo, toda mi atención está en ella. Es una visión, es Satán. Pasa por delante de mi escritorio, decidida, y va directa al despacho de Matiqui. Siento la tentación de sacarle una foto con el móvil porque no me creo sus pintas. Quiero immortalizar este momento para volver a él en el futuro y repasarlo. Lo más probable es que se me estén pasando por alto varios detalles de la impresión. La veo parar frente a la puerta de cristal, su reflejo rebota en mi cara y las dos nos miramos, ella de espaldas a mí.

Podría haberse ahorrado esto si me hubiese llamado. No sonrío, no cambio el gesto, solo la miro mirarme. Se gira despacio, la barbilla un poco levantada, y me señala con la mano. No se acerca a mi mesa. Es una criatura roja ante mí. Un demonio, un jinn.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Soy amable, encantadora. Pienso asfixiarla con mi buena disposición, enloquecerla, esa es mi estrategia a largo plazo. Que no sepa si sé, que no entienda por qué, que jamás esté del todo segura de nada en lo que a mí respecta. Ir guardando todos sus desplantes en la carpeta RR.HH. — Pruebas que tengo en Google drive. Presentarme un día allí con un tocho de folios y acusarla de acoso laboral. Verla llorar. Ninguna de mis tiendas online favoritas hace envíos a Canarias. Soy una persona paciente.

—¿Dónde está Ferrán?

—No vino hoy, trabaja desde casa.

Yo podría haber sido una Yolanda, sospecho. Algunos de mis compañeros de clase de la facultad eran más pobres que yo, pero se comportaban como si no lo fuesen porque vestían en tonos beige y llevaban náuticos. Una americana azul oscuro Zara Man por encima de la ropa, el pelo peinado con cuidado. Tontos a las tres. Si piensas como un pobre siempre serás pobre. Esta actitud se premiaba en facultades como la de Derecho o la de Empresariales, pero en la mía no se toleraba y nos reíamos de ellos. Ahora les cotilleo en Instagram y en LinkedIn: son emprendedores. La literatura e Internet me salvaron en la adolescencia: suena exagerado, pero es la realidad. De no haber sido por ambas yo ahora sería otra persona. Una facha o, peor, una liberal. Diría gilipolleces, como «si te esfuerzas mucho, alcanzarás tus sueños» o «no soy racista, soy ordenada» o «el día de la mujer, ¿¿para cuándo el día del hombre??». Cuando veo a Rocío Monasterio en la tele siempre tengo la impresión de que su forma humana está a punto de casarse por completo y que en cualquier momento va a salir de allí un reptil de cinco metros. Toda odio, toda veneno. Es la misma sensación que me silba en el cuello cuando tengo a Yolanda delante, solo que en su caso el reptil es más pequeño. Un perenquén.

—Necesito hablar con él, es importante.

Subir dos pisos en esos zapatos para no encontrar a nadie aquí tiene que estar jodiéndola viva. Yolanda no cree en los ascensores. Son para vagos o para podemitas. Intento mirarle a la cara pero es imposible. Es como tener delante un cuadro con millones de detalles que te llaman la atención, te vuelves loco. No sabes por dónde empezar.

—Puedes llamarle, está trabajando... desde casa —repito, por si no me oyó bien la primera vez.

—Por favor, mira su agenda y dime qué reuniones tiene hoy.

Clac, clac, clac, clac, se acerca a mi mesa. Me pellizco un muslo por debajo de la mesa para no reírme y aprieto la boca. Me va a dar algo. Pienso en todas las veces que me ha hecho llorar. Respiro por la nariz, despacio. Exhalo por la boca.

—Los viernes no suele tener ninguna, por eso no viene a la oficina —me tiembla un poco la voz.

—Le llamaré, entonces.

Me empieza a picar el ojo derecho y una lágrima me quema la línea de agua. De tanto aguantarme la risa noto cómo me voy quedando cóncava.

—Muy bien.

Clac, clac, clac, clac. Hace dos semanas llegué a mi casa triste y cansada y me metí en mi antigua página en fanfiction.net. Releí mis antiguos fanfics y a pesar de verles cientos de fallos, me sentí mejor. Es mi zona de confort, supongo. Mi lugar feliz. Ahora escribo en los huecos libres que tengo en la oficina, cuando mi jefe no está y mis compañeros se olvidan de mí porque no me ven. Clac, clac, clac, clac. Podría escribir un libro sobre ese taconeo tan irritante, sobre su traje rojo o su moño, tan apretado que me duele hasta a mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

La lágrima me baja por la cara lentamente. Me la limpio rápido, apoyo los brazos en mi mesa. Ganchillo, quiero responderle. Tú qué crees.

—Trabajar —respondo con una sonrisa

Tengo una teoría sobre Yolanda. Nos miramos cara a cara esta vez, y sé que intenta adivinar qué estoy pensando. *Te odio*, conjuro en mi cabeza. *Te odio, te odio, te odio*. Cuando se va, miro mi reflejo en los cristales de la oficina de Matiqui y me quito las gafas. Me limpio los ojos con las palmas de las manos y me tapo la boca. Me pregunto si alguien se ha muerto alguna vez de pura contención. Borro todo lo que he escrito en el documento que tenía abierto y miro la página en blanco durante un largo rato. Luego, escribo: «La mañana en la que Yolanda conoció a su némesis...».

Septiembre 2017

—Por favor, ¿puedes sonreír en la foto? La voy a subir a mi Instagram y necesito que sea más o menos decente —pido.

—Pero si estoy sonriendo —se queja Omar.

—Pues usa otra sonrisa porque la que tienes ahora te hace parecer un poco psicópata —me manda a paseo con un corte de mangas pero sonrío de nuevo. A su derecha hay un letrero horizontal de medio metro que reza HERMANOS BETANCOR. Es mi churrería favorita—. Peeer feeeec tooo. ¿Te etiqueto?

—No tengo Instagram. —Llego a su altura y le enseño su foto. Parece satisfecho. Me guardo el móvil en el bolsillo de mi chaqueta—. Salgo bien guapo.

—¿Te consideras «guapo»? —pregunto—. Mira, ahí, al fondo. Hay una mesa libre. ¡Hola! Nos ponemos en la mesita del fondo si no le importa.

El señor que atiende la barra se ajusta las gafas sobre el puente de la nariz.

—Donde ustedes quieran, mi niña, ahora les sigo.

Hoy estoy teniendo Un Buen Día. El sol brilla en el cielo y la temperatura es perfecta: 20 grados centígrados, ni frío ni calor. Nada me puede salir mal, día 13 del ciclo. Yolanda está enferma. Matiqui está de vacaciones. Mi pelo cada día está más largo y más brillante. Un buen día.

—¿Tú me has visto? —me pregunta.

Hace unos días Lucía 2 me dio un codazo mientras yo engullía mi tupper de medio kilo de espaguetis con salsa de tomate y arqueó las cejas en dirección a Omar, que estaba usando el microondas. ¿Tener un carácter fuerte es gritar en las conversaciones que no salen como tú quieres que salgan? No. Tener un carácter fuerte, tener personalidad, es calentar tu tupper de medio kilo de espaguetis bajo la atenta mirada de las personas que se van a sentar a comer contigo en la mesa sin achantarte. Servirte todo el contenido de ese tupper en un plato y disfrutarlo mientras te lo metes entre pecho y espalda. No avergonzarte cuando alguien pregunta: «¿Te vas a comer todo eso?» sino responder: «Sí, ¿por?» y seguir jalando con satisfacción. Yo seguí la indicación de Lucía 2: vi al tipo que horas antes me había metido un manotazo en la mano y había apartado una bolsa de papas de mí diciéndome «son de jamón». Camisa color azul bebé, jersey verde botella, vaqueros. Pelo repeinado. El Jesulín de Ubrique de Supersaurio lo llamaba yo para joderle.

—¿Qué le pasa? —pregunté en voz baja.

—¿No le ves guapísimo? —respondió ella en un cuchicheo.

Me mordí la boca por dentro para no descojonarme en su cara. Omar sí es un hombre guapo, mi risa no venía por eso. Tiene los ojos claros, el pelo rubio, la nariz grande. A veces se subía las mangas de la camisa mientras hablábamos y yo me fijaba en el contraste de su vello y la piel de sus brazos, en sus manos, en el remolino indomable de su pelo. Para mí no era un hombre guapo, era la voz ronca de risa cuando me cogía el teléfono, sin haber dicho yo nada todavía. Era la coma que jamás separaba de la palabra que la seguía. Hola, Meryem. Era su «bleh, asqueroso mundo podrido» en voz alta mientras yo lo decía entre dientes porque ninguno de nuestros acompañantes trataría de rebatirle a él, a mí sí.

—Sí, no sé —dije al cabo de un momento—. O sea, sí, es guapo, ¿no? Pero es rubio.

—¿Y eso es malo?

Ella era rubia también.

—Sí, no sé. No me fío de ellos. Algo traman.

En el presente, ahora que lo tengo delante, me encojo de hombros. Prefiero la muerte a admitir según qué cosas.

—Todos los días te veo, eres pesadísimo. ¿Crees que te vas a morir si das un palo al agua en algún momento?

Se ríe.

—Podría caer tieso al suelo perfectamente. —Se abre la gabardina y la deja en la silla vacía que hay a su derecha. Lo primero que le dije esta mañana al verlo fue: «Coño, adelante gadgetolupa» —Tengo una pregunta.

—Dime. —Dejo mis cosas de cualquier forma sobre su gabardina solo para molestarle y me siento delante de él.

—¿Hay alguna red social en la que no estés?

—Tik Tok. Pero mira, el raro aquí eres tú. No tienes Instagram, no tienes Twitter, no tienes Facebook, no tienes nada. ¿Cómo vives así, como un animal?

—No me aportan nada.

—¿Tus amigos no tienen redes sociales?

—Supongo que sí, pero no las usan tanto como tú. No les interesan.

—«No las usan tanto como tú.» Me gustaría que me trataras con un poco de respeto cuando te diriges a mí, tengo casi cuatro mil seguidores en Twitter.

En el televisor del bar Romeo Santos anuncia: «Hola, me llaman... Romeo». Hoy podría ser uno de los mejores días de mi vida.

—Cuatro mil chalados que leen todo lo que publicas.

—Te adelanto, no me importa qué opinión tengas sobre los chalados que leen todo lo que publico —le aviso a la misma vez que Romeo Santos canta: «Te adelanto| no me importa|quién sea él | dígame usted | si ha hecho algo | travieso alguna vez»—. En la web de fanfiction tengo más.

No le hablo de lo mucho que me ha desconfigurado la cabeza el uso que hago de Internet. Ya no soy capaz de concentrarme en nada, siempre tengo una notificación nueva, una notificación pendiente. Ahora solo sé reaccionar a lo que veo. Esto me gusta, esto me hace mucha gracia, retuit, like, esto me cabrea, esto me ofende, report, block. Si algo que posteo no llega a un número determinado de me gusta le doy vueltas a qué pudo fallar. Me comparo con la gente a la que sigo y a la gente a la que leo y hay días que esto me hace sentir muy mal conmigo

misma, pero aun así no dejo de hacerlo. Mi atención está dispersa en nada y en todo a la vez, pendiente de mil cosas que no me interesan o que no me hacen bien y a pesar de ello allí sigo, mirando. En ocasiones no recuerdo haber cogido el móvil, solo sé que han pasado dos horas de mi vida que he perdido en fotos en Instagram de personas que ni siquiera conozco. No se acaban nunca esas fotos, siguen y siguen desfilando ante mí y así por ahí se va el tiempo, en un chasqueo de los dedos, como si nada. No es que no me dé cuenta. Soy consciente de lo que pasa. Restalla en mí como un latigazo en la cara la necesidad de dejar todo atrás, de abandonarlo y centrarme en mi vida real, la vida que puedo tocar con las yemas de los dedos, las personas que me rodean. Me digo: «Se acabó». Borro mis cuentas de todas partes, desaparezco sin decir nada, adiós Instagram, adiós Twitter, adiós Messenger de Facebook. Aguanto un día, dos, tres si me esfuerzo. Luego me gotea por la espalda el miedo de estar perdiéndome algo. No sé qué en concreto. La Conversación. Miedo a no estar enterándome de lo que pasa en el mundo. Las vuelvo a abrir... Es un círculo infernal.

—¿Más de cuatro mil seguidores? —Nos miramos—. ¿Te sabes todas las canciones del mundo? Es demencial.

—Relájate —respondo—, que este Martini calmará tu timidez (*don't be shy*).

Se descojona.

—¿Sabes qué me parece muy curioso? Hace unos días estuviste a punto de mandarme a la cárcel por una tontería. ¿Te acuerdas? Me montaste un pollo de feminista radical de extrema izquierda por algo que me salió sin querer.

—¿Cuándo?

Me imita.

—Toma, te devuelvo tus ojos, que se te han pegado a mis tetas.

—¿Se supone que yo hablo así?

—*Hablas* así. Recuerdo mucho tchhhhhhhhhzzztchhhhhhz, como cuando la antena de la televisión falla. ¿Sabes?

Le señalo con una mano.

—Comienzo a pensar que estás demasiado pendiente de mí.

—Pero luego no hay temita de reguetón que no te sepas de pé a pá —continúa—. No me parece que ninguna de esas canciones sea especialmente feminista. ¿Saben esto todos tus seguidores de Internet?

—Eres literalmente un señor de casi cuarenta años que entra en debates que se superaron en Internet en 2008. No voy a educarte... Búscalo en Google.

Nos tomamos la medida en silencio.

—¿Qué es lo que más te gusta de Internet? —me pregunta al cabo de un rato.

Considero la pregunta mientras el camarero, que por fin ha recordado que estamos aquí, viene a nuestra mesa. Pedimos dos de churros y chocolate caliente.

—Cualquier cosa que se me ocurre o me pasa ya le ha pasado a otra persona —digo al final—. Lo meto en Google y pum, tengo cien millones de resultados al alcance de mis manos. Antes, cuando era más joven, me sentía... sola. Bueno, no sé si sola es la palabra. Aislada. Siempre

estaba un pisco incómoda, estuviera donde estuviese. Pero luego encontré a gente que tenía las mismas inquietudes que yo y vi que no era un bicho raro, solo era de un sitio muy pequeño. ¿Me explico?

Contempla mi respuesta.

—Sí —dice al final—. No sé qué web es esa que has dicho.

—¿Qué web?

—La otra en la que tienes muchos seguidores.

—Ah.

Nos ponen dos platos de churros con sus respectivas tazas de chocolate. La cara de Omar da un giro de 180 grados.

—Esto no son churros. Esto son porras.

—Esto son churros.

—Meryem. Son porras. Los churros son más finitos y son... como un lazo.

Me niego a ceder.

—¿Qué pone en el cartel ahí fuera? Churros, ¿verdad? No pone «Porrería».

—Eres increíble.

—¡No! Espera. ¡No toques nada! Tengo que sacar una foto para Instagram. —Recoloco los platos y las tazas siguiendo un criterio estético que no tengo del todo claro, pero la luz del bar y el metal de la mesa son horribles así que la foto no queda tan bien como podría haber quedado—. Vale, ya.

Los churros están tan buenos que ninguno de los dos dice nada más en un buen rato.

—Cuéntame lo de la web esa.

Mastico mi churro con una lentitud deliberada.

—Fanfiction punto net —digo al final—. En mi tiempo libre escribo fanfiction.

—Vale. No sé lo que es eso.

Me limpio la boca con una servilleta.

—Escribo historias basadas en obras de otras personas. Libros, series, películas... Empecé a hacerlo de adolescente con Harry Potter, no sobre Harry sino sobre sus padres. Luego salió *Crepúsculo*.

—¿La de los vampiros?

—Sííí. Me obsesioné con esos libros, tenía dieciséis yo. Creo que entre primero y segundo de bachillerato escribí unos setenta fanfics. —Sonrío al recordar esa época, lo feliz que fui esos años—. Entonces tú escribes tus historias y las subes a tu perfil en la web y las etiquetas para que otras personas puedan encontrarlas. Por ejemplo, si el fic es un...

—¿Fic es?

—Fanfiction abreviado. Estoy hablando muy rápido.

—No, no. Para nada. Sigue.

Algo en el gesto que hace con la barbilla me da vergüenza.

—Siiiigue —vuelve a decir.

—Vale, vale. Pues, a ver. Si el fic va de Edward y Bella, tú etiquetas a esos dos personajes. Si el fic es triste, etiquetas «Drama». Si es de humor, etiquetas «Humor». Y así hasta que das toda la información posible para que cualquier persona que busque un fic de Edward y Bella de

humor para mayores de edad por el lenguaje o porque haya sexo o lo que sea pue...

—Ah, ah, ah. Que puede haber sexo.

—Claro. Puede haber lo que tú quieras que haya, es como si el autor original de la obra no existiera. No necesitas su permiso, puedes explorar cualquier idea que se te ocurra.

—¿Y si el autor decide denunciarte porque no le gusta lo que escribes?

Me encojo de hombros.

—Tendría que denunciar a miles de personas que están repartidas por toooodo el mundo. Le desearía buena suerte. Nadie gana dinero escribiendo fanfic, no veo qué hay de malo en tomar prestados a unos personajes y montarte tus películas.

—Pero has dicho que tenías muchos seguidores en la página. ¿Cómo te encuentran?

—Porque te recomiendan en foros de fanfiction, o porque alguien que ya es popular en la web te tiene en sus favoritos, o porque da la casualidad de que tú tienes uno de los poquísimos fics que hay en español de una pareja muy concreta de un producto muy concreto, yo tenía un fanfic de siete capítulos de Paul y Jessica, de Crepúsculo, y alguien lo leyó y le gustó... y lo recomendó en Los Buenos Fics. Y de ahí..., el estrellato.

—Sabes, has dicho alguna vez así de pasada que escribías cosas, pero pensaba que tenías un blog o algo así.

—Mmm, Omar... ¿Tú eres consciente del año en el que vivimos? Ya nadie escribe blogs.

Extiende un brazo entre los dos y toca una de las dos pulseras que llevo en la muñeca. Repasa los eslabones con cuidado. La sensación de sus dedos sobre mi piel me cosquillea en la nuca y trago saliva.

—Mi hermana tiene una pulsera igual. —Me mira a los ojos—. ¿Dónde puedo leer tus fics?

—En ningún sitio. No quiero que los leas.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque son dos mundos. Mundo real y mundo del fanfiction. Mi vida aquí y mi vida en Internet. No se mezclan nunca.

Sería catastrófico, mi Armagedón personal. La última cosa que escribí esta mañana en Twitter fue «Por el pasillo de la oficina gritando Allahu Akbar a ver si con suerte nos evacúan y hoy no trabajo». Pienso en Otero y en Víctor leyéndome. Contengo un escalofrío, pero no sé si es por la imagen mental o porque Omar todavía tiene su mano alrededor de mi muñeca.

—No lo compartiré con nadie, puedes fiarte de mí.

—Ya sé que puedo fiarme de ti. Me fío mucho de ti. No es por eso.

Tira de mi mano hacia él.

—Meryem. Quiero leer tus ficfans. Fanfics. Tus historias.

La Meryem del pasado y la Meryem del futuro chillan. La Meryem del presente piensa en Lucía 2 y en ese codazo. En el gesto de sus cejas. ¿No le ves guapísimo? Ahí encorvados los dos el uno frente al otro con nuestras manos en la mesa y el aire apestando a fritanga de churrería pienso que no, no le veo guapísimo. Le veo peligroso.

—No.

Esa tarde antes de apagar el ordenador e irme a mi casa Omar tiene en nuestro chat de Skype un link a mi perfil de fanfiction.net. La última vez que actualicé mi biografía fue en 2010.

Octubre 2017

Cuando siento un acceso súbito de optimismo me meto en la web de Idealista y me relajo, me relajo, como el niño del vídeo viral que se queja de que tiene más tarea que vida. Él no entiende por qué tiene tantos deberes cuando está en primero de primaria, yo no comprendo por qué algo que en teoría es un derecho fundamental cae sobre mi nómina como una bomba de racimo. Leo: «Alquilamos magnífico loft recién reformado de 25 metros cuadrados en Paseo de Chil, interior. La vivienda consta de salón-cocina, dormitorio y baño. La vivienda se encuentra en perfecto estado, sin amueblar, en plena zona comercial de Triana, supermercados, farmacias, todas las paradas de guaguas. Precio: 700 euros al mes. Gastos de agua y luz por cuenta del inquilino. Se solicita un mes de fianza, mensualidad en curso y honorarios de la agencia. Solo personas serias: se requerirá nómina». Pienso: «Pagar 700 euros al mes más gastos por 25 metros cuadrados y tener la cama en la cocina tendría que ser ilegal». Cierro la página, enfadada.

Intento seguir con mi vida, pero me quedo clavada en ese precio y en las fotos de ese zulo. 25 metros cuadrados con una única ventana. Magnífico loft, dicen los muy hijos de puta. Días más tarde, leo: «El Banco de España recomienda no gastar en alquiler de vivienda más del 35% de los ingresos mensuales». Se me pone la cabeza del revés durante mucho tiempo. No dejo de pensar en ello, pero no me rindo: sigo buscando. Visito un «práctico estudio a estrenar con todo tipo de detalles. Ubicado en León y Castillo, cerca de la Plaza de la Feria, no dejen escapar esta oportunidad única de poder acceder a un ático con todos los servicios incluidos. 650 euros al mes más gastos. Cocina equipada. Sin amueblar. 22 metros cuadrados sin habitación. Requisitos: fianza de dos meses, cuota de la agencia y mes en curso». La tipa de la agencia gesticula mucho con las manos. Si me quedo con el piso tendré que cubrir sus honorarios. Mi cara no transmite ninguna emoción cuando me lo explica, pero una llamarada se enciende en mi pecho. Si yo no he contratado los servicios de la agencia, ¿por qué tengo que pagar sus honorarios? Dos meses de fianza por un agujero de 22 metros cuadrados sin amueblar, al menos me dan la libertad, supongo, de decidir si quiero una cama y prescindir del sofá o comprar un sofá cama y pagar unos 700 euros al mes para vivir como si estuviese recluida en una institución penitenciaria. Mi banco comienza a bombardearme con anuncios de préstamos. La primera vez que me llaman me ofrecen 20.000 euros. La segunda vez, 30.000. Para cualquier proyecto que tenga, me dicen. Me lo puedo pensar. Para seguir estudiando, para comprarme un coche, para una reforma que quiera hacer en mi casa. Le cuelgo el teléfono al agente que me llama porque ese último comentario me toca mucho las narices. ¿Qué casa? estoy a punto de gritarle. ¿Qué puta casa? Me persiguen por correo, por la app, en el cajero automático. 40.000

euros al alcance de mis manos, solo con un clic. Le cojo una manía sideral a mi banco y a todo lo relacionado con él. Me planteo aceptar el dinero y desaparecer. Veo a Ana Botín convertirse en un icono feminista y me quedo delante de la tele un buen rato, pasmada, torpe, traste y testaruda. Pienso en el número de mujeres que trabajan en las oficinas del banco Santander que van a perder su trabajo en los próximos meses por el cierre de sus sucursales y en las colas de gente mayor que no sabe usar el cajero automático y que tienen que pagar una comisión para sacar su dinero (¡¡su propio dinero!!) en la ventanilla. ¿Me encontrarían en el pueblo, si decidiese fugarme con esos 40.000 euros? ¿Me seguirían hasta allí para exigirme que los devolviese? 47.000 euros sin papeles, solo con un clic. Dan ganas de hacer una locura un día.

Sigue creciendo en mí una rabia uniforme que voy acumulando poco a poco en las tripas y de la que no consigo deshacerme por mucho que lo intente. Se me sube a los hombros, me pone las manos en el cuello y aprieta, aprieta, aprieta lo suficiente como para sentirla siempre, esté donde esté, haga lo que haga. No me termina de asfixiar ni me incapacita: sigo operativa, funcional, puedo trabajar. Van pasando los días, va pasando el tiempo. No hago nada al respecto. No sé muy bien qué hacer. Me miro mucho las manos. Las abro, las cierro.

A principios de octubre me mudo a un piso de dos habitaciones en la calle Arena, a diez minutos a pie del trabajo. Pago seiscientos quince euros al mes, gastos no incluidos. El calentador de agua no funciona del todo bien y la nevera es tan vieja que apenas enfría nada. Todas mis cosas caben en tres cajas de mudanza de Leroy Merlín y dos maletas que viajan conmigo en el asiento trasero del coche de mis padres. Los dos se empeñan en ayudarme a limpiar el piso nuevo, pero es tan pequeño que no tardamos mucho en terminar. Entrada-cocina-salón. No hay sofá ni mesa en la que comer ni estanterías. Los gastos del piso se pagan aparte. Tiene un baño diminuto sin ventana. Tampoco hay televisión. El dormitorio da a la calle Arena. Hay un Stradivarius, una cafetería La Madera y un restaurante. Tres boutiques de lujo, una papelería y una peluquería justo debajo de mi piso. 615 euros al mes más un mes de fianza. Trato directamente con los propietarios, una pareja de jubilados, y me ahorro los honorarios de la agencia. Tengo suerte, pero hay una parte de mí que no puede evitar sentirse muy inteligente por esto. Jaque mate, he ganado al sistema: soy una imbécil, es evidente. Oigo a todos los músicos independientes que se ponen en Triana a tocar el violín, la flauta, la guitarra o el saxofón por unas monedas. Al principio me digo a mí misma que esto le da encanto a mi nueva casa. Invito a mis padres a comer porque no quiero que se vayan y cuando finalmente lo hacen, cuando nos despedimos y salen por la puerta, me invade una tristeza tan profunda que me siento en el suelo y me quedo ahí un largo rato leyendo mi timeline en Twitter, dando likes en Instagram, respondiendo mensajes de WhatsApp. Mi casa ya no es mi casa, ahora es la casa de mis padres, un lugar en el que crecí y en el que ya no vivo pero al que iré de visita todos los fines de semana. Me convierto en una persona que no tiene una casa propia. Cuando lloro, de fondo se oye a alguien tocando un saxofón.

Mi casero, que al principio parece un señor mayor agradable y que vive en el piso de abajo con su mujer, mi casera, se revela como un villano de telefilm de Antena 3 cuando comienza a quedarse con mi correo para dármele cuando a él le da la gana. Pienso en irme, claro, pero no quiero perder la fianza y buscar otro piso cuando me ha costado tanto dar con este se me antoja una locura. Es algo nimio, el correo. No se queda con las cartas, siempre me las termina dando.

Pocos meses después comienza a subir a mi piso y a tocar la puerta para hablar conmigo. Las dos primeras veces le abro. La tercera finjo que no estoy. Se convierte en una dinámica extraña: una vez cada cierto tiempo sube, aporrea mi puerta, espera un segundo, arrastra los pies por las escaleras hasta volver a su casa. Esto tampoco se lo cuento a nadie. Se sentirá solo, razono. Querrá palique. Las mujeres podemos justificarlo todo si nos esforzamos lo suficiente.

Octubre 2017

Una tarde llego a casa, dejo mis cosas en el suelo de la entrada y arrastro los pies hasta el salón. Me siento en el sofá hasta dejarme absorber por él, solo un momento, cinco minutos como mucho. Termino tumbándome con las caras internas de las rodillas en el reposabrazos, porque ya que estoy, mejor me pongo cómoda. Entro en un bucle infinito de leer tuits en Twitter y ver fotos en Instagram y cuando me doy cuenta ya se ha puesto el sol, ya es de noche, ya se terminó el día. Son las siete y ocho minutos, hoy he vivido de 06:40 a 07:50, el resto del tiempo solo he trabajado. No soy consciente de que estoy llamando a Omar por teléfono hasta que veo su nombre en la pantalla. Sé que le estoy llamando porque pensé en llamarle para hablar con él, pero no lo registro del todo en mi cabeza, como cuando me pongo de pie y voy al baño sin haber pensado mucho en que quería ir al baño. Solo me levanto y voy. No me lo coge. Cierro los ojos y me desperezco en el sofá. Pienso: y si me echase a dormir ahora, ¿podría alguien juzgarme? Con la ropa puesta del trabajo, apestando a corporativismo. Omar me llama.

—¿Me has llamado? —pregunta.

Cierro los ojos.

—Sí.

—¡Ah! Pensé que había sido sin querer.

—No. No. Fue queriendo. O sea —me aclaro la garganta— pensé en llamarte y te llamé.

—¿Pero ha pasado algo?

—¿Qué, por qué? ¿Estás ocupado?

—No, estoy en mi casa viendo el canal Cocina.

Me río.

—¿Qué están echando?

—A Jamie Oliver cometiendo crímenes de lesa humanidad —hace una pausa—. También te habría cogido el teléfono si estuviese ocupado.

—Vale.

—Te diría que ahora no puedo hablar porque están haciendo bacalao gratinado con muselina de ajo y escalivada, pero que cuando terminen te llamo.

—Muy educado por tu parte.

—Soy así, un caballero.

Me río entre dientes. Ninguno de los dos dice nada más en un rato, podría ser un minuto o podrían ser tres horas.

—¿Qué vas a cenar?

Lo oigo respirar como si considerase la pregunta.

—No lo sé, ¿por qué, quieres venir? Tengo cherne.

—Creo que eres la persona que conozco que más pescado come. Es increíble. ¿Es algo de la edad?

—Es algo de aprovechar las ofertas de la pescadería. —Le oigo apagar la televisión—. También podemos hacer pico de gallo y garbanzos.

—Vale. No sé. No me importa, me gustan las dos opciones. ¿Quieres que lleve algo? Puedo llevar ginger ale, tengo un montón. El estado de mi nevera es crítico, te comento. Tengo una coliflor de 675 gramos si la quieres.

—No —se ríe—, si quieres beber tú ginger ale me parece bien, yo no voy a beber ginger ale.

—Pero si está buenísimo.

—Me gusta para ti, no para mí. —Es lo mismo que le dije sobre su camisa hoy—. ¿Vas a venir de verdad o estamos de broma?

—Voy en serio, ¿no? O sea, pensé que estábamos hablando en serio, ¿estabas de broma?

—Estaba hablando en serio. No me cuesta nada poner otro plato para ti.

—Vale. Vale. Pues me ducho y voy a las ocho y media o así. Mándame tu ubicación.

—Vale.

—Vale.

—Voy a colgar.

—No, te voy a colgar yo —y le cuelgo.

Abro los ojos. Me arrastro a la ducha. Le llevo cuatro latas de ginger ale y la coliflor pocha de la nevera hasta su casa, resulta que vive en el paseo de Las Canteras.

Octubre 2017

Para el día Mundial Contra el Cáncer de Mama el interior de Supersaurio amanece con decenas de panfletos con la imagen de un lazo rosa. No hay sección del supermercado donde no se vean las imágenes de varias mujeres con pañuelos rosas en sus cabezas. Por megafonía se repite en bucle la cantidad de dinero que la empresa ha donado para la investigación contra el cáncer y se invita a los clientes a aportar su granito de arena. Todos los trabajadores nos ponemos un lazo en la ropa que llevamos ese día. También se reparten camisetas rosas entre las mujeres de la oficina y recibimos un correo días antes en el que se nos informa de la organización de la Pink Run. Nadie va a la Pink Run, pero todas nos quedamos con la camiseta porque estamos concienciadas. A las doce del mediodía todas las mujeres de la plantilla vamos a la sala de reuniones con nuestros lazos rosas en camisetas rosas que nos han regalado para sacarnos una foto que luego alguien de RR.HH. sube a la web de la empresa.

Como en mi empresa no apoyamos el feminismo ni el machismo, sino que defendemos la igualdad, alguien se queja porque a los hombres no se les ha regalado una camiseta. No quieren divididos, hombres contra mujeres, oigo. No es justo discriminar, aunque sea de forma positiva. Ahora los hombres también tienen culpa de que algunas mujeres tengan cáncer de mama, manda huevos. Quién nos quiere divididos, no lo sé. Los podemitas, supongo. Soros, Barack Obama, Mediaset. Sentada encima de la tapa del váter del baño de mi planta, abro la app de mi banco y consulto mis ahorros. Diez meses más, me digo. Diez meses y me busco otra cosa.

Noviembre 2017

En el vídeo un grupo de personas da palmas en una fiesta. Forman un corrillo, cantan: «Puigdemont, te vamos a meter en prisión». Alonso se ríe mientras lo reproduce. Un tipo del grupo toca una pandereta al ritmo de la canción. Siguen cantando: «Puigdemont, te vamos a meter en prisión con Traperó, que va a ser su compañero». Uno toca la guitarra, otro baila en el centro del círculo. Me horroriza, me fascina. Lucía I y yo lo miramos en silencio hasta que se acaba. Alonso le da de nuevo al play, le hace muchísima gracia.

—Es buenísimo —sentencia—, la gente está muy loca.

—Yo me voy, que tengo mucho trabajo —dice Lucía I. Se levanta de la mesa. Solo estamos nosotros tres, coincidí con ellos cuando bajé a la cafetería a por un café y no supe evitarlos—. No sé por qué dejo que me lées para ver estas chorradas, anda, hasta luego.

La cancioncita se pega al córtex cerebral mientras la veo irse. Puigdemont, canta el jinn que me acompaña a todas partes, te vamos a meter en prisión. Miro mi taza en mis manos, no sé qué pienso de lo que acabo de ver. Es gracioso, pero no me hace gracia.

—¿Se habrá molestado?

—No, no creo —respondo—. Hay junta de accionistas esta tarde, tiene mucho lío.

La primera parte es mentira, la segunda es verdad. No sé si se ha molestado, pero sí sé que se ha ido porque el vídeo la ha incomodado tanto que ha preferido no seguir viéndole la cara a Alonso. Nunca se lo dirá porque todas aprendemos a imaginarnos que estamos locas y que esa cosa que nos ha incomodado no era para tanto en realidad.

—A ti te ha parecido gracioso, ¿no? Tienes sentido del humor.

—Sí, claro.

—A veces me cuesta entender a las mujeres —continúa—. O sea, tenéis muchos cambios de humor.

—Supongo.

Considero llevarme las manos al nacimiento de mi pelo y comenzar a arrancarme la piel a tiras partiendo de ahí, delante de él, solo para que se calle.

—De todas formas el tema de Cataluña es muy complicado.

—Es un poco como todo.

—No te caigo bien, ¿verdad?

Parpadeo.

—¿Por qué dices eso?

Se encoge de hombros.

—No soy estúpido. Con los demás hablas. A mí solo me das la razón.

No bufo pero estoy a punto. ¿No es estúpido? Debatible. ¿Le doy siempre la razón? Por supuesto. Es un jefe. Carraspeo.

—Me intimida hablar contigo —miento—. Eres un jefe.

Gestor de Talento, pero bueno.

—Pero soy un buen jefe —protesta—. Tenemos casi la misma edad. No vengo aquí con ese rollo de «soy el jefe, respétame...». ¿No? Soy otro tipo de jefe...

Un millonario que necesita validación de una asistente personal, mi puta vida es esto, un episodio de *The Office* que no se termina. ¿También le tengo que hacer de psicóloga a un tío que es prácticamente el dueño del lugar donde trabajo?

—Bueno, pero es comp...

—Además, Omar también es jefe, es mucho más jefe que yo, y con él sí hablas.

—Es diferente. —Me miro las manos, miro mi taza, miro el café que se ha enfriado, todos los órganos que hay en mi tórax se contraen, entro en estado de alerta máxima—. Si le mando a la mierda no me puede despedir. Tú sí.

Rumia mi respuesta en silencio. Lo que acabo de decir es una gilipollez como la copa de un pino, pero llevo gafas, tengo el pelo bien recogidito en una coleta perfecta, llevo una americana puesta.

—No voy a despedir a nadie por estar de cachondeo, no soy ese tipo de jefe.

Lo dice con un tono de voz extraño, como si estuviese a punto de echarse a llorar de pura frustración. Fantaseo con una vida en la que algo así fuese lo único que me preocupase, qué tipo de jefa soy. Una jefa abierta, extrovertida, guay. Una jefa que va en bici a los sitios, recicla y le dice a su equipo que pueden tomarse unos días para *chequear* su salud mental cuando quieran. No sé cómo explicar de forma educada que su mera existencia me repele pues esta representa todo lo que está mal en el mundo. Que un ciudadano normal, una civil como yo, no puede ser amiga de un Jefe. Nadie en su sano juicio es amigo de su jefe. Que un grupo muy reducido de personas abarque tanto, tenga tanto, quiera tanto, y nos deje a los demás un mínimo por el que pelearnos como muertos de hambre es absurdo, es incomprensible. Si yo tuviese su dinero no haría la pantomima de venir a trabajar. No necesitaría la validación de nadie. No la querría. Sin embargo, aquí estoy, consolando a alguien montado en el dólar. Nadie te rehúye por ser el jefe, pienso. Te rehúyen porque no eres una persona, eres tu idea de cómo crees que ha de ser una persona.

Mi móvil comienza a vibrar sobre la mesa. Leo MATIQUI en la pantalla. Hay gente que no cree en Dios. Cojo el móvil como si fuese un salvavidas, una caja de ayuda humanitaria que cae desde el cielo. Imagina no creer en Él solo porque no lo puedes ver. Ridículo.

—Perdona. Tengo que subir. ¡El deber me llama!

Huyo de él.

Noviembre 2017

—Dime, Matiqui.

—Hola, Meryem. ¿Puedes venir un momento? Necesito tu ayuda con una cosa.

Entre mi jefe y yo hay una pared de cristal. Siempre que llama por teléfono me cuesta no poner los ojos en blanco. Le veo y me ve. Qué necesidad hay.

—Sí, claro.

—Bien, vale. Perfecto.

Hago una pausa.

—Vale.

Cuando entro en su despacho se levanta y se aparta del ordenador.

—Necesito convertir un Excel en un PDF pero no tengo del todo claro cómo hacerlo. ¿Tú sabes, verdad?

Siento cómo una sensación muy extraña comienza a gotearme por la espalda, pero no tengo tiempo para analizarla.

—Sí, claro.

De las cinco frases que más le digo a mi jefe, «sí, claro» es la que más repito con diferencia. ¿Puedes venir media hora antes el jueves? Sí, claro. ¿Puedes quedarte una hora más hoy? Sí, claro. ¿Puedes leerte este tocho de documentos para ver si se me ha pasado por alto alguna errata? Sí, claro. ¿Puedes hacer durante dos semanas el trabajo de dos personas porque Yolanda se ha ido de vacaciones? Sí, claro. ¿Puedo pisarte la cabeza mientras lloras? Sí, claro.

—Seguro que no es nada complicado —dice— pero soy incapaz de recordar cómo se hacía. Si es que me lo han explicado varias veces ya, pero nada, no se me queda.

Ojalá no me diese la chapa, pienso. Sería menos degradante. Ocupo su sitio delante de su ordenador y miro su Excel.

—A los jóvenes es que ni hay que enseñaros —sigue—, parece que nacéis sabiendo hacer estas cosas.

En lo que él parlotea, lo convierto a PDF y me yergo.

—Ya.

—Ah, genial. Perfecto. —Lo mira, comprueba que es, efectivamente, un PDF, y sonrío—. ¿Qué sería de mí sin ti, Meryem? Me lo pregunto a menudo.

Yo sonrío automáticamente. Me siento de plástico por dentro.

—¿Necesitas algo más?

—No, nada, Tranquila. Todo controlado aquí.

No tienes nada controlado, quiero decirle. No sabes ni cómo se imprime un documento. Eres un inútil funcional. Yo te recuerdo los cumpleaños de tu hija y de tu marido. Yo recojo a tu gato del veterinario. Yo me sé tus alergias. Cobras cinco veces lo que cobro yo y no sabes cómo

se convierte un Excel de mierda en PDF. Cuando hice la entrevista para entrar aquí mentí diciendo que sabía usar Excel y llevo desde entonces aprendiendo a usarlo con tutoriales de señores indios en YouTube. No tienes nada controlado, querría chillarle, pero lo único que hago es dedicarle un gesto con el pulgar de la mano derecha hacia arriba. Todo OK. Y vuelvo a mi sitio.

Me voy quemando. La temperatura sube poco a poco, un día un grado, otro día otro, hasta que termino sofocada, muerta. Me hago la cena y veo la televisión. A veces consigo leer algo. Me pongo la radio mientras limpio. Hago planes que termino cancelando porque no puedo, una vez más. Me como la cena de ayer en un tupper en mi mesa y camino. Voy andando a casa y vuelvo caminando a la oficina. Trabajo, trabajo, trabajo. La mayor parte de mi vida pasa a configurarse en torno a mi trabajo. No tengo tiempo para ver a Carmen, no tengo tiempo para ver a Teresa. Me cuesta recordar qué quería hacer, cuál era mi objetivo, qué paso es el que tengo que dar. Soy consciente de que el tiempo pasa pero no lo registro del todo, le sucede a otra Meryem, no a mí. Omar pasa a ocupar el setenta por ciento de mis pensamientos. Es la persona con la que más hablo todos los días. Dejo de verme desde fuera, no tengo tiempo para pensar. Comienzo a tener la impresión de que podría desaparecer en cualquier momento y nadie se daría cuenta.

Fandom: Supersaurio (Las Palmas – Distrito 2)

Personajes: Dácil, Antonio

Tags: -

Categoría: General

Palabras: 143

Compañero, únete

Antonio estaba apostado al final del pasillo echando un ojo, vigilando, cubriéndole las espaldas. Dácil se puso de puntillas y pegó el cartel en mitad del tablón de anuncios que había para el personal en la sala de descanso. No era nada, un DIN A3 donde salía el logo de su sindicato y la frase EL CAPITALISMO ES LA EXPLOTACIÓN DEL HOMBRE PARA EL HOMBRE en mayúsculas. COMPAÑERO, ÚNETE. Dácil pegó ese cartel con miedo por si la veía alguien, algunos de sus compañeros eran reacios a ese tipo de mensajes. Dos semanas antes Antonio y ella se habían afiliado a CC. OO. Tenía pánico a que la pusieran de patitas en la calle cualquier día sin previo aviso como a otras de sus compañeras. Ella tenía dos niños y una madre que dependían de su sueldo. En otra cadena de supermercados habían despedido al 16 % de la plantilla. Al terminar, se subió la cremallera de la chaqueta del uniforme hasta el cuello y caminó apurada hasta alcanzar a Antonio.

—¿Ya? —preguntó él.

—Yastá.

Diciembre 2017

La única vez que Omar me ve llorar yo estoy escondida en una esquina del trastero con la cabeza apoyada en las rodillas y los ojos cerrados. Intento no hacerlo, lo de llorar en horario laboral, primero porque me parece humillante que otra persona me vea así y segundo porque no es nada profesional, pero cuando no puedo aguantarme más las ganas bajo con toda la discreción posible. La única vez que Omar me ve llorar me pregunta *¿Meryem?* y yo pienso que preferiría que me arrancasen la piel tira a tira con desidia antes que mirarle a la cara, así que finjo que no le he oído y sigo llorando. Debería ser un derecho humano universal, llorar en paz. Debería haber leyes que garantizaran nuestra privacidad en nuestros momentos más vulnerables, algo que obligase a los demás a girar la cara y fingir que no nos han visto y no nos han oído a no ser que nosotros solicitemos su apoyo, su atención o lo que sea que uno necesite en una ocasión así. A mí me gusta llorar sola. No me gusta que me abracen, que me consuelen ni que me digan nada. ¿Estás bien? insiste y pienso *Serás subnormal, ¿no ves que no estoy bien?* pero digo *sí* digo *no te preocupes* digo *solo necesito un segundo*. Un segundo dura un segundo, no dura cinco minutos ni diez. Es un segundo, no te da tiempo a inspirar y espirar, ni a lavarte la cara ni a irte. No me quito los brazos de la cara pero intento, de corazón, dejar de llorar. Rompo a llorar más fuerte aún y él dice *ay, no* pero yo estoy allí sentada en el suelo llorando y su angustia me enfada tanto que siento que voy a explotar, que mi piel se estira y estira tanto que ya no quepo dentro y la voz no me sale. Sí, estoy bien, no, no me pasa nada, yo ni siquiera tendría que estar llorando porque tenía un almuerzo de equipo pero que se suspendió en el último momento sin que nadie me avisase porque la persona que se suponía que iba a avisarme no solo no me avisó sino que invitó al resto del equipo a comer sin decirme nada a mí y yo estuve en la entrada del supermercado esperándolos a todos durante diez minutos hasta que me enteré de que se habían ido sin mí porque Yolanda les propuso ir a otro sitio sin decirme nada y no entiendo su inquina ni sus desprecios no los entiendo pero no puedo más así que cuando deje de llorar voy a subir y voy a decirle a mi jefe que ya está que no puedo más que Yolanda gana y que yo renuncio me largo me las piro vampiro see you later alligator buena suerte encontrando a alguien capaz de soportar toda esta mierda yo de verdad que no puedo no me cabe ni una más. Todo eso tengo en mi pecho pero cuando abro la boca para intentar explicárselo no me sale nada, tengo la cara roja, el cuello rojo, los ojos rojos y todas las palabras que se me ocurren para explicar lo que me pasa dan tumbos y se me escapan de las manos y de la punta de la lengua. Al final, él pregunta *¿quieres que me vaya?* y yo digo *sí* y luego digo *no* y al final digo *bueno mejor sí*. Se va sin más. Cuando considero que ya me he desahogado lo suficiente, me pongo en pie y me limpio la cara en las mangas de mi camisa. Llora apoyada en el dinosaurio de peluche mugriento que hay aquí abajo donde todos flotamos. Soy una imbécil, alguien que se cree demasiado inteligente y que siempre

termina dándose cuenta de que no lo es. Siento que hayas tenido que ver todo esto, digo en voz alta en dirección al monstruo de tres metros que acabo de llenar de mocos. Los humanos somos gilipollas, le explico.

A la mañana siguiente cuando llego a mi mesa hay una bolsa de papel manchada de grasa. La abro con cuidado, como si me esperase encontrar cualquier cosa dentro, un sapo, una culebra, una cagada de perro. Veo un croissant de Colomar dorado, perfecto. Huelo el interior de la bolsa, se me llenan los ojos de lágrimas. Estado civil: día 29 del ciclo. Enciendo el ordenador y veo dos mensajes nuevos en mi conversación del chat de Skype con Omar. El primero es: «He sido yo». Y el segundo es: «No está envenenado. Es de Colomar». No hablo con mi jefe ese día y tampoco renuncio a mi puesto. Me como el croissant con parsimonia, tranquila en mi mesa. Lo despiezo, me llevo cachito a cachito a la boca. Respondo: «Gracias» al cabo de un rato y cojo todo lo que pasó la tarde anterior, lo aplasto entre mis manos y me lo guardo. Él dice: «De nada, bonita». Durante los siguientes días le evito un poco. Me da miedo darle un puñetazo, o peor, un beso.

Diciembre 2017

Un día eres joven, y al siguiente te das cuenta de que has comenzado a pensar en ti misma como si fueses una empresa. Tú eres la CEO, la COO, la CFO de la historia de tu vida. Debes mejorar y aumentar tu productividad —siéntete culpable por no estar aprovechando el tiempo *todo* el tiempo, no tengas ni un minuto de tu vida dedicado a no hacer nada, cuando no haces nada te da por pensar y ya sabes cómo terminas cuando te da por pensar: no haciendo nada—, recortar gastos, aprovechar mejor tus recursos, diversificar tus tareas, optimizar tus resultados en todo, no importa que no tengas ni idea de qué es todo ni de qué estás haciendo exactamente con tu vida. No tienes empleados a los que amenazar con la calle si no (se) cumplen unos objetivos determinados, así que cuando sales de la ducha y te miras en el espejo te torturas un poco a ti misma por todas las cosas que tendrías que haber conseguido a tu edad y que, al contrario que todas tus amigas, sigues sin ver de cerca siquiera.

Sientes que el tiempo te hace tic tac tic tac tic tac en los oídos.

Antes creía que crecer y hacerse adulto consistía en alcanzar algún tipo de paz interior que acabaría con la incomodidad y la zozobra que a veces se mudan a vivir a mi estómago. Ahora sé que los humanos somos criaturas extrañas y un poco horribles que se temen entre sí, y que hacerse adulto solo va de intentar comer bien y de tener que entregar papeles en sitios donde a veces me tratan regular o me hablan mal. Los funcionarios también son seres humanos, estoy segura, aunque la mayor parte del tiempo no lo parezcan. Para mí, crecer era la idea de disfrutar de mi independencia, de mi trabajo y de mi dinero, pero en realidad consiste en pensar continuamente en la ropa que tengo que lavar y planchar, en esa lechuga ya pocha que lleva dos semanas olvidada en la nevera, en cómo seguir evitando a mis caseros porque temo que quieran subirme el alquiler si les cojo el teléfono.

Así, un día eres joven y al siguiente siempre estás cansada. Todos los días te duele algo y siempre te sientes como si te hubiesen molido a palos, aunque no hayas hecho nada en todo el día porque aún no sabes cómo ser una buena CEO, COO, CFO para tu empresa de una sola persona. Intentas recordar lo importante, como esa coliflor tremebunda que te compraste en un arranque de culpabilidad y ansiedad porque estás gorda, porque comes fatal, porque la coliflor tiene 25 calorías por cada 100 gramos por lo que puedes hincharte a coliflor sin engordar. ¿Si te comes una hamburguesa sintiéndote muy culpable engordas o no? Te dices a ti misma que te vas a comer la coliflor antes de que se ponga mala, que debes recordar que si no te la comes la vas a tener que tirar y te vas a sentir mal, por favor, cómetela, de mañana no puede pasar, ácala en el horno o hazte una crema pero cómetela que ya empieza a tener un color un poco raro, ya está medio mal, ya está evidentemente mal y blanda y ¿y si te la comes y te sienta fatal? No puedes ponerte enferma. No puedes faltar al trabajo. A la puta basura tu vida.

Tengo la certeza de que todo lo que hay metido en mi frigorífico me juzga y me critica en cuanto cierro la puerta.

Fandom: Supersaurio (Las Palmas – Distrito 2)

Personajes: Davinia, Alicia

Tags: -

Categoría: General

Palabras: 148

Tres chorradas

Davinia se masajeó la muñeca de la mano derecha mientras esperaba a que Alicia cerrase su caja. Una señora vestida con un chándal rosa neón se colocó justo detrás de la persona que estaba en ese momento pasando sus productos por la cinta. Davinia se aclaró la garganta y dijo:

—Señora. Señora, disculpe. Esta caja se va a cerrar.

—¿Cómo?

—Esta caja va a cerrarse. Mire. —Le señaló con la mano que no le dolía el cartelito que Alicia había colocado en la cinta.

—Ah, pero yo solo tengo tres cosillas. Las paso rápido y ya.

Davinia arqueó las cejas.

—Pase a la siguiente caja, por favor. Esta está cerrada.

—Es que de verdad que son tres chorradas, mira. —Le enseñó el contenido de su bolsa de tela.

—Señora, por favor. Ya le dije que la caja está cerrada. Haga el favor de pasar a la siguiente.

A Davinia le dolían las muñecas todos los días. Todas las articulaciones. La espalda y el cuello también. Antes de cada turno se empastillaba para aguantar tanto el desgaste físico como el psicológico. Al final de cada turno se volvía a tomar sus pastillas. Cuando no lo hacía sentía que su cabeza amenazaba con reventar. Alicia terminó de pasar por el escáner el último artículo que había en la cinta.

—Mira, mi niña, ¿te importa si paso estas tres cosas rápido ahora que no te cuesta nada? —preguntó la señora en dirección a Alicia.

Alicia se limitó a señalar el cartelito que había a su izquierda. Ponía CAJA CERRADA.

—Pero mírala a ella, la insolente esta. Te hago un favor y paso por aquí en vez de ir a las cajas de autoservicio para que no te echen a la calle y te pones así, no vuelvo más nunca a pasar por una cajera, nunca.

—Con eso sí que me haría un favor —replicó Davinia, cansada.

Lo decía en serio.

Diciembre 2017

Un supermercado es un museo. En sus estanterías se exponen productos de alimentación, limpieza, higiene o belleza siguiendo una planificación preparada al milímetro. La charcutería nunca estará cerca de los detergentes ni los lácteos del alcohol. La prensa siempre está en la entrada. En las cajas no puede haber ningún artículo que supere los tres euros. Hay dos seguras por planta que patrullan pasillo a pasillo. Como todos los no-lugares, un supermercado es un entorno que se caracteriza sobre todo por la ausencia total de comunicación. Si no quieres, no necesitas relacionarte con nadie. Hemos puesto máquinas de autoservicio para que tú mismo pases tu compra por la caja, la metas en una bolsa y te vayas a tu casa. Este no es tu destino final, solo somos una circunstancia, un trámite. La gente no viene a socializar, viene a comprar. Veni, vidi, compri. Las luces blancas te recibirán y te acompañarán hasta el final. La música de fondo no se registra, son canciones que conoces tan bien que las sigues sin escucharlas. No recordarás ni un rostro, ni un nombre.

Omar parlotea frente a mí. Se echa azúcar en su café, lo remueve con la cucharilla de madera, da un sorbo. Le miro, me mira. Hago toda una performance de colocarme bien mi camisa, erguirme en mi silla, cruzarme de brazos. Digo:

—¿Del 0 al 10, qué nota le pondrías a tu experiencia en Supersaurio?

Se descojona, pero lleva muchos años aquí.

Son las once y algo de la mañana. Estamos nosotros dos y tres chicas de Logística en toda la cafetería. Sé que se está aguantando la risa porque la línea de sus hombros se mueve, pero su expresión no cambia. Omar tiene una marca justo debajo del ojo derecho. Siempre que quiero señalarlo me acobardo en el último momento, no sé por qué. No quiero que piense que me fijo demasiado en esas cosas o que me fijo demasiado en él.

—No hay ni un día que yo venga aquí que no prefiera estar en mi casa —responde al cabo de un rato. Se limpia la boca con una servilleta y la arruga. Es imposible que esta persona me guste, yo odio a los rubios y a los calvos, no me fío de ellos. La única excepción es Zinedine Zidane—. Pero es verdad que desde hace un tiempo me gusta más venir. —Estira sus piernas por debajo de la mesa, ocupa todo el espacio—. Los días son más llevaderos, me lo paso bien. Le pongo un 4. ¿Y tú?

Finjo pensármelo.

—Un 1.

—A ver, si no se está tan mal. Te encanta quejarte.

—Según mis padres con la edad uno aprende a relativizarlo todo, ¿por eso tienes tantas canas?

—Qué imbécil eres.

—¿Yo por qué? Si no te insulto de vuelta porque respeto a mis mayores.

Pienso en las chicas de Logística y en cómo podrían interpretar nuestra conversación. Abro la boca para decirle algo más, algo como es broma o sabes que estoy de broma ¿verdad? pero él se inclina hacia mí y me callo. Pienso en su ex novia, esa con la que estuvo cuatro años, a la que le hacía tupperes, la que se parecía a Emily Blunt. ¡Emily Blunt, cuando me lo dijo me reí de pura vergüenza! No por él, por mí. Por mi cara de papa sancochada. Me preguntó qué me hacía tanta gracia y no supe qué decirle. Respondí: «Nada, me hace gracia que seas un follamises, solo eso». Siempre estoy a la defensiva, lista para ofenderle. Hay una milésima de una fracción de segundo que se estira entre los dos y pienso que va a mandarme a la mierda pero lo único que hace es tocarme la cara. Me coge la barbilla con la mano. El pensamiento más embarazoso del mundo se proyecta con luces de neón en mi cabeza. Me va a besar. Pero su gesto no dura más de un segundo, quizá dos, tres como mucho, aunque a mí toda la sangre de mi cuerpo me baja a los pies y luego me sube a la cabeza. No tengo del todo claro qué acaba de pasar. Huye, pienso. Levántate y pon una excusa y huye.

—¿Por qué me caes bien?

Odio su voz de turroneo con todas mis fuerzas, tanto que se me nubla la vista. Me vuelvo esponjosa por dentro. Soy líquida, maleable.

—La pregunta es por qué me caes bien tú a mí. Te dejo, tengo que irme.

—¿Tienes que irte? —repite él. Querría meterle mi mano en su cara y hundirla en su piel, ver si tengo el mismo efecto en él que él en mí. Me siento pequeña y ridícula, como si supiese de mí algo que yo no sé. Mira su reloj, un puto iWatch, es tremendo lo de este tipo—. Pero si acabas de bajar.

—Sí. Es que tengo que hacer una cosa...

—Bueno, vale.

Pero no me levanto, sigo ahí sentada. Siento que si me muevo un milímetro de mi sitio va a pasar algo malo. Un tsunami sacudirá Canarias. Zinedine Zidane se irá otra vez del Madrid. Mi acento dejará de ser el más sexy de España. Toda la piel de mi cuerpo se desintegrará.

—Necesito decirte algo —alcanzo a balbucear. SUPERSAURIO, ¡los mejores precios del archipiélago! suena por megafonía. ¡Estas son las ofertas de esta semana!

—¿Estás bien? Parece que te está dando un amarillo —se ríe entre dientes—. A ver, dime. Miedo me das.

No me gusta tu estúpida cara, estoy a punto de decir. Tienes una marca debajo del ojo, es muy raro. Respiro por la boca. Tu nariz parece un plátano. («Pues aquí tengo un buen plátano» replicaría él.) Odio saber qué va a responderme, lo odio todo. Me levanto de la silla haciendo demasiado ruido, como si de verdad me estuviese dando un amarillo. Soy un caballo desbocado, tengo la fuerza de mil soles ardiendo bulléndome en el pecho. Le miro.

—La camisa que llevas es una de las cosas más feas que vi en mi vida —farfullo—, trabajas en un sitio serio, no en una feria.

Le hace mucha gracia.

—No estás siendo una excelente persona ahora mismo.

—Ya, ¿y? Llama al 112 si quieres.

—Pero oye —dice, pero yo tengo una misión, mi misión es huir de él, y pongo distancia entre los dos en tiempo récord. Activo el modo de seguridad y opero sin ninguna de las funcionalidades con las que nací, tampoco con las que desarrollé a medida que fui creciendo, me muevo por puro instinto de supervivencia. Cuando llegue a mi planta estaré a salvo: meto segunda, luego tercera; llego al ascensor y le doy un golpe al botón. Ciérrate, digo. Ciérrate, ciérrate, por favor que se cierre ya le pido a Dios. Y una vez se cierra la puerta y comienzo a ascender pierdo los nervios y se me pone el estómago del revés. Me llamo gilipollas varias veces, a partir de la tercera planta me llamo imbécil y de ahí hasta la octava me defino como subnormal y como idiota. Solo me doy cuenta de que me he dejado la tarjeta de acceso con mi nombre y mi foto en la mesa donde estaba con él cuando me siento en mi mesa y me veo reflejada en la pantalla de mi ordenador. Tengo los ojos muy abiertos. Me toco varias a veces a lo largo del día el lugar exacto de la barbilla donde él me tocó. No le pido que me dé mi tarjeta. Pasan dos días antes de que me atreva a ir a buscarla.

Diciembre 2017

—Es que no sé si me expliqué bien.

Carmen se empieza a quitar el sujetador nada más cerrar la puerta de la casa de Teresa. Llegamos como perros hambrientos, como una jauría desquiciada, Teresa tira sus playeras de cualquier forma en el hueco de la puerta, pasa al salón y deja sus bolsas encima de la mesa. Yo la sigo y me tiro en el sofá.

—Te has explicado perfectamente, le gustas al viejo.

Protesto al instante.

—¡No es un viejo!

Mi protesta es ignorada.

—¿Y le gusto? No lo sé. Es que pensé que me iba a comer la boca —digo de nuevo. Imito su gesto, lo represento a la perfección. Extiendo el brazo, me toco la mejilla. Necesito que tengan todos los detalles del suceso para que puedan evaluarlo bien como observadoras internacionales que son—. No sé si le estoy dando muchas vueltas a esto.

—Mmm... Creo que tengo un bulto en una teta —dice Carmen detrás de nosotras. Me levanto un poco del sofá y la miro: tiene ambas manos en sus pechos—. ¿Podéis mirar a ver?

—Pero ven aquí. —Cuando se sienta a mi lado, le palpo el pecho donde cree que tiene el bulto—. Me da un poco de vergüenza esto, creo que nunca he tocado una teta. ¿Aquí? No noto nada.

—Es una teta, tú también tienes. ¿Teresa?

Cuando oigo el obturador de una cámara de su móvil giro la cabeza y la veo sacándonos fotos. Le dedico un corte de mangas.

—Tu amiga quizá tenga cáncer y tú te dedicas a sacarnos fotos.

—Solo estaba documentando esto. —Se guarda el teléfono en el bolsillo del pantalón y se arrodilla delante de Carmen—. A ver. Ah, yo también tengo bultitos así, no son nada. Oye, Carmen..., tus tetas son muy bonitas.

—¿Tú crees? A ver las vuestras —murmura ella, todavía preocupada. Cuando decide que nos cree se baja la camiseta—. Mándale una foto de tus tetas al viejo, Mery. Empodérate.

—Jamás entendí eso de que para empoderarme tengo que despelotarme, ¿no puedo empoderarme con la ropa puesta? —pregunto, pero no sé si se lo estoy preguntando a ellas en concreto o si me estoy quejando de algo que acabo de recordar.

—Ridículo. —Teresa termina por sentarse en el suelo. Mi próximo piso tendrá parque, pienso, como el de ella—. ¿Entonces te besó? El viejo.

—No es un viejo, por Dios, tiene treinta y siete años. No me besó. Me tocó la cara..., como que me la cogió. No sé.

—Treinta y ocho —repite Teresa. Me mira como si acabase de darse cuenta de que me tiene delante—. Menudo chacal.

Hay algo en su comentario que me molesta profundamente.

—Oye.

—Mira, si tu hermana te dijese que un tío que le saca doce años está rondándole qué cara pondrías. —Es mi amiga, pienso, mira por mí cuando yo no puedo ver—. Un tío de tu edad. Lily tiene dieciocho ahora... Piensa en eso.

Quiero decirle que he pensado en ello. Que llevo días pensando en ello, en él, en mí, en su mano en mi cara, en su nariz y en el cuello de sus camisas, en los dos sentados en las escaleras de emergencia cuchicheando a oscuras, en que si él dijese venga temo no poder evitar decirle que vale, venga, y en lo ridícula y estúpida que eso me hace sentir porque yo era una tía lista y ahora no lo estoy siendo.

—Vamos a ser positivas —propone Carmen—. Vamos a dejar el cinismo y los años de experiencia a un lado y vamos a ser positivas.

Teresa me pone sus pies en el regazo.

—Pongamos que este... señor... es un hombre bueno y no una hiena que ha olido tu juventud, y tu carisma y ha decidido chuparte hasta los huesos de la médula esp...

—De verdad, que no es así como creen. Él es... es la persona con la que más hablo. Saben, me flipa estar sola y hacer cosas yo sola, pero me pasa... como con ustedes. No sé. Que me gusta estar con él más que estar sola. Ay, Dios mío.

No encuentro las palabras para explicarlo y me miro las manos.

—Nooooooooooooooooo, Merymeeeeer. Estás en el hoyo.

Respiro hondo.

—Estoy en el hoyísimo.

Fandom: Supersaurio (Las Palmas – Distrito 2)

Personajes: Alonso

Tags: Horror, hurt

Categoría: General

Palabras: 1 57

Madrileñan psycho

Con la mirada clavada en su reflejo en el espejo, Alonso se subió la bragueta del pantalón después de mear y señaló su reflejo con el índice.

—Eres un líder —se dijo.

Asintió y se pasó las manos por el pelo peinándoselo hacia atrás.

—Tienes presencia física —se recordó a sí mismo, su reflejo brillando bajo las luces blancas del baño—. Potencias las capacidades de tu equipo. Haces brillar a tu gente.

Asintió de nuevo y se pasó las manos por la camisa, alisándola.

—No limitas tus desafíos... Desafías tus límites.

Luego hizo un ruidito raro con la boca y salió del baño.

Diciembre 2017

El dress code para la fiesta de Navidad de este año es *black tie*. Me arreglo con esmero, look de hoy: vestido verde botella largo hasta los pies diseño recto escote halter sin mangas colección fiesta, eyeliner on fleck, on point, lo que sea que digan en Instagram yo lo estoy esta noche, pelo suelto porque no me sé peinar. Cuando llego al hotel donde se hace la fiesta y veo a Lucía bajarse de un taxi con un vestido negro vaporoso hasta los pies y guantes à la Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes* siento que me voy a desmayar. Ceno con mi equipo: Matiqui, Yolanda, Otero y Víctor en una mesa en la que cabrían cinco personas más. Les oigo hablar de sus acciones en Supersaurio, del loft que Víctor ha comprado en Triana y que va a reformar para venderlo luego por más dinero del que invirtió, participo un poco en la conversación cuando Otero y Matiqui hablan de sus hijos y de sus planes para las vacaciones de Navidad, miro mi móvil por debajo de la mesa cuando Yolanda parlotea sobre las obras que planea hacer en su casa. Les miro a todos y pienso: socorro. Sesenta personas en la sala más grande del Santa Catalina. En el momento en el que mi sistema nervioso decide que ya no puede más, finjo que voy al baño y salgo del hotel.

Tengo un mensaje de Omar, «¿Fumas?». Me siento con él en las escaleras cuando le veo.
Estado civil: día 23 del ciclo.

—Te cortaste el pelo —digo.

—¿Te gusta?

—Pareces neonazi.

—Pues tú estás preciosa.

—Gracias.

Se ríe.

—¿Me aceptas un cumplido? Tendrás unas décimas.

—Estuve dos horas arreglándome para venir, sé que estoy guapa. —Me aparto el pelo de la cara—. Eso sí, estoy sudando una cosa... loca. Extrema. Exageradísima.

—Te pongo nerviosa.

—Sí. Muchísimo.

Es la verdad, pero se ríe entre dientes, no me toma en serio. Desde aquí puedo oír la música de dentro, un chun chun chun que me teletransporta a la fiesta de Navidad del año anterior con la banda que solo se sabía canciones viejas de Maná y Edwin Rivera. Solo hace un año de eso, pero el tiempo me pesa encima como si fuesen diez o veinte.

—Siempre estás preciosa.

—Debatible.

—Y es que ya no puedo más. ¡No puedo más! Estaba sentada cenando con ellos y esta gente es que es tan... De plástico todos hablando de este piso que se compraron aquí esta casa que se compraron allá mientras a mí me pagan una auténtica miseria por hacer el trabajo de dos personas y encima va este y me dice aquello, tengo que irme de aquí. Que los del supermercado abajo tienen su propia fiesta de Navidad, como si fuesen, no sé. Parias. ¿Se lo pueden creer? Luego SUPERSAURIO ES UNA FAMILIA. Y una polla. Tengo que irme de aquí porque como siga un día más me voy a convertir en ellos y me voy a creer que soy alguien cuando no soy nadie, solo soy una persona con un trabajo de mierda, un trabajo que no sirve para nada, mañana desaparezco y de verdad que nadie se daría cuenta de nada.

—Nosotras nos daríamos cuenta, joder.

—... y Omar... —añade Teresa.

—Ya, coño, y mis padres, pero no me refiero a eso. Da igual. Solo quiero que me digan que todo va a ir bien.

Carmen carraspea.

—Por supuesto que todo va a ir bien. No es el fin del mundo, solo es dejar un trabajo.

—Vale.

—Y si es el fin del mundo pues tampoco pasa nada, nos morimos y fuera —sentencia Carmen.

—Vale.

—¿Le dijiste algo a Omar?

—Sí, sí. Le dije «tick, tick, recibido, leído». Hablamos luego, tengo que ir a dejar la cosa esta para siempre.

Pero cuando por fin encuentro a Matiqui en un rincón apartado con Otero me para antes de que pueda decirle nada y me pide que me siente.

—Mira, Meryem, no se me dan muy bien estas cosas —comienza—. Cuando empecé a trabajar aquí solo estábamos Otero y yo. ¿Te acuerdas?

—Jornadas de dieciséis horas diarias, macho. Cómo no recordarlo. ¿Mery, no quieres nada de beber? ¿Te traigo una cerveza?

Me voy a desmayar delante de los dos, no puedo más.

—No, gracias. Si yo... me iba a ir ya —añado en voz baja. No me oyen. Otero se va a la barra y me quedo sola con Matiqui.

—Ser un jefe no es nada fácil. Nada, nada fácil. Vosotros confiáis en mí para que os dirija y os guíe, y yo intento hacerlo lo mejor que puedo, pero hay días... No te negaré —afirma— que hay días que me pregunto si lo estoy haciendo bien o si soy un desastre.

Tengo una teoría sobre lo mucho que les gusta a los hombres hablar de sí mismos. Quizás este no sea el momento. La desarrollaré luego, cuando el mundo deje de dar vueltas.

—Sé que has tenido tus más y menos con Yolanda. —Consigo mirarle. Le miro a los ojos. Le miro, le miro, le miro—. Ser una mujer en este mundo... Es complicado. No es una mala persona, Meryem. No lo ha pasado muy bien aquí, sus comienzos fueron bastante duros. Es lo que me ha contado.

—Ahá —logro decir.

—Las mujeres entre vosotras no soléis ser... —busca las palabras. Me mira, me mira, me mira. No voy a ayudarlo a salir del hoyo que está cavando. No me pagan para eso—, creo que en ocasiones os cuesta ayudaros entre vosotras. Pero reconozco que la culpa es mía en cierta forma. Yo soy el líder de este equipo. Yo tendría que haber intervenido antes.

Oigo en mis oídos cómo late mi sangre. Hace pum, pum, pum. Lento, lento. Debajo de la mesa las manos me pican tanto que las abro y las cierro una, dos, tres veces. No sé si es vergüenza o es ira. Me cuesta distinguir mis sentimientos, separarlos, analizarlos. Sé que no quiero estar aquí sentada. Sé que voy a seguir sentada hasta que termine de hablar. He aprendido que crecer es fingir un poco todos los días a todas horas que no quieres irte a tu casa a estar en paz. Veo a Omar, veo su boca, veo que podría haberle besado en vez de haberme quedado callada.

—Te hice una promesa hace unos meses, ¿te acuerdas? Te dije que cuando me permitiesen hacerte indefinida, lo haría. No soy el mejor jefe del mundo, tengo muchos defectos... Trabajo demasiado y soy muy perfeccionista, lo sé, y eso puede ser duro para vosotros, pero intento ser justo. Intento cumplir mis promesas.

Dilo, me digo. Abre la boca y dilo. Dos palabras. Quiero renunciar. Me escocería, como cuando me quito el bigote a mí misma y tengo que autoconvencerme agarrada al lavabo de que no será para tanto. Nunca es para tanto, al final.

—Otero y Víctor están encantados contigo. Cuando llego por las mañanas la luz y el aire de mi despacho están encendidos. Hace meses que los de contabilidad no me tocan las pelotas con los informes de gastos ni con las previsiones, siempre están perfectos. Nunca falta ni un recibo. Hemos recortado nuestros gastos en un 14% desde que controlas nuestro presupuesto. Tienes muy buena disposición, aprendes rápido. Sé que eres más joven que nosotros, que tenemos que resultarte unos viejos... pero te queremos en nuestro equipo.

Dilo.

—Muchas gracias, Matiqui.

—Lo he hablado todo ya con Recursos Humanos. Nuestra oferta inicial es de unos treinta mil netos, en doce pagas. Vas a poder ascender, sobre todo si sigues así, pero quiero darte más responsabilidades primero. Piénsatelo si quieres. No tienes que decirme que sí ahora mismo. Podemos negociar lo del sueldo, quiero que estés cómoda y contenta.

Oigo un zumbido en mis oídos tras el sintagma «unos treinta mil netos». Es la primera vez que me hablan en neto, no en bruto. Todos mis principios desaparecen en un estallido de luz multicolor que me ciega durante un momento. Le digo que sí, claro. En ese mismo momento. Sí. Soy una vendida, soy una persona que vive en un sistema corrupto, un sistema capitalista, un mundo en el que uno se alquila varias horas al día a cambio de un sueldo. A veces uno tiene mala suerte y ese sueldo es una miseria, pero otras veces ese sueldo es un sueldo decente, es un sueldo con el que se puede hacer lo que uno quiere hacer en vez de lo que uno puede o debe hacer. Le digo que sí a Matiqui y me tiro a sus brazos y le abrazo como si no fuese mi jefe y él se ríe y me abraza de vuelta como si no fuese mi jefe y en el abrazo veo a Omar a lo lejos hablando con no sé quiénes y soy una persona eléctrica, soy un sentimiento y tengo una persona, soy alguien que todos los días va a trabajar como si fuese a la guerra porque desde el momento en el que comenzó a hacerlo dejó de tener tiempo para sentir nada, para pensar nada; alguien que ha de

seguir trabajando aunque esté triste, aunque se sienta miserable, aunque se dé cuenta de que se está enamorando. Al hablar de esto con mis amigas diré en mi defensa que estaba como borracha, poseída, tan contenta que no pensé bien, no calculé bien, no me autoboicoteé bien; diré: sonaba un remix de Salvaje de Fuel Fandango y le chillé a Omar por encima de la música TENGO QUE CONTARTE ALGO y él se apartó de no sé quiénes y me dijo QUÉ PASA y yo le dije NO TE LO VAS A CREER ES MUY FUERTE y me dijo ME ESTÁS PERFORANDO EL TÍMPANO CON TUS GRITOS y me puso la mano en la espalda y guio a una puerta y oí salvaje soy, salvaje soy encima de mi cabeza y yo en ese momento sentí un fuego un fuego que me subió desde donde él puso su mano hasta las yemas de los dedos y fui salvaje, imparable, quise explicarle lo que había pasado al oído pero la música estaba tan alta, las luces giraban tanto, no supe si él me agarró a mí o yo a él, yo tenía una lista con varios motivos por los que nunca podría tener nada con Omar y la lista simplemente desapareció de mi cabeza, hizo chas, se esfumó, no la recordé, se me olvidaron todos: no sé si me besó él a mí primero o si le besé yo a él, no creo que sea importante esto porque todo lo que me parecía lógico para no tocarle no acercarme no besarle nunca se tambaleó, cayó, cayó, cayó, desapareció, caballos en la niebla. Cuando nos besamos no pienso en nada, no oigo nada, se inclina hacia mí y me sigue hacia atrás y y y y y todo pasa muy deprisa, vivo en esta tierra a veces no me encuentro, no. Siento los abrigos colgados de todo el mundo en mi espalda, sobre mi cabeza, dice: «Estamos en el ropero». Ninguno de los dos dice nada cuando nos separamos. Le veo pasarse el dorso de la mano por la boca y se me aflojan las muñecas, las rodillas, los engranajes de mi cabeza. Le limpio el pintalabios de la barbilla, mi mano en su cara, su cara bajo la palma de mi mano, sus ojos mirándome y yo en ellos mirándome mirarle y esta vez cuando nos besamos es mucho mejor porque es tan cuidadoso conmigo, tan delicado que creo estar alucinando todo lo que ha pasado. Quizá nada de esto pasó. Quizás estoy soñando en mi casa y ahora me despertaré y me quedaré mirando el techo de mi habitación muy quieta, pero la música vibra en las paredes y la siento en mi piel. Tengo sus manos en la cara, me toca como si él también creyera que esto no es real, que solo lo está soñando. Es la primera vez desde que le conozco que no se está riendo conmigo. Resoplo, asfixiada.

—Guau.

Tercera parte

meryem.elmehdati@supersaurio.com

Diciembre 2017

Tengo una bomba de relojería en el pecho que hace tic tac tic tac. Mis nervios son el cable rojo. Mi fuero interno es el cable azul. Frente a mí, abro mis manos. Las cierro. La cagada de ayer por la noche es el cable amarillo. Vacilo ante cuál cortar primero. La barra de carga de Outlook se congela cuando llega al 49 % de actualización. La miro sin verla, tic tac tic tac. Todas las mañanas Matiqui llega a las ocho y treinta y cinco minutos, ni uno más ni uno menos. Se para a mi altura, dice: «Buenos días, Meryem, ¿has visto qué día hace hoy? Maravilloso». Espléndido. Increíble. Soberbio. Luego entra en su despacho.

Estoy tan tensa esperando a que llegue que comienza a dolerme el ovario izquierdo. Son las ocho y treinta y tres minutos de la mañana DDB (Después Del Beso). Lo noto latir debajo de mi piel, el dolor. No sé si estaba ahí antes y no me di cuenta o si me lo he provocado a mí misma de pura angustia. Mi relación con mi regla es complicada: viene cuando le da la gana. Algunos meses es puntual, otros no. La última vez que fui al ginecólogo me insistió mucho en que mi única opción para arreglar esto (para arreglarme) era tomar anticonceptivas. Si te duelen mucho los ovarios cuando te baja la regla te recetan anticonceptivas. Si tienes acné. Si tus ciclos son irregulares y si tienes vello facial, también. Todos los caminos llevan a hormonarte para desactivar una parte de tu cuerpo porque no funciona como se supone que tiene que funcionar, nadie tiene tiempo de explicarte que esa sangre que expulsas el día 28 cuando terminas el blíster no es una regla sino una hemorragia por privación, ni que esas pastillas tienen mucho que ver con tus cambios de humor y de peso. No te dicen que la píldora puede aumentar el riesgo de que un cáncer de mama o un cáncer de cuello de útero te tronque la vida. Eso sí, no te sale un grano más. Cuando oigo al ascensor me yergo en mi silla, me llevo las manos al pelo, al cuello de la camisa, al teclado frente a mí. La sangre me late en los oídos, en las muñecas, tic tac tic tac, siento que mi piel va a darse de sí y voy a estallar. Son las ocho y treinta y cinco minutos de la mañana, Matiqui llega a mi altura. Dice:

—Buenos días, Meryem. ¿Has visto qué día hace hoy? Espectacular.

Sonrío a duras penas. En las últimas horas he navegado por cientos de miles de escenarios distintos. Matiqui nos vio besarnos y le pareció mal. Matiqui nos vio besarnos y me va a despedir. Matiqui nos vio besarnos y le dio igual. Le pareció bien. No me va a despedir pero me va a poner la cara roja. No me va a despedir pero me va a exigir que algo así no vuelva a repetirse jamás. Yo aceptaré. Tomé la decisión ayer: Omar y yo no podemos volver a hablar. Omar y yo no podemos coincidir en el trabajo nunca más. Omar me gusta mucho y yo le gusto a él, su física y mi química y también nuestras anatomías hacen cosas extrañas cuando coincidimos en el mismo lugar, y si no tuviese este cerebro, si fuese yo una persona distinta, alguien capaz de disfrutar de las cosas sin torturarse, una persona normal, una persona que no está enferma, quizá

podríamos besarnos más veces. Pero no soy una persona normal, no sé disfrutar de las cosas porque tardo mucho tiempo en organizar mis pensamientos y tomar decisiones por si me equivoco.

—Por cierto. —Vuelve sobre sus pasos, maletín en una mano, iPhone ultranuevo en la otra, traje hecho a medida en un metro ochenta y seis que mide, lo sé porque tengo acceso a su historial médico—. Ayer estabas. Ayer estabas muy guapa.

—Ay, gracias.

—¿Te lo pasaste bien? Sé que te cuestan estas cosas.

No le corrijo. No digo: «No me cuestan estas cosas, de hecho la gente se me da muy bien, mira tú, por ejemplo». Me encojo de hombros.

—Sí, estuvo bastante bien.

Pienso en las manos de Omar en mi cara y trago saliva.

—Perfecto. Macarena te llamará para que vayas a verla un día de estos, ¿sí?

—Genial.

Me señala con su móvil.

—Muy bien. Muy, muy bien.

La noche del beso experimenté cinco minutos de tranquilidad. No pensé en nada. No dije nada. Me puse mi abrigo, salí del hotel, esperé en las escaleras por un taxi. Omar se volvía al día siguiente a Rota para pasar las navidades con su familia. Con el cerebro fundido no podía pensar bien, dije: «Me das miedo». Y él pareció entenderlo, pareció comprenderme, porque dijo: «Tú a mí también». Cerró la puerta del taxi cuando me subí y puso una mano en el cristal. No nos tocamos cuando nos despedimos, solo fuimos dos personas en sus chamarras en Las Palmas de Gran Canaria a diecinueve grados de temperatura en diciembre mirándose con insistencia. El pánico cundió en el taxi. Chispeó como la lluvia, no le di importancia, luego me caló toda, llegué a mi casa castañeteando, lívida, no sé si por los quince euros que me clavó el taxista o por el beso. El beso, el beso, cada vez que me quedé dormida esa noche soñé con él y con los dobladillos de los abrigos rozándome la cabeza, un mar de mangas que intentaba asirme del cogote y tirar de mí hacia arriba, arriba, arriba. Los besos y sus ojos brillando, a mí no me gustaban los rubios de ojos claros, no me inspiraban confianza. Soñé que me escribía un mensaje de madrugada y me decía: «Acabo de salir de aquí de la fiesta, ¿quieres dar una vuelta?» y yo le decía que sí porque me sentía como les había dicho a las niñas, tenía miedo de mí y de aquella sustancia alucinógena que se me había plastificado en el cerebro. Me desperté en mitad de la noche y me volví a quedar dormida y soñé otra vez con él.

Por la mañana cuando sonó mi alarma vi que mis sueños no habían sido sueños sino una conversación real con él, mensaje recibido a las tres y veinticinco minutos de la madrugada: acabo de salir de la fiesta, ¿quieres dar una vuelta?, mensaje enviado a las cinco y dieciséis minutos de la mañana: sorry, me quedé dormida... podemos desayunar antes de que te vayas si quieres a qué hora es tu vuelo, mensaje recibido a las seis y ocho minutos de la mañana: a las diez y cuarto doble tick azul, me había quedado dormida de nuevo.

Pasan quince días antes de que volvamos a vernos.

Fandom: Supersaurio (Las Palmas – Distrito 2)

Personajes: Munir

Tags: Horror

Categoría: General

Palabras: 72

Estupor y temblores

Munir contuvo una arcada a la vez que escurría de nuevo la fregona, esta vez con más fuerza de la necesaria. El cubo se tambaleó y estuvo a punto de caer de lado. Munir resopló con hastío y volvió a pasar la fregona por encima de aquel vómito repugnante que había obligado a cerrar el pasillo 7 – Lácteos. Llevaba veinte minutos solo con eso. No le pagaban lo suficiente, nunca lo harían.

Diciembre 2017

La mano de Macarena es muy suave.

—Meryem.

Nos damos un apretón consistente, ella vestida con un traje color melocotón, camisa blanca de seda impecable, yo en vaqueros y una camiseta negra de algodón en la que pone HOT GUAGUAS debajo de una llamarada que se traga una imagen de una guagua global. Cuando la compré pensé que era muy graciosa. La miro, me mira, sonrío. Ahora no estoy tan segura de mi elección. Tiene los dientes tan blancos que me hace sentir sucia y salvaje en comparación.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Agua, café, té?

Pienso en Nadia, su asistente. No se llama Nadia sino Davinia, pero la predecesora de Macarena la convenció de que Davinia era un nombre que no quedaba bien en la firma de los correos. Nadia era más elegante, más profesional. Lleva siete años en la empresa. La veo colocando las botellas de agua EVIAN en el despacho de Macarena muy temprano por la mañana, las cápsulas de café, las bolsitas de té orgánico natural slim effect bio verde. Como yo. Una mañana cogí una botella de agua EVIAN a 1,88 euros la botella y me la bebí entera antes de que llegase Matiqui, solo por probarla. Estaba asquerosa.

—No, gracias.

Me da miedo.

—Por favor, siéntate, ¡tenemos mucho de lo que hablar! ¿Cómo estás?

Su despacho es exactamente igual que el de mi jefe. Estoy a punto de pedir perdón por mis pintas. Es viernes casual. Me muerdo ligeramente la cara interna de la mejilla derecha y me siento en mi silla a la vez que ella.

—Bien, gracias.

—Me ha dicho Matiqui que eres un poco seria y reservada. Quiero que estés tranquila, conmigo puedes expresarte con total libertad. —Saca una carpeta, la coloca entre nosotras—. Todo lo que me cuentes será confidencial, no saldrá de aquí.

Ninguna de las personas que me conoce me describiría como seria o reservada. Cruzo las piernas.

—De acuerdo.

—Fenomenal —sonríe más, se coloca bien las gafas—. ¿Qué piensas de tu experiencia en Supersaurio hasta hoy?

Me duelen los doscientos seis huesos del cuerpo todos los días, quiero decirle. De lunes a viernes vengo aquí caminando desde Triana. Atravieso todo el parque San Telmo y cruzo por el paso de cebra que está a la altura del restaurante Sakura. El semáforo de ese cruce parpadea en verde cinco segundos y luego se pone en rojo. Tienes que estar muy atenta para poder cruzar. Cuando eres un peatón no le importas a nadie. Ni a los gilipollas que llevan un Ford Fiesta o un

todoterreno ni a los taxistas ni a los motoristas ni a los ciclistas. Ni siquiera le importas a los chóferes de las guaguas. Con tal de no comerse una pausa de cinco segundos son capaces de pasarte por encima y seguir a 80 por hora en una vía urbana como si no hubiese pasado nada. Son pocos los días que no fantaseo con tirarme contra un coche o una guagua en marcha mientras espero a que el semáforo se ponga en verde para mí. Esa es mi experiencia en Supersaurio, Macarena. No quería decírtelo así, pero tú me preguntaste.

—Bueno... —trago saliva—. Mmm. Al principio me costó integrarme, todo el mundo es bastante más mayor que yo.

No le digo que para integrarte en un grupo tanto tú como ese grupo tienen que poner algo de su voluntad. Si una persona que casi te dobla la edad grazna durante días que está organizando su cumpleaños al que todo el mundo está invitado menos tú, ¿cómo te integras? Si esa misma persona dedica más de la mitad de sus energías en arrinconarte, excluirte, pisotearte y el resto de tus compañeros hacen la vista gorda, ¿cómo y, sobre todo, por qué querías integrarte en ese grupo? Si varias de tus compañeras te tratan como si fueses o bien invisible o bien idiota perdida, ¿por qué, Macarena, te querías integrar?

—Pero con el tiempo creo que he sabido encontrar lugares comunes con mi equipo y hacerme un hueco. ¿No sé si te referías a eso? Si solo hablamos de lo que he aprendido, Matiqui y los demás me sacan casi veinte años veinte años cada uno, me intimidaba mucho no... no estar a su altura, supongo, pero creo que están contentos conmigo. No sé. Ha sido una experiencia muy enriquecedora en general.

—Están muy contentos, sí. ¿Por qué ha sido enriquecedora?

Su sonrisa parece de plastilina. Me veo enganchando mis índices en cada esquina de su boca y tirando para ver hasta dónde podrían llegar. Los detesto a todos, pienso. Soy puntual, soy respetuosa, hago todo lo que se me pide y lo hago bien. ¿Cuánto más tengo que darles, cuánto de mí me puedo quedar? Nunca sé si me pertenezco o si pertenezco a las personas que me rodean. Sonrío cuando no me apetece, río aunque lo que oigo no me haga ningún tipo de gracia, comparto espacio y tiempo con gente con la que no me apetece estar. A cuánto más he de renunciar por una nómina, me pregunto. Es viernes y estoy tan cansada que siento que mis palabras se pegan las unas a las otras, que no hablo con claridad.

—¿Perdón?

—Por qué está siendo enriquecedora. ¿Qué has aprendido en este tiempo?

Dejé de ir a llorar al baño cuando oí a otra persona llorando ahí dentro. Comencé a hacerlo en la azotea, con la mirada clavada en las plataformas petrolíferas que se ven desde donde me escondo. Descubrí que Yolanda también subía a llorar a la azotea, así que dejé de subir y pasé a esconderme en el trastero. Cuando la fotocopidora se atasca abro la puerta que me marca la pantalla, no llamo a nadie de IT. Imagina tener que dejar lo que sea que estés haciendo para ir a desatascar una fotocopidora. Con el departamento de Finanzas solo lidio por correo; con el de Logística por teléfono. Naiara ha empujado y empuja a la histeria a todas las becarias de su departamento. Nadie ha dicho nada nunca al respecto porque es una persona que cumple con sus objetivos.

—Pues... hace tres años no sabía lo que era una junta de accionistas, ahora las organizo. Yo había visto algo de comercio internacional en la carrera, pero no tenía m...

—Tu carrera es en Traducción e Interpretación, ¿no? Hoy me he estado leyendo tu currículum y tu carta de presentación. —Saca dos folios de su carpeta y los pone entre nosotras —. Antes de comenzar tus prácticas estabas en un programa de doctorado. ¿No sientes que estás desaprovechada aquí?

Me veo a mí misma aquí todas las mañanas encendiendo las luces de mi planta cuando llego. A veces es tan temprano que pillo a la limpiadora a punto de salir. Es tan distinto de cómo me veía hace unos años en el futuro que el shock sigue hormigueándome en la piel de vez en cuando. A veces Matiqui me llama fuera de mi horario de trabajo para preguntarme tonterías. Nunca me quejo. Hay cierta rabia en mí. Si no le cojo el teléfono por lo que sea me manda audios de diez o doce minutos en WhatsApp. Crece poco a poco, esa rabia. Intento ignorarla.

—No, creo que limitarte a lo que has estudiado y buscar proyectarte desde allí es un poco naíf.

La miro a los ojos. Estoy muerta, hueca por dentro, creo. Hubo un tiempo que creí que alguien se daría cuenta. Me desenmascararían y me echarían por estafadora. Tendría el consuelo de haberlo intentado al menos.

—Es verdad que cuando entré no me veía haciendo lo que hago ahora, pero es mi trabajo y soy buena en él. Estos son los años más importantes de mi vida. Puedo volver al doctorado cuando yo quiera, pero no voy a volver a tener esta edad nunca.

Todos mienten y todos tienen miedo de que los demás los descubramos. Antes de entrar a una reunión importante, Matiqui siempre espera a que le haga un gesto con la mano. Pulgar hacia arriba, va a ir bien. En el ascensor siempre coincido con alguien dispuesto a contarme cómo fue su fin de semana, todo lo que hizo, los sitios a los que fue, el bungalow en el sur. Qué bonito es Mogán. Soy seria y reservada porque preferiría abrirme la yugular a hablar con alguien de mi vida fuera de aquí, ya ves. Hay personas para las que el silencio es la muerte porque tendrían que oírse a sí mismas pensar tucu tucu y ¿cómo evitas ahogarte cuando tienes una hipoteca tres niños y un minivolumen con una persona a la que detestas? Mejor darle la chapa a la pobre idiota que no ha podido evitar coincidir contigo en el ascensor. Otro puto lunes aquí, otra puta mañana en reuniones que podrían haber sido un correo. Macarena, con su traje melocotón poniéndome la cabeza como el tambor de la lavadora, preguntándome estupideces que sabe que voy a responder con una mentira. Todo el mundo te pide la verdad pero luego se les atasca en la garganta cuando se la das, es muy gracioso. Está muy amarga, está demasiado salada, así no. Échale un pisquito de azúcar. ¿Cuánto quieres que me arrastre delante de ti para seguir trabajando aquí? quiero preguntarle. Todo me da igual.

—Sabes, me recuerdas mucho, mucho, a mí.

Me veo a mí misma tiempo atrás en la azotea con Omar, los dos con las piernas al sol. En mi recuerdo tengo la cara pegada al móvil porque con toda la luz que hay no veo bien. Le leo: «Jiménez Losantos ha contestado desde *Es la Mañana* a Pablo Iglesias con el que coincidió en una tertulia de Intereconomía cuando no había fundado aún Podemos. Federico ha dicho que “todo el mundo es estúpido alguna vez” y le ha vuelto a recordar lo que le dijo en aquella tertulia, “no sabía quién eras pero en cuanto te oí hablar con ese estilo de chequista vocacional te dije que me recordabas a mí cuando era gilipollas”. Sin embargo, “yo no he sido nunca un mal

bicho ni un cursi como tú”». Le desprecio, pero me hace mucha gracia, dijo Omar. Sus ojos se achicaron tanto cuando sonrió que tuve que apartar la vista un momento. Pensé que me iba a morir. No me morí, claro. Nadie se muere porque le gusta otra persona.

—¿Sí?

Hundo los dedos de mi mano derecha en mi muslo.

—Sí, sí. —Saca más papeles de su carpeta, se ha preparado esto bien—. Tienes las cosas muy claras. Me gusta mucho eso, es una cualidad que apreciamos bastante en mi departamento. ¿Te ha explicado Matiqui lo de tu nuevo contrato?

—Un poco por encima, solo me dijo que íbamos a cambiarlo y que ahora pasaría a la plantilla de aquí.

—Vale, perfecto. Te vamos a cambiar de categoría y para eso hemos tenido que modificar un poco tu rol. —Sonríe, sonrío, ¿ves? quiero decirle yo también puedo convertirme a mí misma en un arma de destrucción masiva—. Quiero comentar contigo el tema del seguro, el plan de pensiones... ¿Estás segura de que no quieres nada de beber?

Yo era una persona con las cosas muy claras. Había dos bandos, ellos y yo. Venía aquí, pasaba nueve horas aporreando mi teclado y hablando por teléfono con personas que me debían un informe, una gestión, una factura, una reserva de hotel. Luego me iba a mi casa y al día siguiente volvía a empezar. Tenía claro quién era mi enemigo. Ahora ya no sé bien quién soy. Odio estar aquí pero no me voy. Mis preocupaciones ya no son las que tenía cuando entré, ahora se parecen a las de ellos. Mis ¿enemigos? Los otros, los que no son yo. Si entro en una póliza de seguro privado, ¿defenderé la Sanidad Pública «para quien la necesite, pero...»? Si compro acciones de Supersario, ¿consideraré que sus pérdidas y ganancias son las mías? Cuantos más privilegios tenga, más querré, y menos dispuesta estaré a que otros los tengan sin haberse esforzado todo lo que me esforcé yo. Me sé la canción, me sé la canción. Desaparecerá la línea que siempre vi clara, cuanto más dinero gane más me aterrorizará dejar de ganarlo, más en deuda estaré con mi empresa, más agradecida, más dócil, más autómatas. Cómo muerdes la mano que te da de comer. Dejaré de ser yo, me convertiré en Macarena. En algún momento de mi vida miraré a una chica de veintiséis años a los ojos y le diré: «Me recuerdas mucho a mí cuando tenía tu edad». Llevaré traje chaqueta. El traje será tan caro y mis dientes tan blancos que se sentirá físicamente mal.

Diciembre 2017

En fin de año ceno en casa de Carmen y Mercedes, su novia. Las dos viven en Ciudad Jardín, cerca del parque Doramas, en una casa de dos plantas que parece sacada de Instagram. El olor de pollo asándose en el horno llega al comedor, donde Carmen y yo preparamos una ensalada de tirabeques.

—A lo mejor voy y renuncio, no lo sé.

Se ríe. Sus rizos se mueven con ella. De adolescentes solía llamarla repollo de broma.

—Justo ahora que te contrataron y tienes seguro médico y una nómina de verdad.

Corto los tirabeques en juliana, con cuidado. Mi cabeza lleva días del revés, tres o cuatro pensamientos dan vueltas de campana ahí dentro desde que me levanto hasta que me acuesto. No le digo nada a Omar, claro. No quiero que piense que estoy trastornada. La perra de Carmen y Mercedes, Dana, se coloca junto a mis pies bajo la mesa.

—No sé cómo voy a mirar yo a ese hombre a la cara cuando vuelva. Qué digo. Qué hago.

—Pues lo que sea que digan o hagan las personas heterosexuales. —Le saco la lengua, mortificada—. Chill. Es un tío que tiene cincuenta millones de años...

—Treinta y siete. Tiene treinta y siete años. ¡Es que yo no me puedo creer lo imbécil que soy!

—Fueron cuatro besos tontos en un armario, no dramáticos.

Respiro hondo. La miro.

—Cuatro buenos besos tontos —corrijo, mi cuchillo hace chs chs chs chs mientras termino de cortar los tirabeques. Carmen y yo pasamos la mañana buscándolos de mercado en mercado, primero en el de Vegueta, luego en el Central, a pie porque ahora Carmen es una persona que va a pie a todos los sitios, una persona ecofriendly adicta a contar pasos en su pulserita de contar pasos—. Encima eso... Con qué cara le miro, es que no recuerdo qué dije, qué hice. No recuerdo nada. ¿Y si beso mal?

—Meryem. Por favor.

—Es real, hacía tanto tiempo que no me besaba con un hombre que, yo qué sé, a lo mejor ahora beso fatal. A lo mejor se tragó una araña mientras nos besábamos y no me dijo nada por vergüenza...

No me dignifica con una respuesta, sigue a lo suyo, pero sé que toda la situación le hace mucha gracia. Quizás a mí también me la haría si no estuviese enloquecida, desquiciada perdida, con los nervios a punto de darse de sí.

—Yo diría que si te sigue escribiendo es porque no besas fatal.

Sí me escribe. Ahora hablamos constantemente, a todas horas. Cada vez que la pantalla de mi móvil se ilumina es por un mensaje suyo. El DDB me había escrito un mensaje un tanto extenso para lo que era él, decía: «Oye | creo que más o menos sé cómo eres | y creo que a lo

mejor | bueno, pienso | no sé | espero que no |pero creo que ahora te dará vergüenza | lo de anoche | porque vete tú a saber por qué| pero vamos | que no tienes por qué». Yo no supe qué responder a eso, pero al final fui honesta, dije: Sí estoy pasando vergüenza, sí. «Pues no hay por qué, de verdad». No volvemos a tocar el tema, aunque sigue ahí, como cuando se te mete algo entre los dientes y no puedes dejar de intentar sacártelo con la lengua.

El menú de la cena es sensacional: pollo asado (halal) receta de Ottolenghi, puré de boniato asado, ensalada de tirabeques con salsa de lima y eneldo, tarta de tres chocolates de Guirlache. Pasamos la tarde cocinando con unas amigas de Carmen y Mercedes que también están invitadas y que me caen muy bien a pesar de que luego no consigo recordar sus nombres. Pocos minutos antes de medianoche Omar me escribe. 23:53 p.m, dice: «Ojalá pudiera empezar el año brindando contigo». 23:55 p. m, escribo: «¿Aunque fuese con champín?». 23:58 p.m, responde: «Aunque fuese con champín | o con agua con gas | eres lo más bonito que me ha pasado en años». Respiro raro tras su mensaje, como si los pulmones se me hubiesen llenado de algodón o el pecho se me hubiese vuelto esponjoso. La última vez que quise a alguien, no conformarme, querer de verdad, terminé tan herida que creí haberme abierto por la mitad y estar desangrándome durante meses. Iba a todas partes con las tripas por fuera sin que nadie se diese cuenta, me pareció surrealista. Nadie lo veía, nadie. Decidí no volver a bajar la guardia ante otra persona nunca más. Cuando te endureces nada puede tocarte así que nada te hace daño, no sientes ni padeces y durante un tiempo está bien, ser invulnerable, impenetrable, un cactus al sol. Tarde o temprano descubres que estar vivo implica exponerse a una serie de dolores y desengaños, no porque uno sea masoquista y quiera sufrir, sino porque lo contrario es la muerte. 23:59, escribo, escribo, escribo, borro todo lo que he escrito; 00:00, digo: «Feliz año nuevo :), no me imaginaba que fueras un cursi».

Enero 2018

Tac tac tac tac, Yolanda sube a mi planta taconeando tac tac con su look Ralph Lauren y moño apretado rictus serio en la línea de la boca pienso quizás esa sea su armadura quizá solo así se siente una bitch una boss capaz de doblegar al mundo a su antojo me animo bueno venga aquí vamos un día más otra vez pasa delante de mí como si no existiese es una mujer con una única misión, ver a Matiqui, y cuando no le ve, cuando descubre tres segundos antes de llegar a su puerta que su oficina está vacía (es viernes si tan solo me escuchase si prestase atención alguna vez cuando le explico que nuestro jefe no viene los viernes a trabajar se habría ahorrado este paseo) gira sobre sí misma, me mira y traga saliva.

—Hola, Miriam.

—Buenos días, Yolanda.

Tac tac tac tac a veces sueño con sus pasos persiguiéndome por un pasillo largo y oscuro yo corro y corro nunca la veo solo la oigo y sé que es ella.

—Oí que por fin lo conseguiste. Enhorabuena.

Sé a qué se refiere, pero finjo no entenderla. Le dedico una mueca de pura incompreensión, ya tengo unos años de experiencia interpretando este papel.

—¿Qué conseguí?

—Quedarte aquí.

Jódete, pienso. Jódete y jódete y jódete mil veces más con la fuerza de mil soles ardiendo.

—Sin ti y todo lo que me enseñaste jamás habría sido posible —respondo y siento que me estiro y me hago grande, tan grande que me elevo sobre ella y la miro desde arriba y ella intenta mirarme de vuelta pero no puede, tiene que ponerse la mano de visera en la frente porque brillo y soy luminosa y ahora la que la persigue por el pasillo mientras huye despavorida soy yo—. Espero poder devolverte de alguna forma todo lo que me enseñaste e hiciste por mí. De verdad que sí.

No dice nada más, solo asiente y se va tac tac tac todos los días son un esfuerzo en no responder a gritos pero ahora sé que ella sabe que sé, que supe todo este tiempo y que escogí no hacer nada solo para llegar aquí y verla desde donde la veo ahora, eso es suficiente para mí. Mido tres metros, como Supersaurio, y me siento intocable.

Enero 2018

Mi padre nació en una familia pobre, muy pobre, extremadamente pobre. Siete hermanos, nueve bocas, pobres. Nunca le escuché quejarse. Nunca le escucho quejarse de nada. Un día señala mis playeras y dice: «Están muy sucias». «Da igual, baba», no tengo tiempo para discutir con él sobre algo así, una chorrada, son unas playeras cochambrosas que seguiré poniéndome hasta que se rompan del todo, hasta que les salga un agujero o se despegue la suela, no me quita el sueño. No insiste más, pero la siguiente vez que nos vemos vuelve a decírmelo. Dice: «Meryem, por qué no lavas eso, están muy sucias». Yo le quito importancia, le digo que sí, que vale, que ya lo haré en algún momento. Mi abuela paterna estaba obsesionada con la limpieza, la oía decir a veces «bueno, no tenemos mucho, ¡pero todo está limpio!» cuando íbamos en verano a su casa en el pueblo, el pueblo a millones de kilómetros de la civilización en las montañas donde no llega wifi y apenas hay cobertura, la casa que ya no existe con mi azulejo que se perdió y quién sabe dónde está ahora. Tengo una teoría: en cada familia hay un buitre que sobrevuela. Mi abuela siempre estaba bien peinada, bien vestida, limpia. Mi padre nació en una familia pobre: mi abuela tuvo tres hijos varones. El primero se fue a Estados Unidos, el segundo se fue a España, el tercero se quedó ahí. El buitre. Mi padre no vuelve a sacar el tema, pero un día me estoy calzando para volver a Las Palmas y veo que las playeras ya no son marrón agua sucia suelo sucio paso del tiempo sucio sino que vuelven a ser blancas y me lo puedo imaginar perfectamente, puedo cerrar los ojos y ver a mi padre lavándolas en silencio en el fregadero que hay en la azotea a mano, puedo verlo sacando los cordones con cuidado para meterlos en un cubo con agua y detergente, puedo verlo lavando las putas playeras a mano con un cepillo, tranquilo, mi padre es un señor con bigote que se ha tomado con humor y filosofía que sus tres hijos sean ahora más altos que él y le digan «no te preocupes, baba» a todas horas. No digo nada al despedirme de él y de mi madre, no le digo nada a nadie, lloro de camino a la estación de guaguas bajando la cuesta esa de Los Danieles, lloro ahí, discretamente, con los auriculares puestos, me limpio la cara con las dos manos y me sorbo los mocos y aprieto el paso para no perder la guagua, nunca le digo nada de esto a mi padre, pero hago un esfuerzo consciente para volver a llevar las playeras sucias nunca más.

Febrero 2018

Una muchacha le dice a su pareja que nacieron solos y solos se irán del mundo. Leo la etiqueta de una lata de conservas que me llama la atención: Hering – Zarte filets in Tomaten-Creme. Nadie nace solo, nuestras madres empujan o nuestras madres sufren uno o dos pares de manos que las abren para sacarnos, menuda tontería. SUPERSAURIO, ¡los mejores precios del archipiélago! dice la voz de megafonía, una voz que ya tengo engranada en la parte más profunda de mi cerebro, suenan los primeros acordes de *A Dios le pido* de Juanes inmediatamente después. En mi humilde experiencia, ser mujer consiste en padecer algún tipo de dolor relacionado con tu cuerpo desde la adolescencia hasta que te mueres. Es muy fuerte. Cuando no me duelen las tetas me duelen los ovarios o la cabeza porque me van a comenzar a doler los ovarios o la parte baja de la espalda porque estoy sangrando, pero no me puedo quejar mucho de esto porque es normal, se ha aceptado que a nosotras nos duelen nuestros cuerpos y punto. Me pregunto si en Alemania habrá algún supermercado que traiga productos españoles pensando en los españoles que viven allí, lo dudo mucho. Solo nosotros somos lo suficientemente muertos de hambre como para arrastrarnos así por tres céntimos del país que no duda en asfixiar al nuestro a la menor oportunidad. Todo nuestro tejido económico depende del turismo, así que seguiremos mamando Europa y más Europa hasta vomitar, pero los Zarte filets in TomatenCreme se los pueden comer ellos y sus putas madres, yo no. Le saco una foto y se la mando a Omar. Tengo una postal que me mandó en Navidades pegada en mi nevera, la veo todos los días. Cuando vuelve de sus vacaciones tenemos La Conversación. La conversación consiste en que yo muevo mucho las manos y los brazos y digo que me gustaría que fuésemos primero amigos y luego, quizás, algo más, porque no me siento cómoda siendo algo más antes de ser amigos pero que entiendo que su velocidad crucero sea mucho más rápida que la mía porque yo estoy un tanto chiquilicuátrica perdida de la cabeza y lo acepto y no volveré nunca, jamás, bajo ningún concepto, a cosificarle y| o besarle. Él me dice que vale. Que también quiere ser mi amigo. No se enfada. No me castiga con un silencio viscoso y denso. No cambia. El alivio me hace exudar tanta energía que me pregunta si me encuentro bien. Tardo horas en darme cuenta de que estoy tan acostumbrada a tener que negociar mis deseos con los hombres con los que me he relacionado que siempre he partido de lugares extraños en los que mi prioridad no era que se me escuchase y se me respetase, sino que mi interlocutor no se enfadara y montara en cólera.

La vida no está hecha para vivirla sola, desde luego. Los packs de pasta fresca traen dos raciones, no una. Dos. Puedes ver que es poco, que tu plato está medio lleno, pero en el paquete pone que esas ocho porciones de pasta son dos raciones que equivalen a unas setecientas cincuenta calorías. Estar gordo es peor que vivir solo, supongo, pero mejor que morir solo. Hay un reloj en mí que hace tic tac tic tac y cada óvulo que tiro por el váter es una oportunidad perdida. Imagina hipotecarte tú solo durante treinta y dos años porque alquilar es tirar el dinero,

pero es que ahorrar como una rata durante diez años para la entrada para un piso tú solo significa que en el mejor de los casos tu casa no será tuya hasta pasados los sesenta. Si fueran dos personas tardarían menos. Si no tienes hermanos ni ninguna otra familia quizás algún vecino llame a la policía porque tu piso huele muy mal y cuando tumben la puerta abajo encontrarán tu cadáver de cuarenta y nueve kilos en el salón (nunca te comiste las dos raciones del paquete de pasta fresca). En mi religión creemos que cuando una persona muere su alma sigue junto a su cuerpo hasta que lo entierran. No sé qué pasa si tu cuerpo está calcinado o mutilado, no me he animado nunca a preguntar por si la respuesta me horroriza. No puedes desmemorizarte y olvidar lo que ya sabes. Me veo muerta esperando a que alguien encuentre mi cuerpo en un cuchitril de veintitrés metros cuadrados con la cama de matrimonio prácticamente en la cocina porque no supe aprovechar los óvulos que me quedaban y me río entre dientes mientras hago cola en la caja. La cajera que me atiende me mira raro.

Febrero 2018

Tengo una cuenta de Twitter de la que no le he hablado a nadie. A ninguna persona. A ningún alma en todo el universo. Me la abrí en 2008 para probar la app y se me olvidó que la tenía hasta 2011 que me fui de Erasmus y me sentí más sola que la una durante meses. De Erasmus me fui con una chica de mi clase con la que me llevaba muy bien hasta que nos fuimos juntas de Erasmus y descubrí que era una imbécil. Se llamaba Pamela. Pamela a mí en clase me parecía una tía normal, una tía con la que se podía hablar de algunas cosas, alguien con quien podías irte de Erasmus, pero resultó que cuando bebía se volvía una completa gilipollas y aunque a ella se le olvidaba lo que decía y lo que hacía cuando bebía a mí no se me olvidaba porque yo no bebía. No habría hecho nada al respecto si no fuese porque cuando uno está de Erasmus uno bebe prácticamente todos los días. Yo me fui de Erasmus a Bélgica, que me pareció un país curioso, no era Inglaterra y tampoco era Francia, era Bélgica, ¿qué sabía yo de los belgas? Pues nada, por eso fui. Yo me fui de Erasmus a Bélgica porque en Bélgica está la Comisión Europea y el Parlamento Europeo y por aquel entonces, como ya expliqué antes en alguna parte, por aquel entonces yo era una persona con sueños, por muy ridículos que fuesen. Creía de verdad que si uno se esfuerza mucho y trabaja mucho y se sacrifica mucho podía llegar a alcanzar sus sueños. Pues fui allí a mejorar mi francés macarrónico y a estudiar cerca de la Comisión Europea y del Parlamento Europeo porque me veía allí traduciendo o interpretando, lo que mejor se me diese. Las únicas plazas que ofertó mi facultad en Bélgica fueron dos para la universidad de Lieja. Cuando Googleé Lieja el primer resultado que me volcó Google fue una noticia en la que listaban la ciudad como la segunda ciudad más peligrosa de toda Europa. Una persona con todos sus patitos en fila quack quack se habría desanimado, yo no. Por aquel entonces tampoco sospechaba que estaba loca, claro. La primera ciudad de la lista era Charleroi, también en Bélgica. Yo pensé que no podía ser para tanto, estudié en Arguineguín y sobreviví. Nada podía ser tan extremo. No se lo dije a mis padres y a finales de agosto hice las maletas, lloré muchísimo en el aeropuerto y me fui. Me puse @cheriecoco de usuario en mi cuenta secreta de tuitter porque esa fue la canción que más oí durante ese año, «Chérie Coco» de Magic System. Es gracioso de esa forma en la que algo no es gracioso en realidad sino una reverendísima mierda, como cuando alguien te manosea «de broma» y todo el mundo se ríe un poco y a ti francamente no te hace ni puta gracia lo que acaban de hacerte pero te ríes y te jodes e incluso lloras un poco cuando estás a solas porque tendrías que haber dicho algo, hecho algo, haberte ido de allí. Pero no lo hiciste. Ese año ponían «Chérie Coco» en todas las fiestas, en todos los bares y en la única discoteca a la que fui en Bruselas. También ponían «Logobitombo» de Moussier Tombola a todas horas, siguiendo la misma línea que con «Chérie Coco». La letra era pegadiza y demencial, una coreografía frenética que poseía a uno, position un, deux; position un, deux, mitraillette à

droite, mitraillette à gauche, la gente se subía a las barras de los bares, a las mesas, a lo primero que pillase cerca para dirigir a los demás. A mediados de diciembre de ese año un tipo se plantó en mitad de la plaza Saint-Lambert, tiró varias granadas de mano y se sacó un fusil de combate de la mochila para cargarse a quien se le pusiera por delante. Asesinó a seis personas y luego se metió un tiro con una pistola. Yo estaba haciendo un examen de traducción científica francés > español y oí los gritos y a la gente correr histérica por la calle. Oí las explosiones y oí los disparos. No fue como en las películas. Nadie se hizo el héroe. Nos encerraron en la facultad y nos obligaron a escondernos debajo de nuestros pupitres. Mi primer pensamiento fue para el examen. ¿Tendríamos que repetirlo otro día? Me dio la risa y me pellizqué tan fuerte el muslo que salió un moretón. Estuvimos encerrados horas. Saqué un 19/20 en el examen. Durante muchos meses no oí« Logobitombo» en ninguna parte, nadie estaba de humor para gritar mitraillette à droite, mitraillette à gauche. Esos días usé Twitter a todas horas, al principio para seguir las noticias sobre el atentado, luego para vomitar mis pensamientos sin ningún tipo de filtro. Nadie sabía quién era yo. Podía ser cualquier persona, decir cualquier cosa. Al comenzar a trabajar en Supersaurio dejé de usar la aplicación como si fuese un periódico y me dediqué a desahogarme ante mi audiencia de cero seguidores. @cheriecoco podía expresar un pensamiento como «Haber si me muero» sin que nadie se preocupase ni se lo tomase en serio. Conocí la libertad. Luego llegaron los seguidores. Los retuits, los likes, las citas a mis tuits desde cuentas candadas, los tipos que me mandaban sin que yo lo hubiese pedido fotos de sus penes con el flash de la cámara encendido, los tipos con avatares de futbolistas o de la Rana Pepe que me llamaban mora para insultarme, las webs que robaban mis 140 y luego 280 caracteres y los subían en artículos-resumen de lo más gracioso del año, del mes, de la gala de Eurovisión. Volé demasiado cerca del sol creyendo que una mujer podía ser graciosa en Internet sin pagar ningún precio. Me quemé viva. Candé mi cuenta.

Marzo 2018

—Para mí este tema es la tragedia del siglo XXI, te diré. Ahora hasta se va contra las familias, eh. No hay nada de apoyo para nosotros. Nada. Es como si nos odiasen.

Miro a Otero por encima de mis gafas y decido hacer lo más sensato: me desconecto por completo de la conversación. La verdadera tragedia del siglo XXI es ser testigo de la huida hacia delante de tantísima gente con tal de no quedarse a solas con sus pensamientos durante diez minutos. ¿Le puse yo a alguien una pistola en la cabeza y le dije TEN HIJOS? No lo recuerdo, diría que no. Diría que no obligué a nadie a hipotecarse treinta años, a comprarse un coche diésel o a parir dos o tres niños. En el trabajo te dicen que qué suerte tienes, ¡eres libre aún! Disfruta mientras puedas, todo se hace difícil una vez tienes niños. Ellas se reducen la jornada cuando se les agota la baja, ellos... no. Curioso. En las fiestas de empresa ellas se van antes porque tienen que acostar a sus niños, ellos no. Te hace pensar. A las siete y media algunos todavía siguen en la oficina, aunque tengan hijos. No digo nada, solo explico una situación. ¿Quién se ocupa de esos niños? Ni idea, vaya. Está donde esté me rodea un grupo de personas que hipotecó mi futuro para mantener un estilo de vida que no era sostenible ni viable a largo plazo para todo el mundo. No vi a nadie sofocarse por eso. No recuerdo que nadie se planteara que estaba abarcando muchísimo más de lo que el mundo ofrecía. El bungalow en Maspalomas que alquilan todo el año menos en semana santa porque la pasan en el sur, los dos coches siempre aparcados en doble fila o directamente en medio de la acera no perdona solo es un segundo tengo que recoger al crío del colegio ahora te dejo salir bueno no te pongas así eh no te pongas así gilipollas que solo es un minuto en lo que sale el crío del colegio puto imbécil, las escapaditas a Japón, a Perú, los fines de semana en Madrid para ir a ver *El Rey León* o *Bodas de Sangre* o o o. Me toca crecer y hacerme mayor en el reducidísimo margen que nos han querido dejar, unas sobras que apestan pero que me tengo que tirar a la cara quiera o no, ¿y encima tengo que aguantar una chapa sobre por qué la gente de mi edad ya no quiere tener hijos? Lo que me faltaba.

Me dedico a estudiar la carta del restaurante. Cuando Matiqui me pide que organice comidas o cenas de equipo me precio de escoger los mejores sitios. Qué Leche, Deliciosa Marta, El Santo, Segundo Muelle, Pícaro, Bevir. Cuando paga la empresa considero que es mi deber moral recuperar mi plusvalía de esta forma sin ningún tipo de remordimiento. La Amex de Matiqui hace ffffshh cuando la paso por el datáfono cada vez. Va en contra de la política de empresa que otra persona que no sea él la lleve encima, pero a todos los efectos soy la sombra de Matiqui, no una persona que trabaja para él. Yolanda me da un codazo suave.

—¿Sí?

—Danos tu opinión —llama Otero—, que tú eres una tía joven.

—Mi opinión... ¿sobre...?

—¿No crees que la gente de tu edad está demasiado centrada en gilipolleces como... no sé, ir en bici o el queso vegano en vez de formar una familia?

Por primera vez en meses miro a Otero a la cara. Le dedico una mirada inexpresiva, hueca. Los hombres como él se mueven por la vida creyendo que son el último lobo que ha sobrevivido de la manada. Si *ellos* no arreglan las cosas la civilización está abocada a su ocaso. No son más que tipos semidesnudos gritándole a la tele, pero nadie se anima a decírselo nunca. Es mucho más fácil seguirles la corriente, sí, sí, todo mal, todo fatal, tienes razón, eres Superman, un soldado grecorromano, venciste a cuchillo a un león, a todo un gran batallón, desde luego que las cosas ya no son como antes, madre mía, qué movida, ahá, ahá, con tal de ahorrarte una rabieta o una chapa sideral. Siento cierto tipo de gusto en todo esto, no obstante. Ladran, Sancho, señal de que el mundo cambia y están acojonados.

—¿La gente de mi edad ha dejado de tener hijos porque va en bici?

Se ríe, le parezco graciosa. Creo que una bruja me maldijo cuando nací. Serás graciosa, pero solo porque la mayoría de la gente que te rodeará no te creará capaz de estar hablando en serio cuando expreses tus pensamientos.

—No, mujer, pero creo que es evidente que a raíz de apoyar iniciativas como... no sé, por ponerte un ejemplo, que haya más mujeres en campos como las STEM... ¿no? Se está retrasando mucho la edad en la que deciden tener su primer hijo.

Un camarero se acerca para tomarnos nota.

—¿Deciden ellas solas?

—Desarrolla —pide.

—¿Que desarrolle el qué?

(*3 copas de Petit Burgeois, 1 copa de Les Abeilles, 2 botellas de agua con gas, 2 botellas de agua mineral, 1 Coca Cola Zero con mucho hielo y limón.*) Se encoge de hombros.

—Tu idea, tu argumento. Tu postura en esto, vaya.

Tengo cuatro pares de ojos encima. Me rasco un antebrazo, incómoda.

—No tengo nada que desarrollar, solo preguntaba si deciden ellas solas lo de cuándo tener el hijo o qué, yo no veo a los chicos de mi edad rogándole a nadie que les geste una criatura.

Hace tiempo oí a Celia Villalobos decir en la televisión que los jóvenes teníamos que empezar ya, ya, YA, a ahorrar para nuestra jubilación porque nuestra pensión pública no está asegurada, que al menos guardásemos dos euros al mes, un café o una cajetilla de tabaco. Una auténtica genia de las finanzas y del Candy Crush, ¿cómo no se le ocurrió esto a nadie? Si empiezo ya a ahorrar dos euros al mes cada mes, cuando tenga sesenta y cinco años (o sesenta y seis, o sesenta y siete, o sesenta y ocho, quién sabe, quizás en unos meses la edad para jubilarte será setenta años y ni siquiera así podrás dejar totalmente de trabajar sino que tendrás que hacer algún trabajillo complementario como cajero de supermercado, friegaplatos o repartidor de Glovo) seré ultramillonaria y no necesitaré ningún tipo de pensión. Ninguno de los tertulianos que estaban con ella la cuestionó. Esta es la gente que se revuelve contra nosotros y nos pregunta que cómo es posible que no estemos comprando casas y formando familias. Boomers.

—Pero vamos, que si los hubiese, si existiesen esos chicos que te ruegan que les gastes un hijo no sé dónde vivirían ni él ni la madre ni el bebé.

—A ver, si quieres, puedes. Te aprietas un poco el cinturón, ahorras..., te hipotecas. No es difícil, eh. Yo con veintisiete pude ir a un banco a pedir una hipoteca por el 100% del valor de compra y cobraba menos que tú, eh. Seguro. 27.000 brutos. Me avalaron mis padres. 150.000 pavos, pim, pam.

—¿Esa es la casa de Tafira? —Oigo la voz de Víctor como si estuviese dentro de un túnel de lavado.

—No, no. Si nos mudamos aquí hace nada, diez años. La casa de Tafira costó un poco más —se ríe, ja ja ja, con la boca abierta, como un animal.

Precio medio de un chalet en Tafira: 300.000 euros.

—Tú me dices que no estamos teniendo los bebés que se supone que tenemos que tener y que eso es una tragedia, yo te digo que es normal que esto sea así por los siguientes motivos y lo siguiente que sé es que estamos discutiendo tu hipoteca y el aval de tus padres. Tremendo —murmuro, lacónica.

Abre la boca.

—Pero tú no estás sola. Una casa no se compra sola, mujer. Estás tú y está tu pareja y os ayudáis.

Estamos yo y mi pareja imaginaria patinando en una pista de esquí idílica. Tenemos una au pair a la que pagamos en negro que le habla en alemán a los niños y un labrador precioso con el que juegan en el porche de nuestra casa en Massachusetts. La madre de él siempre encuentra una excusa para plantarse en nuestra casa porque «estaba de paso». Él es médico y yo escribo novelas porno para señoras bajo el seudónimo Larissa Baker. Gano más que él al año, pero finge que no le importa. Matiqui carraspea.

—Le has pedido su opinión y ella te la ha dado. Pasemos a otro tema.

—Este está acostumbrado a darle la tabarra a todo el mundo, Mery, no se lo tengas en cuenta —dice Víctor.

La única que no dice ni mú es Yolanda, que nos observa. Repaso el borde de la mesa con un dedo, con cuidado.

—Lo siento, pero tu idea de cómo son las cosas me resulta ajena e incluso ridícula.

—¿Ridícula?

—Sí. No sé. No todo el mundo busca y quiere lo que tú quieres para ti. ¿Cuándo fue la última vez que alquilaste un piso? Me parece surrealista que creas que con apretarte un poco el cinturón y echarte un novio ya puedes comprarte un dúplex en Tafira Alta.

—Todos vivimos en dúplex. —Yolanda se cruza de brazos y se apoya en la mesa—. Ya crecerás y tendrás el tuyo tú también.

—¿Pero por qué querría yo vivir como ustedes en un dúplex en la montaña allí arriba? —Me río—. ¿Solo hay una forma de hacer las cosas? Además, en esta mesa hay tres personas que no tienen hijos todavía, ¿por qué me hablas solo a mí? Víctor tiene tu edad y un total de cero unidades de hijos. Yolanda igual.

—Pero mujer, no te pongas así. Si solo estamos hablando.

—Yo es que no he convencido a ninguna mujer del partidazo que soy.

Unas manos me ponen delante mi vaso de Coca Cola Zero con mucho hielo y limón. Trago saliva. No quiero que me tiemble la voz.

—Cada vez que pienso diferente a ti o no te doy la razón en algo me dices que «no te pongas así, solo estamos hablando...». Yo no me puse de ninguna forma, solo te respondí a algo que me preguntaste directamente.

Horas más tarde, Matiqui sale de su despacho y se acerca a mi mesa. Hoy es miércoles. Se irá a las cuatro y media para recoger a su hija de natación porque la niñera está de vacaciones en Perú visitando a su familia. Me dedica una mirada larga. Pienso: «No voy a pedir perdón. No».

—A Pedro le gusta mucho sacar de quicio a su interlocutor, no se lo tengas en cuenta. No es una mala persona.

La Meryem del futuro deseará meter la cabeza en el horno a 220 grados al recordar lo que dijo la Meryem del presente.

—Pero no ser una mala persona no es un mérito, es un mínimo —replico—. Sonríe y finge que no está ofendiéndote con sus preguntas sobre cosas muy básicas y muy obvias, dice «solo estamos conversando» o «solo estamos debatiendo» y si te quejas y señalas su comportamiento resulta que la que «se pone así» eres tú y luego...

Le veo sonreír.

—Quizá no reaccioné bien.

—No, no. Tienes toda la razón. —Se encoge de hombros—. ¿Qué puedo decirte? A veces trabajamos con personas que no son como nosotros y tenemos que encontrar la forma de...

Hace un gesto con su mano.

—Sobrellevarlo lo mejor posible.

—Sí.

—Pero no tienes que pedir perdón por dar tu opinión, Meryem.

Ferrán Matiqui. Cuarenta y ocho años, gay, casado con un informático, padre de una niña asiática que adoptaron hace ocho años, director del departamento de Compliance de Supermercados Supersaurio S. L. Mi jefe. Me pregunto cuántas veces ha tenido que tragar saliva en una mesa y fingir que no oía nada para llegar hasta aquí.

—Vale.

—Bien. —Da dos golpecitos en mi mesa con los nudillos. Pienso en Kevin Spacey—. Muy bien, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Quizás ese sea el secreto: volverse impermeable, de piedra, casi inhumano. No le digo que estoy harta de que a unos nos haya tocado sobrellevar y resistir frente a otros a los que les ha tocado pasar por nosotros como si fuesen auténticas bulldozers.

Marzo 2018

Tengo una teoría sobre los hombres: nunca se plantean dejar a una mujer tranquila, son como una caries. No les das importancia hasta que te pudren desde dentro y toca extirpar. ¿Estoy generalizando? Bueno, perdona. Algunos de mis amigos son hombres, creo que sé de lo que hablo. No, no soy misándrica. Pero. No importa desde cuándo lo conozcas, en algún momento un hombre te ha mirado y te ha metido en una de estas dos categorías: categoría 1, me la follaba; categoría 2, no me la follaba. Como nunca se plantean dejar a una mujer tranquila lo más seguro es que si quieren follársela, es tremendo. Manca, tuerta, calva, les da igual.

Desde hace unos años a algunos tíos de mi edad les ha dado por pensarse, repensarse, deconstruirse, reconstruirse y teorizar sobre sí mismos. Nunca les da por destruirse a sí mismos y dejarnos en paz, es curioso. Nueva masculinidad, vieja masculinidad, masculinidad tóxica, masculinidad de marca blanca sin gluten biodegradable con trazas de huevo o frutos secos, cuidado. Imagínate tener que darle tantas vueltas a si llevar una camisa rosa o no ver el fútbol es de maricones o no. A lo mejor yo no lo entiendo y estoy siendo injusta, quizá no puedan evitar comportarse así. Si no son los protagonistas de algo se mueren, te lo juro. ¿El día de la mujer? Y para cuándo el día del hombre. ¿Qué somos unas histéricas? Okey, pero cómo no estarlo, si cada día es una batalla contra el que te chista por la calle, el que reduce la marcha del coche cuando vas sola por la noche para ponerse a tu lado y se descojona cuando ve que te ha asustado, ¿dónde están tus amigas, te quieres subir que él te acerca? Si no es el que se roza contigo adrede en la guagua, en el ascensor o en la cola del supermercado es el que te chupa hasta el mismísimo tuétano de los huesos y te destroza emocionalmente porque puede, porque se aburre, porque no sabe estar solo, porque tú eres una mujer y él es un hombre y la mujer es estopa y el hombre es fuego llega el diablo y sopla. La rueda gira, volvemos a empezar. Quién en su sano juicio no estaría histérico perdido, quién.

Sonríe, anda, que estás muy seria. ¿Sabes lo que pasa cuando le pides a un hombre que se tranquilice, que no se ponga histérico? Se pone frenético, vuelve loco. NOTALLMEN, habrá dos o tres que no. Mi abuelo, mi padre, mi hermano. No pongo la mano en el fuego por los demás, y te aseguro que no la pondría ni por ellos si no fuesen mis familiares directos, si no prefiriese quemarme la mano a comprobar que YESALLMEN. Si solo soy una chica frente a un gilipollas borracho al que le pido que por favor se haga para un lado porque quiero salir del baño en el que me ha encerrado en un bar al que antes me encantaba venir y al que ya no volveré solo por esto, ¿por qué tengo que soportar bromitas sobre por qué las mujeres vamos en grupo a mear? ¿No tengo derecho a salir a correr de madrugada con la música puesta sin miedo a que uno me enganche de camino a casa, haga conmigo lo que quiera y luego me tire a un pozo o a una zanja o donde pille? Sí, mamá, tranquila, que estoy en casa ya.

Yo crecí siendo bombardeada a todas horas con cómo les gustan las mujeres a los hombres. A los hombres les encantan las mujeres, no sé si lo sabes, no sé si te lo ha dicho alguien alguna vez, pero lo cierto es que les flipamos y se pirran por nosotras. Tienen algunas preferencias, no obstante. Maquilladas pero sin que se note mucho, que parezca natural, que nunca se note que hemos hecho un esfuerzo consciente por arreglarnos, que parezca que somos así, que amanecemos esta mañana con el eyeliner perfecto y las pestañas extra largas; sexys pero no tan sexys como para provocar nada que no queramos provocar, sexy pero sin ser consciente de que eres sexy, abierta pero tímida, con carácter pero sin voz, con curvas pero delgada, con mucho culo o muchas tetas pero cinturilla, tú ya sabes, en general guapa pero sin ser consciente de que eres guapa, humilde porque si no eres una creída y si eres una creída quizá no seas tan guapa, tsss, tsss, ¡fea! ¡Me tienes abandonao...!

Están cansados algunos hombres que conozco de que haya chicas que en Tinder pongan que solo les interesan los que midan 1,80 m o más, y yo me parto los cojones mientras escucho en la fila de la cafetería que a Esteban le gustan delgadas pero que no sean una tabla de surf, *tú me entiendes*, que no esté gorda, o sea, que esté buena que los sacos de huesos tampoco me gustan, ¿sabes? Le dice a Marcial. Se me escapa una risa seca porque me hace mucha gracia que un calvo de cuarenta y cinco años con mujer y dos niños sea tan exigente, tenga tantos listones y tantas dioptrías en lo que a darse un buen repaso frente a un espejo se refiere. Es un tema de hombría, que sea más alta esta hipotética mujer de lo que es él le cortaría el rollo, por eso le gustan pequeñitas. Pero qué es la hombría, le pregunto mientras clavo mis pupilas negras, porque las pupilas no son de ningún color, pedazo de estúpido, no le llamo estúpido pero lo pienso, lo pienso mucho, las pupilas son negras, *pero qué es la hombría*, le pregunto, y él me mira, clava sus pupilas en mis pupilas, abre la boca, la vuelve a cerrar. No tiene ni idea. Animal, que eres un animal, querría decirle. No se lo digo, solo soy una chica. Me cruzo de brazos mientras les miro irse cuchicheando como el par de cagones que son.

Marzo 2018

Matiqui me ofrece como voluntaria para ayudar a organizar el día de la mujer y cuando me lo comunica me siento estúpida, como una esclava que se pasa de mano en mano sin que se le consulte su opinión. ¿Tenías una pila de tareas para hoy? Te jodes, he decidido que puedes comerte otro marrón más. Pero no te preocupes, añade, no tienes que hacerlo sola. Así paso a formar parte del AMPA de la empresa, ese corrillo de señoras de mediana edad que opera como la mafia siciliana en la plantilla. Me considero una prisionera de guerra, pero no digo nada, no me quejo. Yolanda y otra compañera llevan veinte minutos discutiendo. Las demás las miramos. Look de hoy mono corto de cuello solapa y manga larga acabada en puño bolsillos laterales ocultos en costura (mira, tiene bolsillos, le digo a todo el mundo) y plastrón en pecho cierra frontal con botones adquirido en las rebajas, pelo sucio recogido en una coleta, tres granos en la mandíbula que anuncian la llegada de otro óvulo que se va a ir por el retrete, ubicación: la sala de reuniones.

—Yo repartiría un detalle muy sencillo, una planta de escritorio, por ejemplo, y ya está — insiste Lucía I. Faltan dos días para el 8 de marzo y el 76% de la plantilla son mujeres.

Algunas asienten.

—Me parece bien. Una succulenta o algo así, algo sencillo, estoy saturadísima de trabajo.

Yolanda carraspea.

—Este año no iremos repartiendo los detalles, lleva mucho tiempo y distraemos a la gente —junta las manos sobre la mesa—, lo óptimo sería que vengan ellos aquí a recoger su regalo.

—Sí, tienes razón.

—También tendríamos que darle una hora a los chicos para que suban y otra a las chicas, si no seremos demasiados y no vamos a caber.

Se hace un pequeño silencio.

—¿Los chicos? Es el día de la mujer —digo al final.

—No podemos excluirlos solo porque son hombres.

Me pregunto si hay una cámara oculta grabándonos ahora mismo. Ojalá la haya, me digo. Ojalá verme a mí misma esta tarde en Twitter en un vídeo viral.

—No los estás excluyendo, es el día de la mujer —dice Lucía I.

—Yo no me sentiría cómoda sabiendo que ten... —intenta decir Yolanda.

—Pues entonces el día del hombre le regalamos algo a los hombres de la empresa.

—No todos los hombres son padres.

—Ni todas las mujeres son madres.

—Miriam...

Cierro los ojos. Se refiere a mí.

—Es Meryem.

No me doy cuenta de que las demás nos miran. Mi padre siempre dice: sé amable. Traga.

—Mery-em. —Me dedica una mirada larga. Creo que nunca la he odiado tanto como ahora mismo—. ¿Tú qué piensas? Se supone que ibas a ayudarnos.

—Yo el 8 de marzo voy a ir a la huelga —ofrezco—, pero creo que en vez de detalles o regalos podríamos usar el dinero para donarlo a alguna asociación de mujeres maltratadas, por ejemplo, o algo así. Se me acaba de ocurrir, pero puedo informarme mejor y traer una propuesta para la próxima reunión. Si quieren, claro.

Si quieren, claro. All I do is win win win no matter what, físicamente estoy sentada en mi silla con una mano sobre la otra sobre la mesa pero mi alma, mi espíritu, está arriba muy arriba tan arriba que quizá no baje nunca de vuelta, quizá me quede aquí con DJ Khaled y el rictus de la boca de Yolanda congelado en su cara. ¿Cómo responde nadie a algo así con un no? No, no queremos donar cien euros a una asociación de mujeres maltratadas, preferimos darle una suculenta a cada empleado de esta empresa, hombres y mujeres, por el día de la mujer. Me pregunto si ninguna de ellas se habrá dado cuenta alguna vez de que son ellas las que organizan todas las fiestas, actos y eventos. Yolanda me mira en silencio, le da vueltas a lo que acabo de decir, sonrío un poco y yo le sonrío de vuelta. Dientes, dientes. Son ellas las que recogen luego, las que se aseguran de que todo salga perfecto, las que se preocupan de cómo volverá cada uno a su casa. No hay ni un hombre que se preste para echar una mano, nunca. ¿No les da coraje? ¿No se preguntan por qué?

II

Marzo 2018

—¿Me ha dicho Yolanda que el jueves no vas a venir?

Son las 8:30 a eme de la mañana y Matiqui pasa por delante de mi mesa, recuerda que tenía que hacerme esta pregunta y vuelve hacia atrás. Rata de dos patas, pienso, y me visualizo cogiéndola por el moño y arrastrándola por todo el pasillo.

—¿Por qué no iba a venir?

—¿Algo de una huelga? Yo te necesito aquí el jueves, tenemos la junta de PRISMA.

Nos miramos a los ojos, él de pie y yo desde mi sitio. Pobre hombre, con su maletín, su iPhone último modelo, su traje y zapatos de trescientos veintiocho euros. Tiene la mirada en la pantalla de su móvil, esta conversación es un trámite.

—Bueno, hay una huelga convocada en toda España para el 8 de marzo. Yo voy a hacer un parón a las 11:30, pero estaré aquí por la mañana...

—¿Pero tú te sientes discriminada aquí por ser mujer? —Ahí deja el móvil y me mira. No hay enfado en su voz, solo sorpresa. Es como si me viese por primera vez en todo este tiempo—. Me hubiese gustado que me avisaras.

Algunos hombres buenos no te chistan ni te incomodan. Son buenos hombres. Levantan los pies cuando pasas la escoba por el hueco que hay entre el sofá y la mesa del salón. Vacían el lavavajillas. Hacen la cena a veces. No piensan que estés por debajo de ellos, pero no se plantean por qué de los diez directivos que hay en la empresa en la que trabajan nueve son hombres. Son buenas personas. Jamás le harían daño a una mujer. Creen de verdad que todas las oportunidades que han tenido en la vida les han llegado porque se han partido el espinazo para alcanzarlas y que si tú no estás ahí con ellos es porque no diste la talla. No los odio, solo me cansan. La bondad no tendría que ser un mérito.

—Y a mí me habría gustado informarte, pero Yolanda decidió que era más importante que te lo dijese ella a que te lo dijese yo.

No vuelve a tocar el tema.

Abril 2018

Un viernes poco antes de irme a casa Omar me escribe por el chat de Skype, me dice ¿qué planes tienes este fin de semana? y yo le digo bajar a Puerto Rico, naturalmente, y él responde naturalmente y le veo escribiendo escribiendo escribiendo al final me pregunta oye si no vas a hacer nada esta noche ¿quieres ir a cenar? te acerco a tu casa luego y yo leo su pregunta y la releo y es tan casual tan no te estoy diciendo nada solo es un plan que me digo a mí misma que ya tengo planes con mis amigas para cenar esta noche y ver una película juntas pero le veo añadir el domingo me voy de vacaciones y no nos vamos a ver hasta que vuelva así que traiciono al feminismo, la sororidad y dos amistades de muchísimos años y respondo sí vale venga y decido que también yo puedo ser una persona casual y poco complicada, ligera incluso.

En el espejo del baño de mi casa me miro la cara todo lo cerca que puedo, me estudio bien. Inspecciono mi nariz (demasiado grande), mis dientes (tengo una paleta un poco torcida, salida para fuera), mis ojos (me he dado cuenta de que el derecho me bizquea si estoy muy cansada o si no llevo puestas las gafas), mi barbilla (es rara), mi piel (apagada, amarilla). Me recojo el pelo, me lo vuelvo a soltar. Ojalá supiese peinarme como las mujeres guapas, hacerme trenzas, recogidos, sacarme partido. Me miro desde todos los ángulos, de frente, de perfil (tengo la tripa hinchada), aliso mi vestido todo lo que puedo. Soy una mujer del siglo XXI, me digo. Soy fuerte, soy inteligente, soy independiente. Tengo un trabajo fijo, pago mis facturas. No necesito nada más. No necesito gustarle a nadie. No necesito gustarle a un hombre. No necesito gustarle a él. Pero ojalá fuese un poco más alta. Ojalá pesase diez kilos menos. Ojalá tuviese los rasgos de la cara más afilados, los dientes más blancos, las piernas más finas, más largas, la cintura más estrecha, el pelo más brillante, más espeso. Ojalá tuviese voz de mujer, no de dibujo animado. No me importaría ser un poco más tonta si a cambio pudiese ser más guapa. Este último pensamiento me sorprende tanto que saco el móvil de mi bolso y le escribo un mensaje a Carmen. Le pregunto: «Si pudieses ser el doble de lo guapa que eres ahora a cambio de ser un 15 % más tonta, ¿aceptarías?». Tengo varios mensajes de Teresa preguntándome si me lo estoy pasando bien a pesar de haberlas traicionado y si necesito que me llame para tener una excusa e irme antes de lo previsto. Su último mensaje es una ristra de emojis, el de la berenjena y el del melocotón. Siento un poco de vergüenza cuando los leo. «Todavía no he salido de casa», le respondo. «Tengo miedo», añadido. Me lee al instante y la veo escribiendo escribiendo. «¿Por qué?» Temo que crea que estoy loca si se lo explico. Escribo: «No me oigo pensar cuando estoy hablando con él». Me lavo las manos y me las paso por la cara, por el cuello. Me miro en el espejo, me miro bien. No tendría que haberme puesto este vestido. Me lo subo un poco, me vuelvo a mirar. Parece que me ha pasado un huracán por encima. Tengo los ojos encendidos, como si estuviese loca. Me gustaría no tener cara ni cuerpo, decido. Comunicarme exclusivamente mediante mi voz, como Siri o Alexa.

Quedamos en las escaleras del Pérez Galdós y aunque llego diez minutos antes de la hora con un libro para leer algo mientras le espero lo veo sentado en las escaleras del teatro y me quedo en mi sitio, a unos cien metros de donde está. Pienso en escribirle un mensaje y decirle que me encuentro muy mal y que no voy a poder venir, que lo siento. Una vez le dije de pasada que odiaba esperar a la gente, que ese tipo de cosas me hacían sentir que mi tiempo no era tan importante como el de los demás.

—Perdona, ¿tienes hora?

Cuando se gira en mi dirección y me ve su sonrisa hace que le sonría de vuelta al instante. Me doy cuenta de que cuando nos conocimos el mundo no dejó de girar. No hubo un estallido de luces ni me quedé sin voz. La vida siguió como siempre. Ahora nos miramos y no puedo decir quién ha dado el primer paso para acercarse al otro, pero echamos a andar juntos mientras hablamos y no es como en el cine o en la televisión, no siento un flechazo que barra con todo, no me veo reducida a la nada. Lo único que noto es algo de calor en el cuello y la torpeza de no saber qué hacer con mis manos, con mis brazos, conmigo misma en general. Sospecho que él es el primero que se ha dado cuenta y que yo llevo meses dándole vueltas a la idea, masticándola, digiriéndola, asumiéndola. Como las langostas, no me doy cuenta de que me he ido cocinando hasta que me sirven.

Mayo 2018

La discusión comienza de una forma muy estúpida que no consigo ubicar horas después por mucho que lo intente. Sé que cuando subo a mi casa cierro de un portazo y me quedo ahí, apoyada en la puerta. Me digo: «No vas a llorar por un hombre». Tiro mi bolso, mi pañuelo y mi chaqueta al suelo y lo dejo todo ahí hecho un gurrño, grito OK GOOGLE REPRODUCE LA PLAYLIST SI NECESITAS REGUETÓN DALE DE SPOTIFY y OK Google me responde VALE MERYEM REPRODUZCO LA PLAYLIST SI NECESITAS REGUETÓN DALE EN SPOTIFY y me meto en la ducha porque por algún motivo siento que solo podré lidiar con lo que ha pasado una vez esté limpia. Cuando termino de ducharme no me siento mejor. Decido escribirle, pero cuando abro nuestro chat él ya me está escribiendo y espero, espero, espero. Deja de escribir. Vuelve a empezar. Pienso en llamarle pero me siento ridícula, como si tuviese catorce años y estuviese triste porque Raúl el otaku de mi clase no se ha sentado conmigo en la guagua de vuelta a casa. Pienso: «Que le den», y me siento en el sofá y enciendo la tele. Aguanto cinco minutos, apago la tele, cojo el móvil, las llaves, me calzo las playeras y voy a su casa. Me quedo ahí, frente al portal de su portal en el paseo de Las Canteras sin atreverme a picarle el timbre. Me digo que esto solo sería patético si él supiese que estoy aquí abajo y resuelvo irme, pero en vez de hacerlo, en vez de volver a mi casa con la barbilla alta me llevo la mano al bolsillo de mi sudadera y cojo el móvil porque me está llamando.

—Hola.

—Hola.

—¿Dónde estás?

Miro al cielo y pienso en Dios. En por qué soy así, por qué me hizo así. No digo nada.

—Oigo el ruido de la calle.

Me miro los pies.

—Asómate —digo al final. No sé si Dios estará contento conmigo, la verdad.

—¿Qué?

—Sal a tu balcón y asómate.

Oigo el frsss frsss frsss de sus pasos. Cuando se asoma sé lo que ve: una persona ligeramente desquiciada en chándal con la capucha subida y cerrada porque hace pelete, es decir, ve a una payasa.

—Sube.

—No quiero.

—¿Por qué? Hace un frío del carajo.

—No quiero subir. Si subo vamos a hablar y no quiero hablar contigo.

Tiene la decencia de aguantarse la risa.

—Si no subes tendré que bajar yo y tengo una edad...

Sigo con la capucha puesta cuando me abre la puerta y cuando me siento en su sofá y cuando se sienta conmigo. Tiene puesto el canal Cocina en la tele. Es tan... él que si no estuviese experimentando este parraque me habría reído. Cojo los dos cordones de mi capucha y tiro de ellos para cerrármela todo lo que puedo, solo ve mi cara. Es un poco incómodo porque me aprietan las gafas, pero siento que así estoy protegida.

—Buen chándal.

—Gracias.

—¿Es el que te ponías en primero de la ESO para ir a gimnasia?

—Cuando yo iba a primero de la ESO tú cuántos años tenías, ¿veinticuatro? —Finge haberse llevado un balazo de mi parte.

—¿Tenías novio en el instituto?

—Por supuesto que no. Todos eran tontos, feos y olían mal.

Se ríe. A veces me frustra ser una persona que solo sabe hablar así, dando vueltas y vueltas, incapaz de ir al grano cuando algo le importa. Uno tiene que nombrar algo para que ese algo exista. Poder señalarlo. Decir: «Esto me molesta». Si no existe puedes fingir que no estás ardida. No me gustan los cambios, me cuesta aclimatarme.

—La primera vez que te vi llevabas la camisa esa negra con elefantes que tienes —dice al cabo de un rato—. Estabas en la cafetería leyendo la etiqueta de una palmera... Muy concentrada.

—Pensaste «menuda chalada».

—No. No, qué va. Pensé que eras preciosa.

Finjo no haberle escuchado.

—A veces la bollería tiene gelatina de origen animal —explico—. Y como no sé qué animal es, pues...

—Sí. Ahora lo sé. Soy un amigo y defensor de las minorías. El caso es que luego te giraste... y me viste —sigue.

No recuerdo nada de lo que está contando.

—¿Y?

—Y te subiste las gafas, dejaste la palmera en su sitio y te fuiste.

—Qué chica tan simpática.

—Creo que sí lo eres. —Se pasa una mano por la mandíbula—. Simpática, digo. Eres muy agradable. Pero cada vez que alguien te hace un cumplido o dice algo bueno de ti parece que intentas hacerle cambiar de opinión.

—No sé por qué finges que no me entiendes, me gustas mucho y trabajamos juntos.

—¿Tú crees que no me gustas a mí? —Abre la boca, la cierra. Me siento pegada a su sofá, si me muevo un milímetro me tragaré la tierra. Ojalá pasase, pienso. Ojalá se abriese un agujero en su sofá y saliese de allí un jinn y me llevase con él a lo más profundo del planeta, a la mismísima lava para desintegrarme para siempre—. Me miraste, te giraste y te fuiste. Quise hablarte y me quedé ahí como un tonto.

—No soy una persona extrovertida. Me cuesta... —Hago un gesto con la mano, no sé explicarme—. Me gusta guardarme mis cosas para mí. O sea, no me fui por... ti. Me fui por mí, supongo, porque no sé hacer esa cosa de, no sé. Presentarme a los demás, ser amigable. Siempre digo algo que no es tan gracioso como me lo parece a mí, o meto la pata... Me da vergüenza.

—Luego pensé que Yolanda te presentaría —continúa—. Pero no lo hizo, no sé por qué.

—Pues porque Yolanda me odia, pensé que estaba establecido eso.

—Y al final, la primera vez que hablamos me dijiste «no bebo» muy seria. Cada vez que lo recuerdo me da la risa.

—Es que no sé hablar con la gente, ya te lo dije. A veces siento que todo el mundo espera algo de mí, que no tengo espacio para... ser yo. Diga lo que diga molestaré a alguien. No tengo fuerzas para lidiar con eso, no me apetece discutir ni debatir ni nada por el estilo, la mayoría de la gente que conozco no discute para entenderse, discute para ganar. Prefiero no decir nada.

—¿Por eso te fuiste hoy?

Tardo un largo rato en responderle.

—Me sentó muy mal que no me contases que ibas a ir a hacer esa entrevista.

Yo le contaba todo, él siempre preguntaba y siempre quería saber. Me había dolido que me escondiese algo así y que me hubiese dejado montarme una película sobre él y sobre mí, sobre nosotros. La mañana de la discusión me había dicho de pasada: «Sabes, la última vez que fui a Rota hice una entrevista para otra empresa... Por probar, yo qué sé, pensaba que no me iban a coger, pero me han hecho una oferta y le he dado un par de vueltas y lo voy a aceptar». Yo abrí la boca varias veces sin saber muy bien qué decir, y luego le di la enhorabuena. La diferencia entre Omar y yo era que yo siempre escogía con mucho cuidado mis palabras cuando hablábamos de lo importante. Les daba vueltas, las consideraba, las sopesaba, me decía a mí misma ¿si esta situación fuese al revés, me molestaría? Tenía en cuenta sus sentimientos, para mí eran importantes. Desde esa tarde, no obstante, me di cuenta de que esto no era así a la inversa. Que él hablaba de lo que quería hablar y no reparaba mucho en cómo sus palabras y sus acciones me afectarían a mí. No éramos pareja ni teníamos algún tipo de derecho sobre el otro, pero lo consideraba mi amigo, uno al que quería bastante.

En este momento me siento ridícula y me bajo la capucha. Tengo una edad ya, no soy una cría.

—Yo tampoco sabía que iba a hacerla, mi hermana conocía a alguien allí y aproveché cuando me fui en el último puente.

—No es que no me alegre por ti —empiezo—, es solo que no me lo esp...

—Lo sé. Lo sé. No te preocupes. —Pone su mano encima de la mía y aprieta con suavidad. Traza mis nudillos con su pulgar. Socorro, pienso. No recuerdo por qué estaba enfadada para empezar ni por qué decidí dejarle con la palabra en la boca e irme a mi casa al salir del trabajo sin decirle adiós.

—No vine aquí a enrollarme contigo, eh —barboto de repente, nerviosa—. No tengo esa intención.

El sofá vibra con su risa.

—¿No? —pregunta—. ¿Segura? No me voy a oponer.

—Segura. De hecho me voy a ir a mi casa, tengo hambre.

—Puedo hacerte de cenar —ofrece, su hombro pegado al mío—. Y podemos ver el canal Cocina un rato, sé que eres una persona de gustos sofisticados.

Me río.

—Mira, me gustas mucho y me haces mucha ilusión —dice. No duda ni se esconde, lo piensa, lo dice. Yo no soy así—. Y tú has dicho que estás coladita. Ya no vamos a seguir trabajando juntos, pero no me corre prisa, puedo esperarte. Vendré a verte. Vendrás a verme...

¿Te parece bien?

No digo que por mucho que me guste alguien no tengo por qué hacer nada al respecto. Puedo escoger no hacer nada. Vivimos en un mundo en el que se nos machaca y se nos anima constantemente a emprender, a estar en continuo movimiento. Fluye, sal de tu zona de confort, enfréntate a nuevos desafíos. Métete con todos tus ahorros en un negocio, crea una app, bájate Tinder. ¿Y si no quiero? ¿Y si prefiero ir al golpito?

—Vale, ¿Puedes hacerme un bocadillo mientras esperas? —pregunto.

Junio 2018

Aprendo de lo que veo a mi alrededor y me convierto en una persona que está preparada para sortear cualquier tipo de imprevisto. En los cajones de mi escritorio tengo guardados: un par de manolequinas, una caja de tiritas, una caja de compresas, un desodorante, tres gomas de pelo, un quitamanchas, una camiseta blanca y una americana de color azul marino. Dos cepillos de dientes y un dentífrico. Un neceser con algo de maquillaje. Añado una tarde una caja de ibuprofenos, una caja de bolsas de té de camomila y una crema de manos. Una caja de pañuelos de papel, unos lápices de colores y un libro para colorear para las hijas de Matiqui y Ernesto, el jefe de Finanzas. Matiqui sale de su despacho una mañana, llega hasta mi mesa, me mira y se pasa una mano por la barbilla, pensativo.

—Necesito que hagas algo por mí, pero se me ha olvidado lo que quería pedirte.

—Tenías dentista mañana a las diez, querías cambiarlo al jueves a partir de las cinco de la tarde y venías a ver si está hecho o no —ofrezco—. Está hecho, tienes la confirmación en tu correo.

A veces me pregunto cómo sería vivir así, con los aspectos más enfangosos y pesados de vivir resueltos. Mohamed Chukri decía que la vida era sentir frío y calor hasta que llegan la peste y el diluvio. Aquí no diluvia nunca, así que quizá la vida para mí sea sentir calor y desasosiego hasta que me llegue la muerte.

—Gracias, eres la mejor.

Da media vuelta, se dirige a su despacho. Para a medio camino, se gira de nuevo hacia mí.

—Otra cosa, ¿no tendrás un ibuprofeno?

—Sí tengo, pero creo que no puedo dártelo por política de empresa. —Abro el segundo cajón, saco una caja de ibuprofeno y se la tiendo—. De hecho creo que la redac...

—La preparé yo, sí —sonríe—. Gracias. Gracias. Siempre y cuando no le diga a nadie que me los diste tú no pasa nada.

Vuelve a girarse, parece que va a llegar a su despacho pero se queda en la puerta. La esquina derecha de mi ojo derecho tiembla ligeramente.

—¿Has comido ya?

—Son las doce.

—¿Te importa llamar a Amaki y pedirme algo de comer?

—No, para nada. ¿Caja D, gyozas y agua natural sin gas?

Me froto el ojo donde se desata el tic y pienso en si estaré disimulándolo lo suficientemente bien como para que no se dé cuenta.

—Sí, perfecto. No sé. Es que no sé qué haría sin ti.

Pues llamar a los de RR.HH. para que llamen a los de RANDSTAD para que le busquen a otra chica. Aun así, en contra de mi voluntad, siento un acceso de suficiencia que me cae encima como un rocío. Diez minutos después, me llama por teléfono.

—Oye, he estado pensando —dice—, y creo que necesitas que alguien te eche una mano con las tonterías como las fotocopias y demás, así que voy a hablar con Alonso y Macarena para buscarte a una becaria. ¿Te parece bien?

Algo pegajoso me nace de la parte posterior del cuello. Lento, comienza a gotearme por la espalda.

—Una becaria.

—Alguien joven que sea tu responsabilidad, ya sabes. Que te reporte a ti. Así puedes mandarla a hacer recados mientras tú te dedicas a lo importante.

Yo también soy alguien joven que además es su responsabilidad y le «reporta» a él. Debajo de la mesa, abro y cierro mi mano izquierda. Tengo la derecha cerrada en torno al teléfono con tanta fuerza que mi puño comienza a agarrotarse. Podría dedicarme a lo importante si un señor de más de cuarenta años no necesitase una niñera.

—Me parece perfecto.

No le veo la cara, pero sé que está sonriendo satisfecho consigo mismo y con su gran idea de mierda.

—Genial, Meryem. Genial. Ya verás, te va a encantar la experiencia. Vas a disfrutar enseñando.

Ya sumo quinientos treinta y siete tipos de experiencias que he vivido en esta empresa y todas me han resultado una reputísima mierda.

Junio 2018

Alonso me manda treinta y cuatro currículums de treinta y cuatro personas que responden a la oferta para cubrir el puesto de la o el que será mi futura o mi futuro becario. Los imprimo, los organizo por orden alfabético y los meto en un cajón.

Junio 2018

El distanciamiento es paulatino. Sé que hay algo que va mal, pero no quiero darme cuenta. Primero es un día, luego dos, tres, una semana, dos, dejamos de hablar. Me convierto en una mujer que espera a que un hombre le escriba, es patético. Soy consciente de lo que está pasando, pero rehúyo confrontarlo. No le pasa nada, solo está cansado, o tiene mucho trabajo, u olvidó devolverme la llamada, responder mi mensaje, recordar que existo. Cojo sus oks y sus dobles ticks azules constantes y los tiro por el retrete: ya son trescientos millones de oks y dobles ticks azules que el retrete se ha tragado y que a mí se me pegan a los intestinos. Cada vez que hablamos yo me siento peor, congelada en un estado de cuestionamiento continuo. Del ¿qué le pasa? paso al ¿qué habré hecho mal? al ¿cuán estúpida soy por sentirme así? Hacemos planes para que venga a verme, pero le surge un imprevisto y me planta. Me voy haciendo pequeña, minúscula, microscópica y me alimento de mi autocompasión. No puedo dejarlo porque no hay nada que dejar.

Las palabras de Carmen y Teresa me atormentan: es un patán y un embustero, un tipo que no es como los demás hasta que lo es. Una noche no puedo dormir y le pregunto si está y él me llama bonita y me dice que sí pero que se está quedando dormido en su sofá nuevo en su casa nueva y mi corazón se vuelve pesado y extraño en mi pecho. Otro día le pregunto si está ocupado y me dice que acaba de llegar a su casa, que me llamará en cuanto se duche. No lo hace, claro. Comienzo a guardarle cierto rencor por esa forma de desdeñar mi tiempo y mis sentimientos cuando fue él el que me buscó a mí. Me cuesta tanto conciliar esa faceta tan distante con lo que yo creía que conocía de él que comienzo a sentirme un poco loca, una narradora poco fiable, alguien que se inventa las cosas. Al final una tarde no puedo más y le escribo para decirle que entiendo sus circunstancias pero que yo no puedo seguir así, que estoy desquiciada y cansada y que si quiere buscarme ya sabe dónde encontrarme, a lo que él responde que claro que me va a buscar, que soy una de las personas más importantes para él que existen, que me aprecia y que esto solo es una mala racha. Pero dijiste que te hacía ilusión, escribo, dijiste que yo era lo más bonito que te había pasado en mucho tiempo. Se lo digo como si fuese muy importante hacérselo saber, por si se ha olvidado, por si ya no lo recuerda. Me deja en visto.

De los siguientes días no recuerdo mucho. Me despierto, me ducho, me visto. Voy a la oficina. Vuelvo a casa. Me meto en la cama. Horas después, vuelvo a despertarme. Me ducho. Me visto. Voy a la oficina. La Gran Tristeza borra la línea que reparte el tiempo en siete cajitas distintas, todos los días son el mismo. Los fines de semana me esfuerzo mucho en hacer que mi familia no note nada raro, como que llevo días sin ser capaz de respirar bien, que solo boqueo. No derramo ni una sola lágrima, eso sí. Tengo mensajes de Teresa: «Te invito a comer», mensajes de Carmen: «Pollito, ¿cómo estás?», mensajes de algunos amigos de Internet. Borro mi cuenta de Twitter y borro mi cuenta de Instagram. Pienso en dejarlo para siempre, olvidarme de

Internet. Convertirme en una civil normal y corriente, reintegrarme en la sociedad, como los agentes de los servicios secretos cuando deciden que ya es suficiente, ya está bien. Me vuelvo incapaz de leer más de tres líneas sin perder la concentración o ver un episodio de una serie hasta el final o escuchar música sin sentir que me falta el aire. Canelo mi suscripción a Spotify. Todo lo que me gustaba se convierte en ruido de fondo. Me dedico a darle vueltas a lo mismo a todas horas, todos los días, la misma idea gira y gira, tengo el cerebro en carne viva.

Me gustaría mentir y decir que le olvidé tan fácil y tan rápido como él se olvidó de mí, pero lo cierto es que seguí queriéndole durante mucho tiempo, tanto que en ocasiones se me antojaba insoportable pensar siquiera en su nombre porque cuando lo hacía, cuando le recordaba, sentía un dolor sordo y punzante en la base de la garganta, en las clavículas, en el pecho y tenía que sentarme donde pudiese y esperar a que la ola me pasase por encima y se fuese. A veces estaba bien y de repente veía o leía algo que sabía que le gustaría y se me instalaba una sensación de pesadumbre en los hombros que me dejaba sin hablar para el resto del día. Los sitios en los que me solía esconder en el trabajo me recordaban a él, por lo que traté de buscar lugares nuevos para mí. La tristeza me aprisionaba mientras hacía fotocopias y mientras rellenaba las previsiones de gasto de cada mes, mientras hacía cola en La Garriga para pedirme un bocadillo de pechuga de pollo con todo y en la sección gourmet del supermercado buscando algo que llevar a una fiesta a la que al final no fui porque no tenía ganas.

Pasaron muchos días hasta que lloré por primera vez y cuando lo hice no pude parar. Lloré y lloré y lloré, algunas veces con rabia y otras con una pena que me dejaba cansada y con la sensación de haber expiado todos mis pecados. Dormí mal y luego dormí peor, la comida me comenzó a dar igual y, en general, perdí la capacidad de disfrutar incluso de las pequeñas cosas, como un tropezón de Yolanda por las escaleras que la mandó botando siete escalones escalera abajo, la calva rojo chillón de Esteban, recién vuelto de Turquía o la moción de censura a Rajoy. Pasaron los meses y pasó el tiempo, y a ese periodo al que siempre me referiré como La Gran Tristeza sobreviví como he sobrevivido siempre a las cosas: dejando que pasasen y callándome la boca.

Julio 2018

En verano todo es amarillo y azul. Son los dos únicos colores que evoca en mi cabeza, no veo otras cosas, solo esto: la playa, el mar, el sol. El sabor de la sal en la boca, el pelo encrespado, la piel caliente; primero roja, luego más oscura. Nunca me quemo en la playa, siempre tengo cuidado. De pequeña jugaba a hacerme la ahogada en la orilla, antes de aprender a nadar, y mis padres fingían rescatarme de las olas. Decían: «¿Dónde está nuestro pececito? ¡Oh, nooo, está muerto!», y yo trataba de aguantarme la risa hasta que no podía más y chillaba: «¡Nooooooo, sorpresaaaaa!». Pillo una gripe a finales de junio y dedico los dos días de reposo que me da mi médico a ir a la playa. No me meto en el agua, me siento lejos. La primera vez que vi una patera atracar en la orilla de la playa tenía siete años, y cuando la gente comenzó a pisotearse para salir del cayuco y echar a correr no recuerdo ya en qué dirección me asusté tanto que di media vuelta y eché a correr yo también. Luego lo normalicé y dejé de tener miedo. De un tiempo para acá he visto librarse varias guerras, la del feminismo, la del cambio climático, la de la privacidad, con la sensación de que me dejé ganar en una que no me parecía muy importante a primera vista pero que comienzo a lamentar haber pasado por alto. Las palabras que usamos ya no significan nada. He asimilado un discurso sin pararme un momento a pensar en que la mayoría de los significantes y significados que uso se han caricaturizado. Me ondeo como las olas y voy donde me lleve el viento. Cuando escucho a alguien escupir que el resto de países europeos debe acoger a más inmigrantes me pregunto si acoger y rescatar son sinónimos, si uno puede acoger a quien se está ahogando en el mar, debatirlo en La Sexta Noche mientras hay personas que se mueren en las costas de mis islas, si como espectadora prefiero cómo suena acoger a rescatar aunque para que te acojan primero tienen que rescatarte. Algo que tendría que oprimirme el pecho, cerrarme en su puño y no dejarme respirar se convierte en una gota más que veo caer pero no escucho. La realidad solo toma forma cuando puedes señalarla, pero si lo que uso para hacerlo pierde su significado yo también estoy perdida. En Canarias todo es azul y amarillo desde la playa. Cuando atardece en Las Canteras se me pone la piel de gallina de espaldas en la arena, el cielo se pinta de naranja y lila y me siento una de las personas más afortunadas del mundo a pesar de estar triste. Hago todo el camino desde el Alfredo Krauss hasta Playa Dorada a pie y luego cojo la 2 desde Santa Catalina hasta Primero de Mayo, al lado de la oficina de Correos. Hay un vídeo muy popular en redes sociales de una niña pequeña afroamericana que se pasea por Wall Street con un micrófono mientras se dedica a parar a corredores de bolsa por la calle. Todos son blancos. Les pregunta: «Who did you exploit today?» o «When the revolution comes, where will you hide?». A veces se vuelca una patera y mueren niños pequeños y embarazadas. Hace tiempo que no puedo quitarme esas imágenes de la cabeza.

Julio 2018

En la caja de dátiles pone ORIGEN: TÚNEZ. Mi padre lo señala dos, tres, cuatro veces con el dedo índice. Da un golpito en la caja cada vez, esto es importante. Importantísimo.

—No pienso colaborar en el exterminio y la explotación de nuestros hermanos palestinos.

—Sí, baba.

—Y si pone origen: valle del Jordán, tampoco los compres.

—Vale.

Sabe que sé que tiene razón. Aun así, me lo repite varias veces más. La industria del dátil es explotadora y muchas de sus operaciones ocurren en asentamientos ilegales donde se maltrata y malpaga a los trabajadores palestinos. Como son carísimos, me los compra él.

Julio 2018

Un pensamiento: si fallece un familiar próximo tuyo, por ejemplo, tu tío favorito o tu abuela, has de seguir trabajando. Si tienes una depresión de caballo, has de seguir trabajando. Cuando te pones enfermo has de seguir trabajando. Todas nuestras vidas se han construido de forma que lo único que ha de seguir funcionando pase lo que pase es el trabajo, por encima de todo y de todos. Me parece demencial.

Julio 2018

Por mi cumpleaños, mi equipo me regala una botella de un vino muy caro (en el momento en el que la recibo no sé qué tan cara es, lo descubro luego) y Matiqui me da el día libre. Acepto ambas cosas con cara de póker, siempre me ven rechazar las cervezas que me ofrecen cuando salimos a comer y las copas en las fiestas pero creo que no han llegado a registrarlo. Lo añado a mi teoría sobre los jefes: fingen que les interesa conocerte para decirse a sí mismos que no son unos cretinos ni unos explotadores, pero no sabrían decir tres cosas sobre ti, nunca. Le regalo la botella a Carmen y Teresa y dedico el día libre a hacer recados y prepararme los tupperts de la semana. A los veintisiete sigo igual de perdida que a los veintiséis.

Por la tarde veo OMAR en la pantalla de mi móvil y me quedo mirándola. Cuando deja de vibrar meto el móvil en mi bolso y luego el bolso en el ropero y paso el resto del día creyendo que oigo cómo mi teléfono vibra aunque sea imposible oírlo desde donde estoy sentada. Pienso en algo que Emilio Prados le escribió a Lorca en una carta, «no me escribías, no me escribías, yo procuraba atolondrarme con los ruidos del viento». No leo su mensaje hasta muy tarde, cuando siento que soy fuerte, que no va a afectarme. Respondo: «Gracias :)». Luego elimino todo nuestro historial de conversaciones, años que desaparecen cuando pulso «Vaciar chat» y elimino la conversación. Si no existe, no puede atormentarme. Durante los siguientes días le doy muchas vueltas tanto a su mensaje como a mi respuesta, hay días en los que creo que fue correcta y otros en los que creo que quizá fui demasiado seca. Siento la tentación constante de escribirle para disculparme con él por lo antipática que soy a veces y me descubro una tarde preparando un borrador de mensaje que dice así:

«Perdona mi “Gracias :)” seco del otro día, la verdad es que intenté rebajarlo con un emoji de una sonrisa pero llevábamos bastante sin hablar, no sé si llegué a explicarte alguna vez que no me gustan los emojis de las caritas, me parecen falsos, pero soy consciente de que nadie entiende esto, nadie me entiende, tengo dieciséis años otra vez y escucho canciones antiguas de Shakira tumbada en el suelo de mi cuarto mientras lloro por ti, un tipo que ha llegado a venir a trabajar en bermudas vaqueras, ¿te lo puedes creer? Yo antes era lista, ahora soy esto. La cuestión es que puse un punto final tras el emoji porque soy una persona que cierra todas sus frases, no un animal que deja todo abierto, todo botado por todas partes, que puntúa mal, que no pone bien las comas. Seamos honestos el uno con el otro y admitamos que un gracias una sonrisa y un punto final es una respuesta correcta, es una respuesta civilizada, es incluso una respuesta madura si tenemos en cuenta nuestras circunstancias. Tú siempre ganas, claro, tu mensaje fue perfecto. Llevo desde entonces pensando en él cada vez que intento no pensar en nada, cada vez que intento poner la mente en blanco aparecen tus palabras y me abrasan los párpados cuando cierro los ojos. Pienso en qué habrá significado esa coma, esos besos, esa broma y que me hables como antes, cuando me querías, ¿te acuerdas? Aunque quién sabe, quizás era mentira, quizás yo me lo

imaginé todo, me lo inventé, vi cosas donde no había nada que ver, no sé, ya no sé nada, solo soy una chica pensando en el mensaje de un tipo que le saca más de diez años por millonésima vez para intentar entender qué fue lo que pasó. Me gustaría odiarte pero no me sale. Me gustaría olvidar tu nariz, las arrugas de tus ojos, tus canas, el cuello de tus camisas, los jerséis de señorito. Olvidar tu cara entera y me gustaría poder arrancártela a tiras con mis propias manos, dejarte la carne palpitando como palpita la vena de mi sien cuando me paso toda la tarde llorando hasta que me quedo dormida y amanezco con los ojos hinchados y la cara hecha un cristo, por ti, por ti, palpitando como palpita la sangre debajo de mi piel de puro coraje que me da que después de todo este tiempo hagas como si no pasase nada y me llames bonita. *Feliz cumpleaños, bonita*, dices. Pedazo de subnormal.» Lo guardo en las notas de mi móvil con la sensación de que si no le doy a enviar algo malo va a pasar. No lo envío. No hago nada.

Julio 2018

A tres calles de Supersaurio abre una cafetería que se llama Slow Coffee. La veo un día que vuelvo de la notaría con algunos papeles de Matiqui y desayuno allí. No es muy grande, la barra ocupa medio local y en el espacio que queda libre solo caben tres mesas, pero el café está buenísimo así que comienzo a ir muy a menudo. Es un sitio nuevo, un lugar en el que Omar nunca ha estado y donde no tengo que comerme a su fantasma a cucharadas porque no me queda otra. Me digo que todo el mundo tiene sentimientos y todo el mundo ha estado triste alguna vez, no soy yo ni la primera ni la última tipa que se sintió, que se ha sentido, que se siente como me siento yo. En algún momento se me tiene que pasar. Voy tanto a Slow Coffee que el chico que siempre está tras la barra me regala un café de vez en cuando. Prueba este Ruanda en filtro, dice un día, y me cuentas qué te parece. Yo lo pruebo: lo dejo enfriar en la jarra y me lo sirvo al rato. Siento su mirada mientras me lo bebo, pero finjo que no me doy cuenta. Le escribo a Carmen: «¿Quieres ver una película esta noche?». Recibido, leído. «Claro.» Estaba muy bueno, digo antes de irme, cuando pago. Era como muy dulce, ¿no? Me supo a miel o algo así. Probad este Guatemala, dice otro día, y nos sirve a Teresa y a mí dos espressos que deja con cuidado en nuestra mesa. Tiene un acento raro. A veces se le escapan las -z, como si no supiera ubicarlas o como si las forzase. *Probad ezte Guatemala*. En otro momento de mi vida me habría hecho gracia. Nos dice que se llama Carlos. Le decimos que nos llamamos Meryem y Teresa. Dos nombres muy bonitos. Gracias, gracias.

—Qué simpático, ¿no? —dice ella, animada.

—Sí, es muy amable.

Otro día me deja un plato con varios dulces junto al café. Un donut más pequeño de lo normal, algo que parece una bolita de chocolate y una galleta de pepitas blancas. Dame tu opinión sincera, pide. Esto es normal, me digo mientras mordisqueo la galleta. Sabe a canela, la dejo en su sitio. Odio la canela. ¡Esto es normal! Mi física y mi química me dicen que quizá sería bueno para mí pasar algunos días en casa de mis padres porque mi casa se ha vuelto demasiado grande para mí de repente, y así lo hago: meto en una maleta de mano tres camisetas, unos vaqueros, un pijama y me voy. Durante las dos semanas que estoy en Puerto Rico pillo la 91 de las 06:40 para llegar a las ocho a la oficina y apoyo la cabeza en el cristal de la ventana. El sol siempre sale cuando pasamos por Monte Feliz. El chófer es el mismo de siempre. Sigue sintonizando Es la mañana de Federico (con Federico Jiménez Losantos) en la radio, sigue diciéndome adiós, mi niña, al bajarme en el Teatro. Pienso: si supiera que soy musulmana, ¿seguiría siendo tan amable conmigo? De vez en cuando asiente cuando Jiménez Losantos comienza a quejarse de que nos están invadiendo los moros en España, los islámicos, los jihadistas. Terroristas sin civilizar, todos. Por la tarde pierdo todos los días la 91 de las 18:15 y

me toca esperar una hora a la de las 19:15 No me importa porque empiezo a convertirme en una persona serena, en un mar en calma. Ommm. Ommmm. Ya no hay cierto enfado en mí, solo cansancio. Algunas tardes veo el sol ponerse en la guagua y el cielo volverse naranja, rosa, azul a medida que nos acercamos a Puerto Rico.

La siguiente vez que voy a Slow Coffee, Carlos pone a prueba mi decisión de entregarme a una vida serena cortándome el paso al verme entrar. Ah, mira quién ha decidido volver, exclama, y para mi disgusto me pone las manos en los hombros. Una pareja en una mesa se gira hacia nosotros. ¿Dónde te habías metido? Pregunta. No me quiero reír, si me río creerá que me está haciendo gracia lo que está haciendo y no me está haciendo gracia, me está incomodando. Me fui de vacaciones, respondo, ¿me pones un americano, por favor? Me deshago de él con cuidado. Esto es normal, me repito. Solo está siendo amable. Yo estoy siendo imposible, impertinente, borde incluso. Relájate. Ocupo mi sitio de siempre, la mesa de la izquierda del todo, y trasteo con mi móvil, tan incómoda que podría vomitarme un poco en la boca. Hoy no hay café ni dulces gratis, gracias a Dios. Pienso en si yo habré hecho algo que le haya animado a cogerse esa confianza conmigo. Diría que no, pero no solo estoy en una época de plenitud serena sino que también he entrado en un bucle de dudar mucho de mí y de si lo que veo y lo que escucho es real o si me lo estoy imaginando (como me imaginé ciertas cosas, ciertos sentimientos que luego resultaron no ser reales, no haber existido nunca, ¡puf!, esfumados en la noche, desaparecidos, gran cartel de SE VENDE clavado en la puerta de casa). No me sabe a nada el café, me lo bebo rápido, la lengua desconectada de la cabeza desconectada del gusto, solo quiero irme de allí. Lo que sucede cuando voy a pagar mi café es lo siguiente: Carlos el barista de Slow Coffee me coge la mano cuando le tiendo un billete de cinco euros y se la lleva al pecho y me dice: «¿Ves cómo late mi corazón, tranquilo por fin porque te he visto porque hace un mes que no te veo?», y algo dentro de mí se revuelve, se tambalea y se desvanece de puro asco y me quedo mirándole con cara de estúpida. Me devuelve mi cambio. Lo cojo evitando tocarlo como si fuese a convertirme en la esposa de Lut, una estatua de sal maldita, maldita sea la hora, me digo de camino al trabajo. Maldita sea la hora que yo puse un pie en ese sitio.

Fandom: Supersaurio (Las Palmas – Distrito 2)

Personajes: Teresa

Tags: -

Categoría: General

Palabras: 437

Respondo dudas sobre una vida saludable

A los padres de Teresa les había costado entender que su hija dejase su trabajo fijo en una agencia de comunicación para pasar a dedicarse por completo a su canal de YouTube, pero lo cierto era que ganaba muchísimo más dinero así que trabajando para nadie. Tenía 732.550 suscriptores – cada vez que subía un vídeo en sus comentarios alguien comentaba: «¡Te falta poco para llegar al millón!». Su vídeo más popular tenía trece millones de visualizaciones. Se llamaba ASMR Masaje con Gua Sha y aceites naturales. El vídeo en sí no tenía nada especial. En primer plano salía su amiga Carmen sentada en una silla. Detrás, Teresa le peinaba el pelo con mucho cuidado, despacio; luego le masajeaba el cuero cabelludo, el cuello y los hombros. De fondo había una pared blanca y una cómoda donde habían colocado las dos todas las velas que habían encontrado en su casa. La atmósfera era cálida, acogedora. En sus vídeos de ASMR, Teresa apenas solía hablar, y cuando lo hacía usaba un tono de voz distinto al que tenía. Tampoco enseñaba su cara muy a menudo. Había mucho loco suelto en Internet, cuanto más se cuidase de que un extraño pudiera abordarla por la calle, mejor. La mayoría de sus vídeos seguían una estética minimalista. La etiquetaban como «Aspiracional» y «Slow life». Se grababa haciendo la compra o recados por la ciudad, cocinando, dando un paseo en bici, tomando algo con sus amistades o abriendo los regalos que las marcas le mandaban en las colaboraciones que hacía. «Arréglate conmigo», «Qué como durante un día», «Mi rutina esta semana». Cuando amasó 500.000 seguidores, dos de las revistas de moda más importantes del país se pusieron en contacto con ella para ficharla. Su trabajo consistiría en crear contenidos para las dos de lo que ella quisiera siempre y cuando encajaran con sus respectivas filosofías. Cada día le llegaban cinco, seis o incluso siete paquetes distintos con productos de belleza, moda, decoración... Solía regalarle todo a sus amigas, ella estaba cansada. A pesar de todo esto, sus padres seguían insistiendo en que tenía que ponerse a buscar un trabajo de verdad cuanto antes. «¿Y si pierdes tus seguidores?», le preguntaba su madre. No les había explicado que, aunque perdiese a todos sus seguidores, durante esos años había ganado tanto dinero que podía permitirse estar una década sin dar un palo al agua. Pertenecían a otra generación. No entendían que aquello que hacía ya era un trabajo de verdad. Por última vez, se aseguró de que la cámara estaba bien situada, se colocó el flequillo tras la oreja izquierda y comenzó a grabar.

Agosto 2018

La quincuagésima vez que abro mi perfil de Tinder hago match con Iván 28 fucking delusional man leaving the room emoji de bandera de España emoji de bandera del Reino Unido emoji de jarra de cerveza emoji de machanguito corriendo. El único motivo por el que deslizo su perfil hacia la derecha es su físico: es guapo como para que su validación suponga para mí un chute de autoestima que quizá me saque del periodo de hibernación emocional en el que me encuentro. Ojos oscuros, pelo oscuro, tez oscura, ni una sombra de barba en la cara, todo lo contrario a Om... no pienso en su nombre, no pensaré en su nombre, ahora no lloro, tampoco sufro, ya no hay llanto, pasado pisado. Más allá de eso no me interesa nada, ni su personalidad ni su historia ni si tiene ocho cadáveres despiezados en un congelador, me da igual. No soy una excelente persona. Hacemos match al segundo, quedamos para tomar algo dos días después. Me cambio en el baño del trabajo, look de hoy: pantalón color ciruela de tiro alto con detalle de costuras marcadas en delantero y espalda, bolsillos delanteros de vivo (falsos, no cabe nada ahí dentro), jersey negro extrafino con cuello redondo y manga larga, botines planos de piel con suela track. Me pintarrajeo la cara, me echo tanto perfume que me lloran los ojos y salgo del trabajo caminando como un pingüino porque las botas son nuevas y todavía no las he roto. En el ascensor me doblo por la mitad y me sacudo el pelo bocabajo. Estudio mi reflejo en el espejo que tengo delante: parece que he salido a duras penas de un accidente de tráfico.

Mi resolución comienza a flaquear a medida que me acerco al sitio donde hemos quedado pero me empeño en que solo son nervios, estoy bien. Cruzo Triana así, con la sesera dándome vueltas de campana. Negocio conmigo misma: no puedes seguir así, tienes que pasar página, tienes que curarte. Soy una mujer fuerte, una mujer independiente, una mujer con presencia física, con un trabajo fijo. El recuerdo de Om... no, Esa Persona, no puede seguir haciéndome daño, voy a saber olvidarle, voy a quitármelo de encima por muy desgraciada que me sienta ahora, por muy triste, por muy cansada. Llego así a la Azotea de Benito, al borde de las lágrimas. Me sorbo los mocos rápido en el ascensor que uso para subir y me paso el dorso de la mano derecha por los ojos con cuidado de no estropearme el eyeliner. Iván 28 fucking delusional man leaving the room emoji de bandera de España emoji de bandera del Reino Unido emoji de jarra de cerveza emoji de machanguito corriendo es igual que en sus fotos. Sonríe cuando me reconoce y se levanta de su silla al instante.

—¿Meryem?

—Sí, hola. Perdona que llegue tarde, no pude salir antes del trabajo. —Niega con la cabeza, como restándole importancia y se inclina hacia mí para darme dos besos. Algo en mi cabeza piensa «uohhhh, espera, espera», pero me obligo a recibirlos.

—No te preocupes, literalmente me acabo de sentar. —De cerca es demasiado guapo, evito mirarle a los ojos cuando dejo mi bolso en la silla libre que hay a mi derecha, luego me siento yo—. Hacía muchísimo tiempo que no venía a esta parte de la ciudad, es de mis favoritas.

Asiento.

—Sí, tiene su encanto.

—¿Vives por aquí? —Nos miramos.

—Sí, por la zona. ¿Y tú?

—No, qué va, vivo en Tafira. —Sonríe de nuevo, niega ligeramente con la cabeza—. Sabes, tus fotos no te hacen justicia.

—¿Cómo?

Se pasa una mano por la mejilla izquierda.

—Nada, que me dejaste un poco cortado.

La sirena de *Kill Bill* comienza a pitarme muy bajito en el oído derecho. Abro y cierro la boca. No sé muy bien qué decir.

—Gracias.

El volumen de la sirena aumenta a cada segundo que pasa. No es él. Soy yo.

—No lo digo por hacerte la pelota ni nada.

—Qué vergüenza. Muchas gracias. —Cojo mi bolso—. Tengo que ir un momento al servicio, ¿te importa?

—No, no, para nada. ¿Voy mirando la carta?

—¡Sí, perfecto! —Sonríe con la boca cerrada por si le vomito encima sin querer.

Me muevo despacio con deliberación, doy un paso, luego otro, me fuerzo a seguir, a no girarme ni una vez en su dirección. No puede saber lo que estoy pensando, no puede leerme la mente. No voy al baño, giro al lado de la barra y cruzo la entrada. Paso por delante del ascensor, vuelvo a girar a mano derecha y bajo las escaleras corriendo. Es imposible que se haya dado cuenta ya de que le he dejado ahí colgado, pero por si acaso, sigo corriendo hasta que llego a la calle. En la entrada al Monopol miro al cielo y digo en voz un poco más alta de lo normal: «¿Por qué me hiciste así, Dios mío? ¿Por qué?». Bloqueo a Iván 28 fucking delusional man leaving the room emoji de bandera de España emoji de bandera del Reino Unido emoji de jarra de cerveza emoji de machanguito corriendo en WhatsApp. De camino a casa, borro Tinder del móvil. No aflojo el paso hasta que llego a mi portal.

Agosto 2018

Sanaa dice:

—El verano pasado khalti Amira me tocó el pelo y me dijo que lo tenía muy largo. Desde entonces no me ha crecido ni medio milímetro.

Me atraganto con lo que estoy comiendo. Btata whror y un Seven Up, las dos sentadas en las escaleras que suben a la buhardilla de la casa de mi abuela materna. En verano todos los primos nos juntamos aquí. La harissa pica tanto que me lagrimean los ojos. Solo veo a mi familia de verano en verano. Me pierdo tantas cosas que cuando vengo tengo la necesidad física de verlo todo, escucharlo todo, participar en todo. Temo que algún día se olviden de mí, que la distancia ocupe mi espacio y me convierta en una extraña, alguien que solo viene de visita, una turista.

—¿Qué? —La voz me sale estrangulada.

—Wallah —asegura. Deja su servilleta a su derecha, me mira seria, algo extraño en ella—. ¿No has notado nunca que cuando te abraza parece que te está midiendo el cuerpo? Te toca así —la imita, sus manos son dos pinzas, dos reglas, no tengo claro qué idea quiere transmitir con sus gestos—, primero los hombros, luego los brazos, la cintura... Uff. Si viene esta no pienso bajar a recibirla.

Khalti Amira es la mujer de uno de mis tíos. Cotilla, tiene el don del dardo en la boca, nadie sale indemne de una conversación con ella. De pequeñas nos sacaba a mis primas y a mí hasta la primera papilla, sus interrogatorios eran sutiles y muy elaborados, nos sonsacaba información que considerábamos inocua pero que una vez comunicada resultaba fatídica. *¿Qué hicisteis la semana pasada? Fuimos a casa de khalti Kaltoum de visita. Ah, ¿khalti Kaltoum no estaba enfermita? No, estaba bien. Vaya, me alegro mucho, no sé por qué entendí que estaba enferma...* Ahora la evitamos en la medida en que podemos maniobrar para no compartir con ella más de cinco minutos en el mismo espacio. Le tenemos miedo.

—Pues ahora que lo dices...

Por muy bien que se lleve una familia siempre hay un edificio emblemático que se ha construido sobre las cenizas de un cementerio indio. Mis tías políticas no se llevan del todo bien entre ellas, algunas —las que más tiempo llevan en la familia— consideran a las nuevas una suerte de intrusas, agentes externos en los que no confían. Las unas se mueven contra las otras con la precisión de un ajedrecista ruso o un agente de la KGB: parecen inofensivas hasta que te abordan cuando cierras el maletero del coche y te inmovilizan con una llave en el cuello. Lo último que ves antes de morir es su sonrisa. Con ellas cualquier palabra que no sea la palabra precisa termina en un comentario que provoca otro comentario que da pie a una pregunta que te obliga a mentir.

—Es verdad que hace eso —digo al final—. Lo de toquetearte para ver si engordaste o qué.

—Te lo digo muy en serio. No dejes que te toque el pelo. Un año sin crecer lleva.

Horas después, lo primero que hace khalti Amira cuando me ve es ponerme las palmas de las manos en los hombros y apretar. Baja hasta mis codos. Me escanea el chasis con impunidad y yo me dejo porque vi en un documental que lo que hay que hacer cuando pisas unas arenas movedizas es relajarte y permitir que te traguen, con tranquilidad. Cuanto más luchas más te hundes.

—Meryem, ay, Meryem, cuánto te he echado de menos.

—Salam khalti, ¡¡cuánto tiempo!!

—¡Estás guapísima! —Me sacude un poco por los hombros, vino fuerte esta tarde—. ¡¡Tbarkallah w salat ‘ala nabi!!

—Tú también estás muy guapa.

—Ah, ya sabes, no puedo quejarme, alhamdoulilah. Tenéis que estar hasta arriba aquí con los preparativos de Hind, eh.

—Ahá.

—¿Tu tía nos comentó que sería una ceremonia íntima?

—Ahá.

—¿Pero cómo de íntima, de cuántos invitados estamos hablando?

Sanaa entra en el salón. Nos ve. Su expresión muta a la que pondría una persona que acaba de toparse con un jinn.

—Mmmm... ¡Ah, Sanaa! Te estaba buscando, tenemos que ir a por leche.

—A por leche —repite ella, luego asiente—. Sí, es verdad. Mantequilla y leche dijo mi madre.

—¿Y tenéis que ir las dos?

Abro la boca. La cierro.

—Es que... a Meryem le da vergüenza ir sola —miente—. Como todos los carteles están en árabe... se pierde un poco...

Mi árabe es perfecto. Tengo acento capitalino como mi madre e insulto como si me hubiese criado aquí, me siento muy orgullosa de esto último. Me cuesta entender del todo las telenovelas egipcias, pero no creo que sea el árabe en sí sino el vocabulario. Cada dialecto es un mundo. Khalti Amira asiente, comprensiva.

—La culpa es de tus padres, eh, tú no sientas vergüenza —suspira, pienso «menuda hiena» pero asiento—, si te hubiesen enseñado...

Minutos después la imito mientras Sanaa y yo bajamos las escaleras.

—«La culpa es de tus padres, tú no sientas vergüenza». —Hacemoss plac plac plac por las escaleras—. ¿Tú crees que esta tía se oye cuando habla?

Mi primera semana de vacaciones en todo este tiempo: por las mañanas me despierto a la misma hora que siempre aunque no ponga la alarma y tengo la constante sensación de que debería estar aprovechando mi tiempo haciendo cosas. ¿Qué cosas? Ni idea, cosas, algo, mirar el correo al menos. Siento que el trabajo ha terminado por dominar todos los aspectos de mi vida, mi sueño incluido. Antes era capaz de dormir de once de la noche a diez de la mañana, ahora abro los ojos a las seis y cuarto o seis y media aunque me haya acostado a las tres de la madrugada. Mis primos duermen, yo leo en la azotea mientras amanece, o rezo. Me lavo, me visto y le ruego a Dios que alivie mi pena, aunque solo sea un poco. Cuando termino de rezar siempre tengo una marca en la frente de presionarla contra la alfombra. Pido por mis padres y

por mis hermanos, por mi abuela, por mi tía Hanane, por toda mi familia. Ayudo a mi abuela a preparar el desayuno y luego despierto a las pequeñas a cojinazos o con cosquillas. La casa de mi abuela materna solo tiene dos plantas pero de alguna forma siempre conseguimos caber todos, sus once hijos y los hijos de sus once hijos, una familia grande, de sobremesas que duran cuatro horas y muchas bodas y bautizos, en la que de vez en cuando hay que separar a alguno de mis primos pequeños porque comienzan riéndose mientras imitan a los luchadores de Pressing Catch y terminan calzándose tollazos y piñas en serio porque uno le hizo daño de verdad al otro y el otro se la devuelve y así ad infinitum.

De vez en cuando sueño con Omar. Cuando eso pasa lloro al despertar, como si la tristeza no pudiese salir de mi cuerpo toda de una vez, como si necesitase un amplio margen de tiempo para irse poco a poco, sin prisa pero sin pausa, una pena canaria, juiciosa. Sueño que me lava el pelo. Sueño que hablamos en la azotea de Supersaurio, como antes, cuando éramos amigos, cuando yo era boba. Sueño que estoy sentada en la playa y se va a nadar y veo su espalda alejarse y alejarse hasta desaparecer y yo no hago nada, no digo nada, sigo sentada. No me muevo. Una mañana me estiro en el sofá-cama cuan larga soy y miro al techo. Hay una hora de diferencia entre Casablanca y Las Palmas. Les escribo a Teresa y a Carmen, pregunto: «¿Ustedes creen que voy a dejar de estar triste algún día? Siento que esto no acaba, no sé». Una de mis primas pequeñas, Fati, se despierta justo entonces y se incorpora de golpe.

—Ey —susurro—. ¿Estás bien?

—He tenido un sueño raro.

—¿Quieres dormir conmigo?

—Sí.

Me pruebo la taksheta con cuidado para no romper nada, primero el caftán, luego el sobrevestido. Está hecha a medida, es un regalo de mi abuela. El sobrevestido lo tejieron a mano con zagali desde los hombros hasta la cintura, los puños también. Mi primer pensamiento es que ha tenido que costar demasiado dinero. Siento un tipo de vergüenza que no sé verbalizar. No me merezco un detalle así. Mi abuela me hace un gesto con la mano para que me ajuste la mdma. Es de ella, de cuando era joven, toda de oro.

—Ahí está todo —explica.

Cuando la cierro en la cintura mi abuela da una vuelta a mi alrededor. La seda es tan suave y fluida que me siento una estrella de cine. La falda cae hasta cubrirme los pies, voy a tener que arrastrar la cola, como los ricos. Mi abuela Zoubida es la segunda mujer más alta de mi familia. La primera soy yo. Me gusta pensar que lo heredé de ella, como sospecho que heredé otras cosas que nunca vi en mis padres: lo de querer hacerlo todo solas sin ayuda de nadie o lo de cruzar a alguien para siempre y decir: «Sabía que por algo no me caía bien, algo turbio había ahí» cuando el tiempo nos da la razón. Nos miramos y sonríe.

—Ghzala.

Si tuviese las piernas al revés, la dentadura destrozada y un ojo pipa seguiría llamándome ghzala.

—¿Cuántos camellos crees que te darían por mí, mé?

Se ríe.

—Nunca te vendería por camellos —me arregla el pelo, contempla su obra—, por vacas, quizás. Y gallinas.

—Jeda Fatma tenía vacas y gallinas —digo al cabo de un rato.

—Allah yrahma.

—Allah yrahma. Tengo como esta imagen de ella en la cabeza haciendo baghrir, con la ropa que se solía poner, ¿sabes? El delantal ese que tenía...

Uno de los mayores dolores de mi vida siempre va a ser que mi abuela se había muerto y yo no había llegado a su entierro.

—Ah, si Fatma te viera ahora... —Me coge de la barbilla y luego me abraza. Es fuerte para su edad, al principio creo que soy yo la que la sostiene en sus brazos pero es ella la que me aguanta a mí—. Sunna dial hayat, Meryem. Naces, creces, tienes hijos, tus hijos tienen hijos y al final mueres... Es el ciclo natural de las cosas.

—Si lo sé...

—Un día yo tampoco estaré aquí para decirte estas cosas.

—Ay, mé. No empieces tú también, te pones como baba. «Yo lo único que quiero es irme antes de ser una carga para nadie...» Buff. Me pone frenética. El otro día me explicó paso por paso cómo repatriarlos a él y a mama si se mueren, a quién llamar, qué papeles voy a necesitar... Uff.

—Tu padre es un poco dramático, no sé a quién te pareces.

—Ni idea. Yo creo que soy adoptada.

Tiro flores de azahar a puñados desde la ventana más alta en la buhardilla. Tres pisos más abajo, en la calle, Hind vestida de novia está a punto de subirse en el coche. Las flores caen poco a poco sobre ella, y cuando las siente mira arriba y saluda con la mano. A mi lado, su hermana graba todo lo que sucede en la calle. Mis tías y primas cantan, tariyas y derbukas y bendirs en mano, no se oye nada más en toda la calle, en todo el barrio. Algunos vecinos de mi abuela se asoman a sus ventanas y cantan también y aplauden y pienso que no vivo aquí y no soy de aquí pero aunque viniese una vez al año aquí crecí también en cierta forma. Pienso que en esta calle jugábamos las tres de pequeñas con otras niñas y niños del barrio, aunque un verano de repente Hind se hizo demasiado mayor como para jugar con nosotras y al poco tiempo nosotras también nos hicimos demasiado adultas, no queríamos escondernos, saltar a la comba o jugar a las cartas o a las canicas. Queríamos: hablar de maquillaje, peinarnos, ver telenovelas turcas, telenovelas mexicanas dobladas a la dariya marroquí, hablar de chicos yo aún chiquillaja con mi camiseta de Del Piero haciéndome la chula con el balón porque era una chica diferente, una chica que jugaba al fútbol, no una tonta o una boba con las demás. Algunos chicos me llamaban Pierita o gawrya y yo odiaba que me llamasen gawrya porque por cómo lo decían sonaba mal, extranjera, guiri, alguien de fuera.

Ahora me encuentro con ellos y algunos fingen que no me conocen porque sigo siendo gawrya y no les gusta, otros me enseñan las fotos de sus hijos y de sus hijas y me preguntan si me acuerdo de cuando Fulanito me llamó puta de pequeños y yo le tiré una piedra a la cara y le dije que puta sería la reputísima de su madre. Fulanito esquivó la piedra y la piedra siguió surcando el cielo hasta que rompió el cristal de una tienda y yo me quedé amarilla, luego blanca, y eché a correr a la casa de mi abuela al ver el desastre y para cuando llegué donde mis padres ya estaba llorando ya tenía la cara llena de mocos y solo podía pensar en que Dios me había visto hacer eso y me había oído decir «puta será la reputísima de tu madre». Este verano veo a Fulanito una mañana y me gira la cara, lleva una chilaba blanca y la barba puntiaguda y Sanaa

dice «menudo friki» por lo bajini y las dos nos reímos de él. Mis padres no se enfadaron ese día hace trescientos años cuando le tiré la piedra a Fulanito porque me llamó puta, mi madre me consoló, mi padre pagó el cristal que rompí, aprendí ahí que uno tenía derecho a defenderse y que podía contarles cualquier cosa a mis padres, cualquier cosa. En la calle abajo todo el mundo está de fiesta, hay gente que grita que *sla wslam ala rassoul allah* y cuando Sanaa y yo lo oímos gritamos también que *SLA WSLAM ALA RASSOUL ALLAH*. Se nos va la olla y tiramos más flores y más flores desde arriba hasta que nos damos cuenta de que se supone que nosotras también tenemos que subirnos en ese coche porque vamos con la novia.

—Si un día me caso —digo a la vez que bajamos las escaleras a la carrera— me gustaría que mi boda durase tres días.

Ella se descojona.

—Ni que fueras tú la futura reina de Marruecos.

Hay un bien de gente abajo.

—Te lo digo en serio —grito por encima de la música y de las voces—. Voy a hacer una fiesta que se va a... Mmm. ¿Cómo se dice? No me sale. Bueno, voy a hacer una fiesta tremenda.

—Pues ya puedes empezar a ahorrar.

—¿Ahorrar? A ver si te crees que me voy a casar con un tieso.

El día antes de volver a Las Palmas acompaño a mi abuela al mercado. Me pongo una chilaba blanca suya, es cómoda y fresquita. Toda la ropa de mi abuela es blanca desde que hizo el Hajj, no le gusta vestirse de ningún otro color. Mis primos bromean con que ir conmigo al zok es como recibir un paquete del extranjero: te pueden cobrar impuestos imaginarios en aduanas o no en función de la persona que revisa tu paquete. Hablo como alguien de aquí pero no soy de aquí, serán mis gestos, será la estructura de mis frases, pero mi interlocutor siempre lo adivina y terminamos pagando de más en todo lo que compramos. Con mi abuela nadie se atreve. Es una Hajja. Arrastro su carro de la compra por el suelo sucio y encharcado y la acompaño, compramos pescado, papas y pimiento rojo, aceitunas caseras picantes, limones encurtidos, pimienta y mantequilla. Interactuamos con cinco millones de personas en el proceso, todos conocen a mi abuela y todos tienen ganas de parlotear con ella. Pienso en si le gustaría hacer la compra en Supersaurio, limpio, impecable, alienígena. En lo mucho que odiaría las cajas de autoservicio y el hilo musical. Hay varios supermercados cerca de su casa, un Bim, un La Belle Vie y un Carrefour Exprés a los que detesta ir porque nada le parece bueno ni fresco ni digno de servir en su mesa.

Merendamos al volver té y unas pastas que mi tía Kaltoum trajo en su última visita. El té está demasiado caliente. En la televisión echan *Gümüş*, una telenovela turca que mi abuela sigue desde hace meses. Intento ponerme al día con la trama: *Gümüş* es una muchacha de origen humilde que trabaja como diseñadora de moda. Su tío millonario le pide que se case con su nieto, Mehmet, para enderezarlo. Ella lleva toda la vida enamorada de él, así que acepta. Mehmet es guapo y millonario pero arrastra con él una depresión de dimensiones épicas porque su novia de toda la vida murió en un accidente de tráfico. A *Gümüş* no le importa nada de esto porque el poder del amor verdadero lo puede todo. Al final se casan y ella pasa varios episodios sufriendo porque Mehmet se niega a tocarla, sigue penando por su novia muerta. Supongo que el poder del amor solo funciona si ambas personas se quieren.

—Cuéntamelo —dice mi abuela al cabo de un rato.

—¿Qué cosa?

—Lo que te pasa.

Cojo mi vaso y doy un sorbito. Me abraso la lengua, pero finjo que no. El secreto del té consiste en lavarlo bien tres veces. Mi padre me lo explica a menudo. Yo hago como si fuese la primera vez que me enseña a prepararlo, presto la misma atención todas las veces. Pones el agua a hervir y esperas. Luego lavas el té tres veces, esto es importante, movimientos circulares en la tetera, con cuidado, no te quemes. Lo dejas al fuego unos minutos. Pones hierbabuena en el vaso. Sirves el té. Fácil. Nunca me sale como el suyo.

—Es una tontería —digo al final—. Odio depender de la gente, pero es imposible no hacerlo, ¿verdad? Tú dependes de los demás y los demás dependen de ti y esto nunca termina hasta el día en el que te mueres. Y quieres y a veces te quieren y a veces no y tienes que aprender a... a... a que eso no te mate. ¡Pero te mata un poco! Y tienes que ir por ahí un poco muerta, no sé. No tiene sentido, ¿verdad? Porque estoy aquí, estoy viva. Pero estoy viva como si fuese otra persona la que está viviendo por mí y yo lo viese todo desde fuera.

La pobre me mira y deja su té sobre la mesa y luego apaga la televisión. Parece más pequeña de lo que es, con el pelo blanco, las manos arrugadas, casi huesudas.

—¿Preferirías no sentir nada?

Me encojo de hombros.

—A veces sí.

—Hija. —Me pone una mano sobre la mía y aprieta con cuidado—. Eres muy joven todavía. Si no sientes las cosas ahora, ¿cuándo? ¿Cuando tengas mi edad y estés vieja y veas a tus nietos correr y no puedas seguirlos porque estás para el arrastre?

—Pero si tú no estás para el arrastre, mé. Mira cómo me agarras. Mira, mira. Un poco más y hay que amputarme la mano.

Se ríe.

—Hazme caso. Tienes todo a tu favor. El tiempo pasa así —chasquea los dedos de la mano que tiene libre—. Te preguntarás ¿por ese desgraciado estaba yo tan triste? No recordarás qué le viste. Será algo que te pasó en otra vida.

—Jeda, pero si yo no he dicho que haya ningún desgraciado.

—Claro, claro. Crees que tu jeda no se entera... Yo también fui joven.

—¿No naciste así?

Enciende de nuevo la televisión. Tiene una sonrisa en la boca.

—Cuando te pones impertinente me recuerdas mucho a tu madre.

Septiembre 2018

Mi primer día de vuelta a la oficina tras las vacaciones de verano termino de trabajar poco antes de las ocho pe eme. Con el espíritu por los tobillos y la sensación de haber recibido varias puñaladas en la cara, cuando llego al portal de mi casa me encuentro a dos críos comiéndose la boca con un ímpetu animal contra la puerta. Carraspeo una, dos, tres veces y tengo que carraspear una cuarta para que vean que hay un ser humano que ha estado enjaulado más de diez horas en un espacio reducido y que en esos momentos ni las tiene todas consigo ni está en sus cabales. No les grito, no les chillo, no monto un numerito, pero quizá sí les dedico una mirada homicida en lo que tardan en apartarse, disculparse y dejarme pasar y quizá yo, que no estoy del todo bien en ese momento, aprieto los puños ante la certeza de que ambos, tanto ella como él, han nacido con el solo propósito de joderme a mí.

«Pensáis que os queréis, pero en dos semanas os tendréis bloqueados en WhatsApp e Instagram», quiero chillarles. No digo nada, para variar, y como no sé muy bien qué hacer conmigo misma dejo mis cosas en casa y salgo a hacer la compra. Hay algo reconfortante y familiar en los pasillos de un supermercado —en sus distintas secciones, las ofertas del día (hoy, el kilo de nectarinas a 0,98 €), sus novedades inofensivas (¡hummus de guisantes!, ¡helado de polvito uruguayo!) e incluso en el hilo musical— que siempre consigue despejarme la cabeza. Lo mecánico de entrar, coger un carro e ir llenándolo genera en mí la falsa sensación de tener el control de algo. Sé qué tengo que hacer, cómo hacerlo, y leer el etiquetado de lo que voy comprando es casi terapéutico. Soy una nueva persona cuando salgo porque me he distraído lo suficiente como para relajarme. Cojo una botella de leche de marca blanca de un litro y medio y un paquete de avena integral. Odio la avena integral y siempre que me la preparo para desayunar me siento como si fuese Oliver Twist, aunque Oliver Twist tenía un buen motivo para desayunar gachas —era pobre— y yo, no. No pienso en que apenas me quedan dos horas que aprovechar antes de irme a dormir para volver a ir a trabajar mañana, otro día más. El precio de irte dos semanas de vacaciones y «desconectar» es lo más parecido a un ataque de ansiedad que has experimentado en tu vida, la mirada perdida en la pantalla y el cerebro hecho papilla tras una lista interminable de «FYI».

Durante mucho tiempo ansié ser una de esas personas que lo tienen todo claro en la vida y, sobre todo, en el supermercado. Llegan, ven, vencen. Saben qué clase de tomate en bote escoger, qué tipo de mopa es mejor para según qué suelo, el grado de mineralidad del agua embotellada que consumen y si les sienta bien o les sienta mal. La oferta del día, la oferta de la semana, la oferta del mes. Yo no sé nada, les pregunto todo a mis padres, desde cómo escoger bien qué sandía o melón llevarme hasta qué lejía usar. Me gustaría ser del tipo de persona que hace la compra una vez a la semana y consigue llevarse a casa todo lo que necesita, alguien capaz de planear un menú y seguirlo a rajatabla. Esas que se organizan para dormir ocho horas cada día y

se acuestan a las diez; que van al gimnasio cuatro veces por semana y no consumen ningún producto que tenga aceite de palma. Meto una palmera de chocolate en el carro y al rato doy media vuelta, la devuelvo a su sitio y me llevo un paquete de donuts de azúcar, mis favoritos. Quizá mi problema es que no como sano y no tengo del todo claro si reciclo bien, siempre se me mueren las plantas y soy incapaz de cumplir el objetivo de leer cincuenta libros al año como poco. Compro mucho más de lo que necesito, *siempre*, y dejo que las cosas pequeñas del día a día me arrastren consigo hasta que termino yendo a comprar solo para salir a la superficie un momento, un pequeñísimo momento, y respirar. Me entrego a lo mecánico del proceso, la jornada laboral que no me mata me hace más fuerte, cenaré un bol de espaguetis del tamaño de mi cabeza esta noche porque me lo merezco. Soy una mujer fuerte, independiente, completamente desquiciada.

Octubre 2018

Me compro una pulsera de esas que cuentan pasos de color rosa en una tienda del Centro Comercial Las Arenas para comenzar a registrar mis carreras y mis paseos y así seguir mi evolución. Me entrego de lleno a la tarea: creo un Excel donde registro mis tiempos cada día y mi progresión. Esto se convierte en una de las pocas cosas que no me producen tedio y que generan en mí tres miligramos de ilusión. Al principio la pulsera me hace daño en la muñeca pero ni aun así me la quito: comienzo a competir conmigo misma y cada día intento hacer más pasos que el día anterior. Rompo la barrera de los 10.000, paso a la de los 12.000, luego a la de los 15.000. Empiezo a ir a todas partes a pie: de San Telmo a Las Arenas, de Luis Doreste Silva a la playa de La Laja. Descubro con sorpresa que cuando cae la noche estoy tan cansada que no puedo pensar en nada, caigo rendida con la tele puesta. Una vez me cercioro de la efectividad de mi descubrimiento me vuelvo una adicta. 20.000 pasos al día, veinte plantas subidas a pie. Me obligo a empezar a cocinar, al principio cosas sencillas. Me apunto a yoga los sábados por la mañana y a un gimnasio, voy a entrenar los lunes, los miércoles y los viernes por la tarde. Lleno mis días de actividades que se solapan entre sí para evitar sentarme y pensar. Los primeros días no hay un músculo mío que salga indemne: todo duele y apenas puedo caminar. Pero insisto. Llega una mañana en la que él no está entre las primeras cosas que me vienen a la cabeza cuando abro los ojos. No me doy cuenta en ese momento, estoy demasiado dolorida como para registrarlo. En Las Palmas hace tanto calor que ya no salgo a andar por la tarde, lo cambio por ir a nadar a la playa. Nadar es el deporte más completo, dice Matiqui un día mientras nos tomamos un café. No me río en su cara, pero me hace mucha gracia. En el agua subo y bajo con las olas. Me dejo llevar adelante, atrás. Floto boca arriba, con el rostro al sol y pienso en todos los tonos y matices de azul que existen y que todavía no he visto, que desconozco. Me abro paso con tranquilidad entre surfistas principiantes y adolescentes de vacaciones. Intento ubicar el color de sus ojos pero soy incapaz, ya no me persiguen. Siento que pasó en otra vida todo esto, que le sucedió a otra Meryem. Hago un esfuerzo en anclarme a lo bueno que me pasa, por nimio que sea. Me vuelvo muy disciplinada. El recuerdo de esa persona comienza a desdibujarse poco a poco en mi memoria. En menos de una hora nadando quemo quinientas treinta y nueve calorías. Lo pone en la pulserita.

Doy dos pasos hacia atrás. La perra se queda clavada donde está con el rabo tensísimo. En voz baja, digo: «Dana, ven», pero no se mueve.

—ÁBREME LA PUERTA AHORA MISMO. —Mi casero comienza a aporrear la puerta, desquiciado. La situación es tan surrealista que me tapo la boca con una mano, sin saber qué más hacer.

Dana ladra una única vez. Le enseña los dientes a la puerta.

—Don Francisco. Si no se va ahora mismo voy a llamar a la policía.

Silencio. Luego:

—ESTA ES MI CASA. ¡MI CASA! ¡¡ABRE YA LA PUERTA O LA TUMBO!!

La perra enloquece y se tira contra la puerta. Comienza a arañarla sin piedad, como pidiéndome que la abra para arrancarle la cabeza de un mordisco al hombre. Es una perrita feminista. Si esto me hubiese pasado dos meses antes me habría doblado por la mitad y habría estado temblando escondida en el salón pidiéndoles a mis padres que viniesen a rescatarme, pero ya no soy quien era hace dos meses, una persona que dio un paso en falso y se vio de cara aplastada contra el suelo con los dientes desperdigados por todas partes sin saber muy bien cómo llegó allí. Ahora soy una persona que ha salido arrastrándose del infierno llena de hollín y restos de jinns a los que he ido disparando a quemarropa durante mi ascenso. Ya no temo a nada ni a nadie, solo a Dios y a la declaración de la renta.

Me pego todo lo que puedo a la puerta.

—Le juro por Dios que si no se va en este mismo momento voy a llamar a la policía, y no solo voy a llamarles por esto, sino que voy a llamarles por todo lo que ha estado haciendo estos meses. Voy a denunciarle por robarme mi correo y por espiarme, voy a empapelarle el culo tan fuerte que no va a saber si se está cagando encima o si se está muriendo. ¡Usted decide!

Decide seguir respirando fuerte detrás cinco minutos más. Pienso en cómo se pondrán mis padres si se enteran de esto y en lo poco que me apetece que estén preocupados y angustiados por mí. Preferiría no tener que llamar a la policía. Cojo a la perra, cojo mi portátil y me voy a mi dormitorio. He estado meses pagando de forma religiosa cada mes seiscientos quince euros más gastos por un piso en el que la nevera no enfría y el calentador de agua no funciona bien apenas entra la luz del sol y el casero me tiene como el de *Saw* a sus víctimas solo porque soy incapaz de lidiar con buscar de nuevo otro piso. Si me fuese a vivir a otra parte tendría que pagar de una sentada la fianza, el mes en curso y los honorarios de la agencia. Tendría que dar una copia de mis últimas tres nóminas, un extracto de mi cuenta del banco, un frasco con mi sangre por si mi casero quisiera ver que es sangre normal, sangre de una persona que quiere vivir en un sitio tranquila sin que le aporren la puerta ni le roben el correo.

Al séptimo día, Dana y yo paseamos por la avenida marítima. Me la llevo conmigo a la oficina, a Matiqui le parece «maravilloso», la perra es «la perra más tranquila que he visto nunca». «Tranquilo, no muerde» le digo a Otero cuando la mira de lejos. «No me gustan mucho los perros, babea demasiado» responde él. «Más babas sueltas tú y no parece molestarte» pienso en responderle, porque a qué clase de persona no le gustan los perros. A los infelices. A los psicópatas. En mi paseo con Dana por la avenida marítima esa tarde hacemos veinte kilómetros a pie, diez a la ida y diez a la vuelta. Descansamos las dos varias veces, más por mí que por ella. No reparo en esto en esos momentos, pero en ninguno de esos días recuerdo a Esa Persona. Ni cuando tomo la decisión de irme de ese piso (sin avisar a mi casero, sin pagarle el último mes

que paso allí, que se joda, que me denuncie si quiere) ni cuando hago una lista de pisos que quiero ver ni cuando cierro mi puño con las llaves de un piso de dos habitaciones, salón, cocina, baño, balcón, ventanas grandes, luz natural, horno. Cero muebles. Me mudo a la calle Benito Pérez Galdós por setecientos euros al mes, gastos no incluidos. Ahora cobro más de treinta mil euros brutos al año. Tengo ahorros. Me lo puedo permitir. Mi casera es una chica de mi edad que nunca está en la isla. «Mientras no quemes el piso puedes hacer lo que quieras.» La odio, pero no tanto como la habría odiado antes.

Me despierto una mañana en mi piso nuevo en una calle nueva en un colchón nuevo bajo una ventana nueva porque el sol me da en la cara por primera vez en muchísimo tiempo. Extiendo un brazo hacia el techo y abro mi mano, como si quisiera guardar la luz ahí dentro. Filósofo que quizá la felicidad no es ser sino estar. Uno no puede ser feliz siempre. Uno está feliz a veces. Me duermo de nuevo.

Noviembre 2018

Miro mi reflejo en el cristal tintado de un coche que hay aparcado en la calle y me limpio con cuidado los labios en una servilleta. Es mi pausa del almuerzo, tengo todo el tiempo del mundo: abro mi bolso, saco mi matte lip color llamado dragon girl que tengo ahí y vuelvo a pintarme la boca despacio, primero el labio inferior, luego el superior. Hoy me veo guapa. Antes de terminar oigo un zumbido y el cristal del coche comienza a bajar muy despacio. Una señora que no había visto me mira de arriba abajo. «¿Piensas seguir?» me pregunta. «Estás guapa, mi niña, venga, arranca.» Me quedo de piedra ahí de pie. Digo: «Gracias» muy bajito.

Diciembre 2018

En uno de nuestros paseos desquiciados Carmen y yo pasamos delante del edificio donde Esa Persona vivía antes. Primera línea de playa, lo recuerdo bien: había estado allí tantas veces. Todavía tengo guardadas en la carpeta oculta de mi móvil todas las fotos que solía mandarme desde su balcón. Segundo piso, izquierda. No soy capaz de borrarlas aún porque de vez en cuando me asalta el pensamiento de que todo me lo inventé yo, de que nada fue real. Pero no estoy loca. Todo sucedió tal y como lo recuerdo.

—El tío ese vivía aquí —digo en voz baja.

—¿Dónde?

Levanto el brazo lo justo para señalar su balcón. Creo que me estoy curando porque ya no tengo ganas de llorar cuando le recuerdo. Solo siento: ira, mal genio, malestar profundo en el pecho, la sangre concentrándose en mi sien derecha para latir lento lento lento y luego rápidorápidorápido. Ella asiente con la mirada clavada en el sitio que señalo. Pienso en el día que me dijo que se iba y en mí aquí abajo con la capucha de mi sudadera subida y el corazón en la boca. Ojalá hubiese sido honesto conmigo entonces. Me habría dolido igual, pero no se me habría quedado esta sensación de estafa encajada en la garganta. Por mucho que tosa no se va. No solo había minado mi autoestima, también se había llevado con él la única cosa de la que me había fiado a ciegas durante toda mi vida: mi instinto.

—Ahora vuelvo, espérame.

Me meto las manos en los bolsillos de mi cortavientos.

—Vale.

Carmen cruza la calle y entra en un supermercado cutre que hay al lado de su portal. Sale unos minutos después con una caja de huevos en el brazo. Me alcanza con una sonrisa pequeña.

—Vamos a huevearle el puto balcón ese.

Me da la risa.

—¿Qué?

—Ese tío es como... como Satán —dice—. Hay que exorcizarle de alguna forma. Tienes que cerrar esto, ¿entiendes?

Yo asiento.

—¿No nos irá a ver nadie?

—No te preocupes, yo vigilo. —Me pasa la caja de huevos—. Dale.

—Uff.

Las manos me hormiguean. Me lleva un rato determinar la posición con más probabilidades de permitirme encajar los huevos en el balcón que a saber de quién es ahora. Fallo los dos primeros intentos: el primer huevo cae sobre el capó de un coche, el segundo lo sigue de cerca. El tercer huevo se estampa contra la barandilla del balcón.

—¡Vaaaaaaaaaaaaamoooooooooooo! —oigo a mis espaldas.

Mi cuarto intento es el bueno: el huevo impacta contra el cristal de la puerta que da al interior del piso. El quinto de nuevo se estrella contra la barandilla. El sexto cruza la distancia entre los dos y da de lleno en la bombilla que hay al lado de la puerta. Decido moverme un poco a la derecha y saltar en mi sexto intento. Encajo el huevo de nuevo contra la puerta. Parece un Jackson Pollock. Cuando voy a tirar el séptimo huevo (la caja es de 12) la luz del balcón se enciende. Me quedo quieta en mi sitio.

—Hostia.

La ventana del balcón se abre hacia fuera.

—¡Corre!

—Hostiahostiahostia.

—¡Cooooooooooooo!

Echo a correr por la calle en sentido contrario al que tendría que seguir para volver a mi casa. Tiro la caja de huevos al suelo, no puedo cargar con ella. Carmen me pisa los talones. Hacemos un buen tramo del paseo de las canteras a la carrera, y no es hasta que pasamos la heladería Peña la vieja que me giro en su dirección.

—Dios.

Si no estuviese al borde de la muerte, me reiría.

—Somos gilipollas.

—Eres gilipollas —la corrijo.

—¿Pero tú has visto tu cara? Estás amarilla.

Nos apoyamos en las barandillas del paseo. Me cuesta trabajo respirar bien.

—Durante un momento pensé...

—Lo sé.

—Pero no puede ser.

—No. No puede ser.

Asiento, agradecida porque no me trata como si estuviese loca sino como alguien que está haciendo algo normal, alguien que tiene motivos legítimos para sentirse así como me siento yo. Al otro lado de la playa, el sol comienza a ponerse. Desandamos un poco el camino y nos compramos un helado de polvito uruguayo y chocolate. Nos lo comemos sentadas en un banco del paseo. Durante un largo rato lo único que se oye son las olas romper bajo nuestros pies. El cielo se tiñe de rosa, de naranja, de morado, de azul oscuro. Atardece sobre nuestras cabezas y comienza a hacer algo de frío, pero no nos movemos de ahí.

—¿Estás bien?

—Sí —respiro hondo—. Sí. Estoy bien.

Por primera vez en meses comienzo a sentir algo parecido a la esperanza.

29

Diciembre 2018

Esta vez, finjo que tengo un catarro y no voy a la fiesta de Navidad.

Enero 2019

Giro despacio en mi silla a la hora de comer. No hay nadie en el despacho de Matiqui. Me toco la cara con las dos manos, hundo mi cuello en mis hombros, querría derretirme en mi silla y ver desde fuera cómo me voy desparramando poco a poco hasta que no quedase nada. No tengo ni una tarea pendiente, nada que hacer. Me aburro tanto que considero la idea de fotocopiar las tetas, solo por curiosidad, solo por ver si siento algo. Doy otra vuelta en mi silla, muy despacio, no me quiero marear, pero quizás, si me marease, si comenzara a girar tan rápido que terminase provocándome náuseas, no me sentiría de esta forma, como cóncava por dentro. Me miro las manos un largo rato, suspiro y me digo en voz alta:

—Ya. Déjate. Astaghfirullah.

Decido hacer algo que llevo meses retrasando. Si ya no tengo al único amigo que tenía en esta empresa, si he escogido seguir aquí solo por el dinero que se me ingresa a final de mes a cambio de las horas que paso en esta silla cada día, usaré el medio miligramo de poder que he conseguido para asegurarme de que la próxima persona que venga tras de mí no lo pase tan mal como yo. Saco el taco de currículums de becarios del cajón donde lo guardé y lo coloco frente a mí. Descarto a tres chicos y una chica por godos. Lo siento. Supersaurio devuelve a Canarias cada euro que uno invierte en él, yo solo soy la mensajera. Escojo del resto a una chica que se llama Guacimara Perdomo. Veinticinco años, dos ciclos de prácticas en empresas (seis meses en una, seis meses en otra), nada de experiencia laboral. Alonso no me pone ningún problema días después cuando le digo que me gustaría que la cogiéramos a ella. Responde: «Hecho». No hablamos del tema nunca más. Un sentimiento que no sé describir me acompaña durante varios días. Comprendo que las cosas se hacen así en todas partes en todos los niveles: alguien señala y otra persona dispone. Lo odio y no tendría que funcionar de esta manera, pero por una vez, una sola, me ha tocado a mí señalar. Me podría acostumbrar. Eso es lo peor.

Enero 2019

Una chica que se llama Begoña me pregunta: «¿Qué objetivo tienes, qué te gustaría conseguir?». Me miro las manos un momento. Digo: «Me gustaría poder levantar a una persona por el cuello». Se ríe. «Vale, ¿y algo menos problemático?». Me encojo de hombros. «Me gustaría poder hacer al menos una dominada sin asistencia.» Tengo objetivos laborales y objetivos de gimnasio. Saltar al cajón más pequeño. Luego al mediano. Luego al más grande de todos. Esto último me cuesta tanto que un día rompo a llorar de pura frustración. Muchos meses después hago mi primera dominada en una barra que hay justo frente al espejo más grande del gimnasio. Veo los músculos de mi brazo flexionarse y me gusta tanto, me siento tan poderosa, que me distraigo y estoy a punto de soltarme de la barra y romperme la cara contra el piso.

Enero 2019

Me coloco rápido un pañuelo en la cabeza porque he apurado tanto la hora de rezar que estoy a punto de perderla. Mi hermana me mira de arriba abajo. «¡Hoy hay fiesta aquí en Agrabah y está por comenzar!» canturrea. Trato de ignorarla. Me pongo un caftán que hace unos años me ponía para ir a bautizos o fiestas de compromiso, pero se estropeó con los años y ahora lo uso para rezar. «¡Ven, vístete ya! ¡Vas a brillar!» Cedo a la risa. «Te odio» le anuncio. «¡Vamos, Al! ¡Hoy te vas a casar!»

Febrero 2019

Me llevo de Supersaurio dos gigantescas monsteras moribundas que han rebajado al 50% en la sección Floristería. Primero las arrastro al ascensor (son muy grandes) y las subo a mi planta. Luego las vuelvo a arrastrar al ascensor y las bajo así. Las subo en un carro del supermercado en la entrada y cojo un taxi para llevarlas a mi casa. La Meryem del pasado se habría ocupado del carro, pero la Meryem del presente lo deja ahí, en la fila de los taxis. Subo primero una de las monsteras por las escaleras arriba y luego bajo otra vez y subo la otra. Me costaron diez euros que ni siquiera tuve que pagar porque pasé mi tarjeta cliente de Supersaurio por probar y vi que tenía doce euros de saldo ahí olvidados. No pienso dejar ninguna de las dos atrás. Coloco una al lado de la entrada de mi piso nuevo y pongo otra en el salón, y durante las siguientes semanas me dedico a leerme toda la información que existe en Internet sobre el cuidado de una monstera. Resucitarlas se convierte en mi prioridad, como si del resultado de esta tarea que me he autoimpuesto dependieran mi cordura y la absolución de todos mis pecados. El taxi me costó mucho más de lo que me costaron las dichas plantas, pero no me importa. Me hacen feliz. Se lo cuento a Carmen y a Mercedes. Mercedes se ríe: «Menudo complejo de salvadora». Es psiquiatra, pero no me lo tomo mal.

Febrero 2019

Termino de rezar el fajr una mañana en la que me despierto sola, sin alarma y sin sentirme como si me hubiesen apaleado mientras dormía. A veces alguien me pregunta: «¿Pero cómo puedes creer en Dios, cómo puedes creer en lo que no ves?». Desayuno esa mañana sentada en el suelo de mi balcón porque todavía no he podido comprarme un par de sillas, envuelta en mi edredón recién comprado en Zara Home por setecientos millones de pretrodólares mientras me bebo a sorbitos un café origen Etiopía con notas a flor de naranjo, miel de flores y paraguay. Veo el sol salir poco a poco desde allí. Mi pregunta es cómo puede alguien ver el sol salir todos los días y no creer en Dios.

Febrero 2019

Los primeros días, Guacimara la becaria se convierte en mi sombra. No habla mucho, solo me mira. Cuando llego por las mañanas me está esperando y nunca se va sin despedirse de mí. Me recuerda a mí cuando yo era gilipollas. Tengo una vena en la sien que comienza a marcarse más de lo normal. Late a intensidad baja media y luego media baja. Un día, Guacimara la becaria señala mi ordenador y pregunta «¿te gusta Izal?», porque tengo el reproductor de música abierto en la pantalla y sonrío y su voz es amigable y yo decido en ese preciso momento que Guacimara la becaria no me cae ni me caerá bien, no importa lo que diga ni lo que haga.

La historia de tu vida se divide en cuatro partes, me gustaría decirle. Naces, creces, trabajas, trabajas, trabajas, trabajas. Mueres. Fin.

—No —respondo al final.

Apago la pantalla del ordenador.

—Date vida y sígueme, por favor, que no tengo todo el día.

Me sigue, claro. ¿Qué otra opción tiene?

Agradecimientos

El 29 de abril de 2019, Jorge de Cascante me preguntó: «Meryem, ¿has pensado alguna vez en escribir un libro?». No nos conocíamos, solo nos seguíamos en Twitter. Yo leí su mensaje varias veces, lo dejé en visto, me escondí en el baño del trabajo y le mandé un audio de diez minutos a mi mejor amiga. Necesitaba contarle esto y necesitaba que me confirmase que no lo estaba alucinando, que no era una broma. Hoy todavía tengo momentos en los que dudo, pero todo parece apuntar a que no era un chiste, era real. *Supersaurio* existe, está terminado, tengo una copia en mis manos. Quiero darles las gracias a los dos, a Violeta por haber escuchado ese audio de diez minutos (por escuchar todos los que le mando, la verdad) y por haberme cuidado tanto durante los quince años que llevábamos siendo amigas. Uno vive con menos miedo si tiene la certeza de que no importa cuán alta sea la caída, hay personas abajo que harán todo lo posible por amortiguar el golpe. A Jorge, cien mil millones de gracias. Escribir es muy difícil y a veces te sientes bastante sola en el proceso. Él me ha guiado, me ha aconsejado y me ha animado siempre que le he necesitado.

Quiero darles las gracias a mis padres por llevarme cajas de fruta y verdura a casa desde Puerto Rico a pesar de que hay siete fruterías en la calle en la que vivo, y por haberme escolarizado, aunque hay días en los que me gustaría no saber leer. Gracias a mis hermanos, espero que haber crecido conmigo no haya sido un suplicio. Gracias a Ángela, a las miembras del grupo Señoras Ávidas de Emoción, a los miembros del grupo Estercolero Multicultural, a Judith y a Mercedes por ser mi amiga y por cederme el título del libro. Gracias a Jotagé y Antuán, funcionarios buenos esiten. Y gracias a Dana por ser la mejor perrita.

Gracias a Blackie por haber confiado en mí y por haberle dado una oportunidad a una persona que creció como una niña salvaje en la esquina más oscura de Internet. Gracias también a todas las personas que en algún momento se burlaron del *fanfiction*. Yo tengo un libro. Ustedes, no sé.

Por último, me gustaría tomar prestadas las palabras de uno de mis coaches favoritos, Snoop Dogg: *I wanna thank ME for believing in ME, I wanna thank ME for doing all this hard work.*

